Michel Heller

El hombre nuevo soviético

De la utopía a la realidad

Hombre-hormiga,
hombre-perno, hombre atrofiado;
según Heller éste es
el terrible objetivo
de los dirigentes soviéticos.

Planeta

Michel
Heller

El hombre nuevo soviético

De la utopía a la realidad

Planeta

Edición especial
para su comercialización
a través de

Sudamericana / Planeta

Michel Heller

EL HOMBRE NUEVO SOVIÉTICO

Colección
LA SOCIEDAD ECONOMICA

Dirección técnica: Fabián Estapé
Dirección editorial: José Pardo



Título original: La machine et les rouages. La formation de l'homme soviétique
Traducción del francés por Jesús Ruiz

Diseño colección y cubierta de Hans Romberg (realización de Jordi Royo)
Hecho el depósito que previene la ley 11.723
ISBN 950-37-0180-5
Impreso en la Argentina

Índice

Introducción/El habitante de la utopía 7

Primera parte/EL GRAN OBJETIVO 9

I. Los comienzos de la experiencia 11
II. Esquema para un retrato 16
III. «Homo sovieticus sum» 25

Segunda parte/LOS VECTORES 33

I. La infantilización 37
II. La nacionalización del tiempo 47
La planificación 48
III. La ideologización: la tríada del Gran Inquisidor . 57
A. El milagro 57
B. El misterio 65
C. La autoridad 68
IV. El totalitarismo 80

Tercera parte/LOS INSTRUMENTOS 89

I. El miedo 93
II. El trabajo 111
III. La corrupción 137
IV. La educación 144
A. La escuela 144
B. La familia 162
C. La mitología 184
V. La cultura 201
VI. El lenguaje 218

Conclusión 247
Notas 253

Índice onomástico 273

Introducción

El habitante de la utopía

A lo largo de los siglos, los gobernantes han soñado siempre con súbditos leales y sumisos. Apareció en octubre de 1917 un Estado cuyo confesado objetivo es edificar un orden ideal, y emprendió sin demora la formación de un «hombre nuevo», perfecto habitante de la utopía. Setenta años después, los constructores prosiguen su obra y proclaman: «La formación del hombre nuevo desempeña un papel esencial en la construcción de la sociedad comunista.» [1]

El presente libro narra la historia de las criaturas que pueblan un Estado totalitario, así como la historia del proyecto y su realización. No se ha descuidado ningún aspecto de la vida humana: el Partido y el Estado que este Partido ha instaurado, han asumido la tarea de la educación, se han hecho miembros plenos de la familia, coproductores de todos los bienes culturales y han nacionalizado la lengua.

La transformación física y mental de los habitantes del «mundo nuevo» se efectúa con ayuda de poderosos instrumentos: el miedo, el odio y la corrupción. Se blande el «bastón» con una mano, y con la otra se sostiene la «zanahoria»; se crean especialmente mitos que sirvan los objetivos del Estado y se «recuperan» las antiguas creencias, que se transforman hasta hacerlas irreconocibles.

El hombre nuevo soviético es la historia de una experiencia nunca vista y que, emprendida hace setenta años, prosigue en nuestros días. Han cambiado algunos detalles del proyecto, han desaparecido los primeros ejecutores, pero tanto el objetivo como los vectores y los instrumentos siguen siendo los mismos.

¿Existe ya el hombre nuevo? ¿Se le puede crear efectivamente? ¿Es posible remodelar al hombre y fabricar una nueva especie de humanoide? Estas preguntas no han acabado de suscitar con-

troversias. Todavía hoy permanecen sin respuesta, pero resulta de por sí inquietante el simple hecho de que se planteen.

El hombre nuevo soviético es una nueva aproximación al fenómeno soviético, la historia de una maquinaria especialmente creada para producir «engranajes» y la historia de los instrumentos empleados a tal fin.

PRIMERA PARTE

El gran objetivo

Brindo por estas gentes sencillas, ordinarias y modestas; por estos «engranajes» que mantienen la marcha de nuestra gran máquina del Estado.

STALIN

Es preciso que alguien vigile los engranajes...

JRUSHCHOV

Capítulo primero

Los comienzos de la experiencia

> En nuestra sociedad es moral todo lo que sirve a los intereses del comunismo.
>
> Brézhnev

Los ideólogos soviéticos tienen perfecta razón: la Revolución de Octubre marcó el advenimiento de una nueva era, de un fenómeno hasta entonces desconocido. Si aún hoy siguen divididas las opiniones sobre su naturaleza —¿fue Octubre, como algunos afirman, un «paso adelante», un «retroceso» o un «estancamiento»?—, nadie niega que la fecha del 25 de octubre de 1917 merece inscribirse en rojo en el calendario. Por vez primera en la historia, los hombres hicieron una revolución con el objetivo de apoderarse del poder —de la «máquina del Estado», decía Lenin—, pero también para construir la sociedad ideal, para fundar un sistema político, económico y social nunca experimentado por la humanidad. El golpe de Estado representó un primer estadio en el cumplimiento del proyecto, del plan elaborado para alcanzar el gran objetivo. Los autores del proyecto no ignoran, sin embargo, que su realización pasaba por la creación de un hombre nuevo. Saben también cómo proceder: «La coerción, la coerción proletaria bajo todas sus formas, comenzando por las ejecuciones (...); tal es el método que permitirá formar al hombre comunista con el material humano de la época capitalista.» [1]

Los objetivos eran claros y sin ambigüedad alguna. Ya en el siglo XIX, Herzen había formulado la idea fundamental de la revolución: «Se aspiraba dar al pueblo su libertad, considerarlo adulto y responsable, y se le convertía en un material destinado al bienestar, una especie de carne de felicidad pública al estilo de la carne de cañón de Napoleón.» [2] Los conductores de la Revolución de

Octubre se burlaban de aquello de «dar al pueblo su libertad», y no tenían intención de considerarle «adulto y responsable». Desde su llegada al poder, emprendieron el modelado de aquel «material humano de la época capitalista», de aquella «carne de felicidad pública».

Un contemporáneo del golpe de Estado, Maxim Gorki, no dejó de repetirlo en los artículos que publicó en *Vida nueva*, desde la toma del poder por los bolcheviques hasta la prohibición del periódico en julio de 1918: Lenin «trabaja como un químico en su laboratorio, con la diferencia de que el químico utiliza un material inerte, mientras que Lenin trabaja sobre un material viviente...» [3] «Los comisarios del pueblo se sirven de Rusia como de un terreno de experimentación. El pueblo ruso es para ellos como ese caballo al que los bacteriólogos inoculan el tifus para que su sangre segregue un suero antitífico.» [4] El revolucionario «se comporta con las gentes como un científico miserable con los perros y las ranas destinados a sus crueles experiencias científicas...».[5]

En sus *Pensamientos intempestivos*, denunció Gorki día tras día e incansablemente la crueldad de la experiencia emprendida por los bolcheviques, que mutilan el cuerpo viviente de Rusia, del pueblo, del proletariado ruso. Además de la crueldad, subraya el carácter «científico». Para Gorki, testigo de los acontecimientos revolucionarios, no presenta duda alguna el objetivo de la experiencia: se quiere proceder al remodelado de la materia humana viviente.

En 1917, Gorki cree sinceramente que la tentativa de los comisarios del pueblo está «destinada de antemano al fracaso». Horrorizado ante aquella revolución por la que tanto había trabajado, el escritor considera que «muriéndose de hambre y completamente agotado, el pobre caballo podrá terminar reventando».[6] Más tarde, al hilo de los decenios, las opiniones serán divergentes en cuanto a los resultados obtenidos.

Durante un tiempo, se creyó que la experiencia había triunfado plenamente. En 1949, *Pravda* no lo dudaba: «Los rasgos del futuro comunista, que antes nos parecían tan lejanos como la luz de las más remotas estrellas, se dibujan hoy muy cerca de nosotros, visiblemente, tangibles, palpitantes de vida.» [7] Y en apoyo de esta convicción se utilizaban todos los argumentos: «Lenin dijo: "Lo que está en la base de la moral comunista es la lucha por consolidar y hacer llegar a sus objetivos al comunismo." Estas palabras fueron pronunciadas en 1920. Han transcurrido casi treinta años y hemos edificado una sociedad nueva y formado hombres nuevos.» [8] En 1974, la obra *Los soviéticos*, publicada por Ediciones Políticas, precisaba: «La Unión Soviética es para el trabajador el reino de la libertad sobre la Tierra; se ha convertido en la patria de un tipo nuevo y superior de *Homo sapiens*: el *homo*

sovieticus.»[9] Los autores hacen balance de la experiencia que consideran coronada por el éxito: «Se precisaron millones de años para que la célula evolucionara hasta el *Homo sapiens*, el ser dotado de razón, y sesenta años para librarlo de todas sus impurezas.» Gracias a ello ha nacido el *homo sovieticus*, espécimen hasta entonces desconocido en biología. Este punto de vista lo compartía enteramente Leonid Brézhnev, que declaró en su informe al XXV Congreso en 1976: «El hombre soviético es el éxito más importante de estos sesenta últimos años.»[10] Pero la duda no tardó en insinuarse, algún tiempo después, incluso entre los más convencidos. En 1981, Súslov, ideólogo jefe a la sazón, admitió que «el hombre soviético no está acabado todavía y no satisface plenamente las exigencias del Partido».[11]

En 1983, Chernenko, número uno de la ideología, subrayó la necesidad de proseguir el trabajo, ya que «la formación del hombre nuevo no era solamente un objetivo esencial que alcanzar, sino una condición indispensable para la edificación del comunismo».[12]

Fuera de estos círculos ideológicos, también discrepan las opiniones sobre el grado de terminación de la «obra» emprendida. Detenido y condenado a la pena capital, Eduard Kuznetsov anotó en su diario: «El campo espiritual ha sido objeto de burdas manipulaciones tendentes a crear un hombre nuevo.»[13] Para Alexandr Zinóviev, empero, el trabajo estaba terminado: «Hemos sido los primeros en producir un nuevo tipo de hombres.»[14]

Todos coincidían, sin embargo, en un punto esencial: el proceso estaba en marcha desde los primeros días de la Revolución. En el transcurso de los últimos decenios, el modelo del hombre soviético se ha visto sujeto a unas cuantas modificaciones. En los años veinte era un revolucionario que hacía tabla rasa del pasado, un *chequista* de hierro. Le sucedió el hombre «industrial» —el hombre «científicamente organizado» (HCO), el «comunista perfeccionado» (COMPERF)—; era el constructor del mundo nuevo y se exigía de él fidelidad a la Idea, pero también iniciativa y energía. Stalin predicó la teoría de la «tuerca», modelo acabado del ideal: el hombre soviético tenía que vivir como un simple engranaje en la gigantesca maquinaria del Estado. En 1961, Jruschov anunció para 1981 el nacimiento de un hombre nuevo, variante mejorada del hombre tornillo, puesto que «combina armoniosamente una alta conciencia ideológica, una extensa cultura, la pureza moral y la perfección física».[15]

Pero estos cambios de forma, de apariencia exterior, sólo han tratado de enmascarar la unidad del contenido. El objetivo sigue siendo el mismo: forjar el instrumento que permita edificar el mundo nuevo, que desarrolle en cada individuo el sentido de pertenecer al Estado, de no ser más que una ínfima parte de la maquinaria, un miembro del colectivo. A los tres años de la Revolu-

ción, Yevgueni Zamiatin describió la sociedad del futuro, en cuyo seno estaban definidas con una precisión y un rigor matemáticos las relaciones del hombre y el sistema: «Supongamos que nos hallamos ante los platillos de una balanza: en uno se deposita un gramo y en el otro una tonelada; yo estoy en uno, y los otros, es decir, "nosotros", el Estado único, en el otro. ¿No es evidente que resulta igual admitir que yo pueda tener algunos "derechos" sobre el Estado único que creer que el gramo puede contrabalancear la tonelada? De ello se extrae una distinción natural: a la tonelada corresponde el derecho, al gramo el deber, y la única vía capaz de llevar de la nada a la grandeza es olvidar que se es un gramo y sentirse la millonésima parte de una tonelada.» [16]

Zamiatin enunciaba así una de las leyes fundamentales de la formación del hombre nuevo: para conseguir el objetivo importa, desde luego, que los dirigentes quieran fundir los «gramos» en una tonelada, pero también que los gramos aspiren por sí mismos a fundirse, a integrarse en el colectivo. El éxito de la operación depende de la diligencia de los individuos en renunciar a su «yo» o de resistir a la «refundición» (término para definir el proceso tomado en préstamo a la metalurgia a partir de los años treinta).

Si hoy subsisten dudas en cuanto al éxito de la operación llevada a efecto desde hace setenta años, es que resulta relativamente raro encontrar un *homo sovieticus* en estado puro. El *homo sovieticus* está constituido por un conjunto de cualidades, de características que existen —en diversos grados— en todos los habitantes de la Unión Soviética, entre todos aquellos que respiran su atmósfera. En 1982, el crítico francés Louis Marcorelles expresó su sorpresa tras la proyección de una película soviética en el Festival de Venecia: «Los protagonistas y el realizador nos llegan como de otro planeta, como de otra época...» [17] Su sorpresa resultaba comprensible. Pero ¿acaso no observaba con la mayor atención a su alrededor, en su propio país, Francia, Italia o cualquier otro Estado no comunista? Encontraría en numerosos individuos un buen número de puntos comunes con el hombre soviético o, por lo menos, grandes predisposiciones a *integrarse en la gran familia*. Dondequiera que se instaura un régimen de tipo soviético se emprende inmediatamente la creación de un hombre nuevo. Apenas entró en Saigón, en 1975, el ejército norvietnamita, se planteó la formación de «un ser nuevo, un hombre nuevo, con una mentalidad nueva».[18] En Mozambique, el nuevo presidente declaró: «Sostenemos una lucha de clases para crear un hombre nuevo.» [19]

Esta voluntad de «transformar la naturaleza humana por la fuerza»,[20] observada ya en 1920 por Bertrand Russell, se manifestó algunos decenios después en un número creciente de países, hasta el punto de afectar hoy a un tercio de la humanidad. En 1983, los estatutos del Instituto de Intercambios Culturales con Francia

en Ciudad Ho Chi Minh (ex Saigón) no podían ser más claros: «Los únicos productos culturales o propagandísticos susceptibles de importación y circulación serán los que contribuyen a la formación del hombre nuevo en Vietnam.» [21]

De Moscú a Saigón, de Lourenço Marques a Tirana, de Praga a Phnom Penh, de Varsovia a Pekín, el taller está a plena marcha: se fabrica un hombre nuevo, una lengua y una civilización nuevas. Para expresarlo en palabras empleadas cuatro años después de la Revolución, el Estado se ha convertido en «una escuela de adiestramiento social».[22] La operación prosigue con fortuna desigual. La marcha hacia el gran objetivo cambia de rumbo según los países. Sin embargo, la experiencia en curso ofrece ya un resultado indiscutible: con diversos grados no muy distintos entre sí, el *Homo sapiens* presenta los rasgos del hombre soviético. En los regímenes de tipo soviético, estas cualidades se desarrollan más ampliamente y acaban por imponerse y coronar así con éxito el «adiestramiento social». Pero no nos equivoquemos: todo organismo humano encierra gérmenes que, en determinadas condiciones, proliferan y desencadenan la enfermedad.

Capítulo II

Esquema para un retrato

> Propongo... el paraíso terrenal, y no puede haber otro.
>
> Dostoievski

Al estudiar el «socialismo como fenómeno de la historia mundial», Ígor Shafarévich destaca curiosos puntos comunes entre la estructura del comunismo moderno y la del comunismo utópico de la Edad Media o del comunismo primitivo que aparece en el alba de la humanidad. Llega a la conclusión de que el deseo de muerte, de autodestrucción, no existe tan sólo en el «vivir personal del individuo», sino también en «el psiquismo de la humanidad entera». Shafarévich ve en el socialismo un «aspecto de la tendencia de la humanidad a la autodestrucción, a la nada».[1] Los argumentos desarrollados por el autor son ciertamente deslumbrantes. Es preciso, sin embargo, que esa tendencia esté muy arraigada para haber sido, a lo largo de millares de años, uno de los motores de la historia: las utopías de Platón, Tomás Moro, Campanella, Müntzer, Babeuf, Winstanley, Fourer, Saint-Simon y Marx han atraído a numerosos fanáticos. En todos los puntos del globo, los hombres no han cesado de construir un paraíso sobre la Tierra, que en cada ocasión se ha revelado un infierno. Pero ello nunca ha desalentado nuevas tentativas. Y sin que los hombres nuevos, los «puros» —o por lo menos quienes se consideran tales— hayan dejado de seguir profetizando una y otra vez el advenimiento de una edad de oro y prometer renacimiento y purificación a quienes les seguían.

Durante siglos, el sueño del hombre nuevo fue indisociable de la idea de Dios. La gracia divina permite el renacimiento del hombre que se convierte en un ser perfecto. Pero en el siglo XIX, el sueño se transformó. Persistió el deseo de un hombre nuevo, pero no encarnó ya el designio de Dios, sino que fue producto de un

proyecto científico. Para renacer, para alcanzar la perfección, los hombres tenían que someterse a las leyes de la ciencia y la historia.

En los años veinte, el Estado soviético buscó sus «ancestros» en el seno de los movimientos revolucionarios del pasado. Entre los predecesores encontró a los anabaptistas, que en 1534 se apoderaron de Munster para fundar un Estado comunista: «la Nueva Jerusalén». Los ideólogos soviéticos hallaron paralelismos entre las iniciativas de Lenin después del golpe de Estado de Octubre y las decisiones del jefe de lo anabaptistas, Johann Bockelson, en Munster: Bockelson instauró «algunos principios comunistas» —trabajo obligatorio, expropiación de una parte de los medios de producción y bienes de consumo—, y «para asegurar la defensa de la ciudad y la seguridad en el interior de las murallas, hizo reinar el terror».[2]

Se han consagrado centenares de obras a la «idea rusa» del bolchevismo y a los antepasados rusos de la Revolución de Octubre y del poder soviético. No es menos cierto que si una revolución semejante se produjera en Francia, Inglaterra o en cualquier parte, también se le encontrarían con facilidad antecedentes en la historia del país, como se viene haciendo en las naciones donde se instauró cuarenta años atrás un sistema de tipo soviético: se buscan —y se encuentran— precursores del socialismo en la historia de China o Polonia, de Albania o de Cuba, de Camboya o Checoslovaquia.

Como es obvio, los ancestros rusos del bolchevismo han sido objeto de mejores estudios que los otros. Apasionantes para el historiador, esos precursores son también de interés inmenso para el hombre del siglo XX.

La idea moderna del hombre nuevo —o, tras la victoria, del hombre soviético— aparece en lo esencial a partir de 1860. Las cualidades de este ser llamado a convertirse a la vez en instrumento y en objetivo, son evidentes por universales.

La expresión más estrepitosa de la idea nueva se encuentra sin duda en el texto de la proclama clandestina *Joven Rusia*, difundida en 1862. Firmada por un «Comité revolucionario central secreto», fue redactada por un revolucionario de veinte años de edad: Piotr Zaichnevski. La proclama silencia a sus antecesores: «Hemos estudiado la historia de Occidente y sacado sus lecciones: seremos más consecuentes que los lastimosos revolucionarios franceses de 1848; pero sabremos también ir más lejos que los grandes campeones del terror en 1792. No retrocederemos, incluso si para derribar el orden establecido nos hace falta verter tres veces más sangre que los jacobinos franceses...» Zaichnevski exigía la «transformación del actual régimen despótico en una unión republicana de regiones federativas» en la que el poder estaría confiado a una asamblea nacional y asambleas regionales. Al considerar

que el «partido imperial» —valedor del «despotismo»— asumiría la defensa del zar, *Joven Rusia* declaraba: «Plenamente seguros de nosotros mismos, de nuestras fuerzas», del apoyo del pueblo y del porvenir glorioso de Rusia, cuyo honor es servir la primera a la causa del socialismo, os gritaremos: ¡A vuestras hachas...! Tendréis entonces que aniquilar sin piedad al partido imperial que hoy no nos perdona nada; golpear en las plazas públicas, golpear en las casas, golpear en las estrechas callejas de los pueblos y en las amplias avenidas de las capitales; golpear en las ciudades y las aldeas. Tened en cuenta que el que no está con nosotros estará contra nosotros; él será nuestro enemigo, y todos los medios serán buenos para destruirlo.» [3] A los cinco años de la Revolución, todavía en vida de Lenin, el historiador marxista ruso M. Pokrovski entrevió en la proclama de Piotr Zaichnevski un primer esbozo de los designios bolcheviques. Para él, el proyecto de los autores de *Joven Rusia* se convierte en algo cotidiano y trivial.[4]

Joven Rusia contenía, en efecto, los primeros elementos importantes de la ideología naciente, las características esenciales de ese sistema acabado de pensamiento. El objetivo estaba trazado: una república social y democrática. El enemigo aparecía señalado: todos los que se opusieran a la consecución del objetivo. Se sabía cómo combatirles: «Todos los medios serán buenos» para liquidarlos. La célebre frase de Gorki —«Cuando el enemigo se niega a rendirse es preciso aniquilarlo»—[5] recoge palabra por palabra el texto de *Joven Rusia*. Como colofón, la proclama veía en la juventud la «fuerza motriz de la revolución»: «¡Recuerda, juventud, que tú darás a luz los guías del pueblo, que tú encabezarás el movimiento...!» El esquema era sencillo: de una parte estaban los que «conducían», los «guías»; de la otra, el pueblo, que tiene que «guiarse» y que, según estaba convencido Zaichnevski, seguiría el movimiento y marcharía tras aquellos «guías».

La teoría del hombre nuevo y su lugar en la revolución fue elaborada por Piotr Tkachov. Tenía diecisiete años cuando efectuó un primer esbozo. En 1861, tras una breve reclusión en una fortaleza por haber participado en unas algaradas estudiantiles, propuso un método de una simplicidad y una eficacia radicales para asegurar la victoria: decapitar a los súbditos del zar mayores de veinticinco años.[6] Abandonaría, sin embargo, aquella idea luminosa al alcanzar él mismo el límite fatal. (Casi un siglo después, los jefes de la revolución comunista camboyana llevarían parcialmente a la práctica ese proyecto.) Cuando Lenin emprendió la creación de un partido de un tipo nuevo recogió por su cuenta la teoría de Tkachov: el pueblo no podía darse por sí solo la salvación; abandonado a sí mismo, no podía efectuar la revolución social que tanto necesitaba. Precisaba, pues, la constitución de una «minoría revo-

lucionaria»: encontrar a los famosos «guías sumergidos de la juventud». Tan sólo ellos serían capaces de sentar las «bases racionales de un nuevo orden social racional». Quien decía revolución decía toma del poder. «Para tomar el poder se precisa una conjura. Para preparar esta conjura se necesitan organización y disciplina.» La influencia de Blanqui se añadía en el presente caso a la de Tkachov. Éste escribió en 1868 un artículo titulado: «El hombre del futuro y el héroe pequeño burgués.» El hombre del futuro era el hombre nuevo, el ser superior, opuesto al pequeño burgués, criatura inferior. El «hombre del futuro» tenía la particularidad de «someter enteramente sus actividades, su vida, a una aspiración, una idea apasionante: aportar la felicidad a la mayoría de los hombres, invitar al mayor número al festín de la vida. La realización de esta idea se convierte en el único imperativo de su acción, puesto que concuerda perfectamente con su concepción de la felicidad personal».[7]

El objetivo, el sentido de la vida del revolucionario, del «hombre del futuro» es aportar la felicidad o, como lo dice tan primorosamente Tkachov, «invitar al festín de la vida a la «mayoría de los hombres». A la mayoría, pero no a todos. Los enemigos quedan, como es natural, excluidos. Y para utilizar la definición de un autor soviético, «es enemigo cualquiera que por signos físicos, psíquicos, sociales, morales u otros da la impresión de estar en desacuerdo con el ideal de la felicidad humana».[8]

La idea que animaba a la «minoría revolucionaria» no tenía nada de filantrópica: el «hombre del futuro» sabía que al sembrar la felicidad a su alrededor se haría feliz a sí mismo. No actuaba, a fin de cuentas, mas que en su propio interés.

Piotr Tkachov formuló una regla importante de comportamiento para el «hombre del futuro»: la relatividad de su ética. Al ser la revolución una «ley histórica», todos los medios eran buenos para destruir «el feudo del poder establecido». «Tenemos que reconocer a cada uno el derecho de adoptar en la práctica una actividad crítica, no dogmática, respecto a las leyes morales.»[9]

En 1869 apareció un texto que muy pronto se hizo célebre en el mundo entero: el *Catecismo del revolucionario*, proyecto de hombre nuevo, terrorífico entre los que más. Manifiesto de la sociedad secreta «Venganza del pueblo», el *Catecismo del revolucionario* apareció en el *Mensajero del gobierno* (núm. 162) coincidiendo con la comparecencia ante los tribunales de algunos miembros de aquella sociedad. Órgano de prensa oficial, el *Mensajero del gobierno* no tenía sin duda muchos lectores, pero aquel documento, el proceso y la personalidad de los miembros de la «Venganza» llamaron la atención de Dostoievski y le suministraron el tema de su novela *Los demonios*.

El *Catecismo del revolucionario* aparece estrechamente vincu-

lado al nombre de Serguéi Necháiev, uno de los jefes de la «Venganza del pueblo». Transcurrido un siglo, la identidad de su autor suscita todavía controversias. Unos lo atribuyen a Necháiev, otros a Bakunin y algunos a los dos a un tiempo. La publicación en 1966 de una carta de Bakunin a Necháiev encontrada en los archivos de la hija de Herzen, parece librar a Bakuñin de la acusación.[10] Simultáneamente, se reveló en Moscú la existencia de una «confesión» de Yenishérlov, estudiante de San Petersburgo altamente implicado en los desórdenes de 1868-1869. Formula Yenishérlov los que podrían denominarse nuevos principios de la acción revolucionaria y, en particular, la teoría de la «honradez del miembro del Partido»: «La honradez absoluta no existe; tan sólo existe la honradez del Partido.» [11] Entre los miembros de un círculo donde se discuten los nuevos principios se encuentra un maestro, Serguéi Necháiev, hasta entonces totalmente desconocido. Yenishérlov informa que «un hombre joven, delgado, imberbe, de aspecto torvo y con la boca torcida por convulsiones» acudió un día a estrecharle calurosamente la mano al tiempo que decía: «¡Soy su hombre! No llegaremos a ningún sitio si jugamos juego limpio, pues nos atarán las manos... ¡Nos hace falta el jesuitismo! Gracias por haberlo pensado y haberlo expresado.» [12]

Apareció así, después de 1860, un proyecto de revolución social basado en la conjura de un grupo, de un partido.[13] Los veintiséis artículos del *Catecismo* ofrecen una lista precisa, metódica, de las cualidades indispensables al «revolucionario profesional»: «El revolucionario ha hecho un voto definitivo.[14] No tiene intereses personales, negocios, sentimientos, vínculos, propiedades, ni incluso nombre. Para él, es moral todo lo que contribuye al triunfo de la revolución. Es inmoral y criminal cuanto se opone a ella.»

Los artículos teóricos y los escritos políticos de Tkachov, el *Catecismo* secreto del revolucionario, el manifiesto *Joven Rusia* no podían beneficiarse por su propia naturaleza de una extensa audiencia. Quienes poseían o difundían ejemplares caían bajo el peso de la ley. Pero las ideas que contenían, el proyecto del «hombre nuevo», contaminarían todo el Imperio ruso por medio de una novela, la más influyente sin duda de la literatura rusa, por no decir mundial. Todo resulta sorprendente en la novela *¿Qué hacer?* de N. G. Chernishevski. Escrita en la fortaleza Pedro y Pablo, donde el autor estaba encarcelado en 1862, y autorizada por la censura, apareció en 1863. La actitud del censor carecía de lógica: la novela le pareció demasiado mala para encontrar lectores. En efecto, es rematadamente mala. Pero ¿qué importaba? En definitiva, no se trataba tanto de literatura como de ideología. La noción de *good bad books* —buenos libros malos— fue introducida por J. K. Chesterton. Cuando Orwell emprendió el estudio de esta clase de literatura y se preguntó quién, de Conan Doyle a George Meredith,

había sufrido mejor la prueba del tiempo, citó como ejemplo de *good bad boock* la novela de Beecher-Stowe *La cabaña del tío Tom*.[15] La influencia de esta novela que muchos contemporáneos consideraron una de las causas de la Guerra de Secesión, fue inversamente proporcional a sus méritos literarios. Pero la novela de Chernishevski produjo un impacto más fuerte sobre la sociedad rusa, y a partir de ahí sobre la historia mundial.

El propio título de la novela plantea la gran pregunta que hasta 1917 definió el lugar de todo individuo en la sociedad rusa. Pregunta a la que Tkachov respondió: hay que hacer la revolución. En 1903, en un libro titulado asimismo *¿Qué hacer?*, Lenin formuló por su cuenta esta misma pregunta, si bien añadió que convenía crear primeramente una organización de revolucionarios profesionales. Y cuando el excelente escritor V. Rozánov, poco dispuesto a someterse a los fenómenos de moda, declaró que a la pregunta «¿qué hacer?» daba dos repuestas: en verano, recoger bayas y hacer confituras y en invierno, degustarlas bebiendo té, fue puesto inmediatamente en cuarentena y rechazado por la opinión pública.

El héroe de la novela de Chernishevski es sin duda alguna el elemento más sorprendente, que explica por sí solo el impacto y el éxito. *¿Qué hacer?* lleva como subtítulo: *Retratos de hombres nuevos*. Venía a ser, en cierta manera, una crónica familiar. Pero el héroe, Rajmetov, aparece fuera del asunto. Encarna el representante de la nueva jerarquía revolucionaria y, por tanto, humana. Personajes principales de la novela son «hombres nuevos» porque poseen cualidades que les distinguen de los contemporáneos del autor; enteramente volcados a la causa revolucionaria, rechazan la moral burguesa. Pero por muy lejanos que estén del común de los mortales, se hallan todavía dominados por Rajmetov, el «superhombre nuevo», el héroe, el guía. Inclusive antes de introducirle en su novela, Chernishevski proclama: «Existen pocos hombres del temple de Rajmetov; hasta el presente no he encontrado más que ocho especímenes de esta raza.»[16] Rajmetov representa un tipo superior de individuos; es el primer *homo sovieticus*. Con aquella raza soñaban Tkachov y Nechaíev cuando concebían su proyecto revolucionario ideal.

Rajmetov no vive más que para la revolución. Reniega por ella de sus parientes, rechaza el amor de una mujer, renuncia a la amistad; es su único objetivo, su única pasión. Se distingue de los demás por la alta opinión que tiene de sí mismo. Sabe que la revolución necesita de él. Así es que se entrena y hace acopio de fuerzas, físicamente con la práctica del deporte; intelectualmente, leyendo (aunque tan sólo obras «útiles»), y «se endurece» durmiendo sobre clavos, detalle éste que causa gran impresión en las jóvenes generaciones.

Pero la más sorprendente particularidad de este personaje es

el «aspecto dialéctico» de su comportamiento. Entre el número de los principios que rigen su vida se encuentra éste: no procurarse ningún lujo en la alimentación y no gastar dinero en aquello de lo que se puede prescindir. Así es que no compra nunca pan blanco, azúcar o fruta. En cambio, cuando le invitan come «con placer numerosos manjares que rechaza en su casa». Se comprende, pues lo que come en casa ajena no le cuesta nada. Llega a rechazar, sin embargo, lo que le ofrecen en nombre de un principio que mantiene (tiene principios para todo): «Lo que come el pueblo llano, aun en contadas ocasiones, puedo permitírmelo. Pero no debo comer aquello a lo que no tiene acceso.» En consecuencia, si servían frutas, no dejaba de comer manzanas, pero rechazaba los albaricoques. Comía naranjas en San Petersburgo, pero renunciaba a ellas en provincias.[17] Como se comprueba, las reglas y leyes por las que se regía Rajmetov, ideal del revolucionario ruso, modelo del «hombre nuevo», «sal de la tierra» —para utilizar la expresión de Chernishevski— eran diabólicamente sutiles y dialécticas.

Quince años después de la aparición de *¿Qué hacer?*, a la sazón ya prohibida, Turguéniev escribió un poema en prosa, *El umbral.* Demostró que la masa de intelectuales había integrado completamente el modelo del «hombre nuevo» propuesto por Rajmetov. Una muchacha está en el umbral y decide, finalmente, consagrarse a la acción revolucionaria. Una voz misteriosa le enumera las pruebas que la esperan y le pregunta si está dispuesta a afrontarlas: «¿Sabes que conocerás el frío, el hambre, el odio, las burlas, el desprecio, las vejaciones, la cárcel, la enfermedad e incluso la muerte?» «Lo sé», responde la futura revolucionaria. Acepta de antemano «el aislamiento, la más completa de las soledades»; romperá si es preciso con su familia, abandonará a sus amigos. Y la voz vuelve a preguntar: «¿Aceptarías cometer un crimen?» «Sí —responde la muchacha—, incluso un crimen.»

El poema termina con estas palabras: «¡Una idiota!, dicen unos. ¡Una santa!, proclaman otros.»[18]

La mayoría se inclina por la santa. Dostoievski formula entonces esta pregunta, inmediatamente calificada como reaccionaria: «¿De dónde sacáis que se puede y, sobre todo, que *es preciso* transformar al hombre de tal manera?»[19]

Pero las preguntas y las prevenciones son impotentes para quebrantar la seguridad de la *intelligentsia* rusa. «¡Que muera la verdad si su desaparición puede permitir que el pueblo viva mejor y sea más feliz!» Tal es —escribe N. Berdiáev— la gran ley moral de la *intelligentsia.*[20] La seguridad de los intelectuales se fundamenta en la ciencia y sus divinidades: los materialistas ateos Vogt, Büchner, Malechott. «*Fuerza y materia* de Büchner —cuenta un cronista de la época— nos llegó un buen día como una bomba... Las ideas de Büchner y Feuerbach inflamaron la inteligencia

rusa y los esfuerzos tardíos de la reacción fueron impotentes para devolver la sociedad a sus ingenuas creencias.» [21]

El marxismo apareció en Rusia a finales del siglo XIX en un terreno muy abonado. La más perfecta encarnación del radicalismo de los intelectuales rusos, Lenin tenía fe en la ciencia mucho antes de ser marxista. Sus biógrafos oficiales revisaron más tarde y muy cuidadosamente su genealogía para conservar tan sólo a sus antepasados «nobles», y en especial a Chernishevski. No cabe la menor duda que la novela *¿Qué hacer?* representó un papel esencial en la formación de Lenin, según reconoció él mismo: «Labró mi espíritu en profundidad.» [22] Pero no menos determinante resultó la influencia de algunos revolucionarios cuyos nombres fueron borrados en el transcurso de los años treinta del panteón de los padres de Octubre, en primer lugar, Tkachov y Necháiev.

En sus obras, Lenin no hace directa alusión a los guías de la juventud rusa de la segunda mitad de los años sesenta. Pero los primeros historiadores del bolchevismo no vacilaron en mencionar a esos grandes predecesores. «En las previsiones proféticas de Tkachov sentíamos sobre nosotros el ojo del bolchevismo», escribió M. Prokovski.[23] Bronch-Bruévich, amigo y colaborador de Lenin, recordó la afinidad entre éste y Chernishevski a Lenin y añadió: «Después de Chernishevski, Vladímir Ilich estimaba particularmente a Tkachov, que aconsejaba a todos leer y estudiar.» [24]

La aportación de Serguéi Necháiev al tesoro de ideas de Lenin fue esencialmente táctica. Un investigador soviético, especialmente dedicado a Necháiev, afirmó en 1926: «Necháiev había abierto una vía que conducía con toda seguridad al triunfo de la revolución, y lo que no pudo efectuar en su tiempo, lo realizaron muchos años después los bolcheviques aplicando bastantes de sus principios tácticos.» [25] Bonch-Bruévich informó que Lenin «meditaba con frecuencia sobre las proclamas de Necháiev» y se indignaba por el hábil giro que «los reaccionarios le habían dado por medio de Dostoievski y su novela *Los demonios*», repugnante pero genial. Lenin situaba a mucha altura el «gran talento organizativo» de Necháiev y su «sentido de la conspiración». Pero estaba mayormente fascinado, insistía Bronch-Bruévich, por el arte con que Necháiev «deslizaba en su pensamiento fórmulas de choque que se grababan para siempre en la memoria». Los investigadores que trabajan en el lenguaje utilizado por Lenin no prestan atención alguna a este modelo estilístico, que sin embargo resulta capital. El líder revolucionario se sentía maravillado por la respuesta dada por Necháiev a la pregunta: «¿A quién de la Casa real hay que liquidar?» Necháiev —subraya Lenin— da la contestación adecuada: «¡A toda la gran letanía!» (La «gran letanía» era la plegaria dirigida a Dios por la familia imperial.) «La cosa está muy clara —se expresa Le-

nin, fascinado— para cualquier lector, por sencillo que sea: hay que exterminar la Casa de los Románov.» [26] La consigna dada por Lenin en vísperas de la Revolución de Octubre: «¡Saquear a los ladrones!», consigna clara, de fácil comprensión y, por ello, la más popular, estaba concebida según el «método Necháiev».

Lenin acogió el marxismo como la «ciencia de ciencias, como una filosofía que llamaba a la transformación del mundo y formulaba las leyes de dicha transformación, así como la del género humano. La definición «el ser determina la conciencia» era un primer paso hacia la creación de un hombre nuevo. Bastaría transformar el ser y construir el socialismo, liquidando de paso no sólo «la gran letanía, el partido imperial» sino a todas las clases enemigas. El adversario quedaba así designado, y aunque permaneciera bastante abstracto, estaba condenado por las leyes de la historia.

CAPÍTULO III

«*Homo sovieticus sum*»

> El Partido comunista de la URSS, hoy como ayer, considera la formación del hombre nuevo como un componente esencial del edificio comunista en construcción.
>
> M. SÚSLOV

En la Unión Soviética, los estudiantes de medicina comienzan sus estudios de latín por esta frase: *Homo sovieticus sum.* Los futuros médicos aprenden, pues, que existen dos tipos humanos: el *Homo sapiens* y el *homo sovieticus.*

La afirmación repetida de dicha diferencia constituye una de las grandes particularidades del sistema soviético. Si cada nación lleva en sí el sentimiento de la propia superioridad, la Unión Soviética es única en su pretensión de crear un nuevo género humano. Los nazis, que dividían la humanidad entre los arios y los demás, se fundamentaban en la noción intangible de «raza». Desde su punto de vista, se trataba de una categoría absoluta: se era ario o no se era. Los bolcheviques partieron de idéntico principio, si bien para la selección del elemento humano tuvieron como criterio no menos intangible el medio familiar y social del individuo. Los orígenes proletarios fueron así la mejor garantía para obtener una situación privilegiada en la jerarquía social instaurada después de la Revolución. Al igual que el «no ario» llevaba en la Alemania nazi aquella marca de infamia durante toda su vida y la transmitía a sus hijos, en la República soviética el individuo no podía librarse de una extracción «no proletaria» (su única solución era la huida, escondiendo sus orígenes). Con el candor del fanático persuadido de su buen derecho, un responsable de la policía política, la Vecheka, explicaba en 1918 a sus subordinados: «No combatimos a los individuos; aniquilamos la burguesía como clase.» [1]

A medida que se instauró el sistema soviético y se liquidaron los «impuros», el proletario perdió sus privilegios y se llegó a la formación de dos categorías: un grupo de líderes en posesión de todas las cualidades del hombre soviético y una masa de individuos, iguales en cuanto a todas sus imperfecciones y su deseo de librarse de sus «impurezas».

En las obras históricas, las novelas de espionaje y los informes políticos y económicos, es tradicional evocar los «misterios» de la Unión Soviética. Con la máxima frecuencia, los citados trabajos soslayan el problema del hombre soviético que, en un sistema engendrado por él y para él, representa un fenómeno desconocido en la historia. Sin embargo, el «hombre soviético» explica que, aplicando en la Unión Soviética el método analógico, no pueda ofrecer resultados satisfactorios. De igual manera, se revelan insuficientes las categorías tradicionales: Imperio ruso-imperio soviético, eslavófilos-occidentalistas, derecha-izquierda, progresión-regresión, crisis económica-modernización. A nadie se le ocurriría la idea de estudiar la Inglaterra moderna fundamentándose en el desenlace de la guera de las Dos Rosas, pero son pocos los sovietólogos que dejan de evocar el yugo tártaro o el reinado de Iván el Terrible.

Los primeros en recurrir a la analogía son los escritores, poetas y pensadores rusos, llevados por su afán de ver Octubre como la continuación lógica, aunque turbulenta, de la historia rusa. No deja de resultar natural que, confrontados con la realidad de aquel terrible cataclismo, buscaran sus causas en el pasado del pueblo y del país. Descubrieron así, sin gran esfuerzo, a los antepasados rusos de la Revolución. El poeta Maximilián Voloshin expresó de una manera magnífica un sentimiento muy extendido en el seno de la intelectualidad y encontró rasgos familiares en el rostro terrible de la Revolución. «¿Qué ha cambiado? Los signos y las cabezas. Por todos los caminos sopla idéntica tempestad: los autócratas y los comisarios tienen el talento; los revolucionarios y los zares, el impulso.» [2]

Pero Revolución como un fenómeno exclusivamente ruso lleva a negar lo esencial: la actividad desplegada para transformar los hombres. Bertrand Russell fue uno de los primeros en prestar la atención requerida a dicho aspecto. En 1920 llegó a la joven República soviética, y con gran horror se encontró en plena utopía platónica: «Todo el mal deriva de la visión del mundo de los bolcheviques, de su dogmatismo vengativo y de su convicción de que se puede transformar por la fuerza la naturaleza humana...» Y el filósofo predijo: «Equivale para el mundo la promesa de muchos siglos de tinieblas impenetrables y de inútiles violencias...» [3] Nikolái Berdiáev sostuvo en sus trabajos de los años treinta y cuarenta la tesis de un «comunismo ruso», y fue en gran parte

responsable de su impacto. Pero en un libro escrito poco después de su expulsión de la URSS, y lleno de impresiones frescas sobre el nuevo mundo en construcción, el filósofo ruso evoca la aparición de un «nuevo tipo antropológico», de un hombre nuevo y joven, internacional y específicamente ruso. «Los hijos y nietos de estos jóvenes —profetiza— darán ya la impresión de sólidos burgueses, de amos de la vida. Estos señores se abrirán un camino hasta los primeros puestos por intermedio de la Cheka, procediendo a innumerables ejecuciones... La figura más inquietante en la Rusia de hoy no es la del viejo comunista, llamado a desaparecer, sino la de este hombre joven y nuevo...» [4]

Desde entonces se trabaja sin pausa en la creación de hombres nuevos. Cincuenta años después de la predicción de Berdiáev, el redactor jefe de *Pravda* recuerda que la tarea sigue siendo la misma: «El educador actúa sobre los sentimientos y el intelecto del hombre, comunicando e introduciendo en su conciencia una información que tiene por contenido la ideología socialista; actúa de tal manera que le conduce en sus asuntos corrientes y en sus acciones.» [5] El redactor jefe del órgano de prensa central del PC soviético, miembro correspondiente de la Academia de Ciencias y del estado mayor ideológico, repitió así, en 1975 y en serio, lo que un campeón de la burocracia, fanático del sistema soviético, proclamaba en una narración satírica de Andréi Platónov: «... El hombre no tiene tiempo para una denominada vida privada, que en lo sucesivo será reemplazada por actividades de utilidad pública y dependientes del Estado. El Estado se ha convertido en su alma.» [6]

El modelo del Hombre Nuevo existía bastante antes de la Revolución. En las obras de los ideólogos soviéticos o en los cuadernos de notas de los extranjeros que, conducidos por guías aleccionados, visitan el primer Estado socialista del mundo, se encuentran retratos de ese ser, para unos en gestación y para otros ya creado. Durante una estancia en la República de los soviets, en 1923, el periodista norteamericano Albert Rhys Williams llegó a la conclusión de que la Revolución de Octubre había «hecho inútil la vuelta de Cristo a la Tierra», y descubrió que la moral soviética estaba fundamentada en el colectivismo: «Actúan colectivamente y se someten a la razón colectiva del Partido sin que su libertad individual se encuentre disminuida en lo más mínimo.» [7] Como se comprueba, el periodista norteamericano manejaba perfectamente el arma más eficaz del marxismo: la dialéctica. Para él, en efecto, la sumisión a la razón colectiva no alteraba en nada la libertad individual. Orwell reveló el sentido profundo de dicha dialéctica con la fórmula «La esclavitud es la libertad».

Los autores del libro *Los soviéticos* exponen en su introducción la lista de las cualidades precisas del *homo sovieticus*: «La

primera gran cualidad del hombre soviético es su espíritu de partido, su adhesión sin reserva a los ideales comunistas..., sea o no miembro del PCUS; su espíritu de partido se manifiesta en toda su concepción del mundo, en la visión muy precisa que posee del ideal al que se entrega por entero.» El colectivo de autores no ahorra precisión y describe con los mínimos detalles el fruto de la transformación efectuada sobre el material humano en el curso de decenios: «Nuestra tarea es muy delicada: ¿cómo caracterizar al hombre nuevo?... Nos faltan las palabras, puesto que no puede materializarse en fórmulas... Pero podemos relatar dos o tres rasgos característicos del *homo sovieticus*... Es ante todo un "hombre de trabajo"... Es "hombre de colectivo"... Un hombre dedicado por entero a su patria socialista multinacional... Un hombre responsable en todo. Siente que le conciernen todas las cosas del mundo, se trate de acontecimientos a escala planetaria o de la vida de sus vecinos de rellano. Es hombre de ideas elevadas... Es el campeón de las grandes ideas de Octubre... Es hombre de armonioso desarrollo... El Estado se fía de él y él tiene conciencia de ello y siente esta preocupación en todos los campos. Sus hijos van a la escuela o al jardín de infancia; sus padres están cuidados por los mejores médicos; acaba de obtener, incluso, un nuevo piso... Las ciudades crecen, los parques verdean, salen al mercado nuevos productos, los científicos se preocupan por la pureza del aire; todo es para él, el hombre soviético; todo gratuitamente o por una módica cantidad. El cuidado que el Estado le dedica es visible, concreto. Sus camaradas, elegidos por él para ocupar diferentes órganos del poder, rigen los asuntos de Estado; él sabe que todo se hace en su nombre y para su bien.» [8]

Una vez despojado del mínimo adorno publicitario (el Estado soviético ofrece todo gratuitamente —o casi— a sus ciudadanos), la descripción corresponde perfectamente con la de Alexandr Zinóviev en la novela satírica *Homo Sovieticus*. En la versión oficial, el hombre soviético no vive más que para el trabajo; experimenta una devoción sin límites a su patria y se siente miembro pleno del colectivo; nada escapa a su beneficiosa atención, y el Estado toma a su cargo los problemas que puedan planteársele. Por su parte, Alexandr Zinóviev escribió: «El *homocus* está acostumbrado a vivir en condiciones relativamente malas, dispuesto a afrontar dificultades; espera siempre lo peor y se somete con docilidad a las decisiones del poder (...). El *homocus* trata de dificultar la acción de quienes infringen las reglas comunes de conducta (...). Sostiene plenamente a sus dirigentes puesto que su conciencia se identifica con los modelos de la ideología oficial, y se siente responsable de su país considerándolo un todo, y está dispuesto a hacer sacrificios y a obligar a los demás a sacrificarse.» [9]

No sorprende en absoluto que estén de acuerdo los responsa-

bles de la propaganda oficial y el escritor satírico: trazan el retrato del hombre soviético ideal y enumeran sus cualidades con sus diversas gradaciones y cuidadosamente cultivadas en todos los habitantes del «socialismo maduro». En 1927, en un trabajo titulado *Fundamentos del comportamiento humano*, un psicólogo, el profesor Sávich, definió la Revolución como un proceso de «relajación» que permitía al hombre librarse de sus adquisiciones culturales. Al hacer la crítica de este «sabio burgués», L. Averbach, uno de los más destacados escritores proletarios, admitía sin embargo que «Sávich había llegado al fondo del problema de la revolución cultural», que «no aspira más que a una cosa: transformar el material humano» y crear «su propio tipo humano, un hombre nuevo». En el curso de este proceso se produce la «relajación», el abandono de los viejos sentimientos y «la primera adquisición de los sentimientos socialistas».[10]

De gran influencia en los años veinte, el filósofo marxista A. Deborin aportó un fundamento teórico al proyecto de creación de un hombre nuevo. «Las ideas socialistas pueden convertirse en sentimientos en la medida que dominen nuestro pensamiento.» Transforman entonces «al ser humano y su psiquismo en toda su complejidad».[11]

Sea cual fuere el punto de vista que se adopte para su examen, la historia de la Unión Soviética puede resumirse en la historia de la formación del hombre soviético, es decir, en la creación de las condiciones específicas en las que el hombre deja de comportarse, pensar y sentirse como antes de la Revolución o como continúa haciendo el *Homo sapiens* en vías de extinción. Poco a poco, las nuevas generaciones «aumentan su reserva de sentimientos socialistas» y terminan por ver la norma única en el nuevo estado de cosas. En los años cincuenta, el escritor polaco Stanislas Lem, especialista en ciencia ficción, situó una de sus naracciones en un planeta lejano cuyos habitantes, sosias de los hombres, se ven obligados por el régimen en vigor a vivir en el agua e incluso bajo ella. Su único medio de contacto es el «glugutamiento». La propaganda oficial no ahorra esfuerzos para convencerles de que la humedad es lo mejor del mundo. El hecho de respirar de vez en cuando —los habitantes del planeta se ven obligados a ello, pese a todo— está considerado casi como un crimen político. La población entera sufre reumatismo y sueña con vivir en seco siquiera un instante. Pero la propaganda afirma que la forma de vida acuática —y más concretamente la respiración bajo el agua— es ideal y el objetivo que todos tienen que alcanzar.

Han transcurrido muchos años desde la creación de la Unión Soviética, el «medio» ha cambiado y los hombres también. La emigración de los años setenta llevó a Occidente a los primeros hijos del Nuevo Mundo. Si los emigrados del período revolucio-

nario abandonaban su país para siempre, el hecho de franquear la frontera no implicaba un cambio de civilización. La segunda oleada de emigrados (que coincidió con los años de la guerra) estaba compuesta de individuos que habían respirado la atmósfera soviética durante casi un cuarto de siglo, plazo dilatado pero insuficiente para una transformación «definitiva». Pero la tercera emigración ya no conoció más que el «medio» soviético. El protagonista de una novela cómica escrita a principio de los años treinta descubre un día con estupefacción que cada ciudadano soporta una columna de aire de doscientos catorce kilos. Es muy pesada. «¡Imaginad —exclama el personaje— doscientos catorce kilos que pesan sobre nosotros las veinticuatro horas y, sobre todo, por la noche!» [12] Pero la atmósfera soviética pesa todo el día. Esto no significa que los emigrados de los años setenta encarnen al hombre soviético. A fin de cuentas, su deseo de marcharse, de abandonar el país, atestigua las imperfecciones de la educación soviética. Sin embargo, la confrontación de esos ex ciudadanos de la URSS con el mundo no soviético reveló inmediatamente ciertas diferencias de mentalidad, dos concepciones del mundo. Hace poco menos de un siglo, en 1890, el humorista ruso Leikin escribió un libro titulado *Los nuestros en el extranjero.* Relataba el viaje a París de los esposos Nikolái Ivánovich y Glafira Semiónova Ivánovna, su esposa, y su regreso a Rusia. El joven comerciante y su mujer dejaban su provincia para dirigirse a la Exposición Universal que se celebraba en la capital francesa. *Los nuestros en el extranjero* tuvo en Rusia un éxito extraordinario. El público se burlaba de aquellos dos pasajeros como se había burlado de *Inocentes de viaje*, de Mark Twain, en la que Leikin se había inspirado.

Nikolái Leikin y Mark Twain describen una situación «normal» de individuos que se encuentran en un país extranjero del que ignoran la lengua y las costumbres. Pero al atravesar la frontera, los héroes de Twain y Leikin siguen dentro de los límites de su civilización. Glafira Ivánovna se sorprende de que en los hoteles parisienses no se ofrezca por la noche el samovar a los clientes, y Nikolái Ivánovich se queja de las raciones (demasiado escasas para su apetito) que sirven en los restaurantes de la capital francesa. Pero la posibilidad de viajar al extranjero, la facilidad con que convierte sus rublos en francos y el libre acceso a los productos de toda especie le parecen perfectamente naturales. Para los soviéticos, en cambio, la abundancia de bienes, las posibilidades de opción, la autonomía para desplazarse, las relaciones entre el poder y los ciudadanos, las peculiares formas de libertad y de ausencia de ésta son otros tantos fenómenos extraños, incomprensibles y espantosos. Dos civilizaciones se encuentran: una terrestre, otra extraterrestre, y se proclaman ideales, atribuyéndose la coronación de la historia humana.

El destino de numerosos prisioneros de guerra soviéticos suministra un ejemplo trágico de la incompatibilidad de ambas civilizaciones. Al liberarles los aliados de los campos alemanes, muchos se negaron a volver a su país. Más de dos millones fueron entregados a las autoridades soviéticas por los ingleses y los norteamericanos.[13] Los aliados no podían comprender la razón de que aquellos soldados y oficiales soviéticos se negaran a volver. Los ex prisioneros sabían perfectamente que en el mejor de los casos les esperaba un nuevo campo. Pero la mentalidad inglesa o norteamericana no podía «integrar» esta realidad. Por su parte, las autoridades soviéticas, que habían liberado a bastantes millares de soldados aliados de los campos alemanes, encontraban sorprendente que estos ex prisioneros fueran acogidos en sus países (Inglaterra, Francia, EE. UU.) como héroes.

Este «encuentro en la tercera fase» provocado por la llegada al mundo occidental hace más urgente que nunca el estudio de la transformación del individuo en hombre nuevo, en *homo sovieticus*. Conviene saber si el proceso de «refundición del material humano» emprendido en la URSS hace casi setenta años, es universal y puede extenderse a otros países y otros continentes.

SEGUNDA PARTE

Los vectores

Vuela, vuela, locomotora.
Destino: la Comuna.

(Canción)

En toda la historia, jamás se había intentado producir «hombres nuevos» sobre «una base rigurosamente científica». A su llegada al poder, el partido de Lenin tenía tan sólo una idea general de las acciones que precisaría emprender. Carecía de un plan rigurosamente elaborado, pero el gran objetivo y los medios que permitían alcanzarlo estaban presentes. El estudio de la URSS revela en la actualidad un sistema en aquello que para los contemporáneos de la Revolución no era más que una serie de actos ocasionales, desorganizados y caóticos.

El sistema de formación del hombre soviético se compone de diferentes impulsos o vectores que, juzgados a primera vista, cambian con el tiempo. Como hemos comprobado, el modelo del hombre nuevo no era el mismo antes de la Revolución, en los años cuarenta y en los ochenta. Una observadora muy atenta del mundo soviético, Nadiezhda Mandelstam, percibe una evolución en el aspecto exterior y en el transcurso de los decenios del «tipo físico del hombre de Estado»,[1] del guía, del modelo. Pero al igual que la aguja de una brújula vuelve siempre al Norte, también las modificaciones sufridas por los vectores no son, en definitiva, más que variantes de la línea general, algunos meandros de la corriente principal. El objetivo permanece inmutable.

El ser y la conciencia constituyen los dos vectores portadores. Según Marx, la transformación del ser significará de manera automática o casi automática —si es preciso se forzarán un poco las cosas— la transformación de la conciencia. «Los científicos marxistas —escribió un discípulo de Marx— descubren en el ser humano una plasticidad mayor de lo que se suponía...» [2] La transformación del «ser» implica, sobre todo, la demolición del antiguo sistema social, económico y estatal. La sociedad es el primer objetivo y por ello sufre los ataques más violentos.

Las relaciones humanas que forman el tejido social se convierten así en un blanco privilegiado: se ataca la religión, la familia, la memoria histórica y la lengua. La sociedad es atomizada de una manera sistemática y metódica, de tal manera que el hombre se vea privado de los vínculos por él escogidos, en provecho de otros esta-

blecidos para él y aprobados por el Estado. El hombre se encuentra así absolutamente solo ante el leviatán del Estado. No le queda otro recurso, pues, que «fundirse en el colectivo», transformarse en una «gota en la masa» si desea salvarse de una soledad que le aterroriza.

La *infantilización* del hombre soviético se convierte así en un medio esencial de remodelar la conciencia.



Capítulo primero

La infantilización

> Les probaremos que son débiles, que no son más que unos detestables niños, pero que la felicidad pueril es la más deliciosa.
>
> F. Dostoievski

Las divergencias comprobadas en la evaluación del grado de acabado del hombre soviético son parte integrante de un muy agitado debate acerca de la ideología como instrumento de transformación de las conciencias en los países del «socialismo real». El carácter escolástico de las discusiones —¿«creen verdaderamente» en el «discurso ideológico» los hombres que pueblan la zona del «socialismo real» y que constituyen un tercio de la humanidad?— tiene un doble origen. De una parte, numerosos expertos occidentales o antiguos comunistas autores de *Memorias* no dejan de llorar por el tiempo del entusiasmo revolucionario, la época en que nada (más que millones de víctimas) ensombrecía la esperanza de «los mañanas que cantan». Por otra parte, existe una penuria de obras que estudian la acción sobre el cerebro humano, a lo largo de decenios, de una intoxicación todopoderosa reforzada, además, por el poder absoluto sobre todos los medios de comunicación.

¿Es posible culpar sólo al azar de que psicólogos, fisiólogos y médicos de todas las especialidades hayan estudiado las reacciones de los presos de los campos de concentración nazis y que nadie se haya ocupado del caso de los detenidos soviéticos? Los psiquiatras norteamericanos han reflexionado sobre las consecuencias de los «lavados de cerebro» sufridos por los soldados y los oficiales en los campos norcoreanos y vietnamitas. Los resultados de sus investigaciones resultan elocuentes. Tras haber examinado muchos centenares de casos, el doctor Robert J. Lifton llegó a la siguiente conclusión: «El lavado de cerebro sufrido por los prisioneros de

los campos de Corea tendía a destruir su antigua individualidad y a crearla de nuevo según las categorías de la ideología comunista. En cierta manera, se trataba de un proceso de muerte y renacimiento. Y aunque pocos salieron de los campos transformados en comunistas fervorosos, todos llevan para siempre la marca de lo vivido.»[1] El doctor Lifton destaca un hecho de importancia capital: el «lavado de cerebro» y sus métodos dejaron también huellas en aquellos a quienes denomina «resistentes aparentes», es decir, aquellos que parecían rehusar el sometimiento a la intoxicación. El estudio del doctor Lifton demuestra que al cabo de cierto tiempo produce su efecto aquello que les metieron en la cabeza, un poco como si se tratara de una bomba de acción retardada.[2]

Se imagina así fácilmente el resultado de la «educación» y la «reeducación» impuestas a los ciudadanos soviéticos, que sufren ese «lavado de cerebro» desde el día de su nacimiento y que son constantemente bombardeados por los «medios de propaganda y agitación de masas».[3] El remodelado de las mentalidades resulta particularmente eficaz en el terreno aislado de un país aislado del resto del mundo por una frontera bien cerrada. Los habitantes de la zona soviética (no se debe a la casualidad que los detenidos denominen los campos «la pequeña zona», referencia a la «gran zona», es decir, el mundo soviético que se extiende al otro lado de las alambradas) están sometidos desde los primeros días de la Revolución a un estrés particularmente penoso: no existe estudio alguno que permita medir la amplitud de los daños causados en el organismo humano por ese estrés constante a que dan lugar el miedo, la crónica penuria de productos de consumo corriente, las inevitables colas, la pequeñez de las viviendas, la pesadilla de los medios de transporte, las innumerables prohibiciones, la necesidad de transgredirlas y, finalmente, el perpetuo sentimiento de vivir aislados del resto del mundo.

En el transcurso de los años setenta, el vocablo estrés se puso de moda. La prensa soviética subrayó sus estragos en «las sociedades de tipo capitalista, desgarradas por las contradicciones económicas y sociales».[4] «De manera paralela, los genetistas soviéticos, autorizados finalmente tras largos años de prohibición, a estudiar una ciencia condenada por "burguesa" durante el período staliniano, advirtieron la acción benéfica de cierto estrés, que ayudaban a fijar e integrar las transformaciones hereditarias.»[5]

La Unión Soviética se presenta como un inmenso gueto cuyos habitantes experimentan un «remodelado» tendente a desarrollar en ellos las cualidades de adaptación necesarias para su supervivencia en ese gueto. Semión Gluzman, psiquiatra soviético condenado a siete años de campo de concentración, seguidos de largos años de relegación por haber denunciado los métodos de la psiquiatría

represiva, aprovechó su estancia tras las alambradas para estudiar el psiquismo de sus codetenidos. Descubrió particularmente entre los presos políticos encerrados durante veinte o veinticinco años un fenómeno característico que denominó «el miedo a la libertad». El psiquiatra subraya que afecta sobre todo a los detenidos que siguen fieles en el campo a sus ideas, es decir, que conservan opiniones «no conformes». Los presos comunes, incluso los condenados a penas largas, esperan con ansiedad el día de su salida. Semión Gluzman lo explica por el hecho de que los condenados comunes, extremadamente «conformistas» en el campo, saben que no encontrarán, pasadas las alambradas, normas morales y psicológicas diferentes. Los políticos, por su parte, no ignoran que la vida en libertad implica forzosamente, y en relación con la que conocen en el campo, una deducción considerable de *a*) su libertad interior, *b*) sus posibilidades de defender su dignidad contra las agresiones de las instituciones sociales.[6]

Gluzman extrae de sus observaciones la siguiente conclusión: los detenidos políticos viven en el campo un clima político psicológicamente sano, en un grupo que concede el primer puesto a los valores espirituales y morales. Su miedo a la libertad es un temor de individuos psicológicamente sanos que temen encontrar una sociedad enferma.

La psiquiatría soviética tiene calificada oficialmente la «disidencia» de enfermedad mental: parte del principio de que la sociedad es sana, y considera como enfermas a las gentes lo bastante «locas» como para no encontrarla ideal. Este juicio resulta perfectamente lógico por parte de especialistas en el «lavado de cerebro». Los disidentes no son otra cosa que el desecho de la sociedad, «defectuosos» que han rehusado rendir sus armas, prefiriendo preservar su individualidad. No han llegado a «amar su esclavitud».

El autor de la primera historia marxista de la literatura soviética formula de manera muy elocuente los criterios de «salud» y «enfermedad» que rigen el Nuevo Mundo en construcción: «La Revolución viene obligada a olvidar por largo tiempo el fin en provecho de los medios, de alejar sus sueños de libertad con objeto de no debilitar la disciplina.»[7] Es indispensable —exige el crítico— «crear un nuevo *pathos* para una nueva esclavitud», aprender a «amar nuestras cadenas hasta que nos parezcan los tiernos brazos de una madre».[8]

La novela de Orwell termina con estas palabras: «Había obtenido la victoria sobre sí mismo. Amaba al Gran Hermano.» En *Nosotros*, la novela de Zamiatin que inspiró a Orwell para su *1984*, aquel a quien aprende a querer el héroe (en otro tiempo seducido por la libertad, pero comprendiendo al final que no sirve para nada), se llama el Benefactor. En un instante de desesperación, antes de sacrificar al Benefactor la mujer de su vida, aquel habi-

tante del Estado único ideal expresa dolorosamente su sueño imposible: «Si por lo menos tuviera una madre como los antiguos. ¡Una madre mía!...» [9] Pero el ciudadano del Estado único, que lleva por todo nombre un número, no tiene padre ni madre. Al igual que los demás tiene al Benefactor, como los habitantes de la Oceania de Orwell tienen al Gran Hermano. El Estado reemplaza a la familia, el Benefactor-Gran Hermano ha ocupado el puesto de los padres. Zamiatin se extiende hasta la orilla de la metáfora: su Benefactor es el Gran Sacerdote que ejecuta personalmente a aquellos que infringen las leyes del Estado único, el Padre que castiga a los niños desobedientes. El retrato del Benefactor no permite abrigar duda alguna sobre el modelo en que se ha inspirado el autor: «Un hombre calvo como Lenin estaba sentado ante mí...» [10] Es, en efecto, el retrato de Lenin.

En abril de 1918, Lenin reveló las grandes líneas de su programa: «Nosotros, el Partido bolchevique, hemos *convencido* a Rusia. *Tras una gran lucha* hemos *arrebatado* Rusia a los ricos para entregársela a los pobres, se la hemos quitado a los explotadores para dársela a los trabajadores. Ahora tenemos que *dirigirla.*» [11] El Partido —su guía— se erige en líder, en Padre omnisciente, para conducir al pueblo, Rusia, a su paraíso.

Lenin establece una distinción muy precisa: existen «ellos» y «nosotros». Nosotros, el Partido, tenemos que dirigirlos a «ellos», la masa. Somos los padres y ellos no son más que niños. La «refundición del material humano» pasa por la infantilización del individuo. En el país en marcha hacia el gran objetivo —un país pasado de un salto del «reino de la necesidad» al de la «libertad»— aparece un sistema jerárquico extremadamente complejo, una nueva pirámide de privilegios. La principal línea de demarcación sigue siendo, empero, aquella que separa a los dirigentes —que son los que saben dónde van y dirigen la danza— de los «dirigidos», es decir, los ignorantes, aquellos a los que hay que abrir los ojos. El individuo se convierte en un niño y el Estado, en el sustituto de los padres y los familiares. De acuerdo con ello, se toman como referencia ideal personajes literarios o entusiastas de la nueva fe elevados al rango de mitos, tales como Liubov Yárova [12] o Pávlik Morózov,[13] que sacrifican los lazos de sangre a su Padre espiritual.

Bruno Bettelheim, psiquiatra y psicólogo, describe fundándose en su propia experiencia de preso en Dachau y Buchenwald, el «comportamiento del indivduo y la masa en situaciones extremas» —detenciones, interrogatorios, torturas, estancias en campos—, y llega a la conclusión de que su objetivo es «imponer a los presos un comportamiento infantil»,[14] «acelerar su transformación de adultos en dóciles niños».[15]

En apariencia, Bruno Bettelheim no sospecha siquiera un ins-

tante que, al analizar los comportamientos de los verdugos y las víctimas de un campo de concentración alemán, describe las grandes etapas de la transformación del hombre en la Unión Soviética. «La finalidad de los campos alemanes de concentración —escribe— era modificar la personalidad para adaptarla a las necesidades del Estado.»[16] Para conseguirlo, se encarnizaban en «el quebrantamiento de los detenidos, en hacer de ellos una masa sumisa que no opusiera ninguna resistencia colectiva o individual».[17] Se les infligía, siempre con este propósito, una serie de traumatismos; se les «obligaba a maldecir a su Dios y acusarse mutuamente de los más odiosos actos».[18] Como resultado de todo ello, los adultos transformados en muchachitos sumisos experimentaban terror de los guardianes y ejecutaban todas sus órdenes. La adaptación a la vida del campo estaba, pues, en buen camino.

El hombre soviético se forma igualmente a puro de traumatismos: la historia de la URSS es una larga sucesión de choques dolorosos para el ser y la conciencia. El primero fue la Revolución: rompió la jerarquía social en vigor y lo trastornó todo, de tal manera que quienes ocupaban la cima de la pirámide social se encontraron abajo y los de abajo fueron súbitamente proyectados a lo alto. Los primeros sufrieron la brutalidad de su caída, la pérdida de sus privilegios, la transformación radical de su forma de vida y la cólera casi siempre impotente. Los segundos se sintieron a su vez muy perturbados por la novedad de su situación, por las posibilidades extremas que ofrecía aquel poder sin límites que exigía como contrapartida la sumisión a la Idea. El choque siguiente fue el terror. Entre los textos de Lenin que lo celebran, exigen su reforzamiento y demuestran su utilidad y necesidad, la carta «rigurosamente secreta» del 10 de marzo de 1922 dirigida a los miembros del Politburó se distingue por su franqueza y precisión. Lenin da detalladas directrices sobre un nuevo golpe contra el clero y la burguesía. La carta se escribió después de la guerra civil, tras la adopción de la Nueva Política Económica, período de extremo liberalismo (1921-1928) si hay que atenerse por lo menos a los criterios soviéticos. El líder de Octubre proyecta la detención y fusilamiento de «gran número» de habitantes de la pequeña población de Chuia, donde los creyentes se habían opuesto a la confiscación de objetos de culto en las iglesias. «Ha llegado el momento de dar a esa gente una lección —escribió—, de tal manera que la menor idea de resistencia no pueda siquiera emerger levemente durante decenios.» [19] El guía del Estado soviético no emplea por casualidad la palabra «lección». Las ejecuciones masivas tenían un papel esencialmente pedagógico. Para que «la enseñanza» fuera eficaz, precisaba que el traumatismo tuviera la mayor profundidad.

De golpe, los creadores del «hombre nuevo» tenían concien-

cia de que la infantilización de los ciudadanos de la República soviética tenía que ser universal, y de que su proceso debía afectar a toda la población. El nuevo instrumento del terror, el campo de concentración, aparecido en el verano de 1918,[20] no tenía un simple carácter punitivo; cumplió también una función educativa. Para Dzerzhinski, a la sazón presidente de la Vecheka, eran una «escuela de trabajo».[21] La Vecheka tenía derecho de mandar allá a quienes estaban «faltos de conciencia profesional» y «trabajaban mal», «sin entusiasmo», y a aquellos que llegaban tarde. La lista no es exhaustiva. Durante los meses de noviembre y diciembre de 1982, y siguiendo las directrices de Yuri Andrópov, elegido secretario general del Comité Central, las patrullas de la milicia efectuaron controles de identidad en todas las ciudades de la Unión Soviética. Estas comprobaciones afectaban a todos los ciudadanos, como si fueran niños que hubieran hecho novillos. Se inquiría a los interpelados por qué no estaban en su trabajo, y qué hacían en la calle, el cine o los baños públicos en horas laborables.

Aunque absolutamente indispensable, el terror no era el único instrumento que permitía infantilizar a la población soviética. A partir de la Revolución se abrió, paralelo a otros frentes (frente de combate contra las fuerzas antirrevolucionarias, frente económico...), un frente de «lucha contra el analfabetismo». Se adoptaron medidas draconianas para «liquidar el analfabetismo», azote de la antigua Rusia. En 1897, tan sólo el 22,9 % de la población sabía leer y escribir.[22] Causa principal de esta situación era la escasa urbanización del país. En 1926, un 80 % de la población seguía viviendo en el campo.

Nadie discutía la necesidad de la alfabetización. Se abrían dos vías: una, natural, consistía en permitir a quienes experimentaban la necesidad de adquirir por sí mismos los conocimientos; la otra, preconizada por Lenin, tenía como objetivo la liquidación por decreto del analfabetismo. Para designar la acción escogida se empleó, como por casualidad, la palabra «liquidación», tomada del vocabulario militar y policíaco, término cruel que no dejaba ninguna esperanza. Lenin reveló sin ambigüedad alguna el sentido profundo de aquella campaña organizada con gran refuerzo de publicidad: El «analfabeto se encuentra excluido de la política, y por ello necesita aprender a leer y escribir».[23] Lenin considera la liquidación del analfabetismo sobre todo como una medida de «educación del pueblo», como un medio de incluirlo en su línea política. «Rusia es el único país —hace constar Nadiezhda Mandelstam— en que se ha sustituido el deseo de enseñar por la consigna de la educación del pueblo.»[24]

El decreto del consejo de comisarios del pueblo firmado por Lenin el 26 de diciembre de 1919, sobre la «liquidación del analfabetismo en el seno de la población de la URSS», comienza por

enunciar el objetivo que debe alcanzarse: «dar al pueblo entero la posibilidad de participar conscientemente en la vida política del país». En consecuencia, «todos los habitantes de la República, de los ocho a los cincuenta años y que no sepan leer y escribir, serán requeridos para que aprendan...». El párrafo octavo del decreto lanza una advertencia: «Quienes intenten sustraerse a las obligaciones establecidas en el presente decreto, responderán de ello ante la ley.»[25]

Ninngún otro documento revela con tanta claridad las particularidades del nuevo mundo en construcción; el aprendizaje de la lectura y la escritura se hace una «obligación», un deber. El poder envía a la población a los bancos de la escuela y vela como un padre severo para que los «hijos» adquieran los conocimientos necesarios para el Estado.

En 1926, un primer censo indica que han «liquidado su analfabetismo» cinco millones de adultos. Se comprobó entonces que el ritmo de la escolarización era casi idéntico al de los años precedentes a la Revolución. Pero la campaña de «liquidación del analfabetismo» tenía otro significado importante en el proceso de formación del hombre soviético. Consagraba la idea de que la fuerza, la imposición, presentaban las mejores garantías de eficacia incluso en el campo de la instrucción. Así, todos y cada uno quedaban pronto convencidos de que los ciudadanos soviéticos no harían nunca nada —incluso en interés propio— si el Estado no estaba allá para obligarlos. Toda persona digna de ese nombre debía expresar así un profundo reconocimiento por la preocupación que sentían las autoridades.

El Estado soviético se arroga así una de las prerrogativas más importantes de la función paterna: la educación de los hijos. Paralelamente al sistema de enseñanza primaria, secundaria y superior, se elabora poco a poco un sistema de educación de la población adulta. Si hay que dar crédito a las estadísticas, los ciudadanos soviéticos están alfabetizados en un 99,7 % (cifras de 1979),[26] pero los responsables de agitación y propaganda seguían leyéndoles los periódicos en las oficinas y las empresas. La propaganda por medio de la lectura comentada, método importante de aprendizaje del marxismo-leninismo,[27] adquirió una fantástica amplitud. En 1980, la sociedad Znanie (Saber) contaba con 3 200 000 lectores-conferenciantes. Tan sólo en el curso del año 1979 se celebraron más de veintiséis millones de sesiones de dicho género para mil doscientos millones de auditores.[28] Los conferenciantes tienen derecho a una formación especial en la universidad del marxismo-leninismo. Las lectoras se desarrollan en los lugares de trabajo o vivienda.

Otra etapa capital de la formación del «hombre nuevo» fue el impacto de la colectivización, que traumatizó durante decenios la conciencia de los contemporáneos y sus descendientes. La colec-

tivización constituyó una gran victoria política y psicológica de Stalin y la realización de un plan tendente a infantilizar al campesinado. La inmensa mayoría de la población se vio arrancada para siempre de su modo tradicional de vida, y quedó privada de su autonomía. El único escritor soviético que comprendió y describió la edificación del socialismo como un gran progreso tendente a transformar a los habitantes del país en niños atemorizados, prontos a ejecutar con docilidad las órdenes más absurdas de sus mayores, desposeídos de sus antiguos puntos de referencia y sufriendo el bombardeo constante de la radio, los periódicos y los «agitadores», fue Andréi Platónov. «¡Acallad este ruido! ¡Dadme al menos la posibilidad de responder!», suplica vanamente el personaje de *El registro*, ante «el fragor de la conciencia desplomada por un altavoz».[29] Pero el «ruido de la conciencia» no se detiene un instante, y el altavoz funciona sin pausa: los padres enseñan a los niños a convertirse en «nuevos hombres soviéticos». La colectivización supuso el gran impacto que registra la historia soviética, puesto que estuvo acompañada por el genocidio del campesinado. Robert Conquet considera que la «colectivización y el hambre resultante causaron la muerte de más de quince millones de campesinos».[30]

El genocidio era indispensable para la realización de la utopía socialista. Daba la prueba de que el hombre se había convertido en una abstracción, un número, una estadística. Medio siglo después, las publicaciones soviéticas que historian la colectivización dan la cifra exacta de las pérdidas en ganado ovino y bovino, pero se han negado siempre a suministrar la menor indicación de pérdidas humanas. La aniquilación del campesinado permitió transformar a los supervivientes en una masa inerte y sumisa. Por aquella misma época se estableció en el sistema jerárquico un «fundamento» sólido, la base de la pirámide: los campesinos convertidos en koljosianos, privados de todos sus derechos y definitivamente encadenados a la tierra del Estado. Los campesinos no podían solicitar pasaporte, expedido a los ciudadanos soviéticos desde 1932 con la finalidad de ejercer un control de sus desplazamientos en el interior del país. Tendrían que esperar a 1973 para disponer de ese documento,[31] y si bien la distribución tenía que haberse completado en 1981, a mediados de los años ochenta no estaba concluida.[32]

Terminada la colectivización, los soviéticos sufrieron un nuevo choque muy duro. Durante cuatro años, el país vivió la hora del terror. Los habitantes del Nuevo Mundo padecieron la arbitrariedad erigida en ley. El terror dominaba y el gran lema era entonces «no hay inocentes». Todos, de arriba abajo y de abajo arriba de la escala, tenían que responder de lo que habían hecho o pretendían hacer, de lo que pensaron u olvidaron pensar. El sistema fue instaurado definitivamente, y a Stalin se le atribuyó entre otros títulos

el definitivo de «padre querido». En 1938, los ciudadanos soviéticos sin excepción —desde los niños de corta edad a los ancianos— se vieron forzados a aprender un nuevo catecismo: el *Compendio de historia del Partido comunista (bolchevique) de la Unión*. El país entero volvió a los bancos escolares para asimilar un texto que respondía a todas las preguntas.

Las monstruosas pérdidas humanas sufridas por la Unión Soviética durante la segunda guerra mundial —nuevo choque, nuevo traumatismo para la población—, no sólo fueron el resultado del súbito ataque de los ejércitos de Hitler contra Stalin, su aliado, sino consecuencia de la actitud implacable de los dirigentes, de los «padres» respecto a sus «hijos», considerados éstos como material humano fácilmente reemplazable. Las pérdidas consentidas durante la guerra —la cifra de veinte millones generalmente expresada es «oficiosa», porque no se ha publicado nunca estadística oficial alguna— permitieron justificar todos los errores, todos los crímenes cometidos por el poder antes de las hostilidades. Permitieron asimismo excusar las dificultades crónicas en el campo económico y el carácter expansionista de la política exterior: los «veinte millones de víctimas» son el recibo que los dirigentes soviéticos no dejan de presentar a su pueblo y al mundo entero para exigir el reembolso del «aprecio de la victoria». Las víctimas de la guerra sirven de coartada y espantajo para la población, dispuesta a todo con tal de evitar la guerra.

En los años sesenta y setenta, la literatura soviética que suministra regularmente nuevos modelos de héroes, describió con ternura a los habitantes del campo, a los koljosianos; por lo menos a aquellos que habían conservado los mejores rasgos del mujik ruso: la vinculación a la tierra, el sentimiento de un lazo indisoluble con la naturaleza, la bondad y el amor al trabajo. El desarrollo de la literatura «campesina» se debió en particular a la aparición de una pléyade de escritores de talento que conocían el campo y buscaron en el antiguo modelo de vida rural, prácticamente aniquilado, las raíces nacionales, las raíces de la cultura. Los ideólogos concedieron a la literatura «campesina» el derecho a existir aunque no sin permitirse una pequeña manipulación: los escritores soviéticos no tenían que hacer de un creyente un personaje positivo. De una manera consciente o no, el mujik ruso fue desde siempre un ser religioso. Pero en los años sesenta y setenta, el héroe de la literatura soviética fue Platón Karatáiev, un campesino que no rinde culto a Dios, sino al secretario del comité regional del Partido. El héroe ideal —objetivo de la refundición del material humano— se había convertido finalmente en hijo del Partido.

El proceso de infantilización estaba acabado en sus líneas esenciales. El hombre soviético de los años ochenta se caracteriza por

una súbita nostalgia del período staliniano, símbolo en cierta manera de su infancia y su juventud. Con la franqueza que lo caracteriza, Alexandr Zinóviev traduce este sentimiento al titular *El héroe de nuestra juventud* su libro sobre el stalinismo. El hombre soviético sueña con los años de su juventud sin darse cuenta de que, incluso en la edad madura, sigue siendo un niño.

CAPÍTULO II

La nacionalización del tiempo

> No se puede confiar a un mecanismo tan sencillo como un reloj algo tan precioso como el tiempo.
>
> V. KATÁIEV

Cuando, en 1934, el escritor soviético V. Katáiev puso en duda la fiabilidad de los relojes para medir el tiempo, no lo hacía por casualidad: la convicción de los marxistas-leninistas de que el tiempo juega a su favor porque el porvenir les pertenece, ha sido siempre elemento importante de su fe. Para Lenin, el triunfo de la Revolución de Octubre era la manifiesta confirmación de sus talentos de profeta. En los meses siguientes al golpe de Estado, el guía de la Revolución, sin dudar un solo instante de que había descubierto las leyes de la historia y discernido el gran objetivo, emprendió la nacionalización del tiempo, clasificado también en la categoría de medios de producción por colectivizar.

En el ánimo de Lenin, la Revolución se convirtió en máquina del tiempo. Esperaba que la chispa encendida por Octubre prendiera a todo el mundo y desencadenara el incendio en el transcurso de algunas semanas. El 12 de julio de 1919, el genial adivino declaró: «Podemos asegurar que superaremos las dificultades, que este mes de julio será el último difícil, que en julio próximo celebraremos la victoria de la República soviética internacional y que esta victoria será total y definitiva.» [1] Lenin ponía en marcha la máquina del tiempo y la aceleraba para llegar con mayor rapidez a la meta. En los primeros días de la Revolución expuso su programa en el transcurso de una entrevista con Raymond Robins, representante norteamericano de la Cruz Roja: «Obligaré a una cantidad suficiente de personas a trabajar lo bastante aprisa a fin

de producir lo que Rusia necesita.»[2] Se encuentran ya las palabras clave del programa leninista: «obligaré» y «lo bastante aprisa».

A finales del año 1921, el líder de Octubre explicó —públicamente esta vez— cómo pretendía instaurar el comunismo en el plazo más breve: «Lo hemos decidido así: los campesinos partirán con nosotros la cantidad de trigo que precisamos y nosotros la redistribuiremos en las fábricas y talleres: habremos alcanzado así un modelo de producción y redistribución comunistas.»[3] *Hemos* decidido que partirán con *nosotros*, que *nos* ocuparemos de la distribución y que así *tendremos* —nosotros y ellos— el comunismo, de modo que la máquina del tiempo alcanzará el paraíso. Los padres llevarán a los hijos —a tiros si es preciso— hasta el «futuro radiante». Lenin ofrece la gran fórmula de la máquina del tiempo: el socialismo significa establecer la norma y controlar.

El nuevo amo de Rusia, que conocía desde hacía mucho tiempo la respuesta a los problemas políticos, sociales y culturales —el Partido debía dirigirlo todo, regirlo todo, controlarlo todo—, descubrió en la primavera de 1918 la «clave» que permitiría resolver los problemas económicos con que se enfrentaba la joven República de Rusia. El poder soviético, que era el más progresista de los sistemas sociales, tenía que adoptar el sistema económico «más progresista»: el establecido por la Alemania del káiser. El Estado soviético, «embrión del socialismo» en política, y el sistema alemán, «embrión del socialismo» para la economía, completamente centralizados, permitirían resolver todos los problemas planteados por la construcción del mundo nuevo. Seis meses después, Lenin inventó la primera fórmula mágica: el comunismo era el poder soviético más la economía del Káiser.

La planificación

> Por vez primera en la historia, apareció en la URSS una economía planificada.
>
> *Pequeña enciclopedia soviética*, 1930

Hubo que esperar el descubrimiento del poder mágico de la planificación para que se entablara verdaderamente el proceso del dominio del tiempo. En 1919, Lenin patentó su invención: «Si podemos distribuir cien mil tractores de primera calidad y suministrarles carburante y mecánicos, el campesino dirá: "Estoy en favor de la comuna. O sea del comunismo."»[4] Lo más sorprendente de esta declaración no es la convicción inquebrantable de que «nosotros» sabemos lo que «ellos» piensan, ni tan siquiera la fórmula empleada corrientemente tras la Revolución: «nosotros» cogemos y «nosotros» damos. El rasgo genial es el vínculo establecido di-

rectamente entre las cifras y la marcha hacia el comunismo, entre las cifras y la visión del mundo. Bastarían cien mil tractores para que el mujik se hiciera comunista; cien mil y se alcanzaría la meta. En 1919, Rusia contaba con algunos miles de tractores. Lenin no ignoraba que había más de doscientos mil en Estados Unidos. Pero para el guía de la Revolución, el argumento carecía de valor.

El líder de Octubre encontró un medio de acelerar considerablemente el curso del tiempo: se elaboró así el Plan, con lo que el tiempo quedó fraccionado en pequeños segmentos. Cada segmento recorrido daba la ilusión de un rápido salto adelante. Las cifras previstas para la realización del plan se convertían así en otras tantas señales de aproximación al objetivo. El año 1920 fue el del primer plan estatal que preveía la construcción de treinta centrales eléctricas (se trataba del GOELRO). Lenin hizo de dicho plan el «segundo programa del Partido». La fórmula mágica del comunismo sería a partir de entonces «el poder soviético más la electrificación». Hubiera podido ser también «más la tractorización». Y andando el tiempo iba a ser «más la industrialización» o «la colectivización».

El vínculo que une la cifra a la progresión hacia el objetivo aparece como el axioma, el fundamento de la ideología soviética; la confirmación de la relación entre la base y la superestructura.

Durante la NEP (1921-1928), período de tregua, de calma en medio del temporal del avance hacia el comunismo, una discusión enfrentó a los herederos de Lenin. Se buscaba una fórmula para caracterizar la etapa siguiente en la vía a la gran meta. El triunfo de la variante staliniana —triunfo del socialismo en un solo país— dio la señal para una planificación de toda la vida del país.

El plan quinquenal adoptado durante los meses de abril y mayo de 1929 se convirtió en modelo absoluto. La actitud de la dirección del Partido respecto al plan ilustra perfectamente su relación con las cifras, su concepción del valor y la función de una «economía planificada». Los economistas invirtieron casi tres años en establecer las «cifras de control» del primer plan quinquenal, del que proponían dos variantes: una de «partida» y otra óptima. Formados en la antigua escuela, es decir, anterior a la Revolución, no concebían las cifras más que vinculadas a una realidad concreta, y se les escapaba la particular naturaleza del sitema en construcción. Se comenzó por adoptar la segunda variante, pero se renunció muy pronto, con el pretexto de que era un freno para el gran salto adelante. Se sustituyó entonces por una variante inmejorable. Sin detenerse en esta escala, se pasó a una nueva noción: el «ir más allá del plan». Tenían que sobrepasarse todas las cifras previstas. Quien emitía reservas era blanco de los reproches de trabajar «con desgana», y se transformaba en un enemigo que trataba de impedir la victoria del socialismo. El primer plan se realizó en

cuatro años, pero algunas ramas de la industria declararon haber llegado al final de su tarea en dos años o dos años y medio.

Stalin formuló entonces la ley mayor (e imparable) de la planificación: las cadencias que resolvían todo. Era como decir, aunque de otra manera, que las cifras lo resolvían todo. El «plan quinquenal», nuevo segmento del camino que lleva al paraíso, se convirtió en unidad de tiempo en la Unión Soviética. El tiempo soviético no necesitaba una medida, puesto que era redefinido constantemente por decreto del Comité Central. El escritor polaco Tadeusz Konwicki describe la Polonia de los años setenta como un país en el que se han suprimido los calendarios. El único no destruido se conserva en la caja fuerte del Comité central. En la Unión Soviética, los relojes han desaparecido con los calendarios, y el país no conoce más que el tiempo decretado por el Partido.

El ejemplo de los planes quinquenales soviéticos fue contagioso. Hitler se convirtió en uno de sus primeros émulos e imaginó un «plan sexenal». Tras la segunda guerra mundial, y a pesar de las apasionadas críticas de algunas raras mentes lúcidas,[5] la idea de una «economía planificada» se abrió camino en los países del bloque socialista, pero también en los sistemas de «mercado libre». En el campo socialista y con la colaboración del modelo soviético, la planificación tiende a englobar todos los campos de la vida. En los países no socialistas, se limitan a emplear algunos «elementos de planificación». Tales diferencias cuantitativas explican las diferencias cualitativas que existen entre los países entera o parcialmente planificados. Las inmensas posibilidades que la planificación ofrece a los gobiernos, nos muestran que basta inyectar algunos fragmentos en un tejido económico para que contaminen todo el organismo y provoquen su degeneración.

El reproche más corriente que se formula a la economía planificada —reproche de economistas que se sitúan únicamente en su terreno— resulta perfectamente lógico: la economía nacional es un sistema demasiado complejo para que puedan preverse todas sus implicaciones, tomar en cuenta todos sus parámetros y calcular todas sus consecuencias. Los economistas subrayan con plena justicia un hecho evidente. La revolución científica y técnica de la segunda mitad del siglo xx, engendra relaciones económicas cada vez más complejas. El propio Lenin fue consciente de ello, y unos meses después de la Revolución comprobó que los cocineros no podían preparar a un mismo tiempo la comida y dirigir el Estado, tal como se había figurado en agosto de 1917. En una obra escrita en la emigración, el economista soviético Ígor Birman destaca las dificultades insolubles encontradas para «decidir las orientaciones económicas del país» y «escoger las mejores variantes a diferentes niveles de la economía».[6]

Resulta divertido criticar la planificación soviética. ¿Qué más

fácil? El bajo nivel de vida de los países socialistas no es un misterio para nadie. Pero la crítica que procede por analogía ignora lo esencial: la planificación de tipo soviético no es una técnica que permita pronosticar un desarrollo económico; es, ante todo, un medio eficaz para remodelar la conciencia humana.

Los autores de la planificación soviética y los encargados de aplicarla no han tratado de disimular nunca sus verdaderas funciones.

«Nuestros planes —indica a partir de 1930 la *Pequeña enciclopedia soviética*— son planes de progresión hacia el socialismo.» Medio siglo después, nada ha cambiado: «Los planes del Estado han sido y siguen siendo una inmensa fuerza organizadora y movilizadora...» [7]

La planificación y el poder sobre el tiempo incitaban en la época del entusiasmo a fijar fechas precisas para determinar «científicamente» el momento en que se llegaría al término anhelado: el comunismo. La adopción del primer plan permitió a un teórico marxista declarar que en quince años (en 1944) «nuestra generación verá el socialismo».[8] En 1961, Jruschov anunció solemnemente en su discurso ante el XXII Congreso el advenimiento del comunismo al cabo de veinte años, en 1981. Elegido secretario del Comité central, Yuri Andrópov, juzgó necesario —y cada cual puede comprobar el fracaso de la profecía— señalar un ligero retraso («el país emprende hoy... una larga etapa histórica»),[9] reservándose así el derecho absoluto a fijar el momento de la victoria, de regular según su voluntad la progresión hacia la meta; en resumen, haciendo suyo el dominio del tiempo.

El poder sobre el tiempo permite hacer el «salto adelante», del progreso y su planificación, una categoría ética. Al enterarse de que las catedrales del Kremlin habían quedado destruidas en el momento del golpe de Estado, en octubre de 1917 (un falso rumor), A. Lunacharski, primer comisario del pueblo para la Instrucción Pública, presentó inmediatamente su dimisión. Lenin le persuadió para que la retirara: «¿Cómo puede usted dar tanta importancia a un viejo edificio, por hermoso que sea, cuando se trata de crear un edificio social de belleza superior a cuanto ha podido soñarse en el pasado?» [10]

El plan explica y justifica la conducta de los constructores del mundo nuevo. El héroe positivo propuesto en la época del primer plan quinquenal era categórico: «¿La moral? No tengo tiempo para pensar en esta palabra. Estoy ocupado. Construyo el socialismo. Pero si tuviera que escoger entre la moral y un pantalón elegiría el pantalón. Nuestra moral es una moral de creación del mundo.» [11] Un dirigente, símbolo del stalinismo, explicaba a su esposa: «Rivalizamos con el mundo capitalista. Precisamos construir primeramente la casa y sólo entonces colgaremos los cuadros.» Y como ella

le reprochara su crueldad hacia los hombres —los obreros—, le replicó: «Me hablas de mis excesos. Quien trabaja en la creación de la base material no puede entregarse a excesos. La materia es lo primero.» [12] De esta manera, el progreso, regido por el plan, quedó convertido en una categoría filosófica.

Tampoco la planificación era en menor grado una materia política. Su lógica y la precisión de los argumentos en favor de un desarrollo planificado, se vieron confirmadas a principio de los años treinta por la crisis económica que se abatió sobre el mundo occidental y que los ideólogos soviéticos no se recataban en presentar como una consecuencia de la «espontaneidad» capitalista, del carácter incontrolado, «natural» y caótico de dicho sistema. En el léxico leninista, las expresiones «fuerza elemental, espontánea» —todo lo que sobreentendía un movimiento incontrolado— adquiría automáticamente un valor negativo. El Partido había subrayado desde siempre la necesidad de luchar contra el «caos elemental». La planificación aportaba la prueba de las infinitas posibilidades de combatir el mal. «El socialismo —afirmaba un escritor en 1934— es más capaz de producir que el capitalismo. Se fundamenta en un plan y no en un mercado anárquico. Dentro de tres o cuatro años —o, más bien, a partir de quince o veinte años— seremos capaces de garantizar a toda la población y en todos los campos un nivel de vida superior al del actual burgués medio de Norteamérica.» [13]

Entre las múltiples funciones de la planificación, se otorga un papel considerable a la integración económica que desdeña y aun niega las particularidades nacionales. El año 1921 está marcado por el nacimiento del Gosplan (Comisión General del Plan del Estado), que confía a I. G. Alexándrov la tarea de elaborar una teoría de desarrollo general de las fuerzas productivas. «Nuestra idea de crear regiones autónomas —escribe el autor en apoyo de su plan— se fundamenta en el principio radicalmente nuevo de una división del Estado sobre una base económica racional y no en supervivencias de derechos soberanos desaparecidos.» [14] La misma idea se halla sobreentendida en la creación, en 1949, de un Consejo de Ayuda Económica Mutua. La integración de los planes económicos de los países de la Europa del Este, donde los comunistas habían tomado el poder, permitiría, según Stalin, la constitución de un bloque poderoso capaz de anexionarse —pacíficamente o *no*— la Europa occidental. Así es que el guía atribuyó al Comecon más importancia que al Komintern.[15]

En los años ochenta prosigue la política de integración de los países del Comecon considerablemente ampliada desde 1949. El objetivo permanece invariable: la formación de un gran bloque monolítico regido por uno solo y único plan.

La planificación —y ahí reside una de sus principales tareas—

permite controlar todos los aspectos de la actividad humana, de modelar el comportamiento del individuo. Algunos años después de la Revolución, Víktor Shklovski escribió: «El arte debe evolucionar naturalmente, latir a su ritmo como el corazón en el pecho, y se le quiere regular como la circulación de los trenes.» La planificación total ofrece la posibilidad de reglamentar en sus mínimos detalles no sólo el arte sino la vida misma de los ciudadanos.

El plan dicta la ley. Está por doquier, puesto que todo se halla planificado. Se dispone así, con la mayor naturalidad del mundo, de un plan quinquenal, un plan anual y un plan mensual de acción económica. Cada empresa y cada establecimiento tienen su plan, comprendidos los centros de enseñanza (plan de progresión de la clase, de la escuela, del distrito, de la región o de la república), los hospitales, los restaurantes, las cantinas, los servicios de extinción de incendios, la milicia y los institutos de investigaciones científicas.

La colectivización del campesinado soviético en los años 1929-1932 tuvo por corolario la «liquidación de los kulaks como clase».[16] Esta tarea, sencilla a primera vista, se vio complicada por la ausencia de una definición jurídica de la noción de «kulak». La planificación del genocidio permitió llevar a cabo un control vigilante y regular la cadencia de aquella «liquidación». El Politburó decretó, por ejemplo, en su resolución del 20 de febrero de 1930, que la tasa de «familias kulaks y *bai*» [17] que debían ser deportadas de Asia central no debía exceder de un dos a un tres por ciento. En marzo de 1930, el Comité central del Partido destacaba que en ciertas regiones, «el porcentaje de "dekulakizados" alcanzaba el quince por ciento»...[18] El plan se había sobrepasado ampliamente. De igual manera, la milicia cumple y sobrepasa hoy en día su plan de detención de criminales, y los jueces su plan de juicios. En las escuelas, los pedagogos no tienen derecho a sancionar a los alumnos por medio de malas notas, ya que «harían descender las tasas de realización del plan de éxito». La prensa soviética informó así del ejemplo de una brigada de bomberos que provocaba incendios en la pequeña población a su cargo con el fin de apagarlos y cumplimentar el plan.

La experiencia soviética inspiró a otros países socialistas que aplican con éxito sus teorías. El sinólogo Simon Leys explica que al preparar la «gran purga» de los años cincuenta, Mao fijó una norma para las ejecuciones: 0,6 % de las personas detenidas en el campo y 0,8 % entre las detenidas en las ciudades. Pero Leys se equivocó al imaginar que Mao fue el único que actuó de manera calculada, y que las decisiones de Stalin fueron «primitivas, bárbaras y caóticas».[19] Stalin planificaba todo. Así, en vísperas del «gran terror» había establecido ya en un cinco por ciento la tasa de la población «no fiable». Mao Tse-tung, a pesar de su aporta-

ción a la causa del «socialismo maduro», se limitó al igual que los guías de los países del «bloque», a seguir las huellas de Lenin y Stalin.

El sistema de planificación, la «competición socialista» que en la práctica exige que se sobrepase forzosamente el plan, presenta la ventaja de añadir un interés material a la mística del «salto adelante»: a fin de cuentas, sobrepasar el plan significa cobrar una prima, obtener un aumento de sueldo. El capitán de embarcación pesquera V. Lisenko relató tras haber solicitado asilo político en Suecia las formas irracionales que puede adoptar la planificación. Los pesqueros soviéticos tienen que cumplimentar, como es natural, su plan de pesca, pero también el de recuperación de metales (férricos o no). Con la finalidad de efectuar la primera tarea los pescadores capturan bacalaos de 35 centímetros cuando la ley prevé que midan un mínimo de 70 a 80. En cuanto al segundo plan, lo cumplimentan robando metales en los astilleros en que se efectúa la reparación de los barcos.[20] V. Lisenko informó también sobre el caso de muchos capitanes que rehúsan lanzar señales en petición de socorro, ya que la menor avería significa un descenso en la tasa de realización del plan y, por tanto, la supresión de las primas.[21] Enviado a Tomsk, en Siberia, el propio corresponsal de *Izvestia* descubrió que los alimentos servidos en los *snacks* y cafés de la ciudad eran de calidad ínfima. «La sopa de leche estaba quemada, los macarrones formaban bolas incomibles. La torta blanca de queso parecía hecha de serrín.»[22] El periodista investigó y llegó a enterarse de que el combinado industrial alimentario del que dependían las cantinas y los cafés exigía un plan cotidiano de recuperación de las sobras. Como los clientes se dejaban en los platos los alimentos incomibles, podían cumplimentar e incluso sobrepasar el plan. Las «recuperaciones» servían para la alimentación de los cerdos de las granjas anexas al combinado. Estos animales servían a su vez para llenar los platos de las cantinas gracias a los que se cumplía el plan. La «marcha haci. el socialismo» se había convertido así en un *pempetuum mobile.*

Durante la segunda mitad del siglo xx, la planificación socialista ha encontrado el adversario más serio de cuantos había conocido: la electrónica. El ordenador proyecta una terrible amenaza, pues hace peligrar el poder sobre el tiempo. Por diversas razones, su aparición ha sumido en la angustia a los habitantes del mundo nuevo. La jerarquía socialista se tambalea. *Pravda* informa de que en la República de Turkmenia, el Ministerio de la Construcción, deseoso de ponerse al día en la revolución científica, se había dado el lujo de adquirir un ordenador *Minsk-22.* ¡Ay! Bien pronto se dieron cuenta de que para hacerlo funcionar era preciso «un transformador especial, linóleo en el suelo, paredes recubiertas de plástico y una iluminación *a giorno*»; en suma, toda clase de comodi-

dades a las que sólo un ministro podía aspirar. Así que la máquina fue desechada.[23] Además de esa comodidad natural, el ordenador exige un mínimo de cifras exactas. «¿Por qué no instalan ustedes un ordenador? —pregunta en un relato soviético un estudiante en la oficina de un ingeniero en jefe—. En un instante digeriría millares de informaciones y propondría una solución óptima.» «¡Déjeme en paz! —le respondió el ingeniero con un gesto de desdén—. Ninguna máquina puede prever si Ivánov o Petrov se despistarán mientras están construyendo la pared, para ir a la tienda y comprarse una botella de vino...» [24] Al ingeniero en jefe el ordenador le resultaba inútil porque no podía prever el comportamiento de los obreros soviéticos. Esto es exacto, pero la verdadera razón es otra: el ordenador revelaría inmediatamente el carácter falaz, desde el punto de vista económico, de los planes en vigor. Ígor Birman, que conoce bien los «misterios» de la economía soviética, es categórico al respecto: «La gran explicación del misterio de los planes de producción global, cada año cumplimentados en todos los aspectos y en todas las repúblicas es la siguiente: al aproximarse su término, se modifica el plan en función de los resultados obtenidos.» [25]

Es evidente que la economía soviética, nutrida por cifras trucadas, no precisa ordenadores para obtener los resultados erróneos que consigue muy bien sin tales ingenios. Pero sucede también que los ordenadores no son sólo inútiles, sino peligrosos. Los responsables soviéticos de la planificación —escribe el economista norteamericano Marshall Goldman— temen que la utilización de los ordenadores preste de hecho a sus programadores «un poder de decisión respecto a la naturaleza de la producción y los métodos que deben adoptarse».[26] Con la electrónica se corre el riesgo de transformar las decisiones ideológicas en económicas, lo cual significaría ni más ni menos que reconocer la inutilidad del Partido: sería la revolución.

Un incidente ocurrido en 1983 en la fábrica de automóviles Togliatti, en la región del Volga, ilustra perfectamente sobre los riesgos de la electrónica. La principal cadena de la fábrica, dirigida por ordenador, interrumpió de súbito su funcionamiento. Inmediatamente, la maquinaria, la entera fábrica, que emplea a más de cien mil personas, se detuvo. Se precisaron seis horas para que se reanudara el trabajo. ¿La causa de aquellos desórdenes? Una huelga de género absolutamente nuevo en la Unión Soviética: un programador descontento de su salario y de un ritmo de ascensos demasiado lento a su entender, cometió un error voluntario que paralizó el ordenador y con él toda la fábrica. Tras haber llamado así la atención sobre sus reivindicaciones, reparó él mismo su falta y confesó. El periodista, que describió con todo detalle esta huelga inaudita, hizo hincapié en la ausencia de todo control en la actividad del

programador: «Una comprobación completa del programa por otro programador es imposible o bien demasiado complicada, puesto que precisaría tanto trabajo como la elaboración del propio programa.» Se ha visto así nacer en el seno del sistema soviético una profesión extraordinariamente peligrosa, precisamente por individual e incontrolable: «A lo largo del proceso (de programación) —escribe el periodista, aterrorizado— no podemos contar más que con el propio especialista.» [27] Lo más alarmante es que la falta cometida por el programador sólo se descubrió porque el interesado se decidió a confesar.

La informática penetra en el sistema soviético, pero tan sólo en aquellos terrenos limitados en los que es susceptible de ayudar al reforzamiento del «socialismo maduro»: la industria militar y los órganos de represión. Así pues, la esfera de aplicación de tales técnicas modernas sigue siendo muy restringida en la medida en que la industria soviética puede perfectamente prescindir de ellas.

La URSS ignora la noción del valor de un producto, circunstancia que le abre un campo ilimitado de posibilidades de las que resulta difícil hacerse idea cuando se estudia el sistema soviético por el método analógico. Al disponer de un poder absoluto sobre los recursos materiales, pero también sore el tiempo, los dirigentes pueden entregarse a dispendios insensatos para obtener los resultados que precisan y producir lo que les resulta indispensable.

La nacionalización del tiempo amplía en medida considerable las posibilidades de la diplomacia soviética. Independiente del calendario, ignorante de las elecciones periódicas (presidenciales, parlamentarias, etc.), la política exterior opera en el marco de un tiempo teleológico, por entero en manos de quienes guardan el calendario en su caja fuerte.

Capítulo III

La ideologización: la tríada del Gran Inquisidor

> Tres fuerzas únicas pueden subyugar para siempre la conciencia de esos débiles revoltosos, y son: el milagro, el misterio y la autoridad.
>
> F. Dostoievski

Al explicar a Cristo la manera más conveniente de hacer felices a los hombres, el Gran Inquisidor de *Los hermanos Karamazov* formula con una precisión y una concisión asombrosas los principios de la ideología soviética. Los dirigentes comunistas, con Lenin en cabeza, afirmaron tanto el «carácter científico», que terminaron por convencer incluso a sus adversarios. Sólo se discute ya el grado de «cientifidad» y los errores en los pronósticos de «la única ideología que propone un análisis verdaderamente científico de la realidad»...[1] El gran éxito de la desinformación soviética ha sido presentar el sistema instaurado en la URSS (y en otros países del mismo tipo) como el «único científico», en tanto que exclusivamente racional y fundamentado en un conocimiento exacto de las «leyes» del desarrollo humano.

A. *El milagro*

> ¿No es un milagro?
>
> Y. Stalin

El aspecto misterioso e irracional de los acontecimientos en curso no escapó a los líderes del golpe de Estado de Octubre, y todavía menos a Lenin. No lo ocultaba: la Revolución era un milagro. Al

tomar la palabra por última vez en su vida en un Congreso del Partido (1922), el guía encontró una explicación mística al inesperado giro tomado por aquel Estado en cuya construcción llevaba trabajando cuatro años: «La máquina escapa al conductor; es como si se negara a obedecer al que está sentado en su interior, como si se dirigiera conforme a las órdenes de otro...» [2] Una mano misteriosa conducía la máquina del Estado soviético por otra vía que la escogida por Lenin conforme a las leyes de la ciencia que pensaba haber descubierto definitivamente.

¡Milagro de la Revolución y su ulterior desarrollo...! Al subrayar la superioridad de la novela de Zamiatin *Nosotros* sobre *Un mundo feliz* de Huxley, George Orwell destaca ante todo «la instintiva comprensión (que caracteriza al escritor ruso) del aspecto irracional del totalitarismo».[3] Por otra parte, Orwell evoca la acción extremadamente poderosa que sobre los espíritus ejercía la «mística de la revolución».[4]

Nadiezhda Mandelstam confirma el detalle del autor de *1984*: «La palabra "revolución" tenía una fuerza tan grandiosa que cabía preguntarse para qué los gobernantes precisaban de cárceles y ejecuciones.» [5]

Al ser místico el objetivo (el paraíso, la repetición a escala gigantesca de la experiencia de Frankenstein, la creación según «las leyes de la ciencia» de un hombre nuevo, superior en todos los aspectos al *Homo sapiens* creado artesanalmente por Dios), el marxismo-leninismo se convierte en una enseñanza asimismo mística y, por tanto, irracional.

La meta, situada en alguna parte del futuro, y la firme convicción de que se alcanzaría algún día (una de las consignas más populares de los años sesenta y setenta proclamaba: «¡El socialismo es ineludible!») transforman el milagro en lo que para utilizar una expresión de Engels puede calificarse de una «necesidad consciente». La promesa del milagro, la espera del milagro indispensable constituye el reverso del carácter «científico» del marxismo-leninismo. El dominio de los medios materiales y el poder sobre el tiempo permitían afirmar no sólo que era posible predecir el porvenir sino determinar los plazos necesarios para alcanzar la meta.

La historia del sistema soviético se convierte así en la historia de la promesa y la espera de un milagro. La idea, desarrollada por Lenin con un eslabón más fino que permitiera romper la cadena, fue elevada al rango de doctrina: existía una llave mágica y universal que abría las puertas del futuro. La Revolución de Octubre era la primera utilización conocida de aquella «llave»: el golpe de Estado en Rusia tenía que extenderse al mundo entero.

Pero las puertas se entreabrieron tan sólo. Era preciso algo más para desmontar a nuestros magos.

La vinculación establecida por Lenin entre la marcha hacia el

comunismo y las cifras (cien mil tractores y el mujik se convertirá al comunismo) daba una base científica al «milagro».

La ideología del milagro se fundamenta en dos elementos: gigantismo y precipitación. Stalin inauguró la era de los planes quinquenales con esta divisa: «¡Las cadencias lo resuelven todo!» Para el Padre de los Pueblos, la carrera de competición con el mundo capitalista (la gran consigna fue entonces: «¡hay que alcanzarles y sobrepasarles!») era una cuestión de vida o muerte: «Estamos retrasados entre cincuenta y cien años con respecto a los países más desarrollados. Tenemos que recorrer esta distancia en diez años.» [6] Stalin había encontrado la palabra justa —«recorrer»—, y dio una indicación extremadamente precisa: hay que cubrir cincuenta o cien años en diez. La precipitación es embriagante, pues impide mirar atrás, tratar de comprender lo que ocurre y emitir un juicio sobre el fin y los medios. Las cadencias lo justificaban todo y se transformaban en un muy poderoso medio de coacción al sustituir eventuales veleidades de resistencia por la esperanza de alcanzar próximamente la meta y poder respirar un poco.

Todas las obras emprendidas en la URSS adquirían dimensiones colosales. O por lo menos eso afirmaba la propaganda. A principio de los años treinta se edificaron sovjoses gigantes previstos para la producción de una cantidad increíble de cereales, carne y otros comestibles. Luego se emprendió la construcción de las centrales eléctricas mayores del mundo. Se crearon zonas forestales que debían modificar el clima del país. Se construyeron vías férreas para unir los continentes y gasoductos que atravesaban Europa y Asia.

Durante sesenta años no se dejó de buscar la «llave universal»: a la revolución mundial, la tractorización, la electrificación y la planificación sucedieron la «roturación de las tierras vírgenes» (que sirvió para transformar millones de hectáreas de tierra en zonas desérticas o semidesérticas), el cultivo del maíz en todo el territorio de la URSS, la «quimización» y otras. Cada nueva «llave» significaba la promesa de resolver todos los problemas. Bastaba remitirse a la fórmula mágica de Stalin y cambiar la primera palabra. Brézhnev puso en marcha su «programa de aprovisionamiento» y Andrópov inauguró una era nueva recuperando una vieja consigna: ¡La disciplina lo resuelve todo!

Cada uno de los países del campo socialista hizo cuanto le fue posible para satisfacer esa necesidad de milagro. La magia de las cifras sirve para embriagar a los hombres. Los «cien millones de toneladas de acero» exigidos por Mao tenían que trasladar a China al futuro; los diez millones de toneladas de azúcar pedidos a los cubanos en el momento de la «gran zafra» en 1976; la «segunda Polonia» que Gierek intentó edificar en los años setenta a costa de créditos de Occidente eran otras tantas «botas de siete leguas».

Al final de los años veinte, el país se instaló en la espera del

milagro. Se acechó entonces en el campo de la literatura la aparición espontánea —e ineluctable— de sus «Shakespeare». Esperanza —o, mejor, casi certidumbre— que alcanzó también la lingüística, la medicina, la fisiología. T. Lisenko se ocupa por su parte de ofrecer «en biología avances en verdad fantásticos».[7]

Significó aquello tanto como abrir la puerta a los advenedizos y a los charlatanes de toda especie, que se presentaban siempre con sus «vocablos-salvoconducto», tomados del léxico ideológico. El mundo entero conoce los manejos de T. Lisenko. La bióloga Raísa Berg compara los trabajos del académico especializado en la investigación agrícola al de los académicos que encontró Gulliver en la novela de Swift, que elaboraban nuevos métodos para aumentar el rendimiento agrícola. Se fijaban como objetivo obligar a las plantas a suministrar sus frutos en el momento escogido por ellos, y obtener cosechas cien veces superiores a lo normal. El fracaso perseguía tanto a los «inventores» de Stalin como a los de Swift. Lo que no impedía a unos y a otros seguir pretendiendo que su proyecto era perfectamente realizable. Se explicaban así los fracasos por manejos de los adversarios. Los discípulos de Lisenko sabían muy bien que los genetistas que no creían en los milagros «formaban parte de las fuerzas reaccionarias internacionales, de los lacayos de la burguesía», y que quienes sostenían la «constancia de los genes» afirmaban con ello que el «capitalismo era inevitable».[8]

Para los dirigentes soviéticos, la atracción de «la enseñanza de Lisenko» se refería menos a lo que prometía (hacer crecer cien espigas donde se obtenía penosamente una y confirmar así el éxito de los koljoses) que a su demostración de las repercusiones de los cambios experimentados por el medio exterior sobre el propio organismo; esto es, que el trabajo efectuado desde el interior permite la adquisición de nuevas cualidades hereditarias. Lisenko ofrece así (o por lo menos promete) una llave mágica de capital importancia: la posibilidad de remodelar el hombre, de crear un hombre nuevo. En agosto de 1948 y en una sesión de la Academia Agrícola que se haría célebre, un émulo de Lisenko propuso utilizar aquella «llave» contra los enemigos que ponían en duda la «única teoría rigurosamente justa, la de Marx-Engels-Lenin-Stalin». «Mientras no reforcemos nuestra "acción externa" sobre el espíritu de nuestros adversarios y no creemos "el medio que les conviene", no podremos esperar transformarlos.»[9] Las formas aparentemente científicas —acción exterior, creación de un medio adecuado— no eran en este caso preciso más que una manera de exigir la detención y el envío al campo de concentración de los genetistas.

Lisenko es el ejemplo más destacado y nocivo del advenedizo deshonesto engendrado por aquella insensata fe. Aparecían, pues, por doquier «hacedores de milagros» que tenían ante ellos una temporada propicia. Tal fue el caso de Lariónov, secretario del

Comité del Partido en Riazán. En diciembre de 1959 se comprometió a triplicar en un año las entregas de carne al Estado. Su «truco» fue de una sensillez que causa estupefacción. Ordenó sacrificar todo el ganado de la región, y como todavía faltaba, compró más cabezas a las regiones vecinas. Pero como el método, por razones obvias, no era factible dos años seguidos, acabó quitándose la vida.[10] Sin embargo, el secretario de Riazán no era el inventor del método, ya que las prácticas de tal género son habituales en los koljoses. Los koljosianos de la región de Leningrado, por ejemplo, a los que se exige suministren una buena recolección de maíz, planta poco adaptada al terreno local (pero que debía crecer tras haber hallado Jruschov la «llave» de la «maización»), venden sus manzanas en Ucrania, adquieren allí maíz y cumplen de este modo con el plan.[11]

Al efectuar el balance del primer plan quinquenal realizado en «cuatro años», Stalin repitió como un sortilegio: «No teníamos siderurgia... Ahora la tenemos... Carecíamos de industria para fabricar los tractores... Ahora la tenemos...» [12] El guía presentaba todas aquellas realizaciones como otros tantos milagros, como el nacimiento de un nuevo mundo allá donde nada había.

El gran descubrimiento era presentar la vida como un milagro permanente, dar a la realidad un carácter extraordinario. Los príncipes europeos que en su momento contrataban alquimistas con la esperanza de que descubrieran la piedra filosofal, buscaban en definitiva un medio para librarse de las precauciones materiales. La piedra filosofal soviética tiene efectivamente una faceta «filosófica» (está fundada sobre el marxismo-leninismo), pero engloba en la esfera de su acción a toda la población del país.

El verdadero milagro es la vida de los ciudadanos soviéticos. La existencia cotidiana del hombre soviético se nutre de esperanza en los mañanas, en la constante espera de lo imposible. A la preguna de cómo sobrevivió a los años de terror, Iliá Ehrenburg respondió que lo ignoraba, y añadió: «Si fuera creyente diría con toda seguridad que las vías del Señor son impenetrables...» Pero siendo ateo, Ehrenburg razonó como soviético: «Viví una época en que el destino del hombre recordaba más una lotería que una partida de ajedrez.» [13] El escritor consideraba que no había escapado por ninguna causa racional, ya que el hecho de haber sacado un buen número no podía explicarse con argumentos lógicos. Daba así a entender que las vías del poder soviético eran impenetrables. Y Nadiezhda Mandelstam lo ratificaba al escribir: «Hay que considerar como un milagro el que hayan llegado hasta nosotros testigos de aquella época y un paquete de manuscritos.» [14]

Evitar la detención, procurarse un pedazo de carne o un rollo de papel higiénico después de horas de espera equivalían al milagro. El mundo mágico del «socialismo maduro» no se distingue del de

los primeros seres humanos más que por los nombres de los ídolos que todos deben adorar. En la actualidad se denominan el Plan, la Ciencia y el Partido. La segunda ha sondeado todos los misterios de la naturaleza, incluidas las leyes que rigen la sociedad. El milagro sigue constituyendo la parte racional de la vida soviética. Por ello, las palabras de Ehrenburg no son únicamente válidas para su época, sino que pueden aplicarse a los siguientes decenios y al sistema soviético en su conjunto. Pero el mundo soviético presenta la peculiaridad de que la lotería consta oficialmente como «partida de ajedrez».

Tras el lanzamiento de los primeros spútniks, se editó un cartel antirreligioso en el que un cosmonauta proclamaba desde lo alto del cielo: «¡Dios no existe!» La ciencia y la razón refutaban así, de la manera más convincente, los antiguos prejuicios religiosos. De forma paralela, se fomentaba la «verdadera» fe: el milagro científico, la magia de la técnica. La magia que envuelve la atmósfera explicaba la increíble receptividad de los soviéticos a lo irracional, sobre todo cuando reviste una apariencia científica.

A finales de los años sesenta se emprendió una experiencia muy popular: se intentó explicar científicamente el origen del cristianismo. El filólogo V. Záitsev publicó en la revista *Baikal* un artículo titulado «Los dioses vienen del cosmos».[15] Según sus cálculos, un navío cósmico se habría posado en la Tierra hace aproximadamente unos dos mil años, concretamente al oeste o noroeste de Egipto, y Cristo habría desembarcado. V. Záitsev extrajo todos sus argumentos de la Biblia: la estrella de Belén no habría sido más que el navío cósmico preparándose a descender. En cuanto a las palabras de Cristo: «He descendido del Cielo» y «Mi reino no es de este mundo» eran interpretadas en su sentido más literal: el Cielo equivalía al cosmos.

Los ideólogos oficiales juzgaron peligrosa la hipótesis de Záitsev y confiaron la tarea de refutarla a un astrofísico, a quien le tocó demostrar que nada indicaba que un navío cósmico hubiera visitado la Tierra,[16] y luego a un especialista en propaganda, quien calificó a V. Záitsev de «aliado objetivo de los teólogos».

La parapsicología tuvo una gran repercusión en la Unión Soviética. Un escritor relató así una sesión organizada en un teatro: «Recordó de pronto dónde había visto aquellos rostros: en la iglesia. Comprendió que aquellas gentes no se habían reunido para conocer sino para creer.» [17] La sed de creer se traducía por una fe absoluta en el «milagro científico»: la ciencia se convertía así en la legitimación de la fe. Si la frecuentación de las iglesias podía tener consecuencias desagradables, se fomentaba la de las «sesiones científicas», pues éstas eran el testimonio de una visión progresista del mundo. De esta manera, las leyendas que circulaban sobre los poderes sobrenaturales de Zhuna, la célebre curandera georgiana, se

convirtieron prácticamente en leyes científicas desde que se supo que atendía a los dirigentes del Partido y del gobierno.

La revista de la Unión de Escritores bielorrusos publicó un día un poema cuyo autor reconocía al ciudadano soviético el derecho a llamar por teléfono a Lenin, al Mausoleo.[18] No había en ello nada místico para los ciudadanos soviéticos, prácticamente cercados por el primer mandamiento del Partido que se leía en todas las paredes: «Lenin ha vivido, Lenin vive, Lenin vivirá.» En una notable narración titulada *Creo*, Vasili Shukshin expresa toda la tragedia del hombre soviético que sufre físicamente el vacío metafísico de su alma amputada. El héroe del relato, borracho, acompañado por un cura también borracho, aúlla: «¡Creo!», para convencerse. «¡Creo... en la aviación, en la mecanización agrícola, en la revolución científica. En el cosmos y en la ley de la gravedad. ¡¡Porque eso es objetivo...!! ¡Creo!» [19]

El misticismo es el inevitable reverso de una ideología que pretende ser la «única justa». La imposibilidad de alcanzar el paraíso prometido y la cotidiana de cumplimentar el plan y satisfacer las necesidades más corrientes de la población, llevan forzosamente a promesas irracionales y explicaciones no menos fantásticas de los fracasos experimentados. El objetivo es ineluctable y los obstáculos que frenan el avance (causas de los mútiples fracasos) pueden superarse por un «esfuerzo de voluntad». Los guías, a quienes se acusa generalmente —y con justicia— de ser unos perfectos cínicos, creen sin embargo sinceramente en la posibilidad de apartar los obstáculos, sean los que sean, y encontrar atajos. Alain Besançon escribía al respecto: «Creen que saben.» Añadiremos por nuestra cuenta: «Creen saber que el milagro se producirá.»

En un relato de ciencia ficción con el elocuente título de *El esfuerzo de la voluntad* se halla revelada —en clave satírica— la esencia de la «mística científica» soviética: un hombre del futuro «aterriza» en una actual oficina de estudios soviética. Descubre tal orden (o desorden) de cosas, que las piezas que precisa con urgencia no podrán fabricarse, de acuerdo con el plan. Como le resultan indispensables, recurre al «esfuerzo de la voluntad» técnica perfectamente dominada por los hombres del futuro y —¡oh, maravilla!— cumplimenta el plan, lo que le reporta a la oficina el cobro de la prima trimestral.[20] En el relato se realiza, pues, el sueño de cada soviético, el sueño del milagro que permite cumplimentar el plan. Sueño que une a los dirigentes y a sus súbditos y crea entre ellos un vínculo místico que excluye a los extranjeros, a las gentes llegadas de otras partes. La fe es el fundamento de la ideología soviética.

Ésta es científica pero indemostrable. Es justa porque el milagro, si no se produce hoy puede producirse mañana. No exige creer en el marxismo-leninismo como se impone con frecuencia a

los «hombres soviéticos» occidentales. En el relato *¡Creo!*, el héroe interroga abiertamente al sacerdote que predica el panteísmo: «¿Crees en el comunismo?» Obtiene esta respuesta: «No está en mis atribuciones.» [21] Esta frase evasiva traduce perfectamente el *credo* de los ideólogos soviéticos. «No entra en las atribuciones» del hombre nuevo, del *homo sovieticus*, creer en el comunismo, teoría que puede ser discutida y controvertida como las demás, y que como las demás necesita cierto número de comprobaciones. Entra en sus «atribuciones», por el contrario, creer en el milagro.

Se exige tan sólo a esos hombres que observen el ritual, que hablen el idioma y abjuren de cualquier otra forma de creencia.

La esperanza en el milagro y el papel que podía desempeñar en una nueva mentalidad fueron objeto de test en unas condiciones extremas: los campos de concentración. Varlam Shalamov, que ha informado sobre el comportamiento de los hombres cara a la muerte en el noveno círculo del infierno, el Kolimá, es categórico: «Para el preso, la esperanza es siempre una equivocación. La esperanza significa el fin de la libertad, pues quien espera, modifica su comportamiento y transige más fácilmente con su conciencia que quien nada espera.» [22] Tadeusz Borowski, superviviente del campo de Auschwitz, aporta un testimonio semejante: «Jamás fue el sentimiento tan fuerte en toda la historia, pero tampoco provocó tanto mal que durante aquella guerra y en aquel campo. No nos habían enseñado a renunciar a la esperanza, y perecíamos en las cámaras de gas.» [23]

Alexandr Solzhenitsin confirma las observaciones de Shalamov y de Borowski. Condenado a veinticinco años, el ingeniero Bobinin declara a raíz de una entrevista con Abakúmov, ministro de la Seguridad del Estado, que no se le podrá obligar nunca a trabajar porque ya no posee nada: «Comprenda una cosa y explíquesela a todos los dirigentes que precisan saberla: ustedes son fuertes en la medida en que no privan a la gente de *todo*. Aquel a quien han desposeído de todo no está ya en su poder. Es enteramente libre de nuevo.» [24]

La espera del milagro, cuidadosamente mantenida por las autoridades, se convierte en el opio que permite al hombre soviético contentarse con su situación.

B. *El misterio*

La Unión Soviética es un misterio, envuelto en un enigma y escondido en un secreto.

WINSTON CHURCHILL

El hada que se inclinó sobre la cuna del Partido bolchevique depositó en ella un presente: la solución del enigma de la historia. Lenin, depositario de la llave mágica, se convirtió en el guardián del misterio, en el Sumo Sacerdote. De golpe, se estableció una nueva jerarquía según el grado de iniciación de los individuos.

Lenin comenzó por el principio: «Dadnos una organización de revolucionarios y pondremos a Rusia patas arriba.» [25] Esta fórmula célebre no es por ello menos enigmática. ¿A quién se dirige Lenin? ¿Quién tiene que suministrarle una organización de revolucionarios? La historia del Partido comunista y del Estado por él creado después de la Revolución le dan la respuesta. Desde 1902, cuando escribió su obra más importante, *¿Qué hacer?*, a Lenin no le cabe ningún género de dudas: existen los guías, gentes que conocen el secreto; precisan fundar un partido, «forma superior de organización», que dirigirán los que «saben», y el partido deberá insuflar «una conciencia socialista al caos del movimiento obrero». La pirámide está ya formada: dirigentes, partido, clase obrera.

Cuando Lenin declara: «La Revolución es un milagro», hay que entender lo siguiente: «Sabía que el milagro era posible, conocía el secreto del milagro y lo he realizado.» El triunfo de la Revolución aporta una nueva piedra al edificio teórico de Lenin: los guardianes del misterio ostentarán el poder.

La Revolución no fue tan sólo la toma del poder por los bolcheviques, sino que trastornó las clases y grupos sociales. El proletariado tenía que constituir la base del nuevo poder según la teoría marxista. En la primera Constitución soviética (RSFSR, 1918), Lenin rechazó categóricamente «la libertad y la igualdad en general». «¿La libertad? ¿Para qué clase y con qué fines? ¿La igualdad? Pero ¿de quién con quién», [26] y hace válida una nueva forma de Estado: la dictadura de los obreros y campesinos más pobres para aplastar a la burguesía. Definición que designa de entrada a amigos y enemigos. Lenin pone así al descubierto la base de la jerarquía soviética: de un lado los amigos; de otro, los enemigos. Aquí los iniciados (de grados diversos), allá los «impuros». Lenin subraya la paradoja de la Revolución: efectuada para el bien del mayor número, no obtiene apoyo más que entre una pequeña minoría. «El nuevo dictador —reconoce el redactor de la primera historia de la Vecheka—, que había sucedido a los grandes propietarios y a

la burguesía, y emprendió la construcción del nuevo edificio, se encontró en los primeros tiempos en la más magnífica de las soledades.» [27]

Se planteó la urgencia de reconocer a los suyos, distinguir a los «puros», a los verdaderos entre aquellos otros —numerosos— que representaban la comedia. Se hacía urgente, pues, proteger el secreto y desenmascarar a todos los que trataban de desvelarlo. La principal sección de la Vecheka, policía política de Lenin,[28] fundada el 7 (20) de diciembre de 1917, fue bautizado con el nombre de «sección operacional secreta». La vigilancia se hizo deber de cada uno. La siguió a corta distancia la sospecha, su hermana gemela. El misterio metafísico se transformó en secreto cotidiano. Misterio y secreto invadieron la vida soviética. Adquirieron en seguida una función educativa: crearon poco a poco la mentalidad del hombre soviético.

Orwell había comprendido que un Estado totalitario no puede prescindir del misterio. El héroe de *1984* sufre por no poder penetrar el «último secreto». «Comprendía *cómo* pero no *por qué*.» [29] El deseo de entender lo que un oceaniano normal no tenía que saber, llevó a Winston Smith a la terrible «sala 101» del Ministerio del Amor.

Los ciudadanos soviéticos están separados del misterio por numerosas barreras materiales: investigaciones, salvoconductos, informaciones cuidadosamente dosificadas (según el grado de iniciación), artículos del Código penal. Por no hablar de las barreras psicológicas: «¡Redoblemos la vigilancia!», recomiendan Lenin y Dzerzhinski en 1918. «Las acciones de sabotaje, de dispersión y de espionaje de los agentes de las potencias extranjeras... afectan... a todas o casi todas nuestras organizaciones, tanto si se trata de nuestra administración, como de nuestra economía o nuestro Partido»,[30] afirmaba Stalin en 1937. Y en 1981, el vicepresidente del KGB puso en guardia contra «los manejos de los agentes imperialistas que tratan de penetrar los secretos soviéticos.[31] Ya en la escuela primaria, los niños aprenden que Julius Fuvik, el gran héroe del pueblo checoslovaco, recomendó antes de ser ejecutado: «¡Estad alerta!»

En la Unión Soviética todo es secreto. Desde los planos de las fábricas de armamento a la vida privada, de los guías del Partido a los efectivos del ejército, el número de presos, los ejemplares atrasados de *Pravda* y los libros de Solzhenitsin. Se necesita una autorización para entrar en cualquier establecimiento y un «salvoconducto» suplementario para consultar los libros de la «reserva especial de las bibliotecas» (tal es el caso, por ejemplo, de las obras de N. S. Jruschov). En 1981, el historiador Arseni Roguinski fue condenado a cuatro años de internamiento en un campo de concentración por haber penetrado «ilegalmente» en una biblioteca cien-

tífica de Leningrado.[32] Los miembros del Partido celebran «asambleas cerradas» en las que el Comité central informa a sus militantes de base de las grandes tendencias de la política de la organización por medio de «cartas secretas». Poco importa que las cartas —y, por supuesto, las asambleas— no desvelen secreto alguno. Lo que cuenta es el ritual y su valor educativo.

Una espada y un escudo constituyen el emblema del KGB. La primera permite a los «órganos» arrancar los secretos enemigos; el segundo, defender los de la URSS. Una densa red de «secciones especiales» recubre el país como una gigantesca tela de araña: el KGB. Tiene ojos y oídos por doquier. Desenmascara a quienes intentan violar el secreto en todas las instituciones, los cuarteles, las fábricas y los institutos científicos. La primera ley adoptada por el Soviet supremo de la URSS tras la elección de Yuri Andrópov exigía el reforzamiento de las fronteras del país. La acompañaron un sinfín de medidas: una de ellas consistió en solicitar «a todos los ciudadanos de la URSS la participación activa» en la vigilancia de las fronteras.

El escudo del KGB protege el misterio de quienes voluntariamente no podrían revelarlo. Durante la guerra se acusaba de traición a los soldados soviéticos hechos prisioneros. Unas cuantas horas transcurridas en cautividad los hacían sospechosos de «haberse chivado». La misma sospecha pesa sobre los millones de ciudadanos soviéticos que pueblan los territorios ocupados.

Todos los servicios de información tienen dos fuentes: legales (las revistas militares y científicas, la prensa, la transcripción de los debates parlamentarios, etc.) e ilegales (los agentes). Si hay que creer a uno de sus responsables que ejercitó su actividad en Europa occidental durante los años treinta, los servicios soviéticos «sólo consideran verdadera información los datos obtenidos por sus agentes violando las leyes de los países en los que actúan».[33]

Sólo tiene valor, así, el secreto descubierto por vías ilegales, arrancado por la espada. El espía es presentado como modelo del *homo sovieticus*. Puesto que, como indica el título de un libro consagrado a Richard Sorge, es «el hombre para el que no existe secreto».[34]

La atmósfera de misterio absoluto en la que nacen, viven y mueren los soviéticos es un factor esencial de educación ideológica. En su novela *Alto a las tempestades*, premio del Estado 1983, Chingui Aitmátov, que recibió la aprobación de la crítica oficial y obtuvo también cierto éxito de público, proporciona una excelente ilustración de la eficacia del «factor secreto» y su influencia sobre el hombre soviético. Un episodio relata el encuentro con otra civilización de un navío espacial lanzado conjuntamente por la Unión Soviética y los EE. UU. En alguna parte, muy lejos de nuestro planeta, se encuentra otro mundo poblado por criaturas muy se-

mejantes en apariencia a los hombres. Bastante más evolucionados, dichos extraterrestres proponen ayuda y cooperación a los habitantes de la Tierra. Tras un breve plazo de reflexión, la comisión soviético-norteamericana adopta la única solución previsible al tratarse de un escritor soviético: anuncia a los extraterrestres su «negativa a entrar en contacto con ellos, cualquiera que sea la forma del mismo». Pero no es todo. La comisión toma otra decisión, también típica para un escritor soviético: se rodea la Tierra de una barrera infranqueable de «robots-láser de combate destinados a aniquilar con un rayo nuclear todo objeto del cosmos que se aproximara a la Tierra».[35] A las señales emitidas por otra civilización, el escritor responde con la edificación del «muro de Berlín» del cosmos. Está convencido, además, de que todos los pueblos de la Tierra reaccionarían de manera idéntica, ya que toman la decisión conjuntamente soviéticos y norteamericanos.

La convicción de que el misterio existe y la impresión de comulgar con él desarrollan entre los soviéticos el sentimiento de su particularidad, de su superioridad. La emigración masiva de los años setenta ilustró perfectamente este rasgo característico del hombre soviético: sea cual fuere su relación con el régimen, se siente siempre poseedor de un secreto. La influencia de la ideología se mide por la certidumbre (mayor o menor) que tiene el individuo de pertenecer al círculo de los iniciados.

Algunos años después de la Revolución, Víktor Shklovski evocó la célebre leyenda del aprendiz de brujo. Su maestro ejecuta ante él un experimento mágico: corta a un anciano en pedazos, los arroja a una marmita de agua caliente y sale un hombre joven. El alumno quiere imitarle inmediatamente. Sigue punto por punto la receta. Pero no se produce el milagro y el anciano asesinado sigue siendo un cadáver.

El misterio que une a los soviéticos en el círculo de iniciados y les da un sentimiento de superioridad no es otro que el del milagro incompleto y la esperanza, como la vida siempre recomenzada, de que tal milagro se realizará. El libro más antisoviético y más peligroso para la URSS es un cuento de Andersen: *El rey desnudo.*

C. *La autoridad*

> Es el auténtico guía..., el maestro y el camarada a la vez; es el hermano paternal que se ocupa verdaderamente de todos.
>
> HENRI BARBUSE

La novela de ciencia ficción titulada *La solución plateada*[36] relata la historia de un navío cósmico de nacionalidad soviética cuya

tripulación deja en un planeta desconocido un ejemplar del diccionario político soviético, una enciclopedia en un volumen y un manual de economía política. Algunos años después, los libros olvidados permitieron a los extraterrestres «comprender la esencia del socialismo y el capitalismo, su política y su economía». La influencia de los libros provocó el nacimiento de un partido marxista, y vio la luz un movimiento obrero. La revolución estaba próxima en el desconocido planeta.

Es difícilmente imputable a la casualidad que la primera «hagiografía» de Stalin, escrita por un celoso servidor a su adorado guía, fuera obra de Henri Barbuse, cartesiano, ateo y representante de un pueblo libre. De igual manera, no podría considerarse simple coincidencia el hecho de que la primera biografía auténtica del propio Stalin se debiera a otro francés, Boris Souvarine, aproximadamente por la misma época. Los decenios siguientes conocieron el nacimiento y ocaso del culto a ese líder comunista en diversos puntos del globo: China, Albania, Etiopía, Cuba... El amor al «Padrecito» no fue patrimonio exclusivo del pueblo ruso, al que su historia predestinaba, por así decirlo, a la esclavitud. Después de la Revolución de Octubre, la historia mundial demostró que el sistema comunista segregaba el culto del guía como la serpiente su veneno. La «autoridad» del jefe que encarna la sabiduría del Partido y es poseedor de la Verdad forma parte *integrante* del sistema. La estructura fundamentada sobre la autoridad del secretario general se reproduce en todos los partidos comunistas, incluso antes de que lleguen al poder: el secretario general del Comité central es por doquier el más «igual» entre los «iguales» (los miembros del Comité y el Politburó).

El problema de la autoridad no es otro que el de la legitimidad del poder. A las dos semanas del golpe de Estado de Octubre, Gorki manifestó: «Lenin, Trotski y sus compañeros están ya contaminados por el veneno del poder, tal como testimonia su escandalosa actitud respecto a la libertad de palabra, la libertad individual y todos los derechos por cuyo triunfo luchó la democracia.» [37]

Para Gorki, la legitimación de la Revolución consistía en instaurar la democracia. Lenin, en cambio, dio su golpe de Estado para establecer una dictadura que pondría en sus manos el poder. Poder susceptible de construir la utopía, que era precisamente lo que legitimaba la Revolución a los ojos de Lenin. Gorki conocía bien al líder de Octubre: «... Es un hombre de talento que posee todas las cualidades de un "jefe", incluido el cinismo, indispensable para desempeñar ese papel, y una dureza de halcón para con las masas populares.» [38] En marzo de 1919, Lenin formuló su filosofía del poder: «En época de lucha violenta (...) hay que adelantar el principio de la autoridad personal, de la autoridad del individuo

a las decisiones a que se somete todo el mundo sin entrar en largas discusiones.»[39]

En lo esencial, se conocen los detalles del nacimiento del «culto de Stalin». Todos los que lo han condenado o, por lo menos, le han reprochado un poco su inmoderado carácter le han opuesto sistemáticamente la «modestia» de Lenin y su apego al principio de la «dirección colectiva». Los hechos se encargan de demostrar, sin embargo, que el «culto del guía» aparece desde la misma toma del poder y no es sino la aplicación del «principio» leninista de la «autoridad personal».

Resulta indispensable promover el culto del líder de Octubre, pues si se exceptúa un puñado de revolucionarios y de policías, nadie conocía a Lenin en Rusia. Existía, sin embargo, una base que facilitaba el trabajo: los rusos eran creyentes. Comenzó entonces la deificación del «guía» y se utilizaron con abundancia los símbolos, asociaciones de ideas y atributos religiosos para representar a Lenin. El 6 de septiembre de 1918, Zinóviev presentó un largo informe del que se imprimieron casi instantáneamente unos doscientos mil ejemplares, tirada fantástica para la época. Se trataba de la primera biografía oficial de Lenin. Falsificada, claro está, como todas las que la seguirían.[40] Tanto los calificativos como las imágenes empleadas apenas dejaban dudas sobre el modelo que inspiró a Zinóviev. *¿Qué hacer?* era el nuevo evangelio. Durante los años negros de la emigración (Zinóviev insistió en el ascetismo de Lenin, que llevó una existencia mísera en París y Suiza),[41] Lenin no dejó de creer en el advenimiento de la revolución que él había predicho con la mayor exactitud. «Verdaderamente distinguido entre millones, es el guía por la gracia de Dios. Es un jefe auténtico, como nace uno cada quinientos años.»[42]

El atentado de que Lenin fue víctima dio un nuevo impulso al culto del guía: el líder revolucionario se convirtió en un mártir cuya supervivencia había sido milagrosa. Así es que el cincuenta cumpleaños de Lenin (12 de abril de 1920) se celebró con un fasto inaudito. Trotski hizo de él encarnación de la Rusia de ayer y de hoy, el verdadero guía de la nación, armado con «los últimos descubrimientos del pensamiento científico».[43] Zinóviev y Kámenev le describieron como el creador y la fuerza motriz del Partido comunista. Correspondió a Zinóviev la invención de la fórmula: «Hablar de Lenin es hablar del Partido»,[44] que en palabras de Maiakovski se convertirá en una elegante versión: «Cuando decimos Lenin, pensamos: el Partido; cuando decimos el Partido, pensamos: Lenin.»[45]

El culto al jefe se elaboró, pues, en su presencia y con su conformidad. Quizá Lenin no gustaba particularmente de las alabanzas hiperbólicas prodigadas por sus compañeros de lucha, pero las aceptaba por considerarlas útiles. A. Lunacharski aportó la con-

firmación de este supuesto: «Creo que Lenin, que no soportaba el culto de la personalidad y lo combatía por todos los medios, acabó por comprendernos en los últimos años y nos perdonó.» [46]

Con la muerte de Lenin culminará el proceso de deificación, y a partir de aquel momento su autoridad será un fenómeno trascendental. En su proclama dirigida «al Partido y a todos los trabajadores», el Comité Central demostró claramente que la muerte de Lenin no tenía nada en común con la desaparición de cualquier individuo. «Lenin vive en el alma de cada miembro de nuestro Partido. Cada miembro de nuestro Partido es una parcela de Lenin... Lenin vive en el corazón de todo buen trabajador. Lenin vive en el corazón de cada campesino pobre.» [47] Maiakovski formuló el primer mandamiento del mundo nuevo: «Lenin ha vivido, Lenin vive, Lenin vivirá.» Un cuarto de siglo después, Orwell no hizo más que repetir este conjuro al escribir: «El Gran Hermano no puede morir.»

El mausoleo donde reposa el cuerpo embalsamado del guía es expresión concreta de su inmortalidad. Los historiadores acostumbran imputar a Stalin esta «canonización» del líder de Octubre. Aunque ardiente partidario de la construcción del mausoleo, Stalin no fue su iniciador. La idea de embalsamar a Lenin correspondió a L. Krasin, bolchevique de la primera hora, comisario del pueblo encargado del comercio exterior y luego diplomático.

Próximo al movimiento de los «constructores de Dios», muy popular entre los socialdemócratas de los diez primeros años de nuestro siglo, L. Krasin fue discípulo de Nikolái Fiódorov. La extraordinaria «filosofía de la causa común» de N. Fiódorov llegó a conciliar una entusiasta fe religiosa y una convicción absoluta en las posibilidades infinitas de la ciencia. Predicaba la unión de toda la humanidad en el objetivo de resucitar físicamente a los muertos.[48] En los funerales de Liev Kárpov, ingeniero y miembro influyente del Partido, Krasin recogió lo esencial de las teorías de Fiódorov: «Estoy convencido de que llegará un día en que podrán utilizarse los elementos de la vida individual para reproducir una persona física. También estoy convencido de que llegará un día en que la humanidad liberada... será capaz de resucitar a las grandes figuras de la historia...» [49] En 1924, Krasin fue uno de los tres miembros de la comisión encargada de los funerales de V. I. Lenin. La historiadora norteamericana Nina Tumarkin subraya con gran precisión la posible influencia que el descubrimiento en 1922 de la tumba de Tutankamon tuvo en la decisión de edificar el mausoleo y embalsamar el cuerpo de Lenin.[50]

El mausoleo fue construido en forma de pirámide en cuya base se encuentran tres cubos, como en las de Egipto. Autor de un proyecto de «culto a Lenin» que incluía ceremonias con cánticos y música, Kazimir Maliévich invitaba a cada partidario de Lenin

a guardar consigo una pequeña pieza cúbica «en memoria de las enseñanzas eternas del leninismo».[51]

El «leninismo, forma suprema del marxismo», «prolongación creadora del marxismo», fundamento de la autoridad que legitima el poder del Partido, es uno de los elementos principales del culto a Lenin. En febrero de 1924, la sección de propaganda y agitación del Comité central reunió una conferencia sobre el tema de «la difusión y el estudio del leninismo». Éste se declara ciencia universal que responde a todos los interrogantes que pueden plantearse: «Precisamos utilizar ampliamente los trabajos de Lenin en el estudio de los problemas (sean cuales fueren), de manera que nos formemos una opinión en estas cuestiones.» [52] El leninismo se transforma así en la «única enseñanza justa», en tanto que el trotskismo es lo contrario, su negativo. Era necesaria la existencia del Mal, de lo «falso» aunque sólo fuese para confirmar la realidad del Bien, de lo «verdadero».

Stalin tendrá que esperar algunos años y realizar muchos esfuerzos para asentar su autoridad. Sigue sin embargo la vía trazada por Lenin. En los años veinte, la lucha por el poder es una guerra fratricida «por el caftán de Lenin».[53] También en esto definió Lenin la naturaleza de los hechos: la supresión total de las fracciones (1921, X Congreso) redujo los conflictos que oponían a los diferentes líderes del Partido en pugnas personales.

Una vez dueño de la herencia, Stalin la aumentó considerablemente. Sobre la base de la «autoridad leninista», se elaboró un acabado sistema de poder totalitario. La especificidad del modelo staliniano se debía menos a la presencia de un guía omnipotente que a la reproducción absoluta en todas las escalas del aparato del esquema poder absoluto-sumisión absoluta. Cada secretario del Partido (a escala de república, región o distrito) era un mini Stalin en la zona a la que estaba adscrito. Stalin delegaba en cada uno de ellos una parcela de autoridad, exigiendo como contrapartida una total sumisión a su persona.

Llegado a la cima del poder, Stalin, con mucha precisión y laconismo, presentó el sistema que supo llevar perfectamente a la práctica. «Nuestro Partido dispone, contando sólo a las capas dirigentes, de unos tres mil o cuatro mil responsables de alto nivel. Forman, por así decir, el estado mayor del Partido. Vienen a continuación treinta mil o cuarenta mil responsables de nivel medio. Son, en cierta manera, los oficiales del Partido. Siguen los cien mil o ciento cincuenta mil cuadros inferiores del Partido. Si se quiere, son los suboficiales.» El poder lo compartían, por tanto, unas doscientas mil personas entre generales, oficiales y suboficiales del Partido, pero tan sólo porque Stalin lo deseaba así. Al subrayar el poder absoluto y la impotencia total de aquellos en quienes había delegado su autoridad, el guía les exigía que formaran «aunque sólo

fuera a dos hombres del Partido verdaderamente capaces de suplirle».[54]

Formulada en el momento más intenso del terror, esta exigencia perfectamente clara fue acogida con entusiasmo por las futuras víctimas.

La creación de esa institución de los «miniguías» en todos los niveles del aparato del Partido no fue más que uno de los aspectos del modelo staliniano. Otro consistió en la puesta en marcha de individuos portadores de autoridad en todos los niveles de la vida soviética y particularmente en el campo de la ciencia y la cultura. La negativa a someterse a la autoridad suprema de Konstantín Stanislavski en el teatro, de Maxim Gorki en literatura o de Trofim Lisenko en biología significaba un crimen contra el Estado, un ataque a la autoridad de Stalin.

Si la deificación de Lenin culminó después de su muerte, la de Stalin se produjo en vida. Tan sólo su muerte permitiría a los soviéticos tomar conciencia del sentido de su propia existencia. En 1955, en un poema titulado *Dios*, Borís Slutski escribe: «Hemos vivido todos en la mano de Dios. En su mano y a su lado. No persistirá en el azul de los cielos. Algunas veces se le veía viviente, en lo alto del mausoleo.»[55] A finales de los años 50, Alexandr Tvardovski definió con gran precisión el lugar ocupado por Stalin en el sistema soviético. «Habíamos adquirido la costumbre: sabíamos. Que a través del humo de su pipa no se le escapaba nada en el mundo. Que lo gobernaba todo como un dios...»[56] Cada cual se había acostumbrado, conscientemente o no, a la idea de que el país fuera gobernado por un dios omnipotente y omnisciente; por un dios al que nada se le escapaba.

Tras un breve período de «denuncia del culto a la personalidad» (1956-1964), se renunció a «derribar el ídolo». Los herederos de Stalin comprendieron muy pronto que destruir la autoridad del guía divino significaría minar su propia autoridad y la del Partido. No cesa la discusión sobre el papel y la importancia de Stalin en el seno del sistema soviético, en tanto que el representado por Lenin, definido desde hace mucho tiempo, no despierta interés. Stalin desencadena todavía las pasiones. Los debates resultan particularmente animados en el campo literario. Una vez más, los ideólogos soviéticos dan prueba de su incapacidad para presentar un análisis, siquiera primario, del lugar ocupado por Stalin en la historia de la URSS. Una vez más demuestran no disponer de los elementos necesarios para dicho análisis. La única aportación teórica de los «marxistas-leninistas» será la introducción del término «culto de la personalidad» para designar el período de «errores» comenzado en 1934.

En el campo literario, sin embargo, el período staliniano y la personalidad de Stalin suscitan un interés muy vivo tanto entre

los escritores oficiales como entre aquellos que expresan libremente sus opiniones. Del informe «secreto» de Jruschov (1956) se desprendía la autorización a los escritores soviéticos para evocar los errores del Stalin estratega de los años de la guerra, y la aniquilación de los mandos del ejército que explicaba en parte las derrotas sufridas al principio de las hostilidades (cf. las novelas de K. Símonov o de I. Bondárev). Pero la noción del «culto a la personalidad» desapareció muy pronto del léxico del Partido, lo que significaba una prueba del cambio de política respecto a Stalin. La literatura oficial pronto se hizo eco de todo ello. La moda obligó a volver los ojos al período de la colectivización, cuyos «excesos» se imputaron de manera sistemática a los manejos de los trotskistas «de izquierda, todos ellos judíos, como era natural (cf. M. Shólojov, P. Proskurin, A. Ivánov, V. Belov). También ellos fueron responsables, al decir de los literatos oficiales, del terror de los años treinta. Así, por ejemplo, la novela *La eterna llamada* revela el «plan estratégico» de los trotskistas, actuando de acuerdo con la Gestapo: «Aniquilaremos físicamente a los hombres más fieles a la ideología bolchevique.» [57] Stalin fue entonces el único capaz de descubrir tan terribles propósitos. La moda impuso también que se presentaran las derrotas de los primeros años de la guerra como una genial maniobra estratégica que aseguró la victoria de 1945 (cf. A. Chakovski, I. Stadniuk, I. Bondárev).

En la literatura soviética moderna, Stalin no era tan sólo un organizador genial, el constructor del Estado soviético, un diplomático y un estratega fuera de norma, sino también —sobre todo mientras vivió— una divinidad, un ser mítico. «La personalidad de este hombre —dice el héroe de la novela *Tu nombre*—, que reúne en sí la fuerza y las posibilidades casi infinitas de todo el país, turbará durante mucho, mucho tiempo a los espíritus, adornándose con detalles increíbles, con las más fantásticas leyendas...» [58] No podía ocurrir de otra manera, puesto que era «infatigable cada vez que se trataba de resolver los más arduos problemas —problemas con frecuencia insolubles—, y su indiferencia al cansancio mientras los demás parecían a punto de caer agotados, conferían a su persona, a los ojos de quienes le rodeaban, una fuerza casi mística».[59]

No hubo escritor «no oficial» de alguna importancia que no se interesara por Stalin con la finalidad de revelar su «verdadero» rostro. Alexandr Solzhenitsin *(El primer círculo)*, Vasili Grossman *(Vida y destino)*, Yuri Dombrovski *(La facultad de lo inútil)*, Vladímir Maxímov *(El Arca de los no llamados)*, Fazil Iskander, Alexandr Bek *(Nueva afectación)*, todos intentaron, a su manera respectiva, penetrar en él, comprender su manera de pensar, aprehender los móviles de sus acciones. Todos intentaron destruir el mito, derribar al ídolo de su pedestal. Recurrieron con frecuencia a la

sátira en todas sus formas, desde las puyas implacables de Solzhenitsin a la fina ironía de Yuri Dombrovski o Iskander, el humor de Maxímov o las burlas un tanto groseras de Iuz Aleshkovski *(El canguro)*. La risa hizo acto de presencia para sacudir el insoportable fardo del culto al guía.

Pese a los esfuerzos de los autores de mayor talento, con las únicas armas de la lógica y la razón o aportando pruebas de sus crímenes —la lista de víctimas— no se consiguió «desautorizar» por completo el mito. Hizo una vez más la demostración de su fuerza. El libro de Alexandr Zinóviev, *El héroe de nuestra juventud* es testimonio de su invencibilidad. Filósofo obligado a abandonar la URSS, destaca la necesidad y la grandeza de Stalin, personificación del «nosotros».[60] El escritor toma sobre sí la tarea de «defender aquella época»,[61] que no coincide para él con «tiempos criminales».[62] Stalin «encarnaba la voluntad popular» [63] y, además, el suyo era el tiempo de «nuestra juventud», y «tanto peor si cometíamos travesuras. Las travesuras eran jóvenes en aquel tiempo y la juventud es siempre hermosa».[64] Alexandr Zinóviev contribuyó así a enriquecer la mitología staliniana: gracias a él, el guía se convirtió también en símbolo de la juventud.

El inmenso poder de Stalin y el mito de la autoridad divina del guía constituyen la magnífica herencia de que disfrutan sus sucesores. Sólo de ellos depende la utilización que hagan. La «autoridad» de Stalin, la extensión de su poder son otros tantos puntos de referencia para los secretarios generales del futuro. La época staliniana les da cierto margen de maniobra en los límites del modelo impuesto; no es preciso volver al terror generalizado, que ya dio sus frutos al dejar una marca indeleble en la conciencia del hombre soviético. Además, un simple revoque de la fachada podía pasar por una transformación total. Desde su llegada al poder, Yuri Andrópov indicó que era posible reanudar ciertos métodos del período staliniano. Volvió a poner en circulación algunas consignas de la época e hizo conceder el premio del Estado a Iván Stadniuk y Alexandr Chakovski, autores de novelas consagradas al Padrecito de los Pueblos. Dio así una prueba de que la momia mágica de Stalin seguía siendo eficaz. La autoridad del guía dispensaba una fuerza prodigiosa sobre la que se apoyaba el Partido, en sí mismo origen de la fuerza del guía. Interdependientes, no podían prescindir uno del otro. Las peripecias del culto de Mao en China reproducen la curva sinusoidal del culto de Stalin después de su muerte. En ambos casos, los herederos tuvieron el reflejo de destruir hasta el recuerdo de sus poderosos predecesores. Pero muy pronto, tanto Stalin como Mao volvieron al panteón de los grandes líderes, puesto que sin ellos resultaba imposible mantener un vínculo directo entre el nuevo secretario general y la gran diosa: la historia y sus leyes.

La autoridad del guía es la autoridad del Partido, y éste, la autoridad del guía. Aunque perfectamente real, el poder del secretario general toma formas rituales. La «Voz del Sinaí» —discursos del Número Uno o «resoluciones» del Comité central— tiene todos los rasgos de un encanto mágico. Se manifiesta de forma ritual, intangible: se abre con un balance de la situación, acompañado siempre de una enumeración de los éxitos obtenidos; sigue la denuncia de que, a pesar de los éxitos, subsisten puntos débiles (debidos a las intrigas enemigas, a la ineficacia de la dirección precedente o de los escalones más bajos del aparato, a la incompetencia de los responsables, ya sean obreros, koljosianos o intelectuales); finalmente, se evocan las medidas previstas para mejorar, aumentar, reforzar y desarrollar... El sortilegio tiene en todos los campos la última palabra. Explica, enseña, anima y, sobre todo, cura los males.

Le basta al guía nombrar el Mal y firmar una resolución del Comité central indicando los «remedios», para que el Mal desaparezca. Basta que Stalin declare, doce días después de iniciarse la guerra, que «Hitler nos ha engañado», e inmediatamente se borran sus crímenes, se olvida su responsabilidad en la gestación de la segunda guerra mundial, su fe ciega en el Führer. Basta que Brézhnev justifique una crisis profunda que afecta la agricultura por causa del mal tiempo y el insuficiente trabajo de algunos responsables, para que se firme un proyecto de programa alimentario destinado, por su sola existencia, a satisfacer todas las necesidades de la población. Basta, por último, que Andrópov nombre el Mal —una disciplina relajada— para que aumente irresistiblemente la tasa de productividad y se realicen los planes de producción.

La fe en el poder mágico de las palabras del guía se expresa de manera particularmente elocuente en las innumerables leyendas suscitadas por las llamadas telefónicas de Stalin a ciertos escritores. En 1930, el guía llamó a Bulgákov, que se lamentaba de ser objeto de persecución por las autoridades. Stalin se limitó a ofrecer al gran escritor la posibilidad de trabajar como ayudante de director teatral. Diez años después, cuando el autor de *El maestro y Margarita* se está muriendo, tres de sus amigos dirigen una carta al secretario particular de Stalin, Poskrebíschev, suplicándole que intercediera para que el gran guía volviera a telefonear al escritor: «Solamente una gran alegría como esa... puede darle una esperanza de salvación.» [65] Los amigos de Bulgákov sabían perfectamente que la primera llamada telefónica no había dado al escritor más que permiso para vivir, y sin embargo se volvían hacia el guía en solicitud de un milagro. Creían que la sola voz del secretario general podía restablecer a un moribundo. Al citar la carta, un biógrafo de Bulgákov calificó la solicitud de «blasfemia dictada por la compasión y la locura, que reflejaba perfectamente el estado de con-

ciencia social de la época». Se tiene derecho a considerar como tal el recurso al asesino de millones de personas, con la esperanza de obtener un poco de misericordia. Pero no puede calificarse de locura la fe de los soviéticos en el milagro, como tampoco es posible tratar de «locos» a quienes creen en los poderes mágicos de los chamanes. Se acude al chamán porque se afirma que mantiene una vinculación directa con Dios. Y el vínculo directo del guía y del Partido con la divinidad estaba probado «científicamente». Y. Andrópov podía desaparecer tranquilamente del Kremlin. Los mensajes que firmaba, retransmitidos por la radio y la televisión y publicados en los periódicos, hacían superflua su presencia. El oráculo de Delfos seguía invisible, pero resultaba esencial creer en sus profecías.

La educación de la fe en el milagro, y la autoridad y la veneración del misterio son los medios mágicos de que disponen los ideólogos. La educación ideológica del hombre soviético proviene de la reeducación forzosa, tarea que incumbe al ejército de responsables de agitación y propaganda. Sus órdenes son estrictas: «El trabajo ideológico tiene por vocación facilitar la transformación de los conocimientos en una visión del mundo acabada y científica, en una necesidad fundamental de cada individuo de pensar y actuar como comunista.» [66] La acción ideológica no tiene como objetivo difundir ideas y puntos de vista, sino educar el comportamiento. Su función específica consiste en crear un sistema de reflejos condicionados que suscite en cada ciudadano soviético la «necesidad de pensar y actuar como comunista». O, dicho en otras palabras, tal como lo exige el guía del momento.

Para llevar a buen término tan delicada tarea, se utilizan millones de «cuadros», tropa superior en número al ejército soviético. Estos soldados de una nueva especie ejecutan la voluntad del Gran Sacerdote. Se les prepara cuidadosamente para esta misión gracias al «sistema de instrucción política» que comprende las escuelas de iniciación a los principios fundamentales del marxismo-leninismo (enseñanza política primaria) y los establecimientos que constituyen la «red superior de la enseñanza del Partido». En 1975 se contaba en el país con un total de trescientas veinticinco universidades de marxismo-leninismo y cerca de tres mil escuelas municipales o regionales reservadas a los militantes del Partido.[67] Los títulos de los manuales vigentes en tales establecimientos indican perfectamente los objetivos de la formación y dan idea de su dimensión: filosofía marxista-leninista; economía política; comunismo científico; trabajo del Partido; fundamentos del marxismo-leninismo; política económica del PCUS; política social del PCUS y enseñanza del Partido.[68]

Los cuadros ideológicos formados gracias a estos manuales disponen para su acción sobre las masas de una «literatura política,

social y económica» que se beneficia de tiradas «faraónicas». La razón de ser de estas publicaciones es «ayudar a infundir en los soviéticos una conciencia ideológica educada y estimular su consagración a la patria».[69] En 1980, esas obras de carácter político, social y económico alcanzaron los doscientos veinte millones de ejemplares. Su tirada es superior a la de las publicaciones consagradas a las ciencias naturales (50,9 millones de ejemplares) y a la técnica (160,7 millones), e incluso a unas y otras consideradas conjuntamente.[70] Conviene no perder de vista que al igual que el presupuesto de las fuerzas armadas soviéticas no se limita a los medios mencionados en la columna «gastos militares», sino que puede disimularse con otras rúbricas, la «literatura política» se encuentra contenida en todos los libros y revistas que aparecen en la Unión Soviética.

Por su peso y omnipresencia, la presión ideológica modela ya al hombre nuevo, le imprime —tal como el martillo del herrero— el comportamiento deseado, y su manera de pensar y actuar según los cánones en vigor. La necesidad de la fe cae por su propio peso en cuanto se excluye la posibilidad de un pensamiento disidente, y se borra de la conciencia toda aproximación crítica al mundo. Reforzada por la ciencia, la autoridad se convierte —tiene que convertirse— en una fuerza invencible.

Como no existen estudios de especialistas (psicólogos, psiquiatras, sociólogos) consagrados a la influencia de la presión ideológica sobre los soviéticos, los escritores han efectuado la tarea de colmar ese vacío. Los raros autores soviéticos que han tenido el valor de recoger el relato verídico de la vida en la URSS describen a hombres aplastados por el peso del aire que respiran. Vasili Grossman encontró la palabra justa para definir el estado del hombre soviético sometido a un remodelado ideológico intensivo: para él, el individuo está «hechizado». La heroína de *Todo pasa* evoca la colectivización, las detenciones de campesinos: «La GPU no bastaba y se movilizó a los militantes de base, a gentes a las que se conocía, de las que podían fiarse, pero que parecían de pronto atontadas, hechizadas... Tanto en la asamblea como en la sesión especial de formación, en la radio, en el cine, los escritores y el propio Stalin, todos repetían lo mismo: los kulaks son unos parásitos, queman su trigo, matan a sus hijos. Y todos hacían sin ambages la misma declaración: hay que desencadenar contra ellos el furor de las masas... Entonces, a mi vez, sucumbí poco a poco al encantamiento.»[71] El doctor Zhivago, de Pasternak, reprocha a su amigo regresado del exilio: «Me ha resultado penoso escuchar la historia de tu formación, de tu reeducación por el exilio. Es como si un caballo contara cómo se ha adiestrado a sí mismo en el picadero.»[72]

Este «hechizamiento», esta voluntad de los individuos de efec-

tuar por sí mismos su «doma», no puede obtenerse sin la ayuda de un corsé ideológico extremadamente rígido. Cuanto más duro sea el corsé, más radical resultará la imposibilidad de otro punto de vista, de otra forma de pensar, y más eficaz resultará la acción. El ideal es, por supuesto, conseguir el dominio total del individuo.

CAPÍTULO IV

El totalitarismo

> La libertad es la esclavitud. Dos y dos son cinco. Dios es el poder.
>
> GEORGE ORWELL

La historia de las referencias al totalitarismo, al Estado totalitario, nos ayuda a comprender el sentido de estos fenómenos y el origen de los debates que no dejan de suscitar. Cuando Benito Mussolini se declaró «totalitarista» en un artículo de la *Enciclopedia* italiana aparecido en 1932, e hizo de Italia un Estado totalitario, confirió a estas nociones un valor más que positivo. Cuando Hitler tomó el poder en Alemania y durante los años de guerra, el totalitarismo se convirtió en una injuria, sinónimo de sentimientos antihumanos y crímenes contra la humanidad. Una vez vencidos los totalitarismos italiano y alemán, se descubrió la existencia de un tercero: el soviético. El período de la «guerra fría» enfrentaría a quienes consideraban la Unión Soviética como un Estado totalitario, con los que impugnaban con energía el vínculo sacrílego establecido entre el vencedor, Stalin, y los vencidos, Hitler y Mussolini. Tras la muerte de Stalin, la mayoría de los investigadores occidentales —sovietólogos, historiadores, sociólogos, filósofos— se dedicaron a demostrar el carácter «no científico» de las teorías dirigidas a hacer de la URSS postestaliniana un Estado totalitario.

Los diccionarios y enciclopedias soviéticos de los años treinta y cuarenta ignoran el vocablo «totalitarismo». En 1953, el *Diccionario de la lengua rusa* clasifica el adjetivo «totalitario» entre los términos «librescos» y, por tanto, poco empleados en el lenguaje corriente. Su definición es corta, pero exhaustiva: «Totalitario: fascista; el que emplea métodos propios del fascismo.» En 1955, el diccionario amplió un poco más la definición: «Estado totalitario:

Estado burgués dotado de un régimen fascista. Se caracteriza por la concentración del poder del Estado en manos de una camarilla de cabecillas fascistas; la liquidación total de las libertades democráticas; el establecimiento de un régimen de terror sangriento contra las organizaciones revolucionarias y progresistas, así como contra sus líderes; la negación absoluta de los derechos de los trabajadores y una política exterior agresiva.»

La segunda edición de la *Gran enciclopedia soviética* (1956) conserva esta definición con el sencillo añadido de que el vocablo ruso procede del francés *totalitaire*, y que tanto la Alemania hitleriana como la Italia fascista eran Estados totalitarios. El *Pequeño diccionario político* de 1969 completa la lista de «Estados totalitarios» con la España franquista. Finalmente, la tercera edición de la *Gran enciclopedia soviética* (1977) se caracteriza por la siguiente acusación: «Todavía en la actualidad, ideólogos y políticos burgueses intentan utilizar la noción del totalitarismo con fines anticomunistas.» El *Pequeño diccionario político* de 1983 es todavía más explícito: «La noción de totalitarismo se utiliza por la propaganda anticomunista con la finalidad de dar una falsa imagen de la democracia socialista.»

Leszek Kolatowski indica que el concepto de «totalitarismo» es con frecuencia objeto de controversia, con el pretexto de la no existencia de ningún modelo ideal de sociedad totalitaria, ya que nunca, ni siquiera en la Unión Soviética bajo Stalin, en la China de Mao o en la Alemania hitleriana «se alcanzó el ideal de la unidad absoluta de la dirección y el poder ilimitado».[1] El filósofo polaco contrarresta este argumento señalando con toda justicia que la mayor parte de los conceptos utilizados para describir fenómenos sociales de gran envergadura carecen de equivalentes empíricos perfectos.

El Estado totalitario ideal es descrito por Zamiatin: «Todas las mañanas, con una exactitud de máquinas, a la misma hora y en el mismo minuto, nosotros, millones, nos levantamos como un solo número. A la misma hora y al mismo minuto, nosotros, millones a la vez, comenzamos nuestro trabajo y lo terminamos a un tiempo. Fundidos en un solo cuerpo con millones de manos, nos llevamos la cuchara a la boca en el segundo fijado por la Tabla de las Horas; todos, en el mismo instante, nos vamos a pasear, nos desplazamos al auditorio, a la sala de ejercicios de Taylor y nos abandonamos al sueño...»

Tal es el Estado único, el mundo del siglo XXX. George Orwell sitúa por su parte su «Estado único» en un período mucho más próximo a nosotros: en 1984. Pero no se parece mucho al nuestro, ni al mundo espantoso del futuro en el sentido de que es mucho más «real». Al estudiar durante más de treinta años la evolución del mundo totalitario entrevisto por Zamiatin en los días

de su creación, Orwell descubre una ley intangible del totalitarismo: la miseria es una forma de existencia, una condición *sine qua non* de la vida del «Angsoc». En el Estado único de Zamiatin no se menciona la carencia crónica de ropas, alimentos y cuanto es indispensable. En Orwell, por el contrario, la miseria es un arma poderosa en la educación del individuo.

Al igual que Zamiatin, ve Orwell uno de los grandes rasgos del Estado totalitario en el aniquilamiento de la libertad. «El totalitarismo ha liquidado la libertad de pensamiento en proporciones desconocidas hasta ahora.» En junio de 1941, Orwell formula un principio fundamental del totalitarismo: «Importa comprender que el control del pensamiento no es únicamente negativo, sino también positivo. No se limita a prohibir expresar —o pensar— determinadas cosas, sino que también dicta lo que se *debe* pensar, crea una ideología a la medida de cada cual, se esfuerza en regentar su vida emocional e impone un código de conducta.» [2]

Siete años después, en su novela del futuro, el escritor evoca las etapas de la historia de la humanidad: «La orden de los antiguos despotismos era: "No debes." La orden de los totalitarismos era: "Debes." Nuestra orden es: "Eres."» [3] Es el grado supremo del totalitarismo: eres, luego no existes. No eres más que en la medida que te sometes al código de conducta obligatoria o te conviertes en una molécula del «cuerpo único de millones de manos».

Este ideal no se ha alcanzado aún. De ahí, y como señala el sovietólogo norteamericano Jerry Hough, que existe «un creciente descontento respecto al modelo totalitario».[4] El autor hace alusión a los especialistas de la Unión Soviética. Él mismo, en un libro publicado con el patrocinio de la respetable Universidad de Harvard para servir de guía a los estudiantes, expone sus conceptos de la siguiente manera: «Tras la muerte de Stalin se produjeron cambios fundamentales en la naturaleza del sistema soviético... La ideología se hizo menos rígida y menos optimista en cuanto a las posibilidades de mejorar al hombre. El dictador no dominaba a sus súbditos como en tiempos de Stalin, y el Partido había acentuado su carácter de organización de masas... El papel de la policía aparecía sensiblemente reducido y desapareció el terror arbitrario... Los medios de comunicación controlados por el centro se abrieron poco a poco a las ideas iconoclastas, en tanto que el telón de acero se elevó parcialmente y permitió que un mayor número de ideas no ortodoxas llegaran a la masa de los ciudadanos.» [5] La comprobación de estos hechos, que no existen más que en la imaginación del autor, le llevan a desembocar en la siguiente conclusión: la Unión Soviética ha comenzado a evolucionar hacia un «pluralismo institucional».[6]

Los razonamientos y teorías de Jerry Hough merecen atención, pues traducen el obstinado celo que numerosos expertos occiden-

tales ponen en evitar la abierta mirada al rostro de la realidad soviética y de su categórica negativa a recurrir al concepto de «totalitarismo». El mismo Jerry Hough propone expresiones para reemplazar el desagradable término «sociedad administrativa», «sociedad dirigida», «sistema monístico», etc.[7]

Basta, sin embargo, atender a la definición que del Estado totalitario da la *Gran enciclopedia soviética* de 1977 para que desaparezcan inmediatamente dudas e ilusiones sobre el modelo del Estado soviético: «Los Estados totalitarios se caracterizan por una estatificación de todas las organizaciones legales, los plenos poderes discrecionales (no limitados por la ley) concedidos a las autoridades, la prohibición de las organizaciones democráticas, la liquidación de los derechos y libertades constitucionales, la militarización de la vida social, y la represión dirigida contra las fuerzas progresistas y los disidentes en general.»

El problema del Estado totalitario plantea la cuestión del poder: ¿quién asume el poder totalitario? En época de Stalin, Hitler y Mao, la respuesta parecía sencilla. Numerosos historiadores decían a la sazón: el poder del Partido es la condición del totalitarismo. Leonard Shapiro, célebre historiador del PCUS emite algunas dudas al respecto. «¿Acaso no aniquiló Stalin el Partido como institución y socavó su monopolio del poder?» [8]

Sin embargo, Shapiro, que conoce perfectamente la historia soviética, se equivoca. Si bien Stalin liquidó a numerosos miembros del Partido, no modificó la institución en sí misma. Hubiera podido permitírselo de haberse atrevido —como se murmuraba en la época— a coronarse emperador. No podía prescindir del Partido igual que éste no podía prescindir de él.

La primera Constitución soviética (1918) no menciona el Partido. Pero Lenin no disimuló la realidad: «Tenemos que saber —y no debemos olvidar— que la Constitución jurídica y fáctica de la República soviética reposa enteramente en el Partido, que corrige, prescribe y edifica todas las cosas según un principio único.» El principio es sencillo: el poder pertenece al Partido. Stalin incluyó en la Constitución de 1936 un artículo que proclamaba al Partido como fuerza motriz del Estado soviético. El principio de Lenin quedó así formulado de manera más precisa: «El Partido es el núcleo dirigente de todas las organizaciones, tanto en el plano social como en el del Estado.» [9]

Cuarenta años después, una nueva Constitución completó y amplió esta definición del lugar y el papel del Partido en el sistema soviético. La naturaleza totalitaria de la forma de gobierno quedó así elevada al rango de ley. Conviene señalar, empero, un detalle significativo: si en la Constitución de 1936 el papel del Partido era evocado en el artículo 126, en la de 1977 es tema del artículo 6. La Constitución actualmente en vigor proclama: «La fuerza

dirigente, la guía de la sociedad soviética, el núcleo de su sistema político y de todas las organizaciones estatales y sociales es el Partido comunista de la URSS. El PCUS existe para el pueblo y sirve al pueblo. Armado con la enseñanza marxista-leninista, el Partido comunista define la perspectiva general del desarrollo social, la línea de la política exterior e interior de la URSS; dirige la gran actividad creadora del pueblo soviético y confiere a su lucha por la victoria del comunismo un carácter planificado y científicamente fundado.» [10]

En esta definición, sólo el vocablo «Partido» puede ser objeto de discusión. Aunque se propone ser «Partido» y no otra cosa; es decir, una institución vinculada a una causa más amplia. Así, el PCUS se atribuye de hecho el papel de instancia superior que conoce la verdad, el fin y el camino que recorre. Puede así, en buena lógica, reinar como señor absoluto con la firme promesa —invocando «la enseñanza», la ciencia y el plan— de llevar al paraíso a aquellos que le ha confiado la historia. Toda tentativa de limitar su poder afecta, por tanto, a la Verdad y la Historia.

Los acontecimientos de 1980-1982 demostraron que era imposible reducir el poder del Partido. Por ejemplo, el sindicato polaco Solidaridad estaba condenado a perecer por haber osado atentar contra ciertas prerrogativas del Partido en el campo de la economía. En 1956, Wladislaw Gomulka había rechazado ya categóricamente un proyecto de reorganización de la economía polaca, y declaró con tal motivo: ¿Qué queréis? ¿Limitar el papel del Partido a la organización de las fiestas del Primero de Mayo?»

Sólo un poder totalitario puede permitir al Partido reivindicar el poder absoluto. La pérdida de la más ínfima molécula de aquel poder total le priva de toda legitimidad y le convierte en una organización semejante a las otras. Al perder la posibilidad de ser el «núcleo dirigente», se degrada a la condición de envoltura de ideas y mitos en desuso.

El Partido ejerce su poder totalitario tomando decisiones en cuantos asuntos conciernen al Estado y a la vida social y cultural. Tales decisiones se aplican gracias al control efectuado por millones de miembros que lo componen. Se mantienen sus efectivos a un nivel constante, relativamente bajo: en 1952 contaba con 5 883 000 miembros sobre un total de 181,6 millones de habitantes; en 1976, 15 058 017 miembros entre 255,6 millones de personas; en 1981 (XXVI Congreso) 17 480 000 miembros sobre 266 millones de habitantes. No se ha modificado la estructura staliniana: un estado mayor (Politburó, Secretariado del Comité Central) y un cuerpo de generales y oficiales (la Nomenklatura). El conjunto de este aparato representa aproximadamente el 3,2 % de la totalidad del Partido. El 96,8 % de los miembros restantes trabajan en las fábricas, las oficinas, los koljoses, etc.[11] Comulgando con el milagro, el mis-

terio y la autoridad, son las neuronas que transmiten al cuerpo del organismo soviético las órdenes del «cerebro», centro de poder del Partido. Alexandr Yashin presenta la estructura soviética como un sistema de palancas: cada uno de los miembros del Partido es una palanca sobre la que pesa la palanca de encima y así sucesivamente hasta la cúspide, donde se encuentra el timonel.

Las ventajas de este sistema son evidentes: la voluntad personal de las «neuronas» y de las «palancas» pierde todo su significado. Engranajes de un gigantesco mecanismo, los miembros del Partido representan su papel repitiendo mecánicamente las consignas emanadas de lo alto. Serguéi Polikánov, físico atómico, miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de la URSS, que obtuvo en 1978 autorización para emigrar, evocó su militancia en el Partido como un juego aceptado del que no podía librarse sin correr el riesgo de serios perjuicios: [12] pérdida de su trabajo, disgustos y sinsabores de orden administrativo, pero también imposibilidad de acceder a un puesto determinado en el seno del sistema, que hubiera significado el fin de las esperanzas y las promesas.

El carácter totalitario del poder del Partido modifica implacablemente la mentalidad de todos los habitantes del país. El Partido atrae a los ciudadanos más activos, a los más emprendedores y a los más ambiciosos. Durante los años que precedieron y siguieron inmediatamente a la Revolución, se adhirieron entusiastas seducidos por la idea y por los discípulos de la nueva religión. El choque entre las grandes ideas y la realidad, la necesidad de ensuciarse, de ensangrentarse las manos, forjará el carácter de la primera generación de comunistas y se reflejará sobre la segunda. En la novela *Nuevo destino*, una de las raras obras soviéticas que efectúa un análisis psicológico de los «dirigentes», Alexandr Bek describe a un comunista enteramente consagrado a Stalin, uno de los organizadores de la economía soviética, un ministro que por su grado de intimidad con el guía y su talento como ingeniero recuerda intensamente a Von Speer. El héroe de Bek, Onissímov, ministro de Stalin, cae enfermo: sus manos son presa de irreprimibles temblores. El médico que le reconoce le recomienda «evitar los errores». Le explica que la noción de «error» fue introducida por el célebre fisiólogo ruso Pávlov: cuando parten de la corteza cerebral impulsos-órdenes contradictorios, cuando un impulso interior ordena actuar de una manera y el afectado se ve obligado a actuar de otra, se desencadena un conflicto, un «error» que es el principio de la enfermedad. El médico añade que al darle dos órdenes contradictorias a una máquina cibernética, ésta «cayó enferma» y fue presa de temblores.[13]

El «error» sólo puede ocurrir si coexisten en las conciencias dos sistemas de normas éticas, dos conceptos del mundo. Dos impulsos-órdenes contradictorios pueden surgir en la corteza cerebral,

incluso cuando uno de los sistemas —y una de las dos concepciones del mundo— se ha rechazado por considerarse errónea. La huella dejada en la memoria puede suscitar el impulso.

El poder totalitario de que disfruta el Partido permite suprimir (en todo caso, tal es su objetivo) no sólo «otro sistema de valores», sino también toda nostalgia del sistema desaparecido. Una selección muy meticulosa lleva a la cima de la jerarquía a los dirigentes inmunizados contra el «error»: la tercera generación de dirigentes soviéticos, la que ha efectuado el más gigantesco esfuerzo para aproximarse al hombre soviético ideal. La «corteza cerebral» del partido no puede producir más que un impulso-orden. Maiakovski declaraba con orgullo: «Me siento un taller soviético para fabricar la felicidad.» El poeta se mentía a sí mismo: un taller no se hubiera suicidado.

El poder totalitario tiende a suprimir el recurso a las medidas extremas, conservando cuidadosamente su recuerdo en las conciencias. Deseoso de excavar —hasta hacerlo infranqueable— el foso que separa el mundo donde se extiende su autoridad del resto del universo, el poder totalitario da por descontado que rompe definitivamente los vínculos (con el pasado, con el «extranjero») susceptibles de engendrar un desdoblamiento de los impulsos.

El sistema totalitario está dirigido por un guía que detenta el poder absoluto. El poder del secretario general del Comité central no podría ser inferior, en efecto, al del mismo Partido. La autoridida del guía tiene que encarnar la autoridad del Partido. Al determinar los detalles de un ritual susceptible de crear la ilusión de un cambio, Yuri Andrópov restableció una práctica anterior al período staliniano: la publicación periódica del orden del día del Partido. La finalidad de dicha medida no era desvelar públicamente el «santo de los santos» ni «democratizar» el procedimiento, sino mostrar la omnipresencia del Partido y su órgano rector. A juzgar por los comunicados, no había problemas pequeños para el Politburó: la cuestión de las horas de apertura de los almacenes y las peluquerías era tratada con idéntica seriedad que los problemas estratégicos dimanantes de la instalación de nuevos cohetes en Europa.

Las incesantes discusiones sobre la naturaleza del sistema soviético se han hecho más complejas por la aparición de un nuevo tipo de secretario general cuyo poder no es forzoso delimitar. El carácter absoluto del poder ejercido por Stalin o Mao no dejaba prácticamente dudas, exceptuados los expertos occidentales que se empeñaban en ver a Stalin como una víctima del sector «duro» del Politburó, que obligaba al «maravilloso georgiano» a cometer actos que le repugnaban.

El propio Stalin no podía, sin embargo, actuar como le viniera en gana. Informó así Jruschov que después de la guerra, el guía

había soñado en vano con la deportación a Siberia de todos los ucranianos, tal como hizo con algunos pueblos del Cáucaso y de Crimea. A pesar de ello, tanto Stalin como Mao tenían inmensas posibilidades. Jruschov, cuyo poder parecía incomparablemente más débil, impuso sin embargo —contra el criterio de los especialistas— su proyecto de «roturación de tierras vírgenes», decisión «voluntarista» cuyas consecuencias catastróficas desde el punto de vista ecológico no se han evaluado todavía por entero.

El poder absoluto, tiránico y carismático de los secretarios generales permite utilizar la clasificación de Max Weber para caracterizar la naturaleza del sistema soviético. Weber distingue tres «tipos puros» de poder (poder fundado sobre el derecho, poder tradicional y poder carismático). Leonard Shapiro, por su parte, aproxima sistema soviético y poder tradicional o a veces poder carismático, subrayando que en ambos casos desempeña un papel determinante la autoridad personal del jefe.[14] Puede considerarse la desaparición de los secretarios generales de tipo carismático como la prueba de que el sistema ha alcanzado su edad madura. Guías del período transitorio, Brézhnev, Andrópov y Chernenko conservaron algunos rasgos de ese carisma tan característico de sus «heroicos» predecesores. Los secretarios generales futuros serán pasados por el laminador y por el molde a medida que progresen en la jerarquía, perdiendo toda personalidad. Desaparecerá el secretario general de tipo carismático. Pero subsistirá, de todos modos, el carisma de la función.

En 1951, Hannah Arendt indicaba el punto de vista de los jefes nazis: en el guía «no era indispensable el individuo sino la función, de la que el movimiento no sabría prescindir».[15] La historia suministra cierto número de ejemplos que permiten afirmar que el movimiento radical, y revolucionario, precisa siempre de un líder de tipo carismático. No cabe, pues, duda alguna de que el movimiento revolucionario más sorprendente de estos últimos años —el nacimiento de Solidaridad en Polonia— hubiera tenido un carácter muy diferente sin Lech Walesa. Por el contrario, un sistema congelado, no precisa de un líder de tipo carismático; es más, semejante líder amenazaría su tranquilidad, su inmovilismo. Pero la función sí continúa siendo necesaria. En el sistema soviético, dicha función confiere a quien la ejerce un poder considerable, pero que no emana más que de la propia función.

Al inaugurar el 17 de agosto de 1934 el I Congreso de los escritores soviéticos, Maxim Gorki definió perfectamente la naturaleza del sistema: «Tomamos la palabra en un país iluminado por el genio de Vladímir Ilich Lenin, en un país donde trabaja, infatigable hacedora de milagros, la voluntad de Yósif Stalin.»[16] Ningún politólogo, ningún especialista ha conseguido encontrar una fórmula capaz de rivalizar en claridad y elocuencia con la de Gorki.

El país de los soviets sigue estando iluminado por el sol del genio de su guía fundador y por la voluntad de hierro del secretario general «de acero», y prosigue su obra *hacedora de milagros*.

Existe la «totalitarización» desde el momento en que todos los vectores del «remodelado del material humano» convergen hacia un mismo objetivo. El objetivo de inculcar al individuo la convicción de que el Partido (directamente o por medio de los organismos que dirige) lo es todo y que nada existiría sin él. «El invierno ha huido; es verano y todo ello gracias al Partido», se dice humorísticamente, pero también se expresa la idea, enraizada en la mente del hombre soviético, de que el Partido tiene en defintiva algo que ver en la sucesión de las estaciones. La «totalitarización» permite planificar la absoluta sumisión de los individuos a las necesidades del poder, controlando todas las formas de la actividad humana. Permite asimismo tapiar todas las salidas, tergiversando las ideas, los deseos, las palabras —patriotismo, nacionalismo, religión, democracia—, las esperanzas y los designios más nobles, que, así desviados, conducen invariablemente al individuo al corazón mismo del totalitarismo.

TERCERA PARTE

Los instrumentos

Si soportas el yunque
te parecerás a Marx,
pero si no resistes,
peor para ti.

A. Dorogoichenko

Una vez fijado el objetivo, elaborado el plan de acción y definido el carácter del indispensable hombre nuevo en sus grandes líneas, el creador escoge sus instrumentos.

Por vez primera en la historia, se recurre durante largos decenios a un surtido extremadamente variado de instrumentos cortantes y de pico, de sierras y hachas, de somníferos y excitantes con el fin de realizar un plan cuyos detalles se modifican alguna vez, pero que permanece invariable en sus líneas generales. Según informan documentos que datan de la antigua China, se «fabricaban» monstruos especialmente para los circos colocando a los recién nacidos en vasijas de formas sorprendentes, creadas con ese propósito. En un relato de Maupassant aparece una mujer que durante su embarazo lleva una faja muy particular que permite fabricar también monstruos para el circo. Por su parte, Victor Hugo indica que los *comprachicos* utilizaban la cirugía con fines similares.

Es de todos sabido que en determinadas condiciones, por ejemplo una temperatura extremadamente baja, los gases cambian de estructura y se hacen líquidos. A partir de octubre de 1917, los individuos normales, «ordinarios», que poblaban el Imperio de Rusia, se encontraron en condiciones muy particulares.

Capítulo primero

El miedo

Vivimos el tiempo del gran miedo.
A. Afinoguénov

«Vivimos el tiempo del gran miedo», exclama el profesor Borodin en *El miedo*, pieza escénica de A. Afinoguénov que conoció en 1931 un inmenso éxito en trescientos teatros soviéticos.

Director del Instituto de Estudios de los Estímulos Fisiológicos, Borodin descubrió al efectuar experiencias sobre sus conejos, que la actividad humana está determinada por cuatro estímulos: el miedo, el amor, el odio y el hambre. Su descubrimiento de tales estímulos no era nuevo en sí. El mérito del profesor Borodin residía en que comprendió que al actuar sobre los estímulos se podía modificar el comportamiento. Abrió así el camino a una era «en la que la ciencia suplantaría a la política». Pero se equivocó gravemente en realidad: sería la política la que se convertiría en una ciencia. Y el alumno de Borodin, militante del Partido llegado a la ciencia, proclama: «¿Así que la política no sabe dictar leyes a la ciencia? Pues bien: probaremos lo contrario. Nuestra política transforma a los hombres; los sentimientos que se creían innatos, se encuentran en vías de extinción... El sentido de la colectividad, el entusiasmo, la alegría de vivir se desarrollarán y favoreceremos el crecimiento de esos nuevos estímulos...» [1]

Las posibilidades casi infinitas del miedo como estímulo que dicta el comportamiento de los hombres eran conocidos mucho antes de la Revolución de Octubre. Jean Delumeau define el miedo en el individuo como un choque emotivo, precedido con frecuencia por un acontecimiento imprevisto y provocado por la conciencia de un peligro latente y aplastante que parece amenazar nuestra seguridad.[2] Por su parte, Gustave Le Bon descubrió que el

miedo desmesurado de las masas se complicaba, y transformaba considerablemente el comportamiento del individuo.[3]

El profesor Delumeau cita gran cantidad de ejemplos de «miedo en Occidente». El primer capítulo de su libro se abre con estas palabras: «En la Europa de principios de nuestra era, el miedo, emboscado o manifestado abiertamente, está presente por doquier.» [4]

En determinados períodos de la historia, se han conocido momentos de miedo intenso y otros momentos de sosiego. En Europa existió el miedo a los «demonios», que alcanzó su paroxismo en el siglo XV,[5] y también el miedo a la peste que, en oleadas periódidicas, hizo estragos durante cuatrocientos años.

Después del golpe de Estado de Octubre, el miedo —por vez primera en la historia al menos a escala tan grande— es organizado conscientemente. Ciertos elementos se encuentran ya en las falsas angustias, en las llamadas a las armas que en la Francia de 1879 provocaron el «Gran Miedo» de la «conspiración de los aristócratas», que habrían amenazado con la ayuda de bandidos y potencias extranjeras al pueblo revolucionario. Fue aquél un primer ejemplo de «miedo revolucionario». Los bolcheviques, por su parte, organizaron el terror a la vez como un instrumento de defensa de la Revolución y como medio de remodelar la conciencia humana.

La Vecheka, primera encarnación de una policía política de nuevo tipo, fue creada por iniciativa de Lenin, para educar el miedo. El que fue primer vicepresidente y primer historiador de la Vecheka, Latsis, explicó: «Nos vimos obligados a crear esta comisión extraordinaria [6] puesto que el poder soviético no disponía de ningún aparato de reeducación espiritual.» [7] El 21 de noviembre de 1917, Lenin declaró: «Queremos organizar la represión en nombre de los intereses obreros.» Poco después, el 7 de diciembre de 1917, al anunciar el nacimiento de la Vecheka, Félix Dzerzhinski lanzó esta advertencia: «No vayáis a creer que busca una forma de justicia revolucionaria... Reclamo la creación de un órgano de justicia revolucionaria sumaria para atajar la contrarrevolución.» [8] Y Latsis comentó: «La comisión extraordinaria no juzga al enemigo; lo abate... O bien lo aniquila sin otra forma de proceso, o bien lo aísla de la sociedad encerrándolo en un campo de concentración.» [9]

Vladímir Korolenko, conocido escritor y demócrata convencido, declaró en el momento más intenso de la guerra civil, al representante de la Agencia Telegráfica Soviética (Rosta): «El gran error del poder soviético es querer instaurar el socialismo sin libertad.» Cincuenta años después, el escritor Vasili Grossman escribía: «La síntesis leninista del socialismo y la ausencia de libertad sorprendió más al mundo que el descubrimiento de la energía atómica» .[10]

Representante perfecto de la intelectualidad rusa, creía con ingenuidad que bastaba derribar la autocracia para que se instauraran la libertad y la democracia. Korolenko consideraba que la política de los soviets era un error. Medio siglo de experiencia bastaría para convencer a Grossman de que no se trataba de un error, sino de la aplicación lógica del descubrimiento de Lenin.

La Vecheka, «órgano de justicia sumaria inmediata» —como la denominaban orgullosamente los chequistas— debía suscitar un miedo capaz de paralizar por entero al individuo y la sociedad. L. Trotski justificó teóricamente la necesidad del miedo: «La intimidación es un arma política poderosa, tanto en el plano interior como en el internacional. La guerra, al igual que la revolución, se fundamentan en la intimidación. Por regla general, una guerra victoriosa no elimina más que una parte del ejército vencido, pero aterroriza la otra parte y quiebra su voluntad. La revolución actúa lo mismo: al matar algunos individuos aislados asusta a millares.» [11]

Hablar de «individuos aislados» para referirse a los muertos de la Revolución de Octubre no dejaba de ser un hermoso eufemismo. Las cifras oficiales citadas por Latsis arrojan un total de 9 641 personas ejecutadas por la Cheka en los dos años que siguieron a la Revolución. Esta cifra fue recogida por Pierre Pascal en una carta dirigida a Francia, y en la que analizaba el número de ejecuciones mes por mes, con la finalidad de demostrar que el terror disminuía «a medida que se reducen los peligros que amenazan a la República soviética».[12] Los primeros documentos sobre el «terror rojo» indicaban claramente que las cifras oficiales eran un pálido reflejo de la realidad.[13] Peters, uno de los jefes de la Vecheka, narró con orgullo que tras el atentado dirigido contra Lenin, «las propias masas... supieron apreciar el valor de su bienamado guía y vengarlo»; pero el número de las ejecuciones «no sobrepasó en ningún caso las seiscientas».[14]

Si hay que creer a Peters, seiscientas ejecuciones por un atentado contra el guía no representaban una cifra excesiva, sobre todo si se tenía en cuenta que el poder se atribuía la misión de educar a los obreros y asustar a millones de personas. Durante todo el tiempo de su permanencia al frente del Partido y el Estado, Lenin no dejó de afirmar: «Nuestro poder es muy suave.» [15] E insistía: «Nuestros enemigos deberían ser exterminados implacablemente.» [16] Al llegar la guerra civil a su final, siguió exigiendo: «La GPU [17] tiene que combatir la corrupción y demás, y fusilar a los condenados por los tribunales.» [18] Y con el espíritu de decisión que fue siempre una de sus características, el guía del Estado revolucionario enumeró un conjunto de crímenes por los que los tribunales no podían dejar de condenar a muerte: «La corrupción y demás.» Es obvio que Lenin pensaba primeramente en sus adversarios políticos. En marzo de 1922 insistió en las ejecuciones y

habló incluso de ametralladoras para acabar con «los mencheviques y los socialistas revolucionarios.»[19]

En perfecto acuerdo con Lenin, explicó Trotski la necesidad de las ejecuciones por el hecho de que «en período revolucionario el Partido expulsado del poder... no se deja atemorizar por la amenaza de cárcel, puesto que no cree que una detención pueda ser duradera».[20]

Ya Maquiavelo, al que los líderes de Octubre habían estudiado cuidadosamente, planteó este interrogante: ¿es «más ventajoso para un príncipe ser temido o ser amado»? Considerando que deberían de ser ambas cosas, pero que «eso es difícil», concluye que «es más seguro ser temido».[21]

Resulta evidente que en su «soberbio aislamiento», los bolcheviques tenían un miedo pánico de todo el mundo. Pero el miedo que querían inspirar —y lo consiguieron— conservaba siempre una función educativa, ideológica. Un líder menchevique, Rafael Abrámovich, relató una conversación con Dzerzhinski en el mes de agosto de 1917, fecha en la que ambos interlocutores no eran enemigos mortales. «"¿Recuerda usted el discurso de Lassalle sobre la naturaleza de la Constitución?", preguntó el futuro presidente de la Cheka. "Claro que sí —respondió el líder menchevique—. Lassalle dice que una Constitución está definida por la combinación de las fuerzas reales del país." "¿Cómo evoluciona este conjunto de fuerzas políticas y sociales?" "En función del desarrollo económico y político, según la evolución de las nuevas formas económicas, la aparición de diferentes clases sociales, etc., como usted mismo no ignora." "¿Y no sería posible —Dzerzhinski planteó aquí una cuestión de principio— modificar esta relación de fuerzas... digamos, obligando a la sumisión o eliminando ciertas clases sociales?"»[22]

Pero las reflexiones del presidente de la Vecheka no eran puramente teóricas. Tras el golpe de Estado de Octubre, el Partido bolchevique, con ayuda de la Vecheka, pasó a la acción. Latsis tradujo a lenguaje chequista las reflexiones de Dzerzhinski sobre las ideas de Lassalle: «No hacemos la guerra a los individuos. Aniquilamos la burguesía como clase. No busquéis en el curso de la instrucción documentos probatorios de que el detenido se ha alzado con *palabras* o *actos* contra el Estado soviético. La primera pregunta concierne a sus orígenes, su educación, su grado de instrucción o su profesión. Estas preguntas son las que deben determinar la suerte del acusado».[23] La amenaza de eliminación dirigida a una «clase», a los «burgueses», a los «impuros», crea una atmósfera de terror general. Una vez preso de la maquinaria exterminadora, el individuo no es más que un signo estadístico abstracto. Referido a las estadísticas oficiales, Pierre Pascal declaró: «Obligado a las represiones..., el poder soviético supo permanecer hu-

mano, moderado, político y positivo como siempre, ajustando muy rigurosamente sus medidas al resultado.» Pierre Pascal proseguía: «No se promulgó ley de sospechosos, como bajo la Revolución francesa. Sólo se persiguió a los culpables...» [24]

Todo el mundo era culpable. Y si aparecía en la instrucción que un inculpado era inocente, un decreto del VTSIK,[25] firmado el 18 de marzo de 1920, autorizaba a la Vecheka a internarlo en «un campo de trabajo por un plazo no superior a los cinco años». Esto en el caso de que nada permitiera traspasar su sumario, no a la justicia sino al tribunal revolucionario.

En junio de 1918, Dzerzhinski expuso a la prensa su concepto de la acción de la Vecheka: «Aterrorizamos a los enemigos del gobierno con la finalidad de ahogar el crimen en flor.» [26] Durante el invierno de 1921, el presidente de la Vecheka pudo considerarse satisfecho del balance: «Creo que nuestro aparato es uno de los más eficaces. Tiene ramificaciones por doquier. El pueblo le respeta. El pueblo le teme.» [27] Latsis reiteró las conclusiones de Dzerzhinski: «Las comisiones extraordinarias se presentaban siempre, ellas y su obra, de tal manera que la sola evocación de la comisión bastaba para quitar todo deseo de entregarse a actos de sabotaje, a extorsiones o a fomentar conjuras.» [28] ¡La simple evocación de una palabra! En una novela escrita en 1925, Iliá Ehrenburg relata: «Dos sílabas terribles y patéticas para todo ciudadano que hubiera conocido los años revolucionarios, dos sílabas anteriores al nombre de "mamá", puesto que se utilizaban para asustar a los niños en la cuna, como antes se evocaba al lobo feroz; dos sílabas que acompañaban a los desgraciados hasta después de la muerte, hasta la letrina; dos sencillas sílabas que nadie tenía el derecho de olvidar.» [29] Dos sílabas: CHE-KA. Más tarde serían tres: GUE-PE-U (Dzerzhinski declararía además: «Es necesario que las sílabas GPU inspiren a los enemigos más temor que la mención de la Vecheka.» [30] Luego cuatro letras: NKVD y de nuevo tres: KGB. Sea cual sea el número de letras, los organismos que sucedieron y sucederán a la Cheka continuarán horrorizando a los ciudadanos soviéticos sin permitirles el olvido un solo instante.

I. Steinberg, socialdemócrata de izquierdas que ocupó durante un tiempo el puesto de comisario del pueblo para la justicia, describió, una vez en la emigración, aquella atmósfera de terror que él contribuyó a crear: «El simple hecho de ser un antiguo burgués privaba de los derechos humanos más elementales: se dejaba de remitirle sus cupones de racionamiento, se le prohibía, como a los negros norteamericanos, el acceso a determinados lugares públicos, se exiliaba a su familia a los barrios más insalubres de la ciudad. Si un miembro de la misma clase o idéntico partido político trataba de contrarrestar el poder revolucionario, bastaba para que le convirtieran a uno —sin ser culpable— en rehén. Si se negaba a con-

fesar o traicionar a los parientes o conocidos, se le sometía a tortura, grosera o refinada, física o moral. Si se trataba de alguien que no daba pretexto alguno a las persecuciones, si disimulaba "hábilmente" sus pensamientos sobre el poder, si formalmente resultaba inaprehensible, nos las arreglábamos para obligarle, pese a él mismo, a caer en las redes de nuestros provocadores.» [31]

I. Steinberg, que había luchado activamente contra la autocracia zarista y apoyado el golpe de Estado de Octubre, descubrió de pronto que al autoritarismo ruso le había sucedido un sistema perfectamente desconocido que negaba la misma noción de individuo.

La atmósfera de miedo engendrada por la división de la sociedad en un pequeño grupo de «puros» y una mayoría de «impuros» (destinados al aniquilamiento, pero beneficiándose de una breve tregua) es un arma poderosa para la infantilización del pueblo. Iliá no utiliza por casualidad la metáfora del niño aterrorizado —como todos los ciudadanos soviéticos— por el «lobo feroz».

El «testamento» de Lenin dio origen a interminables discusiones. Se trataba, de hecho, de la última carta dictada por el guía de la Revolución poco antes de perder el conocimiento. En ella traza las características generales de sus potenciales «sucesores». Durante largos años no fue reconocido oficialmente, y acabó publicándose en el breve período de la lucha contra el «culto de la personalidad». El verdadero testamento de Lenin, en cambio, nunca se mantuvo en secreto y constituye el permanente fundamento de la política soviética. El 5 de julio de 1921, en el III Congreso del Komintern, Lenin declaró: «La dictadura es un estado de guerra intensiva. Es, en la actualidad, el nuestro. No nos amenaza ningún estado de guerra, pero estamos aislados. En tanto no se resuelva este problema, el estado de guerra se mantendrá. Declaramos que la guerra es la guerra y no prometemos la libertad ni la democracia.» [32] Con toda lógica, Lenin remacharía el clavo el 23 de diciembre de 1921 en el I Congreso Panruso de los Soviets: «Mientras haya explotadores en el mundo, el poder soviético no podrá prescindir de esta institución (la Vecheka, M. H.).» [33]

En mayo de 1922 y en carta dirigida a Kurski, entonces comisario del pueblo para la justicia y responsable de la redacción del primer Código penal soviético, Lenin dio sus últimas instrucciones: «Los tribunales no deben abolir el terror; prometer que cesará representaría engañar al mundo o engañarnos a nosotros mismos. Antes bien, conviene legitimar el principio claramente, sin rodeos ni subterfugios. Que la formulación adoptada sea lo más amplia posible...» [34] El terror en aquel momento y para siempre: tal era el testamento de Lenin.

El terror y la represión «de masas» constituyen el desencadenante más poderoso del miedo. Se mantuvo el terror al final de la

guerra civil, durante los años más apacibles conocidos por la historia soviética: los años de la NEP. Pero en cuanto aparecía en la Unión Soviética una situación difícil, con problemas insolubles aplicando los métodos habituales, el poder se dedicaba a crear cierta tensión, una atmósfera de amenaza tanto en el plano interior como exterior. Tal fue el caso, por ejemplo, ocurrido en 1927. Stalin preparaba poco a poco el país para que sufriera el choque de la colectivización. Se organizaron así manifestaciones en las ciudades y los pueblos para protestar contra la amenaza imperialista. El 9 de junio se anunció la ejecución de veinte rehenes, personalidades destacadas durante el antiguo régimen. Los periódicos publicaron diariamente informaciones «directamente desde el tribunal»: el 12 de septiembre, se condenó a nueve personas a ser pasadas por las armas por «espionaje activo». Y así sucesivamente. Los periódicos concluían tales informaciones con la fórmula ritual: «La sentencia es definitiva y no admite recurso de gracia.»

El miedo a la represión —detenciones, ejecuciones, internamientos en campos de concentración (en los años veinte las islas Solovki eran sinónimo de «campo»)— constituía ciertamente uno de los más eficaces instrumentos. Pero también era posible desencadenar un reflejo de miedo utilizando todo un sistema de prohibiciones y restricciones cada vez más numerosas y apremiantes. En 1921, en una asamblea, un obrero expresó los sentimientos del proletariado tras la victoria de la Revolución: «No, no queremos la libertad de los capitalistas y los grandes propietarios, sino la libertad para nosotros, obreros y campesinos; la libertad de comprar lo que necesitamos, la libertad de desplazarnos de una ciudad a otra, la libertad de pasar de la fábrica al pueblo. ¡Esta es la libertad que nos hace falta!» [35]

Esta libertad elemental no existía. Cada acción antes citada —compras, traslados, cambios de trabajo— significaba transgredir la ley y engendraba el miedo. El héroe de una excelente pieza escénica de Nikolái Erdman titulada *El suicida* exclama en 1928: «Hay doscientos millones de personas en la Unión Soviética y todas tienen miedo.» Para añadir, embelesado: «Pero yo no temo a nadie. ¡A nadie!» [36] ¿Su secreto? Había tomado la firme decisión de poner fin a sus días a la jornada siguiente.

A finales de los años veinte se desarrollaron paralelamente dos procesos: la represión se acentuó, mientras se reducía el marco en cuyos límites el hombre soviético tenía derecho a existir. A partir de 1928, se sucedieron los procesos públicos a lo largo de un decenio.[37] Nuevas leyes aparecieron sin cesar limitando aún más el espacio de aquella zona concentracionaria en que se había convertido la URSS. Se instauró el régimen de pasaportes interiores, restringiendo considerablemente las posibilidades de desplazamiento (los habitantes del campo se encontraban adscritos a la tierra, que no te-

nían derecho a abandonar). Las leyes relativas a los «traidores a la patria» preveían la pena de muerte para aquellos que intentaran huir de la Unión Soviética. Se promulgó otra ley que introducía la noción de la responsabilidad colectiva para los miembros de las familias de los «traidores a la patria», y la legislación obrera se endureció hasta el punto de fijar a los trabajadores en sus lugares de trabajo.[38]

Quien dice miedo dice espantajos, amenazas y tentaciones que había que saber evitar. El miedo que tenían que inspirar los «Órganos» —y que conseguían perfectamente— constituía un procedimiento saludable, un medio preventivo contra el enemigo. Fuerza a la admiración la inventiva de que dieron prueba los organizadores soviéticos del miedo al establecer la nomenclatura de los enemigos. Enemigo casi siempre bautizado con un nombre fatídico: capitalista, campesino acomodado, anterior, funcionario, contrarrevolucionario, enemigo del pueblo. Apenas hubo ocupado el poder, Lenin desplazó muy a la izquierda la línea de demarcación entre los «puros» y los «impuros» (los enemigos). Deseoso de explicar la necesidad del decreto «sobre la prensa», que instauraba la censura y prohibía los «periódicos burgueses», el guía de la Revolución proclamó: «Hay que ir hacia delante, hacia la sociedad nueva, y considerar a los periódicos burgueses como lo hacíamos con aquellos de los Cien Negros...»[39] Antes de la revolución, la prensa de los «Cien Negros» era el enemigo. Tras la Revolución, tocaba el turno a los periódicos «burgueses» (sin haber definido esta noción); luego serían las publicaciones socialdemócratas, socialrevolucionarias; y por último, toda la prensa no bolchevique. La primera organización declarada fuera de la ley —y no por casualidad— fue el Partido constitucional demócrata (los «cadetes»), organización democrática y liberal de centroizquierda. Los decretos firmados por Lenin en los años que siguieron a la Revolución tuvieron por característica la conclusión sistemática de la lista de enemigos que detener, fusilar o enviar a los campos de concentración mediante la fórmula: «Etcétera. Suma y sigue.» De esta manera, la lista de enemigos seguía abierta.

Cada nuevo enemigo —y todos tomados colectivamente— aparecía presentado como el último obstáculo en la vía que llevaba al gran objetivo, al último enemigo.

Latsis da la más elocuente definición de los miedos característicos del período leninista: «Cuando toda una institución, un regimiento o una escuela militar se encuentra mezclada en una conjura, ¿qué puede hacerse, sino detener a todo el mundo con el objeto de prevenir los riesgos del error y emprender en seguida una minuciosa selección para descubrir a los inocentes y liberarlos?»[40]

El método de Latsis tenía el mérito de admitir que junto a los

enemigos que conviene desemboscar y liquidar puede haber inocentes.

El método staliniano parte, por su lado, de que no hay inocentes. A finales de los años veinte, el círculo de «enemigos» se agrandó implacablemente hasta englobar —tras el asesinato de Kírov, el 1 de diciembre de 1934— al conjunto del país. Que fuera imposible proceder a la detención de todo el mundo no impedía considerar a cada cual como un culpable. La nomenclatura de los enemigos se amplió entonces con gran cantidad de nombres nuevos. El pánico que ganó a los ciudadanos soviéticos estribaba en la idea de que cada uno era susceptible de *comprobar* la existencia de un enemigo, y que aquel enemigo podía ser uno de los más próximos parientes, un miembro de la familia. El miedo se había apoderado de la célula básica de la sociedad.

Discursos, artículos, novelas, filmes y piezas teatrales, ideólogos y creadores se empeñaron en demostrar que la única línea posible de conducta para un ciudadano soviético (para un hombre nuevo) era denunciar a su padre, su madre y su propio hijo si uno de ellos resultaba ser un enemigo. Serguéi Eisenstein trabajó extensamente en la película *El prado de Bezhin*, en la que pretendía justificar a un hijo que traiciona a su padre real como prueba de sumisión a su Padre Espiritual. En el guión de la tercera parte de la película *Iván el Terrible*, nunca realizada, uno de los miembros de la escolta del zar Iván, para probar su fidelidad al «Terrible», da un día un cuchillo a su hijo y le ordena que le mate a él, su padre, como prueba de amor por el zar.

Con la hábil franqueza que le caracterizaba, Stalin describió la táctica adoptada para dirigir a los ciudadanos soviéticos: «El método (...) de base es la vigilancia, el espionaje, la violación de la conciencia, la irrisión...» [41] Stalin describió, en conversación con el escritor alemán Emil Ludwig, el «método de los jesuitas»; pero a su vez hizo de «la vigilancia, el espionaje, la violación de la conciencia y la irrisión» los principales instrumentos de la formación del hombre soviético.

El terreno más favorable para cultivar el miedo es sin duda alguna el odio. El odio, sentimiento obligatorio del hombre soviético, se convirtió en una de las grandes características de la era staliniana. El aprendizaje del odio deriva menos del proceso de educación ideológica que de la educación en general, y ello desde la edad más joven. Los creadores soviéticos desempeñan un papel capital en la propagación del odio, del que hacen una virtud. Gorki inventó así la fórmula mágica: «Si el enemigo se niega a rendirse hay que aniquilarlo», completada muy pronto por una segunda: «Quien no sabe odiar no puede amar verdaderamente.» Quince años antes que Orwell, Gorki afirmó: «El odio es amor.» Y remachó así el clavo: «El trabajo efectuado en los campos por nuestros

chequistas es expresión de verdadero humanismo, de auténtico amor por los hombres.»[42]

En 1966, Yevtushenko declaró solemnemente en un poema titulado *Miedos*: «Los miedos de Rusia se están muriendo...» El poeta es afirmativo: «Todo eso está hoy lejos. ¡Qué extraño resulta evocar en el presente aquel miedo secreto de las denuncias o de los golpes en la puerta! ¿Y el temor de hablar con un extranjero? ¡Qué digo, con un extranjero! ¡El temor de hablar con la propia mujer...!»[43] Yevtushenko escribió estas líneas en el momento mismo en que se desarrollaba el primer proceso ejemplar, tras una larga interrupción: el de los escritores Siniavski y Daniel juzgados por haber hecho que pasaran al extranjero libros prohibidos. El capitán del pesquero V. Lisenko evocó poco después aquella época y la que la siguió: «¡El que no está con nosotros es un enemigo!, repiten incansablemente los instructores políticos. Y ocurre con frecuencia que un joven marino, aterrorizado por advertencias de dicho género, no deja de lanzar a su alrededor miradas alarmadas cuando se encuentra en una ciudad extranjera, tan persuadido está de que en cada esquina están dispuestos a lanzarse espías contra él, de que los servicios de contraespionaje del mundo entero quieren apoderarse de su persona, comprarle, hacerle uno de sus agentes, transformarle en saboteador.»[44]

El miedo al enemigo tan odiado parece perfectamente natural al hombre soviético en el extranjero, en el «campo adverso». Poco importa el país; puesto que no se trata de la Unión Soviética no puede ser más que una tierra enemiga. Lisenko relata una conversación destinada a «preparar» a los marinos soviéticos a hacer escala en un puerto sueco: «Sabéis, camaradas, y es cierto, que mantenemos relaciones bastantes buenas con Suecia. Sin embargo, este país no puede considerarse bueno. Es un Estado burgués, una monarquía. El hecho de que los socialdemócratas estén en el poder no cambia nada. Pues a ellos, los socialtraidores, a ellos es a quien conviene colgar antes que a nadie.»[45]

El odio mantiene el miedo, pues es universal. Cualidad indispensable del hombre soviético, es objeto de un aprendizaje intensivo en el seno del ejército. Adoptada en 1968 la ley sobre el servicio militar —que prevé una preparación obligatoria para todos los jóvenes, incluso antes de su alistamiento—, su tarea principal consiste en asegurar su «educación ideológica y patriótica». Para el mariscal Ogárkov, «la segunda gran misión de las fuerzas armadas soviéticas es educar ardientes patriotas para nuestro país».[46] Los instructores políticos saben descifrar el mensaje disimulado bajo la palabra «educar»: el «odio al enemigo es parte integrante del patriotismo de los combatientes soviéticos».[47]

El aprendizaje del odio se efectúa con ayuda de los *mass media*, de la propaganda, la literatura, el cine, el teatro y todas las artes.

El odio es un componente esencial del humanismo socialista. La fórmula de Gorki, modernizada, se convierte en la gran ley de la vida soviética: «El amor a los hombres y el odio a los enemigos de la humanidad son los dos aspectos dialécticos e indisociables del humanismo socialista.» [48]

Esta definición, debida a un filósofo soviético, aparece ilustrada por los artistas y escritores de la URSS. Piotr Proskurin, uno de los autores soviéticos más populares,[49] presenta esta dialéctica con una sorprendente simplicidad. Evoca dos acontecimientos similares de los que hace dialécticamente dos apreciaciones distintas. Respecto al primero, escribe: «El cerebro del hombre (...) había cometido un crimen, un sacrilegio que nada podía justificar, profanando los propios fundamentos de la vida y la materia. La inmoralidad de este acto alcanza tales extremos que resulta imposible tomar conciencia inmediatamente: se necesitarán largos años para ello.» [50] En cuanto al segundo, redactó lo siguiente: «Fue maravilloso.» [51] En el primero, el protagonista de la novela se indigna al conocer el lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima. En el segundo expresa su alegría al contemplar los ensayos de la bomba atómica soviética.

La «dialéctica» permite fabricar un «sustrato» de odio susceptible de pulverización en todas las direcciones indicadas por la instancia suprema. E. Zamiatin describe la primera Fiesta del Odio: la ejecución pública de un enemigo,[52] procedimiento que Orwell bautizará «Los Dos Minutos del Odio». El autor de *1984* había comprendido lo esencial: todo podía ser objeto de odio. Testigo de los primeros decenios de la historia soviética, Orwell quedó estupefacto por el brusco cambio efectuado el 1939 en la política staliniana respecto a Hitler. Los decenios siguientes ofrecerán más de un ejemplo de ese tipo.

El odio al nazismo fue un sentimiento cuidadosamente cultivado en la URSS desde el advenimiento de Hitler al poder. En esta campaña, el arte desempeñó un papel capital. Muy acertadamente, Maurice Bardèche y Robert Brasillach presentan la película *Alexandr Nevski* como el «más estremecedor de los filmes fascistas» y añaden que a «la Alemania nazi le hubiera gustado producirlo, de haber tenido a su disposición semejante genio del cine».[53] Pero la imaginación de los historiadores franceses se vio sobre todo sorprendida por el héroe rubio del filme que evocaba para ellos a Rolando, Sigfrido y Parsifal. Sus enemigos representaban, sin embargo, un papel de igual importancia. Eisenstein les presenta como criaturas monstruosas. Obedecía así al primer mandamiento del aprendizaje del odio: privar al enemigo de su aspecto humano. En 1939, dos años después de *Alexandr Nevski*, Eisenstein montó en el Bolshói la *Walkyria* de Wagner. Pero en junio de 1941, los alemanes y cuanto se relacionaba con ellos volvieron a ser objeto

de odio. El miedo al nazismo y a Alemania aparecía y desaparecía como si abrieran o cerraran un sencillo grifo.

Las relaciones chinosoviéticas suministran otro ejemplo del reforzamiento y debilitación del miedo (y del odio). En tiempos de la amistad sin nubes, época en que los soviéticos cantaban amables canciones como *Escúchanos Stalin-Mao* o *Moscú-Pekín*, la unión de los dos «grandes hermanos» parecía indefectible. Brutalmente rotas por Moscú en 1962, las buenas relaciones degeneraron en conflicto hasta llegar al enfrentamiento militar en el río Ussuri en 1969. En la segunda mitad de los años sesenta y en los setenta, China fue uno de los principales enemigos. Los profesionales de la propaganda, los artistas, atizaron el miedo del «peligro amarillo». Ye. Yevtushenko compuso el poema *Las nieves rojas del Ussuri*, en el que anunciaba el próximo ataque de los «nuevos Bati» e invitaba a los soviéticos a estar dispuestos para «nuevos Campos de Becadas».[54] En la película *La llanura rusa* (realizada por Nikolái Moskolenko en 1972), una koljosiana que trabaja con ardor y a conciencia para el bien de la patria, pierde a su hijo, muerto por el enemigo pérfido y cruel. El final del filme, realizado a partir de imágenes de actualidad, muestra los ataúdes alineados de los combatientes del Ussuri, así como a las madres y esposas de las víctimas. No se nombraba al enemigo propiamente dicho, pero los espectadores que habían visto aquellas escenas macabras en la televisión o en los documentales no precisaban explicaciones: el enemigo, el odioso asesino era China. Diez años después se aminoró el odio a los chinos; en el punto de mira se hallaban en aquella ocasión Norteamérica y los sionistas.

El desencadenamiento del miedo y el odio pasa obligatoriamente por una utilización parcial de la historia: se hacen llamamientos a la memoria colectiva y se sacan a la superficie las amenazas mitológicas. El odio a los chinos se nutrió del recuerdo de la invasión mongola y el temor al «peligro amarillo». Cuando se desea despertar, por el contrario, sentimientos amistosos respecto a ese pueblo, se recuerda la Revolución china y la lucha conjunta contra el imperialismo. El odio a los alemanes está alimentado por la historia del *Drang nach Osten* y el combate librado en el siglo XIII contra la Orden de los Caballeros Teutónicos. En cambio, los buenos sentimientos se fundamentan en el recuerdo de la alianza contra Napoleón. Aunque relativamente breve, la historia de las relaciones rusonorteamericanas suministra episodios en grado suficiente para desencadenar o frenar el mecanismo del miedo y el odio. Durante la segunda guerra mundial, cuando la Unión Soviética recibía de Estados Unidos armas, vehículos y suministros en régimen de «préstamo y arriendo», la propaganda no dejaba de evocar la visita de una escuadra rusa a Nueva York durante la guerra de Secesión. La Rusia de Alejandro II sostenía entonces al

Norte «progresista» contra Gran Bretaña y el Sur «reaccionarios». Y también a la inversa: en tiempos de la «guerra fría», los Estados Unidos organizaron la intervención extranjera en la República soviética. En 1975 se conmemoró la amistad rusonorteamericana. Era la luna de miel de la cooperación URSS-Estados Unidos, que llegaría a su punto culminante con el lanzamiento conjunto de las naves cósmicas *Apolo* y *Soiuz*.

La utilización de la historia permite manipular en cada ocasión los sentimientos, apoyándose en hechos que se presentan como eternos e intangibles: la amistad y el odio se han alternado siempre: La finalidad suprema consiste en llegar a controlar aquellos sentimientos, en desencadenar reflejos condicionados que respondan a la menor señal llegada «de lo alto». Durante el período de desarrollo que sucedió al informe presentado por Jruschov a raíz del XX Congreso y su crítica al «culto de la personalidad», un poeta soviético narró la historia de un instituto de investigaciones científicas capaz de fabricar corazones artificiales que no se distinguían en nada del corazón humano. Una comisión que acude a inspeccionar los productos del instituto, los rechaza por demasiado próximos a la realidad y declara: «Nos hacen falta corazones útiles, sencillos, prácticos, como cerraduras metálicas capaces de ejecutar cualquier cosa... Que se diga: "¡Gruñid!", y gruñan. "¡Silencio!", y se callen. "¡A muerte!", y maten. "Amor", y amen.»[55]

El único enemigo cuidadosamente mantenido desde la segunda guerra mundial fue el pueblo judío. En los años 1948-1953 fue clasificado como «cosmopolita», término neutro que en los años veinte y treinta tenía un significado más bien positivo,[56] y que adquirió de pronto una resonancia lúgubre, convertido en sinónimo de enemigo encarnizado. Desde los años sesenta, la palabra «sionismo» tiene un tinte más siniestro todavía. Designa poco a poco la personificación del Mal contra el que es preciso luchar hasta su aniquilamiento. En 1975, la propaganda soviética obtuvo una gran victoria: la fórmula «sionismo igual a racismo», elaborada y utilizada en la URSS, fue adoptada por la ONU.

La victoria tuvo un doble aspecto. Por una parte, el enemigo de la URSS quedó proclamado, oficial y solemnemente, «enemigo de la humanidad». Por otra parte, la palabra «racismo», uno de los raros términos sin equívoco posible de la propaganda soviética, adquirió de pronto la multiplicidad de sentidos que exige el lenguaje soviético.

El sionismo es el enemigo ideal que combina todos los elementos necesarios para inspirar el miedo y el odio. Desde la liquidación, bajo Lenin y Stalin, de las clases sociales vestigio de la sociedad capitalista, el enemigo imperialista se había convertido en una abstracción. El sionismo ofrecía la ventaja de designar a un enemigo interior y exterior, concreto y abstracto, eterno pero que

permitía al mismo tiempo las asociaciones históricas concretas. Si en la Unión Soviética no hubieran vivido cerca de dos millones de judíos,[57] hubiera sido casi imposible «proponer» a un enemigo semejante.

En 1974, uno de los más fecundos adversarios del sionismo escribió: «Hace aproximadamente cinco o seis años, muchos de nosotros no teníamos más que una vaga idea del enemigo que se nos enfrentaba, de su grado de influencia, de la longitud de sus tentáculos, de sus grandes objetivos estratégicos, de las formas y métodos de su trabajo de zapa.» [58]

En 1974 se conoce mejor al enemigo, pero no basta. Aquel mismo año, el Comité central del PCUS adoptó una resolución especial que prevenía «el reforzamiento de la propaganda antisionista». Entre otros resultados, la aplicación de esta resolución del Comité central fue origen de la resolución de la ONU condenando el sionismo como forma de racismo.

La «propaganda antisionista» adquirió una envergadura nunca alcanzada (al menos en el plano teórico) por la Alemania nazi. Todos los medios se pusieron a contribución a la más amplia escala: libros, artículos de revistas con una tirada de millones de ejemplares, y emisiones de radio y televisión. El trabajo, cuyo objetivo era crear al enemigo y organizar el odio contra él, se efectuó a dos niveles. El primero afectó a los científicos. Se instituyó una comisión permanente cerca de la sección de Ciencias Sociales del Presidium de la Academia de Ciencias de la URSS, encargada de coordinar las investigaciones sobre «la crítica y denuncia de la historia, la ideología y la práctica del sionismo». Esta comisión de nombre interminable es, de hecho, el centro científico, el «cerebro» de la acción «antisionista». Sectores de «lucha contra el sionismo» se organizaron en los institutos de ciencias humanas dependientes de la Academia de Ciencias de la URSS, y de las academias de las diversas repúblicas, así como en las escuelas del Partido a todos los niveles.

La producción «científica» antisionista se efectúa en los planos teórico y de divulgación. Los trabajos históricos llevan títulos rigurosamente científicos: *El sionismo internacional: historia política* (Moscú, 1977), obra realizada por los investigadores de la Academia de Ciencias de la URSS, Instituto de Ciencias Orientales e institutos de investigación sobre Estados Unidos, y acerca del movimiento obrero internacional y de América Latina; *Ideología y práctica del sionismo internacional* (Instituto de Filosofía de la Academia de Ciencias de la URSS, 1978); *Ideología y práctica del sionismo internacional* (1982, Academia de Ciencias de la República Socialista Soviética de Ucrania). La producción destinada a las masas está constituida por publicaciones de gran tirada con titulos-choque, que no tienen mucha necesidad de ser explicados:

Invasión sin armas, El pulpo sionista del espionaje, El arma envenenada del sionismo...

Las tiradas de la literatura «científica» son de tres mil a diez mil ejemplares reservados a los especialistas, y las obras de divulgación alcanzan los cien mil a doscientos mil ejemplares, y se benefician con frecuencia de una publicación previa en la revista *Ogoniok* (tirada: 1 779 000 ejemplares en 1983).

Las teorías científicas del antisionismo soviético son la producción más sorprendente de la ideología soviética, mezcla híbrida de los *Protocolos de los sabios de Sión* y citas de Marx y Lenin. A medida que «profundizan» sus investigaciones teóricas, los especialistas soviéticos en sionismo insisten cada vez más abiertamente en el aspecto racial del fenómeno. El libro de L. Kornéiev, que hace balance de numerosos años de investigación por parte de los teóricos, subraya la especificidad «étnica del capitalismo judío» [59] y la necesidad de combatir no sólo el sionismo sino el propio *Judentum*,[60] la «judeidad».

El carácter de la lucha contra la «judeidad» está justificada por la amenaza que los judíos hacen pesar desde toda la eternidad sobre el pueblo ruso, y desde sus principios, sobre el poder soviético y el socialismo real. Los «especialistas» soviéticos en sionismo evocan sistemáticamente el primer «*pogrom justamente* perpetrado contra los judíos, en Kíev, en 1069» [61] y señalan invariablemente el descubrimiento de nuevas premisas que permiten afirmar que el yugo tártaro era en realidad un «yugo judío», puesto que «numerosos judíos asumían el papel de recaudadores de tributos».[62] Mediante el desarrollo de la teoría leninista del imperialismo como estadio superior del capitalismo, los marxistas-leninistas soviéticos se esfuerzan en demostrar que durante el último cuarto del siglo XX, el sionismo se había convertido en el estadio último del imperialismo.

Como ha quedado dicho, el sionismo es a la vez un enemigo exterior —Israel como centro de la conjura mundial fomentada contra la Unión Soviética y la humanidad progresista— e interior —los judíos soviéticos son, por supuesto, agentes del sionismo—, de modo que la entera humanidad tiene que movilizarse contra Israel. Por vías secretas y desviadas, el sionismo se infiltra en las células vitales de los Estados del mundo entero; roe desde el interior todos los puntos fuertes y sanos y los sentimientos patrióticos. Asegurado su deterioro, se apodera de las principales posiciones administrativas, económicas o espirituales de este o aquel país.[63] El Estado soviético moviliza todas sus fuerzas contra los judíos de la URSS. «La vía para una solución óptima del problema judío —afirma L. Kornéiev— está claramente indicada en los trabajos de Lenin.» [64] Consiste en la asimilación progresiva. Pero en previsión de algunos obstáculos, y deseosos de resolver «defini-

tivamente» el problema, los «especialistas» soviéticos en sionismo propusieron como alternativa el «método de Amin Dada». *Komsomólskaia Pravda* publicó al respecto una entrevista con el presidente ugandés: «No queda en nuestro país más que uno de los setecientos israelitas que antes residían. Ordené su expulsión porque se aprovechaban de la estancia entre nosotros para asegurarse el control del país...» [65]

En los manuales de historia antigua se ha suprimido toda referencia a Judea, al pueblo judío, a la religión y a la Biblia. Con retraso patente, los ideólogos quieren expulsar a los judíos del pasado con la esperanza de que, al mismo tiempo, desaparezcan del presente. Estas directrices se aplican también en los restantes países socialistas. En Polonia, los manuales de historia antigua no mencionan tampoco la religión de Moisés.[66]

El arte (los caricaturistas se inspiran en los dibujos del *Sturmer*) y la literatura toman parte activa en la lucha contra el «sionismo». La literatura, dispensada de la mascarada «científica» del «antisionismo», expresa abiertamente puntos de vista antisemitas. Se trata a veces de una justificación de los excesos del poder soviético (período de la Revolución o del terror staliniano), que se convierten así en una reacción natural a los trabajos de zapa emprendidos por los judíos del interior; [67] en otros momentos son invitados abiertamente a los pogromos.[68] Los libros de los antisemitas profesionales (los escritores Shevtsov, Pikoul...) amplían poco a poco los límites permitidos del antisemitismo. La prensa del Partido los critica cuando sobrepasan los límites, y traza un retrato tan abominable del enemigo que el propio PCUS no se siente capaz —supuestamente— de soportarlo.

El miedo que rodea por todas partes al hombre soviético, que vive en él y alrededor de él, tiene efectos a la vez angustiosos y tranquilizadores. Los enemigos le aterrorizan, pero su presencia es la explicación lógica e irracional de todas las dificultades. «Dondequiera que uno se vuelva, por todas partes ve enemigos», escribe un poeta en 1929.[69] Desde esta fecha, el número de sus enemigos acrecentó considerablemente su potencia, pero el número de enemigos aumentó también. Desde su creación, el sistema se dedica a desarrollar entre los soviéticos el sentimiento de que son defensores de una «fortaleza asediada», situación por excelencia en la que hay que temer y odiar al enemigo exterior que rodea la ciudad con un anillo sin falla, intentando hacer labor de zapa en los muros y amenazando la «casa» y la vida. Un sentimiento que los habitantes del Imperio ruso ignoraban antes de la Revolución. La Rusia de entonces sufría ataques o los desencadenaba ella misma, pero nunca vivía como una ciudadela constantemente asediada. Este sentimiento es resultado del desafío lanzado al mundo por los líderes de la Revolución de Octubre. Al proclamar su voluntad

de destruir el viejo mundo para construir otro nuevo, el Partido comunista declaró al mismo tiempo «enemigos» y «otros» a cuantos se interponían en su camino.

Los enemigos justifican cuanto emprende el poder, única fuerza que trabaja para rechazar a «los otros» lejos de los muros de la ciudadela. Los enemigos son responsables de las dificultades de la vida, envenenan las almas y hacen planear la amenaza de una nueva guerra. La aparición de un «nuevo peligro» en las fronteras de la URSS permite explicar la intervención de 1968 en Checoslovaquia, la de 1979 en Afganistán o el derribo del Boeing surcoreano en 1983. La guerra, que solamente es capaz de evitar el gobierno soviético, es una terrible amenaza que obliga a olvidar los rencores y los descontentos. El miedo a los «otros» constituye una invitación a aunar esfuerzos, a formar bloque, a apreciar el colectivo.

La vida en «estado de sitio» engendra en el individuo un sentimiento de miedo y desconfianza también hacia los suyos. Si en otros tiempos los enemigos pudieron ser sus padres o sus hijos, los maridos o las mujeres (hoy se siguen ensalzando los «méritos» de los delatores), resulta perfectamente natural la creencia de que cada cual es un enemigo potencial o un colaborador secreto del KGB. La atsmósfera de desconfianza absoluta —conocida en los países de Europa occidental en la época de la ocupación alemana— existe desde hace decenios en la Unión Soviética y de manera bastante más intensiva. Como era de esperar, Stalin tradujo mejor que cualquier otro el estado de sospecha total, la atmósfera en que viven los soviéticos. Jruschov recordaba que el guía, sin razón precisa —y ello sorprendió bastante a los hombres del Politburó—, en cierta ocasión declaró de pronto: «... Soy un hombre perdido. No tengo fe en nadie. Ni siquiera en mí mismo.» [70]

A. Zinóviev tituló *Homo sovieticus* el libro que consagró al hombre soviético. Hubiera podido también bautizarlo: «El hombre que tiene miedo.» A. Zinóviev sacó al hombre soviético de su «fortaleza», hizo de él un emigrado al que describió finalmente como un ser de otro mundo, de otro planeta: teme y detesta a todo el mundo y está firmemente persuadido de que su miedo y su odio hacen de él un «superhombre».[71] Temeroso del KGB más que de cualquier otra cosa en el mundo, presta a la seguridad del Estado una omnipotencia mágica, igual al terror que experimenta.

A. Zinóviev es en cierta manera un paciente que describe con esa minucia —y esos límites— particular de los enfermos, el virus cuidadosamente inoculado a los ciudadanos soviéticos. La atmósfera de miedo que reina en el país ha hecho de ellos unos niños aterrorizados que temen abandonar el «cuarto oscuro» donde están encerrados, pues se hallan convencidos de que es imposible vivir en otro lado. Su «calabozo» está lleno hasta los topes de equipos militares, lo que refuerza su miedo. Solamente le tranquiliza la

presencia de los otros habitantes del «cuarto oscuro» y la de los «guardianes». El efecto paralizador del miedo está en el origen de una de las características esenciales del hombre soviético: su convicción inquebrantable, incluso mística, de que nada puede cambiar, de que el sistema es eterno, de que —como afirma Zinóviev— tal es el destino de toda la humanidad.

El anónimo autor soviético del primer estudio a fondo (aparecido en Samizdat) de los acontecimientos ocurridos en Polonia en los años 1980-1982, considera que la revolución polaca fue posible porque Gomulka, «por primera vez en la historia», intentó edificar un socialismo «sin cárceles». El final de las detenciones y una debilitación considerable de la represión «provocó en Polonia una disminución del miedo».[72]

Al relatar la lucha de los rusos contra el yugo tártaro, el historiador ruso Vasili Kliuchevski hace constar que se necesitaron dos generaciones de hombres que ignoraran el miedo antes de que fuera posible vencer al Kan Mamai en el Campo de las Becadas.



Capítulo II

El trabajo

> Todo sistema de relaciones de producción forma un tipo de hombre social específico en tanto que agente económico; un tipo de hombre que corresponde a su naturaleza, y en primer lugar un tipo específico de trabajador.
>
> Karl Marx

> El Estado controla y fija la medida del trabajo y del consumo.
>
> *Constitución soviética*

La Constitución soviética actualmente en vigor se limita a dar constancia de la evidencia: el Estado controla el trabajo y el consumo como lo controla todo. La Constitución precedente, la de Stalin (1936), presentaba la relación Estado-trabajo de los ciudadanos de manera más pintoresca y expresiva: «En la URSS el trabajo es una obligación y un asunto de honor para cada ciudadano apto para trabajar...» Esta fórmula traduce exactamente la naturaleza específica del trabajo soviético. La Constitución recogía una de las expresiones más célebres de Stalin: «En la URSS el trabajo es un asunto de honor, de valor y de heroísmo.» Parcialmente reflejada en el texto base de la legislación, la fórmula íntegra adornaría las puertas de los campos soviéticos.

Tras la muerte de Stalin, se renegó del pasado glorioso hasta el punto de modificar el texto de la Constitución y dejar de citar al antiguo guía. Pero los lemas que adornan los campos actuales siguen alabando las mágicas virtudes del trabajo soviético: «Un trabajo honrado lleva a la libertad anticipada.» Trabajo y libertad (dicho en otras palabras, vida fuera del campo) están indisoluble-

mente unidos, como en la célebre fórmula de los campos nazis: *Arbeit macht frei*

El objetivo de la Revolución, su tarea esencial —crear un hombre nuevo—, determinó desde la toma del poder la actitud de los bolcheviques respecto al trabajo. Éste aparece con una doble función: creadora (la construcción del hombre nuevo) y educativa (la creación de un hombre nuevo para un mundo nuevo). Se desprende de ello que quien trabaja mal obstaculiza el advenimiento del comunismo, del paraíso sobre la Tierra. El trabajo se transforma en una categoría ética. Así, en la medida en que, según decía Lenin, es moral lo que favorece la edificación del comunismo, quien trabaja bien en interés del comunismo es un hombre bueno y moral, y aquel a quien la labor no le entusiasma, es un hombre malo, amoral y, por tanto, un enemigo.

La máxima sorpresa de los nuevos gobernantes en los meses que siguieron a la Revolución fue la falta de ardor por el trabajo, comprobable en el proletariado. Según la teoría, los opositores a la Revolución proletaria, sus enemigos naturales, tenían que ser los representantes de las clases burguesas. Pero los hermosos discursos teóricos fueron barridos por la negativa a trabajar de aquella clase obrera, en cuyo nombre y por la cual el Partido había llevado a cabo la Revolución.

A partir de aquel momento, se inventaron numerosas palabras destinadas a traducir el sorprendente comportamiento de los obreros. El vocablo «huelga» resultaba conveniente para definir la actitud de los antiguos funcionarios que rehusaban servir al poder soviético, o incluso a los enseñantes contaminados por las ideas «pequeño burguesas». Pero en un Estado proletario los trabajadores no podían hacer huelga: se «agitaban», «saboteaban», «desertaban del frente del trabajo». Estas expresiones significaban la interrupción del trabajo en las fábricas y el cada vez más serio descenso del rendimiento de las empresas. En 1919, la producción industrial global era seis veces inferior a la de 1913, y el número de obreros había descendido a casi la mitad.[1] La producción descendió brutalmente a partir de 1917, alcanzando en 1921 el 27,1 por ciento de la tasa de 1913.[2]

Los obreros abandonaban las ciudades para ir a los campos. Su rendimiento era muy escaso, pues no podían satisfacer su hambre y no cobraban prácticamente nada por su trabajo. La causa más evidente de la ruina de la economía popular —y su justificación— era, claro está, la guerra civil que estalló en el transcurso del verano de 1918. Pero la razón principal era, en realidad, la Revolución, que minaba los fundamentos económicos y sociales del antiguo régimen.

Tres consignas permitieron que los bolcheviques ocuparan el poder en octubre de 1917: la paz, la tierra para los campesinos

y el control obrero en las empresas. Las dos primeras eran concretas, y cada cual estaba en condiciones de comprenderlas. La tercera, teórica y abstracta, daba la prueba de que el Partido que se había precipitado al poder no tenía idea alguna de qué actitud adoptar hacia el proletariado, ni de qué medidas tomar en el terreno de la economía popular. Además, había reflexionado poco sobre aquellos problemas: para Lenin, la única cuestión realmente seria era hacerse con el poder.

El «control obrero» desorganizó muy pronto y por completo el trabajo de las fábricas, los talleres y las minas.[3] Se explica con facilidad tal situación: los trabajadores no estaban preparados para dirigir las empresas. El nuevo poder ignoraba, además, lo que significaba exactamente el «control de la producción». Sabía muy bien, eso sí, que los obreros debían «controlar» o «dirigir» en nombre del Estado, defender los intereses de la vanguardia de la clase obrera: el Partido. Una vez hecha la Revolución, el Partido denegó a los sindicatos los derechos y prerrogativas conquistadas en la lucha contra el gobierno zarista. Los efectivos sindicales aumentaron considerablemente al incluir de forma sistemática a todos los obreros de las empresas, y las cotizaciones sindicales se dedujeron a partir de entonces del salario. De organizaciones obreras conscientes y activas que luchaban por el reconocimiento de sus derechos, los sindicatos se transformaron rápidamente en simple apéndice gubernamental. Su papel no consistió en luchar por una mejora de las condiciones económicas, sino efectuar un trabajo organizador bajo la dirección del Estado. Uno de los fundadores del movimiento sindical ruso, P. N. Kolokólnikov, escribió en febrero de 1919: «Las organizaciones profesionales pierden cada vez más su carácter combativo y se convierten en instituciones gubernamentales, organismos económicos dispuestos a sustituir la defensa de los intereses de los obreros que venden su fuerza de trabajo, por el respeto de los derechos del Estado-patrón.» [4]

La desorganización engendrada por el «control de la producción» y el escaso entusiasmo demostrado por Lenin hacia la autogestión, empujaron al líder de Octubre a nacionalizar todos los medios de producción. Fue aquél un momento crucial cuya importancia no podría medirse hasta algunos decenios después. Se intentó una experiencia cuyos resultados ignoraban sus propios autores. «La clase obrera es para Lenin —escribió Gorki— lo que el mineral para el obrero metalúrgico. ¿Es posible, dadas las circunstancias, fabricar con este mineral un Estado socialista? Todo hacía pensar que no. Pero dicho esto, ¿por qué no intentarlo? ¿Qué pierde Lenin si la experiencia fracasa?» [5] La respuesta es sencilla: Lenin no pierde nada. A la primera pregunta planteada por Gorki, si es posible «fabricar con este mineral un Estado socialista», la respuesta es más matizada. Conviene definir primeramente la no-

ción de «Estado socialista». Resulta evidente que, en 1917, Gorki tenía una concepción algo diferente de la que sustentaba Lenin. También resulta indiscutible que a partir de «aquel mineral» —la clase obrera y el campesinado ruso— se llegó a «fabricar» un Estado de tipo completamente nuevo que se bautizó «socialista». La historia soviética demuestra que a partir del «mineral» de base se creó, en el curso de la «fabricación», un material nuevo. La nacionalización de los medios de producción desempeñaría un papel capital en el proceso de «fabricación» o «remodelación», como se denominó seguidamente. La nacionalización, la estatificación de las fábricas, de los talleres, del ferrocarril, de las pequeñas empresas y del comercio engendraron una nueva actitud respecto al trabajo. En teoría, todo había pasado a ser «nuestro», «colectivo»; en la práctica, todo pertenecía al Estado. Lenin proclamó: «Se ha producido una mutación fundamental en la historia de la humanidad: el trabajo forzado se ha convertido en trabajo para uno mismo.» [6]

Pero no tardó en surgir un conflicto. Los obreros esperaban del Estado una mejora de su condición, y el Estado exigió a los obreros sacrificios, esfuerzos renovados sin cesar, justificados por el hecho de que trabajaban para el socialismo. Es decir, para sí mismos. La decepción cundió en una parte y otra. Entre los obreros, porque su situación se había deteriorado enormemente desde el golpe de Estado de Octubre; en el seno del Estado, porque los obreros no respondieron a lo que se esperaba de ellos. Lenin sabía perfectamente lo que quería: «El trabajo comunista (...) es un trabajo benévolo en provecho de la sociedad (...), un trabajo voluntario fuera de la norma, un trabajo ofrecido sin esperanza de recompensa...» [7] Pero los obreros rusos carecían de un nivel de conciencia suficientemente elevado: se negaban a trabajar gratis. El guía de la Revolución llegó a la conclusión de que no querían ni sabían trabajar. Se barajaron diversas explicaciones «científicas» sobre esta falta de celo. Para Lenin, además de la inmadurez, la famosa «pereza rusa» desempeñaba un papel importante: «Comparado con los países de punta, el ruso es un mal trabajador...» [8] Para Trotski, «el hombre, por regla general, trata de no trabajar. El celo no es algo natural en él.» [9]

Los años de los planes quinquenales impondrán una fórmula que traduce muy bien las relaciones entre los dirigentes y sus administrados: «Si no puedes, te enseñarán; si no quieres, te obligarán.» Desde los primeros años de la Revolución la coacción aparece como medio de resolver todas las dificultades. En marzo-abril de 1918 llegó Lenin a la conclusión de que era indispensable recurrir a la coacción sobre la clase obrera, enseñarla y obligarla a trabajar. En la primavera de 1918, el guía del Partido y del Estado habla de «disciplina de hierro», de «sumisión sin condiciones a la voluntad de una persona, el responsable soviético, du-

rante las horas de trabajo».[10] El aprendizaje de una «nueva disciplina» se convierte oficialmente en «nueva forma de la lucha de clases en el período transitorio».[11] Se lleva a cabo, pues, una «lucha de clase» contra el proletariado que se niega a trabajar en las condiciones del nuevo régimen. En una crítica implacable al «socialismo leninista», que considera una traición del proletariado, V. Majaiski, ideólogo de la revolución obrera, hace constar «que sin coacción no se puede conseguir que un esclavo trabaje asiduamente en provecho de quien le explota. Un hambriento no llevará de buena gana sobre la espalda parásitos que no pagan».[12] Los dirigentes del Partido comunista lo comprenden perfectamente: los llamamientos a la disciplina oficializados por decreto de abril de 1918 («disciplina del trabajo») son un principio de justificación teórica del trabajo coactivo.

Convencido de que el trabajo comunista benévolo es todavía imposible, Lenin formula su nueva concepción del trabajo en período transitorio (socialista): «El socialismo implica trabajar sin ayuda de los capitalistas, colectivamente, bajo el control, la vigilancia, la férula implacable de la vanguardia organizada.» [13] Conviene, además, determinar la medida del trabajo y su recompensa. El Partido, «vanguardia organizada», debe determinar la norma y retribución del trabajo. De perfecto acuerdo con las teorías de Lenin, Trotski las completa con una nueva definición, la del trabajo coactivo: «Vamos hacia una forma de trabajo socialmente reglamentado a partir de un plan económico obligatorio para todo el país.» Es decir, coactivo para cada obrero. Es la base del socialismo.[14] Nikolái Bujarin comparte por entero los conceptos de Lenin y Trotski: «Desde el punto de vista del proletariado, justamente en nombre de una libertad real y no ficticia de la clase obrera, *es indispensable suprimir esta pretendida "libertad de trabajo"* (subrayado por el autor), puesto que no puede conciliarse con una economía bien organizada, "planificada", ni con un reparto idéntico de la mano de obra. En consecuencia, el régimen de trabajo obligatorio y el reparto estatalizado de la mano de obra, establecido durante el período de dictadura del proletariado, traduce el grado de organización relativamente elevada del aparato en su conjunto y la solidaridad del poder proletario en general.» [15] Los líderes de Octubre evalúan perfectamente la importancia del trabajo coactivo, sus vínculos con la planificación y la solidez del poder. Medio siglo después, los juristas soviéticos enumeran los principales elementos de la «organización socialista del trabajo»: «Trabajo planificado de los ciudadanos repartidos en diferentes ramas y empresas, formación de cuadros, regulación de los salarios, garantía de una organización socialista de la producción, de la protección y de la disciplina del trabajo.» [16]

Al alba de la Revolución, los líderes del Partido llegaron a la

conclusión de que el trabajo coactivo fundamentado en una disciplina de hierro, lejos de ser una medida temporal justificada por las circunstancias extraordinarias del momento crucial revolucionario, aparecía como una «ley» de la construcción socialista. El autor anónimo que en un artículo publicado en 1919 por *Izvestia* se hace portavoz de los dirigentes del Partido, insiste: «La dictadura política del proletariado necesita una dictadura económica... Es indispensable instaurar la disciplina en cada empresa y nombrar un dictador... Sin medidas como el trabajo a destajo, las primas, las multas, los despidos y otras decisiones dictatoriales del especialista-administrador, la economía del país (...) no refluirá...» [17] En 1983, cuando el Estado soviético se consideró una «superpotencia» y exigió la paridad con Estados Unidos, los diccionarios económicos hicieron de la palabra «disciplina» fundamento absoluto del sistema socialista. Además del artículo «disciplina», los diccionarios presentan subvoces tituladas disciplina de Estado, disciplina del plan, disciplina de la producción, disciplina tecnológica, disciplina del trabajo.[18] El diccionario político completa este inventario con la expresión «disciplina moral».

Se debe al presidente de la Vecheka, Dzerzhinski, la fórmula que mejor traduce este concepto del trabajo. Fórmula ideológica, a la vez útil socialmente y de valor educativo. Al explicar en 1919 la razón de ser de los campos de concentración que funcionaban desde hacía seis meses, Dzerzhinski propuso mantenerlos «con la finalidad de utilizar el trabajo de los detenidos, antiguos hidalgos campesinos que viven sin actividad profesional, de todos aquellos, en fin, que no pueden trabajar sin cierta presión (...), así como para sancionar la falta de conciencia y de celo, los retrasos, etc.».[19] El campo de concentración, forma suprema del trabajo coactivo, tenía que asustar a los que no estaban detenidos y enseñar a trabajar a los que lo estaban.

El himno al «trabajo en la URSS» exhibido en las puertas de los campos de concentración stalinianos, la apología de las virtudes educativas del trabajo en los campos actuales, hacen de la actividad laboral, especialmente de la más penosa, uno de los elementos más estables de la ideología soviética.

Inscrita en el texto mismo de la primera Constitución soviética, la regla «quien no trabaja no come» no es tan intransigente como podría creerse. Al invertir la pirámide social de Rusia, la Revolución instaura una nueva jerarquía hasta en las actividades profesionales. El trabajo deja de ser estimado por lo que vale. Resulta indispensable, claro está, tener una actividad, pero su naturaleza determina en lo sucesivo el puesto del individuo en el seno del mundo nuevo. La Constitución comienza por relegar el trabajo campesino al último rango de las actividades humanas, en relación con el trabajo industrial. El primero, individual, engendró la pe-

queña burguesía; el segundo, colectivo, creó la clase que tiene la llave del futuro. Los derechos constitucionales reflejan esta jerarquía del trabajo: a raíz de las elecciones a los soviets, un voto obrero equivale a cinco votos campesinos y una fracción importante del campesinado, culpable «de utilizar el trabajo asalariado», fue privada pura y simplemente del derecho de voto. Declarado improductivo, el comercio quedó clasificado en el número de actividades inútiles y perjudiciales, supervivencias de las instituciones capitalistas. Se liquidó el comercio privado, se desposeyó del derecho de voto a los comerciantes y se preparó el relevo por parte del comercio de Estado —no existente más que sobre el papel en los años del comunismo de guerra— mediante el reparto socialista de los bienes.

Autorizado durante la NEP, no por ello dejó de ser el comercio privado una actividad poco recomendable, un elemento burgués tolerado en el sistema socialista. El código penal establecía una distinción entre el «comercio» lícito y la «especulación», severamente reprimida, pero cuya definición seguía siendo increíblemente vaporosa. La palabra «Nepman», que caracterizaba a todos los representantes del «sector privado», era sinónima de enemigo disfrazado al que se terminaría por desenmascarar. Han transcurrido setenta años desde la Revolución, pero la actitud respecto al comercio y de los «servicios» sigue siendo la misma: se trata de un trabajo «vil», asociado sistemáticamente al fraude, el robo y la corrupción.

La NEP fue un período de ensayo en cuyo transcurso se establecieron dos sistemas paralelos: el sector nacionalizado y el privado. A pesar de los numerosos obstáculos financieros y administrativos que trababan el desarrollo de las empresas privadas (particularmente en el sector agrícola pero también en las pequeñas fábricas, las concesiones extranjeras, los comercios, etc.), su éxito fue indiscutible, e incluso favoreció en amplia medida la rehabilitación del país. Precisamente estos éxitos obtenidos por el sector privado en el campo económico fueron la mejor prueba de que resultaban perniciosos en el plano ideológico. Al desarrollar las relaciones de tipo capitalista en el seno de un Estado que había emprendido la edificación del socialismo, los trabajadores del sector «privado» frenaban la marcha hacia el gran objetivo, y frenaban la educación del hombre nuevo.

A partir de entonces se hizo inevitable el retorno al sistema del comunismo de guerra, aunque de forma considerablemente mejorada. A finales de los años veinte, Stalin dio la señal del segundo «gran salto».

El período de «reconstrucción» —todos los primeros planes y la colectivización— ofrecía las condiciones para elaborar un modelo de economía fundamentado, entre otras particularidades, en

una relación de trabajo típicamente «soviética». El gigantesco ejército de los obreros poco cualificados e incluso no cualificados (en su mayor parte los campesinos de ayer) se empleó en la construcción de inmensos combinados, fábricas, embalses y vías férreas. Este trabajo de carácter esencialmente extensivo permitía recurrir con éxito a la estrategia de los «grandes batallones». La industrialización se convirtió así en una guerra en la que la masa, la multitud, conducida por comisarios que representaban al Partido (y mediante la utilización de técnicos estrictamente controlados), obtuvo éxitos y efectuó un avance irresistible. Cada nueva fábrica, cada metro cúbico de cemento armado, cada kilómetro de vías férreas era presentado como una victoria en aquella guerra que iba a ganarse inevitablemente.

La militarización del trabajo que desde 1920 había considerado Trotski como una necesidad, se estableció definitivamente en los años veinte. Stalin rechazó algunos aspectos formales del modelo trotskista, pero conservó lo esencial y confirmó así la exactitud de las teorías de su rival: «La militarización del trabajo... es inevitable como método fundamental de organización de las fuerzas laboriosas (...), conforme a las necesidades del socialismo en el período transitorio que conduce de la hegemonía capitalista al Estado comunista.» [20]

El ejército se convirtió en modelo de la clase obrera. En aquella «fortaleza asediada» que era, por así decir, la URSS, el ejército rojo aseguraba la protección de las fronteras amenazadas por el enemigo exterior, mientras que la clase obrera y el campesinado koljosiano guerreaban contra la naturaleza, la técnica y el enemigo interno que estorbaba la edificación del socialismo. Combatientes del «frente del trabajo», al igual que los del «ejército rojo», precisaban «entusiasmo y disciplina». La disciplina estaba garantizada por un endurecimiento extremo de la legislación en el período que medió entre 1929 y 1934. *La historia del Estado y el derecho soviéticos* deja constancia de que «las leyes sobre el trabajo aumentaron en el transcurso del primer plan quinquenal la responsabilidad de los trabajadores hacia sus obligaciones profesionales».[21] Se trataba, hay que entenderlo bien, de una responsabilidad penal. De esta manera, «una producción de mala calidad o incompleta» acarreaba una «privación de libertad de cinco años por lo menos».[22] Por vez primera, se «recurre a la responsabilidad penal en caso de una violación premeditada de la disciplina del trabajo».[23] Se elaboró inclusive un «reglamento disciplinario», calcado sobre el reglamento del ejército, aplicable a obreros de ciertas ramas industriales.[24] Se estableció el principio de la «dirección única» que confería derechos dictatoriales al responsable de la empresa, tales como el despido a los obreros o someterlos a juicios. En 1933, los sindicatos, únicamente preocupados —como lo estaban desde hacía

largo tiempo— de defender los intereses de la Administración, no dejaron por ello de ser juzgados superfluos y suprimidos, puesto que se fusionaron con el Comisariado de Trabajo.

Como las medidas represivas, por más duras que hayan sido, no han bastado nunca para «movilizar las masas», se utilizó paralelamente al «bastón», la eterna «zanahoria» de la fe en una verdadera mejora de la vida. En la construcción del «modelo staliniano», desempeñó un papel importante el entusiasmo que en los primeros años de la Revolución animó indiscutiblemente a una parte de la población. Pero el Partido, que orquestaba el proceso, no dejó que se expresaran de manera espontánea los sentimientos de los trabajadores, incluso los más ortodoxos. De golpe, el entusiasmo fue estrictamente controlado, orientado y regulado según las necesidades del Partido.

La idea de una «emulación socialista», de una «emulación de las amplias masas laboriosas con vistas al aumento de las cadencias de la construcción socialista».[25] fue formulada en un principio por Lenin. En abril de 1929, la conferencia del Partido comunista adoptó una resolución al respecto, seguida, en mayo, por otra resolución especial del Comité central, que reglamentaba el «entusiasmo de las masas». Apareció entonces una forma superior de manifestación de actividad y entusiasmo de las masas laboriosas: el «trabajo de choque».

El trabajador de choque era el obrero de vanguardia que sobrepasaba el plan. Esta noción enriqueció el léxico soviético y marcó un momento crucial en la política hacia el proletariado. Se dio un nuevo paso en la creación del hombre soviético. La aparición del «trabajo de choque» se acompañó de una vuelta al pago por pieza, suprimido tras la Revolución como forma de explotación particularmente repugnante. El «trabajo de choque» se convirtió en un excelente argumento en la lucha emprendida por Stalin contra una noción anticuada: la «igualdad». Declarada «pequeño burguesa», la igualdad fue vergonzosamente rechazada al rango de sinónimo de «igualitarismo».

En un principio, la palabra «udárnik» (trabajador de choque) designaba el percutor de un arma de fuego. Es decir, la pieza que servía para atravesar la cápsula de un cartucho en el momento de efectuar el disparo. Durante la primera guerra mundial se utilizó el mismo vocablo para designar las «tropas de choque» de nueva creación, destinadas a operaciones especiales, a asestar al enemigo «golpes» particularmente duros. El recurso a un término militar no tenía nada de casual: el trabajo era un combate para el socialismo. Pero la aparición de los «trabajadores de choque» testimoniaba una escisión entre los obreros. A partir de aquel momento hubo los «vanguardistas» y los «retardatarios», que frenaban la progresión del frente. Se cuidaba de forma especial este antagonis-

mo. Trabajadores de choque, miembros de las Juventudes comunistas en su mayoría, eran objeto de selección para formar los «destacamentos de la caballería ligera», encargados de comprobar el trabajo de los «remolones» en las empresas y de efectuar inspecciones por sorpresa en sus domicilios para comprobar su forma de vida. En la narración *La primera ola*, V. Veresáiev relata cómo un joven obrero de choque, Yurka, toma poco a poco conciencia de la necesidad de «empujar» a sus camaradas. Yurka consigue sobrepasar el añejo sentimiento de la solidaridad obrera, convertido en perjudicial: «Por primera vez y con toda su alma consideraba que aquellos obreros (los "retardatarios" M.H.) no eran camaradas sino enemigos contra los cuales combatiría con ahínco. ¡Qué agradable era descubrir de pronto el derecho a no guardarse dentro la indignación, sino a proceder abiertamente contra ellos, provocarles, darles puntapiés sin ninguna piedad hasta que aprendieran a respetar el trabajo!»

En la noche del 30 al 31 de agosto de 1935, el joven minero Alexéi Stajánov extrajo con su equipo 102 toneladas de hulla en lugar de las 7 previstas por la norma, sobrepasando de esta manera en 14 veces el plan previsto y superándolo en un 1 400 %. Nació así una forma superior de trabajo de choque: el stajanovismo. El stajanovista —y no ya el obrero de choque— se convirtió en un héroe. El stajanovismo fue proclamado «forma de trabajo» específicamente «soviética, socialista». Alexéi Stajánov relató a los periodistas que tanto sus camaradas como él habían efectuado un gran descubrimiento: el trabajo marchaba mucho mejor cuando un miembro de la brigada extraía el carbón mientras los otros cumplían funciones auxiliares. La «racionalización» (conocida desde hacía mucho tiempo por todos los mineros del mundo) se combinaba así con una emulación mutua, con el entusiasmo, y permitía rebasar, «sobrepasar» el Plan. Estos dos elementos esenciales de la «nueva forma de trabajo» se completaron mediante estímulos materiales. La jerarquía social muy estricta definida por el porcentaje de realización del Plan se vio así dotada de una base material: la jerarquía de los salarios. El 20 de enero de 1936, el periódico *Trud (Trabajo)* informó que en una mina del Don, 60 obreros cobraban de 1 000 a 2 500 rublos cada uno (esto para la vanguardia stajanovista); 75, de 800 a 1 000 rublos; 400, de 500 a 800 rublos, y los otros mineros apenas obtenían un promedio de 125 rublos.

Pero estos componentes oficiales —racionalización, entusiasmo, interés— no hacían del stajanovismo una «forma de trabajo específicamente socialista». Sobrepasar el Plan múltiples veces —algunas decenas de veces— necesitaba una preparación cuidadosa, una organización particular del trabajo. Esto no era posible más que con el acuerdo y participación de la administración.

La administración —símbolo del poder en los lugares de producción— escogía a aquellos que se convertirían en «stajanovistas». Se aplicó en este aspecto la noción de «nobleza». Los nobles no eran ya los aristócratas, sino los «stajanovistas». En aquel mismo momento, nociones similares circulaban en la Alemania nazi, donde se había hecho muy popular el lema «el trabajo ennoblece» *(Arbeit adelt)*. La flor y nata de los stajanovistas era recompensada con dinero, medallas y condecoraciones, otros tantos signos visibles del lugar que ocupaban en la sociedad y de sus privilegios. El poder les ofrecía todos aquellos bienes y les había agraciado al contarles entre sus elegidos. Pero también por voluntad del poder podían caer de su pedestal. Al conminarlos para que reforzaran la «vigilancia», Stalin subrayó: «El verdadero saboteador se ve obligado a tener éxito de vez en cuando en su trabajo, puesto que es la única manera de poder seguir manteniéndose como saboteador.» [26]

La segunda revolución de los años 30, mucho más radical que el golpe de Estado de Octubre, se caracterizó por la nacionalización del trabajo. Dejó éste de ser apreciado según sus resultados, y el criterio aplicado fue a partir de entonces la actitud del poder respecto al trabajador. La única cualidad indispensable fue la devoción al Partido, designada con el término de *idéinost* (fidelidad a la idea). Decenios después, sigue en vigor este principio esencial del modelo soviético: «En la base de la verdadera destreza socialista se encuentra la fidelidad a la idea, *idéinost*, y la competencia.» [27] La competencia (cualidades profesionales) aparecía en segundo término.

En los años que siguieron a la Revolución, cuando el nuevo poder no disponía aún de sus propios especialistas, la *idéinost* estaba a cargo en las empresas de los «directores rojos», miembros del Partido que carecían de los conocimientos profesionales indispensables, pero eran devotos de la causa revolucionaria. Representaban el papel de comisarios adjuntos a la persona de los «especialistas», vestigios de un pasado mal visto. A medida que se formaron los «especialistas rojos», la tarea de «implantar» la *idéinost* recayó en los lugares de trabajo sobre el secretario de organización del Partido. El secretario encarnaba una figura mucho más importante que todos los demás representantes de la administración, puesto que era el único que se ocupaba de la realización del plan y la educación de los trabajadores. Gracias a él se efectuó lo que un sociólogo soviético denominó «milagro de transfiguración», posible por «medio de la comunión con el trabajo».[28]

Una de las primeras películas soviéticas sonoras, *Contraplano* (1932, F. Ermler, S. Yúkevitch) presenta un modelo de la actividad del secretario del Partido: sólo la «remodelación» del hombre puede permitir sobrepasar el Plan, y sólo sobrepasando el Plan puede permitirse la reeducación del hombre y obrar el milagro.

La nacionalización del trabajo —noción hasta entonces desco-

nocida— incluía todas las formas de actividad, comprendida la de los militantes. El secretario del Partido —representante del poder supremo— existía en tanto que emanación del poder. Al subrayar la precariedad de la situación de los «stajanovistas», Stalin hizo que se desvanecieran todas las esperanzas de inmunidad de los hombres del Partido: «Los saboteadores de hoy (...) son en su mayoría miembros del Partido que tienen en su bolsillo el carnet (...). La fuerza de los saboteadores actuales (...) reside en ese carnet.» [29]

La película *El carnet del Partido* (1936; guión, K. Vinográdskaia; realización, I. Píriev) es una ilustración convincente de las palabras de Stalin: el poder y los privilegios pertenecen al carnet y no al que lo posee. El poder es del Partido y no de sus miembros. Crítico y censor, O. Litovski califica la cinta de «auténtico poema emotivo dedicado al carnet del Partido...».[30] El carnet, al igual que el título de stajanovista, era atribuido o retirado según voluntad de la instancia suprema.

La colectivización del campo coronó el proceso de nacionalización del trabajo: la dirección encargada de valorar las tierras pasó a manos del Partido. El trabajo campesino se convirtió en una actividad impersonal que dependía enteramente de las directrices «de arriba». Anticipándose en mucho a las máquinas agrícolas (los «100 000 tractores» mágicos de Lenin), el plan, la disciplina, la fidelidad a la Idea penetraron en el campo soviético. Los koljosianos de «vanguardia», cuyos logros eran organizados de igual manera que los de los «stajanovistas», se recompensaban con medallas y condecoraciones, privilegios y primas: alcanzaban así la categoría de «nobles».

Las relaciones soviéticas con el trabajo se elaboraron así y en gran medida bajo la influencia del trabajo concentracionario. Todavía dispersas al final de los años veinte, las metástasis de los campos de concentración ganaran pronto a todo el país. Se edificó así un imperio concentracionario, inigualado en volumen y dimensiones en toda la historia.

Hasta mediados los años treinta, los campos soviéticos llevaban oficialmente el nombre de «campos de concentración». La competencia desleal de los nazis, que adoptaron dicha denominación, obligó a introducir en el lenguaje jurídico la definición de «campo de reeducación por el trabajo». El nombre de los campos soviéticos refleja perfectamente la doble función del trabajo en la URSS. Subsistiendo como instrumento capital del terror, de la formación del miedo, el campo se convirtió en modelo del «trabajo socialista».

Trotski y otros teóricos bolcheviques tenían razón al afirmar que un trabajo de esclavo podía ser productivo. Tanto más cuanto evocaban nuevos criterios de «productividad». Los esclavos-detenidos soviéticos trabajaban mal porque los esclavos hacen siempre cuanto pueden por trabajar mal, pero también porque tenían

hambre y vivían en condiciones monstruosas e inhumanas. Su bajo rendimiento se veía compensado, sin embargo, por su número. Se encontró un recurso para estimularlos, vinculando directamente el porcentaje de la realización del Plan y la ración alimentaria. Así, para quienes no cumplimentaban el Plan, la ración era con frecuencia inferior al mínimo vital.

El campo se organizó como un modelo ideal en el que se investigaban las posibilidades del «trabajo socialista». Millones de presos formaban aquel «ejército del trabajo» en el que soñaban los bolcheviques desde la Revolución de octubre. Gigantescos destacamentos de presos se paseaban de un extremo a otro de esa sexta parte del mundo que es la URSS. Sometidos a una severa vigilancia, trabajaban según las directrices del Plan y efectuaban las tareas encomendadas por el Centro. El trabajo se convirtió en colectivista extremo, y quienes lo realizaban componían verdaderamente un «material humano».

A Lenin no le cabían dudas de que el comunismo se edificaría a partir del «material humano de masa corrompido por siglos y milenios de esclavitud, de servidumbre y capitalismo...».[31] Una idea que se apoya en la práctica, pero que también está teóricamente fundamentada. Así, no resulta sorprendente que se hubiera creado en los años treinta un «sistema auténticamente científico de educación comunista» [32] por parte de Makárenko, pedagogo que durante largo tiempo dirigió las colonias penitenciarias para jóvenes delincuentes. En la base del «sistema auténticamente científico» de Makárenko se encuentra la certidumbre de que si el pedagogo consiguió en sus «colonias» reeducar a criminales —la peor especie de «material humano»—, no podía caber la menor duda sobre las posibilidades de «remodelar» cualquier otro «material» por lo menos en «unas nuevas condiciones sociales». El *Poema pedagógico* de Makárenko y sus trabajos sociales son expresión de su gran descubrimiento: la condición para remodelar al hombre y la creación del hombre comunista es la integración del individuo en el colectivo. Para Makárenko, el «colectivo es un grupo organizado y dotado de órganos de gestión, disciplina y responsabilidad».[33] La «libertad» del trabajador (Makárenko incluyó a los escolares, los estudiantes y cuantos ejercen una actividad socialmente útil) se expresa en la conciencia que tiene de la necesidad de convertirse en un miembro del colectivo. Para Makárenko, el colectivo ideal era el ejército o el campo. El pedagogo y teórico introdujo en las colonias que dirigió elementos de disciplina y ritual militares (uniformes, desfiles, banderas, etc.).

Los éxitos obtenidos en la lucha por el «trabajo socialista» fueron legalizados por una resolución del gobierno instaurando a partir del 15 de enero de 1939 el «libro de trabajo», sin el cual resultaba imposible obtener un empleo. En el documento constan

las razones que han llevado a abandonar el puesto precedente, así como las sanciones o las felicitaciones a que se ha hecho acreedor el titular. En un artículo titulado «la disciplina socialista del trabajo», *Pravda* saludó aquella decisión del gobierno: «La implantación del libro del trabajo, el reparto de distinciones para recompensar una tarea abnegada, un trabajo de choque de primer orden, y más concretamente la creación de la distinción suprema de Héroe del Trabajo Socialista, así como la adopción de una serie de medidas en materia de disciplina del trabajo, han sido acogidas con la mayor alegría por el pueblo soviético. Todo esto abre una nueva página en la historia gloriosa de la lucha por la disciplina socialista del trabajo.» [35]

Esta notable fórmula traducía con exactitud el carácter específico del «trabajo socialista»: la actividad propiamente laboral aparecía suplantada por la lucha por la disciplina, combate que no cedía un solo instante. La resolución del Consejo de Ministros de la URSS y del Consejo Central de las Uniones Profesionales (VTSSPS), adoptada el 6 de septiembre de 1973 y titulada *Del libro del trabajo de obreros y empleados*, instauró un nuevo modelo de documento, pero recogió la formulación de 1938: todo aquello se efectuaba «... con el objetivo de dar al libro un mayor valor educativo en el proceso de reforzamiento de la disciplina del trabajo».[36] Las primeras consignas lanzadas por Y. Andrópov tras su elección para el cargo de secretario general fueron: disciplina y lucha por la disciplina. En el primer discurso pronunciado por Chernenko cuando fue a su vez elegido, ocuparon un puesto importante los problemas del «reforzamiento del orden, la organización y la disciplina».[37]

La «historia gloriosa de la lucha» por el «reforzamiento» de la disciplina y el «aumento» de la productividad está muy lejos de haber terminado, puesto que es la historia de la nacionalización de las actividades profesionales y creadoras del hombre, la historia de la perversión del trabajo.

Sin duda no se corre el riesgo de encontrar, incluso en los archivos ultrasecretos del Comité Central, un proyecto de perversión y desnaturalización de esta función humana perfectamente natural. Sin embargo, desde la Revolución y a pesar de las aparentes mutaciones que parecen indicar un alejamiento de las ideas primeras, a pesar de los cambios de guías, toda la actividad del Partido está dirigida a transformar el hombre. El golpe asestado al trabajo tenía como objetivo destruir la propia esencia del hombre «antiguo». El hombre rehúye el trabajo —afirmaba Trotski— «y por regla general se esfuerza en evitarlo».[38] Casi 70 años después, Chernenko añadía: «No hay nada que hacer; trabajar es verdaderamente difícil.» [39] La conclusión que se extrae era y sigue siendo sencilla: sin control del Partido, sin coacción, el hombre no

trabajará. Pero las medidas adoptadas por el Partido, que dirige la creación del modelo económico soviético, conducen inevitablemente a una perversión del trabajo.

La centralización y la planificación matan el entusiasmo, la iniciativa creadora y la fe en la necesidad del trabajo. El proceso de la perversión del trabajo extendida en la Unión Soviética a lo largo de numerosos decenios adoptó un ritmo acelerado en los otros países socialistas. *El hombre de mármol* (película de Andrzej Wajda, según guión de Alexandre Scibor-Rylski) muestra magníficamente este proceso, relatando la historia de un joven obrero polaco que arde en deseos de construir, de trabajar, de ser el primero —un stajanovista, un trabajador de choque— y que descubre que le han engañado, que el Partido le ha robado su entusiasmo para servir a sus propios fines.

La relación socialista con el trabajo aparece claramente entre los trabajadores manuales, obreros y koljosianos que ven organizar el «trabajo de choque», aumentar las cadencias y descender los salarios. Así, la expresión «trabajo socialista» termina siendo sinónima de trabajo mal hecho y baja productividad. Se acuña de esta manera en todos los países socialistas un aforismo del cual todos reivindican la paternidad, puesto que todos pueden pretenderlo: «Simulan pagarnos y nosotros simulamos trabajar.»

El trabajo manual pierde definitivamente su atractivo y su prestigio. De acuerdo con la fórmula de Majaiski, la ideología socialista del progreso ininterrumpido, de la marcha hacia el gran objetivo, condena a los «obreros manuales» a ocupar un puesto inferior en la sociedad. Se convierte así en signo de éxito social un diploma de estudios superiores o un trabajo intelectual (lo que incluye todas las formas de actividades en el seno del aparato del Estado).

El trabajo mal hecho del «obrero manual» es un reflejo de autodefensa. Pero los koljosianos no disponen de tal arma. Su único medio de expresar su descontento es abandonar los campos. El obrero tiene la posibilidad de efectuar una extorsión puesto que su jefe directo responde de la realización del Plan. Puede, por tanto, exigir un aumento de salario.

Entre las numerosas obras literarias soviéticas consagradas a los problemas que surgen en los casos «aislados» en los que obreros poco conscientes trabajan mal (o no muy bien) y reivindican un pago suplementario (superior al previsto por la ley), destaca el relato de Vladímir Voinóvich *Quiero ser honrado*. El jefe de una obra decide no trabajar más que en función de su capacidad: «Después de todo, mi trabajo, bueno o malo, es lo único que tengo. Y si no lo hago como quiero ni como puedo, ¿a qué viene toda esta zozobra?» [40] No le dejan trabajar como desea. «Quiero ser honrado, declara a su superior. Y le dan esta respuesta: ¿Quién

necesita de tu honradez?»[41] No sólo es inútil sino que resulta perjudicial, puesto que pone en duda el sistema, el modelo socialista económico y social.

En la apología apasionada que hace del sistema staliniano *(el héroe de nuestra juventud)*, A. Zinóviev cita como ejemplo del «estilo stalianiano de dirección» la historia de las «grandes obras» responsables de innumerables muertes, y absurdas en el plano económico o simplemente práctico. La «gran significación histórica» de estas obras estriba, según Zinóviev, en que fueron «una forma de organización de la vida». Dicho de otra manera, el insensato trabajo de decenas de miles de personas, sus sufrimientos y su sacrificio tenían una función ideológica. Zinóviev lo formula así: «Nuestra dureza, nuestra inmoralidad, nuestra demagogia y otros rasgos negativos bien conocidos eran altamente morales desde un punto de vista histórico.»[42]

La moral de «tipo staliniano» que Zinóviev declara «históricamente necesaria», no precisa para nada de la «honradez» del héroe de Voinóvich. Hay que advertir que Zinóviev califica la «moral» de la época staliniana como «maximalista»; se trata, en otros términos, de un tipo superior de moral si se compara con la «baja» moral dominante con anterioridad.

La «moral maximalista» establece un vínculo particular entre «dirigentes» y «dirigidos», cómplices en el engaño y en la ausencia de respeto a la vieja moral. En un artículo titulado «¿Es posible un socialismo no totalitario?»,[43] Yuri Orlov —físico, fundador del comité moscovita para el respeto a los acuerdos de Helsinki, y encarcelado durante muchos años— considera en particular el problema del «derecho al trabajo», reconocido a cambio de una lealtad inquebrantable al Estado. El hombre soviético —escribe el profesor Orlov— se ve «liberado» si da pruebas de una absoluta lealtad, «de una considerable parte de responsabilidad en cuanto a los resultados de su trabajo». Se arroga el derecho de «trabajar menos bien y en ocasiones inclusive peor de lo que podría». El Estado lo acepta, puesto que «la dictadura tiene necesidad de que el ciudadano medio experimente un complejo de culpabilidad y cierto reconocimiento por la indulgencia que le testimonia».

Esta tácita aceptación del trabajo de mala calidad (evidentemente ningún documento oficial la sanciona) pervierte a los trabajadores, y les convence de que necesitan educadores, controladores y guardianes. En 1984, el escritor Víktor Astáfiev relata en un artículo un encuentro con unos siberianos a quienes, indignado por verles trabajar «de cualquier modo», les dijo que cualquier patrón burgués les habría despedido. El jefe del equipo respondió, condescendiente: «Precisamente para que no pudieran fastidiarnos nos los cargamos en el 17.»[44]

Algunos decenios antes, en 1948, Barbara Armonas, campesina

lituana, fue víctima de deportación con centenares de millares de lituanos, estonios y letones. En sus *Memorias* hace esta confesión sorprendente: encargada de trabajos penosos en la taigá siberiana, era incapaz de trabajar mal o con lentitud.[45] Barbara Armonas había recibido una educación intransigente en materia de chapuzas en el trabajo. Los soviéticos de hoy (incluidos sin duda los ciudadanos de la Lituania soviética) han crecido con la idea de que no se tiene derecho a trabajar bien sin una razón. Víktor Astájev, que sufre por su Siberia natal implacablemente destruida por los constructores del socialismo, propone una fórmula irreemplazable, la única que ha dado pruebas de eficacia: «Nada de persuasión, nada de moral aunque sea la más progresista del mundo. Hay un solo medio...: utilizar el poder.» [46]

El sistema soviético es semejante a un huevo: está perfectamente adaptado a su función, pero es imposible modificarlo sin romperlo. Deseoso de mejorar el modelo staliniano, Jruschov reemprendió por su cuenta el procedimiento favorito de su ilustre predecesor: concentró o dividió los ministerios, creó nuevas unidades administrativas. Dicho en otras palabras: desplazó el «huevo» de aquí para allá, revocando un poco la pintura desconchada. En su furia de «cambios» intentó acometer la única reforma auténtica del sistema soviético: decidió dividir el huevo, crear dos partidos comunistas en lugar de uno: un partido industrial y un partido agrícola. A partir de aquel momento, su caída sólo fue cuestión de tiempo.

La segunda mitad de los años sesenta, principio de la era Brézhnev, se caracterizó por una discusión animada sobre el tema de la reforma económica y una multitud de publicaciones (libros, artículos). Numerosos economistas soviéticos, entre los que se contaban los más eminentes, llegaron a ponerse de acuerdo en un punto: se precisaba introducir en la economía soviética «elementos de mercado», reducir la centralización excesiva, aliviar la presión de las «directrices de la planificación». Los economistas indicaron que aquellas reformas tendrían una influencia decisiva en la actitud de los soviéticos respecto al trabajo y también sobre su entera psicología.

En 1983 trascendió la existencia de un «documento de Novosibirsk», informe secreto presentado en el seminario especial organizado por la sección económica del Comité central, la Academia de Ciencias y el Gosplán. Efectuadas las correspondientes investigaciones, se supo que aquella comunicación era obra de los investigadores del Instituto de economía y organización de la producción industrial, adscrito a la sección siberiana de la Academia de Ciencias, bajo la dirección de la académica Tatiana Zaslávskaia. Llegado a Occidente, el informe en cuestión suscitó numerosos comentarios. Citaba abiertamente las «insuficiencias del sistema soviético y la

tendencia a reducir las tasas de crecimiento de la renta nacional»,[47] «que no garantizaba ni el crecimiento indispensable del nivel de vida ni la readaptación técnica intensiva de la producción». Los autores del informe se interesaban esencialmente por los «productores», como testimoniaba el propio título del documento: *De la necesidad de un estudio profundo de los mecanismos sociales de desarrollo en la URSS*. Los autores consideraban que la gran «insuficiencia» del sistema soviético de *gestión económica* radicaba en su incapacidad para desarrollar en los trabajadores el tipo necesario de comportamiento en el campo económico y social.

El problema era evidente: los «productores» trabajaban y producían muy mal. Resultaba indispensable cambiar su comportamiento. Tan evidente como el planteamiento era la solución. La académica Zaslávskaia señalaba: «Los métodos administrativos de gestión son aquí impotentes.» Más clara parecía la negativa a modificar el sistema aunque fuera en medida mínima. El Partido no lo deseaba.

El informe de T. Zaslávskaia y sus colaboradores, que causó cierta sensación en Occidente por la sinceridad de sus juicios sobre las insuficiencias de la economía soviética, testimonió simplemente el buen conocimiento que tienen los soviéticos de las particularidades de su «modelo». Periódicamente, se conocen las observaciones críticas de este o aquel especialista proponiendo el mejoramiento del «huevo». Así, en 1965, A. G. Aganbeguián, en la actualidad miembro correspondiente de la Academia de Ciencias, mantenía ya en sus conferencias reservadas a «gentes de confianza» los conceptos recogidos dieciocho años después por el informe Zaslávskaia. Si este último hacía remontar a los doce o quince últimos años la debilitación de la tasa de crecimiento, Aganbeguián golpeaba por su parte mucho más fuerte: «Desde hace seis años, la tasa de desarrollo de nuestra economía se ha dividido casi por tres.» [48] En 1982, el académico V. Trapéznikov, director del Instituto de automatización y gestión de la Academia de Ciencias criticó severamente el sistema de planificación centralizada. En 1982 y 1983, se comprobaron las mismas insuficiencias que en 1965. Y se propusieron idénticas panaceas.[49]

Más todavía que el fracaso de todas las tentativas de «reformar» el sistema económico, es demostrativo de la imposibilidad de cualquier cambio la negativa a utilizar la clave mágica de la «revolución científica y técnica». El *Pequeño diccionario filosófico* es desde 1954 categórico al respecto: «La cibernética es una falsa ciencia reaccionaria, nacida en Estados Unidos después de la segunda guerra mundial... La cibernética traduce de manera patente un rasgo fundamental de la concepción burguesa del mundo: su propósito es transformar los trabajadores en apéndices de la máquina, en instrumentos de producción, en armas de guerra.» [50] Me-

nos de diez años después, el Partido rehabilitó por completo la ex falsa ciencia: «Cibernética: ciencia de los procesos y sistemas de gestión...» Se subrayan la «perspectivas» que su aplicación abre en los campos más diversos.[51] En los años sesenta, la cibernética se puso de moda, puesto que parecía prometer la resolución de todas las dificultades. El único método científicamente justo de comprensión del mundo —el *marxismo-leninismo*— se había dotado de la única técnica científica que permitía su aplicación: la cibernética. La fórmula del comunismo era a partir de entonces el poder soviético más la informatización de todo el país.

En 1984, Nikolái Smeliakov, viceministro de Comercio exterior, se lamentó amargamente: «Al principio, se calificó la cibernética de "falsa ciencia". En la actualidad se pagan millones de rublos por ordenadores de importación. Y la pérdida no es únicamente tecnológica y material.» [52] El viceministro hacía así alusión al «precio» psicológico del «error». En los años sesenta se había intentado rectificar el tiro.

El historiador norteamericano Loren Graham recuerda haber visto en Moscú a principios de los años setenta el plan de un gigantesco sistema informático previsto para una «gestión científica» de la economía.[53] Pero al final de aquella década, la dirección soviética estaba convencida de la incompatibilidad fundamental entre el ordenador y el comunismo. Ello no excluía, como es lógico, la utilización de aparatos electrónicos allá donde resultaba imposible prescindir de ellos o, dicho con otras palabras, en la industria de guerra. Pero se había abandonado el principio de la «informatización del país» como medio de perfeccionar el sistema.

Los dirigentes soviéticos comprendieron que la informatización de la economía constituiría una verdadera reforma de la sociedad. El peligro no residía tan sólo en la necesidad de dar una información justa —cuyo monopolio se había reforzado por una nueva ley, está andropoviana, relativa a la «defensa de los secretos de Estado»— ni inclusive en la libertad que tenían que disfrutar forzosamente los especialistas en informática, que significaba de por sí un peligro para el sistema. El mayor riesgo estribaba en que la informatización privara al trabajo de su función ideológica. En una pieza escénica muy popular durante los años setenta (*Los fundidores de acero* de G. Bochkárev) el héroe positivo declara: «Quien fabrica un acero de buena calidad es un hombre bueno.» Pero sólo la dirección de la empresa escoge a quien fabricará un acero de buena calidad, al que cumplirá y sobrepasará el Plan: sólo la dirección tiene el derecho a escoger al que será un «hombre bueno».

A partir de 1975, los dirigentes del PCUS adquirieron verdadera conciencia de la amenaza «informática». L. Brézhnev aportó entonces «una importante contribución teórica aumentando el papel

del Partido en la construcción económica». Sólo el Partido —declaró Brézhnev—, «depositario de la enseñanza marxista-leninista, está en condiciones de definir las grandes orientaciones del desarrollo social».[54] Las cualidades del hombre soviético son su «probada fidelidad a la idea y su competencia».[55] La fidelidad a la idea aventaja sin duda alguna a la competencia profesional. Esto es válido para la producción, pero también para la ciencia. La Unión Soviética franqueó el cabo de los años ochenta con «el mayor ejército de trabajadores científicos».[56] Pero una nueva resolución del Comité central relativa al «trabajo efectuado por el centro científico del Ural, dependiente de la Academia de Ciencias de la URSS», indica: «Los comités del Partido no orientan suficientemente los esfuerzos del colectivo hacia un aumento de la eficacia de las investigaciones científicas... No llevan a efecto la lucha que deberían para reforzar la disciplina, mejorar la organización del trabajo y aumentar la eficacia de la tarea ideológica de educación política de las masas.»[57]

La ideologización del trabajo, utilizada como instrumento de «remodelación» de los hombres, hace única la sociedad soviética en general y su economía en particular. El economista norteamericano Marshall I. Goldman, en un penetrante análisis del sistema económico soviético del que enumera los numerosos vicios, llega a la conclusión de que, sin embargo, «la Unión Soviética aparece, aunque de manera incierta, como una parte de la comunidad mundial».[58] El economista norteamericano estima que los «dirigentes soviéticos no tienen prácticamente salida. La tecnología moderna ha obligado al mundo a concentrarse. En la actualidad se va con mayor rapidez de Nueva York a Moscú que de Nueva York a Chicago hace cuarenta años. Además, el teléfono permite, teóricamente, obtener una comunicación con Moscú casi con tanta rapidez como con Chicago».[59]

Los razonamientos de M. Goldman son enteramente lógicos, pero su lógica es extraña al sistema soviético. Al escribir su libro, el economista norteamericano sabía perfectamente que, a pesar de todos los descubrimientos técnicos, la distancia entre Nueva York y Moscú había aumentado considerablemente con relación a principios de siglo. También sabía, sin duda, que el teléfono automático entre la URSS y el mundo occidental fue reemplazado en 1979 por el teléfono manual. Los economistas profesionales (y esto vale tanto para los occidentales como para los soviéticos, emigrados o no) se niegan a renunciar a sus criterios habituales, incluso cuando tienen posibilidad de ello, en su análisis del modelo soviético. Experimentados en la «geometría de Euclides» no desean adoptar «la de Lobachevski».

Pero sólo esta última permite considerar en su especificidad un «modelo» desconocido hasta entonces. Desde 1930, la Unión

Soviética conoce «dificultades temporales» de aprovisionamiento, incluido el pan. En 1981-1982, la URSS compró 46 000 000 de toneladas de trigo al extranjero, y se manifestó resuelta a adquirir regularmente 35 000 000 de toneladas. Se organizó en el país una campaña para incitar a la población a «economizar el pan». Llegaron a proponer sacar al mercado piezas de pan de 900 gramos en vez de 1-1,3 kilos habituales, puesto que el pan era de tan mala calidad que se endurecía y se hacía incomible.[60] Pero las panaderías se negaron a disminuir el peso de las piezas porque en tal caso les resultaría imposible cumplimentar el Plan. Había que encontrar una solución. Se adoptó una, muy soviética: instalar mostradores de recompra de pan duro.[61] Otra técnica fue la reducción de las *avoska*. Las *avoska*,[62] esas bolsas de la compra de las que los soviéticos no se separan jamás, con la esperanza de que las mercancías aparezcan como por arte de magia en los comercios, medían 70 centímetros de longitud. En 1980 se impuso un nuevo modelo estándar de 45 centímetros, y en 1981, de 30 centímetros. Estaba por tanto regularizado el problema del abastecimiento: una barra de pan y una col llenaban una bolsa. A petición de los ciudadanos soviéticos indignados, se revisaron las medidas de las bolsas y se fabricaron bolsas dobles, de 60 centímetros que como es lógico costaban también el doble. De todas maneras, el Estado había ya ganado —y no era más que el principio— 10 centímetros de red.[63] Por aquel entonces, un senador norteamericano pronunció un discurso contra la desigualdad en Estados Unidos: un 70 % de las escuelas situadas en los barrios acomodados estaban equipadas con microordenadores, contra un 40 % en los barrios pobres.[64]

Las esperanzas de nuevas «llaves mágicas» aparecían y se disipaban como la bruma («reformas», «revolución científica y técnica»); sólo seguía siendo fiable y segura la hallada por Lenin: la comprobación, el control y la vigilancia de la vanguardia organizada.

A partir de los años 80, se habló menos de revolución científica y técnica que de «destacamentos de controladores populares», de «patrullas». Un informe del primer secretario del comité regional del Partido de Grodno (Bielorrusia) testimonia la amplitud del «control popular». Había en su región, según dijo, «50 000 patrulleros». Se crearon para ellos escuelas de controladores populares en las empresas y las organizaciones, donde se dieron conferencias sobre problemas tales como «la lucha para acrecentar los rendimientos de la producción social, mejorar la calidad de los productos y proteger la propiedad socialista».

Según el último censo (1979), la región de Grodno contaba con 1 140 000 habitantes, de los que un 48 % de controladores (las «patrullas» sólo intervenían en las ciudades, puesto que los koljoses tenían sus propios controladores). Cabe suponer que el porcentaje de aquellos «destacamentos de control» eran aproximada-

mente iguales por doquier. La Unión Soviética dispone por tanto de un ejército de varios millones de «controladores» que permitían no prever «reformas» y desdeñar la «revolución científica y técnica».

En 1983, una película titulada *Un tren se detiene*[65] muestra perfectamente la situación de la Unión Soviética a principios de los años 80, sus problemas y las soluciones que adopta. Un tren de viajeros se detiene después de haber chocado con un vagón de mercancías. Las razones de la colisión son sencillas: no se habían observado las instrucciones más elementales porque la única preocupación era cumplimentar el Plan. El juez de instrucción encargado del sumario descubrió muy pronto a los culpables: el responsable del depósito, el guardaagujas y el conductor del tren, muerto a causa del accidente. Para el juez de instrucción todo estaba claro: no se resolvería el problema de los «malos trabajadores» más que adoptando leyes todavía más duras y reforzando la disciplina. Las autoridades locales encontraron por su parte un arreglo: convirtieron aquella catástrofe ferroviaria en un episodio heroico y un instrumento de educación de las masas, presentando al conductor muerto como un comunista que se había sacrificado para salvar a los pasajeros. En cuanto a los autores de la película, no previeron más que dos salidas: leyes más duras y una intensificación del trabajo ideológico.

Aplicado a la economía soviética, el método analítico lleva a esta conclusión inequívoca: el tren se detiene, efectivamente. Conclusión justa e inexacta a la vez. La economía soviética es un «modelo» muy particular. Nunca ha tenido por objeto satisfacer las necesidades de los consumidores, y su objetivo no es más que reforzar el poder del Estado. La economía soviética trata de responder a las exigencias de la maquinaria militar, que constituye la Unión Soviética como tal. Resultaría vano buscar un «complejo militar-industrial» como existe en Estados Unidos. Todo el Estado soviético, todo el país, toda la población existen sólo en función de la guerra y la movilización es permanente. Testimonio significativo de la especificidad del modelo económico soviético es que los logros técnicos comprobados en el campo militar y cósmico no han tenido jamás el menor eco en el consumo corriente.

Las necesidades de la guerra declarada por la URSS a todo el mundo no soviético determinan la naturaleza de la economía y de la vida entera del país. La guerra necesita en principio una «retaguardia» sólida, de ciudadanos perfectamente leales. Esto explica las paradojas de la economía soviética. Al tratar de satisfacer por todos los medios las necesidades de la potencia del Estado, no se deja más que el mínimo para el consumo de los ciudadanos. La economía soviética se basa en la penuria controlada. Para compensar la ausencia de productos de consumo corriente, el Estado ofrece

a los ciudadanos la posibilidad de trabajar mal. Al investigar las causas de la mala calidad del trabajo, «sobre la realidad y la apariencia de las cosas», un periodista soviético citó una conversación con un obrero algo bebido: «Te fabrico un televisor que se descompone antes de que lo hayas pagado, y a cambio tú me haces un landó que se hunde antes de haber circulado. ¿Por qué se trabaja mal? —prosigue el obrero—. Porque se aparenta trabajar bien.»[66]

Todo el mundo aparenta. Los obreros aparentan trabajar bien, considerando esa ausencia de rendimiento como una compensación de su bajo salario, que, de todos modos, no les sirve para nada, puesto que en unos casos los comercios están vacíos y en otros ofrecen productos raros y de mala calidad. También el Estado aparenta, persuadido de que es posible obtener las provisiones necesarias para la guerra mediante la multiplicación de los controles en las empresas militares, y asegurándose la lealtad de los ciudadanos soviéticos al permitirles trabajar mal.

El estado de ánimo de los soviéticos en los años setenta se resume en un dicho popular: «¿La vodka perjudica el trabajo? ¡Dejemos de trabajar!» Al alborear los años ochenta, los dirigentes soviéticos comprendieron que la URSS se había retrasado definitivamente en la carrera de las novísimas tecnologías y que aun en el caso de que el país adoptara dichas tecnologías, quedaría comprometida la estabilidad de las relaciones sociales en el interior de sus fronteras.

La nueva revolución —las autoridades tenían plena conciencia de ello— ponía en peligro el sistema engendrado por la «última de todas las revoluciones». Pasar de una sociedad industrial a una sociedad informatizada significaría para el Partido la pérdida de su monopolio sobre el tiempo y la información, así como la de su legitimidad para ostentar el poder. Sin embargo, los dirigentes sabían bien que sin las nuevas técnicas la URSS no podría conservar su *status* de superpotencia, y tampoco podría mantenerse la paridad en el campo del armamento.

Se decidió, en consecuencia, utilizar las técnicas revolucionarias en ciertos sectores muy concretos de la economía soviética y de manera extremadamente controlada. Los planes preveían la entrada en funcionamiento de nuevos ordenadores, líneas automáticas y robots destinados a reemplazar a los obreros. En 1983 se creó en la Academia de Ciencias una sección de informática y automatización. Pero muy pronto se fijaron los límites: si la información era necesaria, los ordenadores individuales resultaban inútiles y perjudiciales. El vicepresidente de la Academia de Ciencias, Yevgueni Velijov, explicó que el hombre soviético no tendría necesidad de poseer ordenador, puesto que la colectividad pondría un número suficiente de tales ingenios a su disposición.[67] En una carta dirigida a un periódico norteamericano, el corresponsal de la agencia de

prensa *Nóvosti* rechazó la afirmación de un retraso soviético en aquel campo, limitándose a comentar: «Entre nosotros no hay demanda de ordenadores individuales puesto que no existe la empresa privada.» [68]

El estado de la red telefónica soviética ofrece otra prueba de la inutilidad —desde el punto de vista de los dirigentes— de los ordenadores. En 1982 se contaba en la URSS con un teléfono por cada 10 personas, mientras que en Gran Bretaña, por ejemplo, se disponía de uno por cada dos o tres.[69]

La falta de teléfonos no se explica tan sólo por las insuficiencias de la industria o el poco celo para satisfacer las necesidades de la población. Es también el resultado de una política consciente. Los especialistas en telecomunicaciones consideran que se ha alcanzado un nivel crítico cuando se cuenta un teléfono por cada tres personas, ya que entonces el poder, que aspira a imponer su voluntad a la población, tropieza con dificultades suplementarias. El ejemplo de Polonia, donde el nivel crítico estaba muy lejos de alcanzarse, resulta elocuente: en diciembre de 1982, la ley marcial se acompañó con un corte de la red telefónica en todo el país. Resulta así imaginable hasta qué punto los ordenadores particulades aumentarían las posibilidades de comunicación.

Los dirigentes soviéticos han optado por la revolución científica y técnica, pero dentro de unos límites muy estrechos y muy severamente controlados. La tarea de adaptar las nuevas tecnologías se ha confiado a la rama más desarrollada de la industria soviética: el espionaje. Se ha creado una poderosa maquinaria que permite robar las técnicas indispensables. John Barron escribe: «La URSS —esencialmente gracias al KGB— ha hecho de las investigaciones, el desarrollo y el genio inventivo norteamericanos una importante reserva nacional para el Estado soviético.» [70] Autor de libros sobre el KGB, Barron exagera acaso el papel de esta organización, simple parte de un monstruoso aparato de información inimaginable en ningún otro Estado del mundo. Especialistas franceses [71] han intentado reconstruir la red de los «suministradores». Incluyen en su esquema el KGB, el GRU, el Comité estatal encargado de las ciencias y las técnicas, la Academia de Ciencias, el Ministerio de Comercio Exterior y el Comité estatal para las relaciones económicas. Los «suministradores» reciben sus encargos de material que hay que comprar o robar por medio del Comité militar-industrial adscrito al Consejo de Ministros y vinculado a sectores especializados del Comité central.

Incluso canalizada, la revolución científica y técnica causa y causará bastante preocupación al sistema soviético: compradas, robadas o copiadas, las máquinas precisarán de un mantenimiento, de piezas de recambio que a su vez habrá que comprar o robar. La abundancia de técnicas occidentales en la URSS obligará a dar ex-

plicaciones. Un periodista soviético confiesa su turbación por el «número de Carterpillar y Olivetti visibles en nuestros talleres y nuestras fábricas».[72]

Pero el choque más importante se produce entre el hombre soviético y las técnicas revolucionarias occidentales. Por muy avanzadas que sean esas técnicas no es posible prescindir completamente de los hombres. En la URSS la técnica no puede prescindir del hombre soviético. ¿Por qué habría éste de aceptar, armado de técnicas modernas, trabajar bien si el trabajo mal hecho se ha convertido en una cualidad natural del hombre nuevo?

La naturaleza específica de la relación del hombre soviético con el trabajo y la técnica —incluida la más nueva— se explican también por el contenido particular de las expresiones «técnica», «mecanización», «robotización», «informatización». En el transcurso del verano de 1984, *Pravda* publicó una carta describiendo la «mecanización total» de la recogida de patatas en la región de Pskov: cada máquina arrancaba los tubérculos e iba seguida de quince a veinte personas encargadas de recogerlos.[73] Obreros y funcionarios de la población eran «movilizados» para esta tarea. Se desarrollaba así la repugnancia por el trabajo entre los koljosianos, que sabían que las patatas eran recogidas por los habitantes de la población, y entre estos últimos, que tenían la sensación de efectuar un trabajo absurdo que además les impedía cumplir con sus normales obligaciones.

La Constitución en vigor codifica los derechos y deberes de los «colectivos de trabajo», definidos como la «célula» de base de la sociedad soviética. En junio de 1983, entre los primeros actos legislativos de la era andropoviana, se cuenta la *Ley sobre los colectivos de trabajo*, promulgada por el Soviet supremo. Es una respuesta a los acontecimientos de Polonia, una tentativa de elevar un obstáculo a las ideas de autogestión obrera que habían estado en el origen del movimiento Solidaridad. A la «autogestión de tipo anarcosindicalista» opuso la nueva ley la «autogestión socialista», fundamentada en «el experimentado principio del centralismo democrático».[74]

La ley amplía los derechos del colectivo de trabajo al definirlo como «una unión organizada y jurídicamente conforme de trabajadores que actúan conjuntamente en las empresas y en las organizaciones de las diversas ramas unidas o no en la producción». El hombre sólo tiene derechos en tanto que miembro del colectivo y se convierte así legalmente en un «engranaje», en aplicación del «gran principio de colectivismo». Al frente del colectivo —siempre según la ley— «se encuentra la organización del Partido. Le corresponde el derecho de controlar la actividad de la administración», de «detectar operativamente las insuficiencias y remediarlas». El colectivo tiene asimismo el deber «de aumentar la productividad,

de cumplimentar el Plan, de luchar contra cualquier falta de disciplina, y de ocuparse de la educación ideológica y política de sus miembros». El «colectivo» —por otro nombre, la organización del Partido—, la administración y los sindicatos deben garantizar la disciplina, regular el sacrosanto derecho al trabajo mal hecho. La educación del hombre soviético es así tarea de los propios soviéticos bajo la conducción del Partido comunista.

Con la franqueza y el espíritu de decisión que le caracterizaban, N. S. Jruschov predijo ya en 1963 un futuro radiante: «¿Os figuráis que tras el advenimiento del comunismo reinará la más absoluta libertad? El comunismo es una sociedad armoniosa, organizada. Habrá automatización, cibernética. Pero también habrá gentes investidas de la confianza suficiente para señalar a cada cual su tarea. Los engranajes precisarán de alguien que los vigile. ¿Quién? El hombre en el que se deposite la confianza.»[75] Han transcurrido veinte años y las predicciones de Jruschov se han realizado por entero. El futuro no tiene escapatoria: la ley soviética lo vigila de cerca.

Capítulo III

La corrupción

> Oh, les permitiremos incluso pecar, puesto que son débiles y a causa de ello nos amarán como niños.
>
> F. Dostoievski

En una recención del libro de Konstantín Simis *URSS: los secretos de una sociedad corrompida,*[1] un periodista inglés llega a esta conclusión, por demás habitual: «... Son los rusos y no han cambiado mucho en el transcurso de los siglos...» [2] Recuerda así, inevitablemente, los «pueblos de Potiomkin» bajo el reinado de Catalina II y el *Revizor* de Gógol, escrito bajo Nicolás I. Las ballenas viven en el agua y se equivocaría quien las tomara por peces. Y si el cohecho tiene una larga tradición en Rusia, significaría un considerable error comparar las propinas del antiguo régimen con la corrupción del sistema soviético. Sin evocar siquiera los cambios acaecidos en Rusia tras la reforma judicial de los años sesenta, existe una diferencia fundamental entre el Estado ruso y el Estado soviético. El sistema de las propinas, de los *bakshish* existió y sigue existiendo en numerosos países. Pero en parte alguna se ha convertido en una forma de vida, en parte alguna ha penetrado los poros del organismo estatal y social como en la Unión Soviética. En un régimen totalitario en el que todo pertenece al Estado, la corrupción adquiere también un carácter totalitario, una función suplementaria, única e ideológica; contribuye a educar al hombre nuevo. De esta manera, los precios escasamente elevados de los productos de consumo corriente, muy raros en los comercios, están destinados a «crear la ilusión de que los artículos son accesibles», que incluso una persona que disponga de ingresos menos que medianos puede adquirirlos a condición de hacer largas colas.[3]

El *bakshish* permite franquear los obstáculos que el aparato

burocrático dispone por doquier. Nunca habían sido tan numerosos antes de la Revolución de Octubre y del nacimiento del Estado soviético. En ninguna parte podían hallarse equivalentes, ya que ningún otro país conoció jamás un aparato tan omnipresente, tan omnipotente y que ejerciera funciones comparables. La exacción, el robo y la corrupción se extienden a medida que el Estado Soviético «devora» cada vez más parcelas de vida. La colectivización y la planificación han constituido etapas esenciales en esta marcha triunfal de la corrupción.

La economía planificada y el sistema de penuria económica provocan la creación de mercados llamados «coloreados» (mercado negro o «gris»: semilegal) que permiten cumplimentar el Plan. Aron Kazenelinbojgen, economista soviético emigrado a Estados Unidos y perfecto conocedor del sistema de planificación de la URSS, explica que «reposa enteramente sobre el principio de las influencias. De lo alto a lo bajo de la escala, desde el Gosplán a los lugares de trabajo, dirigentes y dirigidos luchan por saber qué decidirá el Plan».[4] Los «administrados» tratan de obtener las cifras más bajas posibles para la producción y las más elevadas para los recursos puestos a su disposición. Las primeras permiten cumplimentar el Plan, sobrepasarlo fácilmente y cobrar una prima; las segundas constituyen moneda de cambio para procurarse máquinas difíciles de hallar, así como herramientas o materias primas deficitarias. El economista soviético señala que «las tentativas de corrupción de altos funcionarios han adquirido un carácter masivo y carecen casi de riesgos».[5] La existencia de un Plan todopoderoso cuya realización es el primer deber del ciudadano soviético, hace de la corrupción a diversos niveles de la economía del país una necesidad y, por tanto, una virtud. No cumplimentar el Plan es un crimen bastante más grave que sobornar a un funcionario o recurrir a los mercados «coloreados». La corrupción de los trabajadores en cada escalón de la economía popular es la única manera de lograr que el «tren» avance. Al estar la economía planificada por entero, no hay un solo soviético que no se inscriba en el sistema de corrupción inseparable de la actividad profesional. La corrupción actúa como un lubrificante y permite el funcionamiento de un mecanismo que combina «por una parte, control total y permanente, y por otra, falsificación también total y permanente».[6]

La penuria, erigida en sistema, abre a la corrupción absolutamente todos los ámbitos de la vida. La penuria engendra el pillaje de los lugares de producción, fenómeno bautizado en lengua rusa con un nombre especial: «el que coge». En la conciencia del hombre soviético, «el que se lleva algo» no es un ladrón, puesto que no hace más que tomar en su lugar de su trabajo lo que no puede encontrar ni comprar en la red comercial del Estado. El código penal considera a «los que cogen» como ladrones de la propiedad

socialista, y los castiga severamente cada vez que se entabla una nueva «lucha contra la corrupción». La anécdota que pasamos a relatar demuestra a la perfección que se trata de un fenómeno generalizado. Una mujer, empleada en una guardería, se llevó a un niño a su casa y su marido aceptó adoptarlo. Luego, la mujer llevó a un segundo y a un tercero. El marido terminó por protestar, a lo que su mujer replicó que ella no tenía otra cosa que «llevarse» de su lugar de trabajo. El derecho al trabajo mal realizado, gran conquista del obrero soviético, se obtiene en realidad por medio de las propinas. El obrero las distribuye (en dinero, en especies o trabajando clandestinamente) entre el jefe de brigada o contramaestre que «reglamenta» los salarios. El obrero, que depende del contramaestre para su salario, le da una propina, y el contramaestre, que depende del obrero para la realización del Plan, hace otro tanto. Se entra así en un círculo vicioso del que es imposible salir. La penuria ha convertido los productos alimentarios en «valores» para los vendedores, que no los ceden más que a cambio de una propina. La medicina gratuita ha producido una inmensa sobrecarga de trabajo. Resultado: los «médicos gratuitos» atienden mal; sólo el *bakshish* garantiza que el facultativo haga su trabajo a conciencia y permite elegir al especialista. Encontrar un libro indispensable, una localidad de teatro u obtener el derecho a desplazarse a una gran ciudad donde, eventualmente, será posible procurarse productos que no se ven jamás en provincias, son otras tantas cosas que se hacen ilegalmente por medio del «mercado negro». El chófer Yuri Alexándrov, que un buen día decidió abandonar al grupo de turistas del que formaba parte y quedarse en París, relata la «condición humana» en un pueblo de Siberia en 1983: «Desde hacía tres años no habíamos visto sálchichón...; incluso habíamos olvidado la forma que tenía... En cuanto a la carne, no recordábamos la última vez que la comimos.» [7]

El campo, como las ciudades, está inmerso en el círculo de la planificación, la penuria y la corrupción. «Para el campesino —dice un autor de Sadmizdat, observador atento de la vida rural soviética—, el robo es una manera como otra de luchar por el mínimo vital... Resulta imposible lograr que funcione una explotación agrícola sin material, sin locales, sin una multitud de pequeñas cosas: sin alambre espinoso, sin aceite lubricante..., sin ruedas, sin clavos...»[8] Pero en parte alguna se puede adquirir todo ello, como atestigua el corresponsal de la muy oficial *Literatúrnia Gazeta*. Transcribe una conversación con un honrado profesor de instituto: «Nos lamemos nuestras heridas, somos hipócritas con nosotros mismos; decimos "me he procurado...", "he comprado a un particular" en vez de confesar "he robado" o "he adquirido artículos robados".»[9]

La corrupción generalizada de tipo soviético tiene un efecto per-

verso, puesto que crea una nueva escala de valores y de prestigio. El dinero y el prestigio que confiere son los atributos naturales en las sociedades de tipo capitalista. En el sistema soviético, el dinero es un fenómeno *contra natura*. En un país donde la carne se ha convertido en un producto deficitario, un carnicero tiene más importancia que un académico. Pero cada uno, del carnicero al académico, sabe que ese nuevo prestigio es contrario a los fundamentos oficiales de la sociedad soviética. No ha desaparecido la marca de infamia que sufre el comercio desde la época de la Revolución, pero está oculto por las propias condiciones de la vida y es reconocido como un mal necesario para la supervivencia.

En la conciencia soviética, los mercados koljosianos, severamente reglamentados, se han convertido en un «rompecabezas insuperable». Un periodista soviético los considera tan complicados como «el átomo, visto por los físicos modernos». La complejidad del mercado, de esta operación natural de compraventa, conocida por la humanidad desde hace milenios, deriva de que lo que no resulta perfectamente controlable se revela «vergonzoso».

En una novela titulada *El supermercado*, *best-seller* soviético en 1982, el escritor I. Stempler demuestra de la manera más indiscutible que en el sistema soviético «comerciar» y «robar» son sinónimos.

El sistema soviético establece con absoluta claridad los límites de la revolución científica y técnica en la URSS. Los trabajadores del comercio consiguieron impedir la instalación de aparatos automáticos en los comercios de libre servicio. En Leningrado, por ejemplo, existe desde 1964 una unidad encargada de equipar con material automático ciento dos cafés y establecimientos de bebidas. En 1976, ni uno solo de esos comercios poseía máquina alguna.[10] Igual ocurre en otras ciudades y en el caso de otros comercios.

Las máquinas automáticas rompen el vínculo existente entre el vendedor y el cliente. Impiden el robo. Como lo destaca Alexandr Gálich, «el inconveniente de los aparatos es que no saben cometer truhanerías».[11]

La mezcla planificación-penuria crea una situación particular que hace la fortuna de todas las gentes enérgicas, emprendedoras y capaces de iniciativa. Las actuaciones en el límite mismo o fuera de la ley soviética, lo que se designa a veces con el término de «economía paralela», son testimonio de la vitalidad de ese «sentido de los negocios» al que el sistema socialista parecía haber declarado una guerra implacable. De hecho, el Estado utiliza esta «segunda economía». Aprovecha el espíritu de empresa que no ha conseguido ahogar y que permite «funcionar» la máquina y satisfacer así un determinado número de pedidos que la industria, como ya se sabe, no puede ni quiere satisfacer.

Los suministros suplementarios que en ocasiones se logran ob-

tener —a cambio de alguna contraprestación bajo mano— sirven eventualmente para fabricar productos no previstos en el Plan y que se venden de forma clandestina. Es posible procurarse también estas medidas suplementarias —máquinas, herramientas, primeras materias— en el mercado negro o robándolas. Yevguenia Evelson, una ex abogada, narra con detalle cuarenta y dos procesos «económicos». Estos «casos» y otros muchos más le permiten llegar a la conclusión de que la economía «paralela» vive esencialmente de «absorber el *stock* de materias primas y las reservas de utillaje de todas clases de que dispone el Estado».[12]

Es bien patente que la economía «paralela» no puede existir más que con el acuerdo de las autoridades (planificación, administración, Partido). También está muy claro que la autorización para «absorber las reservas del Estado no puede obtenerse más que por medio de un *bakshish*». La economía «paralela» es indispensable, pero no por ello resulta menos criminal, pues quebranta de modo automático la ley, como no ignoran quienes han dado lugar a su existencia y están supuestamente encargados de velar por ella.

Los testimonios no faltan —literatura, informes periodísticos de los procesos (cuando el Partido juzga oportuno desencadenar una nueva campaña «de lucha contra la corrupción»), recuerdos de emigrados— sobre la descomposición del aparato del poder: órganos del Partido, principalmente, puesto que dispone del poder supremo; pero también órganos del Estado incluidas la justicia y la milicia. La prueba más convincente la suministran los discursos de los secretarios generales, que no omiten nunca la enumeración de lacras contra las que los ciudadanos soviéticos deben «luchar enérgicamente»: «la especulación y la dilapidación de la propiedad socialista, la exacción y la codicia».[13] El XXVI Congreso del PCUS proclamó solemnemente: «Hay que emplear los medios organizativos, financieros y jurídicos para cegar todas las grietas que permiten el parasitismo, la exacción, la especulación, las rentas extraprofesionales y todo cuanto afecta a la propiedad socialista.»[14]

El poder absoluto es el primer estimulante de la corrupción o, para utilizar la expresión de Chernenko, «del cohecho y de la codicia». K. Simis describe minuciosamente el sistema de «tributo» implantado por los secretarios del Partido sobre sus «tierras», donde reinan como dueños indiscutidos. El segundo estimulante es la incertidumbre que pesa sobre la legitimidad del poder constituido. Boris Bajanov, secretario de Stalin en 1923, informó que había descubierto en los archivos del Politburó una nota sobre la creación de una «reserva de diamantes» especial «para el Politburó», y que garantizaba a sus miembros, en caso de pérdida del poder, los medios de vida y prosecución de la lucha revolucionaria. Bajanov precisó que esta reserva secreta existía ya a mediados de los años veinte y que se depositó en casa de la viuda

de I. Sverdlov, la cual había conservado su nombre de soltera y carecía de actividad profesional.[15] Esposa de un bolchevique de la primera hora, Lidia Shatunóvskaia vivió algún tiempo en el Kremlin y luego en la Casa del Gobierno, en Moscú, construida para la crema del poder. En sus memorias informa en particular de una conversación con su vecina de inmueble, Klavdia Baibákova, esposa del ministro de la Industria petrolífera, que no tardaría en ser vicepresidente del Consejo de Ministros y presidente del Gosplán.[16] Shatunóvskaia preguntó un día a Baibákova, que hacía negocios en el mercado negro: «¿Por qué se dedica usted a ese tráfico, cuando no le falta de nada?» Y su interlocutora le replicó: «No comprende usted nuestra situación. Su marido es profesor y lo seguirá siendo mañana... Nosotros no somos más que reyes por un día. Hoy mi esposo es ministro, pero mañana se enterará por los periódicos de que ya no es nadie.» [17] En 1965, Ye. Evelson asistió al proceso a puerta cerrada de Galushko, primer secretario del Partido en un importante barrio de Moscú. Dueño indiscutido de su distrito, aquel hombre, que disfrutaba de un opulento estipendio del Estado, había sido sorprendido en el momento en que cobraba un cohecho de 35 000 rublos por haber ayudado a echar tierra sobre el caso de una fábrica clandestina de géneros de punto. A la pregunta del juez: ¿«Qué razones le impulsaron a cometer ese delito?», el detenido Galushko respondió: «El miedo al futuro.» [18] A la muerte de Nikolái Smirnov, presidente del consejo municipal de Leningrado y amigo íntimo de Frol Kozlov, miembro del Politburó, se descubrió en la caja fuerte de su despacho fajos de billetes y una cantidad de piedras preciosas pertenecientes a Smirnov y Kozlov. Este último siguió siendo miembro del Politburó hasta su muerte, e incluso uno de los aspirantes al puesto de secretario general.[19]

Los últimos meses de la era Brézhnev estuvieron marcados por el escándalo de la detención de un grupo de ladrones, agiotistas y traficantes que mantenían oscuros vínculos con la hija del secretario general, Galina Brézhneva.

La conciencia de esta existencia ilegal y que precisa colocarse fuera de la ley para procurarse la menor cosa —desde bienes corrientes de consumo a productos de lujo— es un arma importante en la educación del hombre soviético. La corrupción generalizada se completa con un sistema de delación a nivel de Estado, y que hace de la vigilancia a los demás una virtud que permite redimir los pecados propios.

La envergadura de la corrupción y su reconocimiento por el Estado quedaron ilustrados por los formularios especiales de denuncia elaborados a principio de los años 80. La «ficha indicativa del individuo que quebranta la ley», difundida en Lituania en el transcurso del año 1984, permite nombrar al «contraventor», marcar con una indicación en una lista el delito cometido, y enviar la

ficha a la milicia. El formulario precisa que «no es obligatoria la firma del remitente». El delator, «remitente de la ficha», puede permanecer anónimo. Resulta interesante echar una mirada a la lista de las «infracciones» que se invita a señalar: «Vive de pequeños trabajos; no tiene ingresos fijos; no paga su pensión alimentaria o las multas a las que ha sido condenado; intenta sustraerse a una investigación o a la acción de la justicia; no trabaja; ha sido ya juzgado; no se ocupa de la educación de sus hijos; bebe, se droga; comete actos deshonestos o quebranta las normas por las que se rige la comunidad socialista.»[20]

La inmensa mayoría de los ciudadanos soviéticos puede ser objeto de una «ficha indicativa» o, si lo desea, convertirse en un «remitente» al denunciar a su vecino.

El «documento de Novosibirsk» define que el «tipo social de trabajador» «actualmente» en formación «en la URSS» no corresponde ni «a los objetivos estratégicos de la sociedad capitalista avanzada, ni a las exigencias tecnológicas de la producción moderna». El documento enumera las características de los «trabajadores soviéticos»: «Bajo nivel de disciplina en el plano del trabajo y de la producción; indiferencia hacia el trabajo efectuado; mala calidad de dicho trabajo; inercia social; papel insignificante concedido al trabajo como medio de "realizarse"; gusto claramente expresado por el consumo; sentido moral poco desarrollado. Bastará recordar en toda su amplitud la actividad de los "que se llevan algo", el número de transacciones de toda especie efectuadas clandestinamente a costa del Estado, el desarrollo de las producciones "paralelas" y la institución del salario devengado con independencia del trabajo llevado a cabo.» [21]

Leído en abril de 1983, el documento subraya que tales características son inherentes a los trabajadores formados «en el curso de los últimos planes quinquenales» o, dicho de otra manera, durante la era Brézhnev, que incluyó casi cuatro. La conclusión de los autores del documento puede considerarse una denuncia de la actividad del difunto secretario general y un informe dirigido a su sucesor. La evaluación rigurosa e implacable de la producción realizada por la máquina socialista y el propio hombre soviético, no dejaba lugar a grandes ilusiones. Los colaboradores del Instituto siberiano de economía y organización de la producción industrial, proponen «perfeccionar el mecanismo social»,[22] recurriendo a métodos experimentados: reforzamiento de la disciplina, aumento del «activismo social» y disminución de «la tendencia al consumo». Los economistas soviéticos no ignoran en absoluto que los vicios de la economía del país son inherentes al propio sistema político.

El círculo quedaba cerrado. Había nacido una forma particular de corrupción: la posibilidad de evocar, en un restringido ámbito de iniciados, las «insuficiencias», comprendida la corrupción misma.

Capítulo IV

La educación

> ¿Por qué es preciso educar al pueblo? ¿Por qué diabólico orgullo se erigen así en educadores...? El lema de la educación del pueblo ha sustituido al deseo de instruir.
>
> Nadiezha Mandelstam

Adoptado oficialmente en 1929, el primer plan quinquenal comenzó de hecho en octubre de 1928. El 13 de ese mismo mes, podía leerse en *Izvestia*: «En nuestro sistema de planificación científica, el problema de la formación planificada del hombre nuevo, constructor del socialismo, ocupa un lugar preferente. El Comisariado del Pueblo para la Instrucción ha creado a tal efecto una comisión especial adscrita al Departamento General de la Ciencia, encargada de centralizar las tareas, hasta ahora dispersas, de los institutos de la infancia, psicología, reflexología, fisiología, clínica y laboratorios para organizar, según un plan único, sus esfuerzos encaminados a estudiar al hombre en formación y canalizar esos estudios con el fin de unificarlos y ponerlos en práctica al servicio de la educación y la cultura socialistas.» Era muy natural que el niño se convirtiera en objeto principal de los atentos cuidados de la «educación socialista». En el discurso pronunciado en el XIII Congreso del Partido (1924), Bujarin declaró: «El destino de la Revolución depende ahora de nuestra capacidad para hacer de la joven generación el material humano capaz de edificar una economía socialista para la sociedad comunista.»

A. La escuela

La primera etapa en la preparación del «material humano» pasa por la escuela. Una de las primeras iniciativas del gobierno soviético

consistió en destruir el antiguo sistema de instrucción. Para construir la escuela nueva —escribió V. Lébedev-Polianski, uno de los responsables del Comisariado de Instrucción— hay que acabar con la antigua. El radicalismo de la ley «sobre la escuela única de trabajo», adoptada en noviembre de 1918, no cede en nada al del golpe de Estado de Octubre. Se liquidaban todos los «atributos de la antigua escuela», tales como exámenes, cursos, deberes en casa, estudio del latín y uniformes. La gestión de la escuela quedaba confiada al «colectivo escolar», que comprendía a todos los alumnos y al personal, desde los profesores al conserje. Quedó suprimido el título de profesor, y a partir de aquel momento no hubo más que «travsco», es decir, «trabajadores escolares». La dirección del establecimiento quedaba enteramente asumida por el «consejo de la escuela», compuesto de todos los «travscos», delegados de los alumnos (a partir de los 12 años) y representantes de la población trabajadora y de la sección de instrucción popular.

La «escuela nueva» rechazaba deliberadamente los viejos métodos de enseñanza y se orientaba hacia las teorías pedagógicas más modernas, rusas o extranjeras. Las obras del filósofo norteamericano John Dewy, ampliamente traducidas y difundidas, tuvieron un éxito particular. La escuela soviética de los años 20 fue la más progresista del mundo, tanto por sus métodos de enseñanza como por su sistema de autogestión. Los pedagogos revolucionarios preveían para muy pronto la victoria definitiva: «El Estado se muere. Abandonamos poco a poco el reino de la necesidad por el de libertad... En consecuencia, el sentido de la pedagogía evoluciona... El conocimiento del hombre y la facultad de educarlo adquieren una significación decisiva...» [1] La escuela —afirmaban los teóricos marxistas— ha nacido con el Estado y desaparecerá con él. Se convertirá en lugar de juego, en un club. La reemplazará el Partido comunista, los soviets de diputados, los sindicatos, las fábricas, las reuniones políticas y los tribunales.

Los autores de las teorías pedagógicas revolucionarias estaban convencidos de que los vocablos «nuevo» y «revolucionario» eran sinónimos, que lo que era revolucionario era nuevo y a la inversa. Al final de los años 20 comenzaron a darse cuenta de que se habían equivocado. Era manifiesto que el Estado no tenía intención de desaparecer, sino que se reforzaba de día en día. Stalin no escatimaba sus esfuerzos en tal sentido. Al mismo tiempo, evolucionaban las condiciones de la escuela. En los años 30 recuperó todos los «atributos de la escolástica feudal». Cada innovación tanto en los métodos como en los programas era calificada de «desviacionismo de izquierdas» y de «trotskismo solapado». La sustitución de Anatoli Lunacharski en el puesto de comisario del pueblo para la Instrucción (que ocupaba desde noviembre de 1917) marcó la ruptura con la política de edificación de la «escuela nueva». Le sucedió

Andréi Búbnov, un hombre del Partido que durante bastantes años había sido responsable de la dirección política del ejército rojo.

Significó un giro de 180 grados. Se acabó la autogestión: el director era el amo y señor del centro de enseñanza, y se instauró una «disciplina muy firme». Las clases tradicionales, las lecciones y el empleo del tiempo desplazaron a los métodos colectivos (llamados «de las brigadas»). En 1934 se instauraron los planes escolares y los manuales «fijos»: todas las escuelas de la Unión Soviética estudiaron a partir de entonces las mismas cosas, en el mismo momento y con idénticos manuales. No existía más que un libro de texto por materia, aprobado por el órgano supremo del Partido.

Esta nueva orientación no significaba que los objetivos hubieran cambiado. Lunacharski y Búbnov eran ambos viejos bolcheviques que sabían lo que querían. El debate sobre la escuela no afectaba al principio sino a los métodos y la técnica de remodelado del material humano. El problema fundamental era hacer coincidir la educación del hombre nuevo y su instrucción. En los años que siguieron al golpe de Estado, se imponía la escuela revolucionaria, ante todo porque permitía romper con el pasado y quebrar los vínculos sociales existentes hasta entonces. En 1918, en el Congreso de trabajadores de la instrucción popular, se declaró sin ambigüedad alguna: «Tenemos que hacer de la generación joven una generación de comunistas. Tenemos que transformar a los niños (puesto que, como la cera, se dejan modelar) en buenos y verdaderos comunistas... Tenemos que arrancarlos a la indeseable influencia de la familia. Tenemos que tomarlos bajo nuestro control y nacionalizarlos, para decirlo claramente. Desde los primeros días de su vida estarán bajo la influencia bienhechora de los jardines de infancia y las escuelas comunistas. Adquirirán los primeros rudimentos del comunismo y crecerán como verdaderos comunistas.» [2]

Pero a medida que «maduró» el sistema soviético durante el período staliniano, la escuela cambió. «... Los intereses del Estado y de la escuela —escribió un historiador soviético— coincidieron para siempre; la idea de una autonomía de la escuela adquirió un carácter contrarrevolucionario...» [3] Los padres habían cambiado y había nacido la familia soviética alistada por el Estado para ayudarla en su tarea de educación de la juventud. Pero el objetivo seguía siendo el mismo. «En 1952, el profesor Medinski, uno de los pedagogos más activos del período staliniano, volvió a adoptar, casi sin cambiar una sola palabra, la fórmula de 1918: «La escuela soviética, comprendida la escuela elemental, educa a los niños en el espíritu de la moral comunista.» [4] Transcurrió un cuarto de siglo y nuevamente se repitió: «La tarea central del trabajo educativo es formar la juventud en la moral comunista.» [5] Una cita de Lenin completaba esta fórmula: «En la base de la moral comu-

nista se encuentra la lucha por el reforzamiento y el cumplimiento del comunismo.»[6] El preámbulo de un proyecto elaborado por el comité central sobre las grandes líneas de la reforma de la escuela soviética, publicado en enero de 1984 y aprobado en abril por el Consejo de Ministros, cita las directrices de Yuri Andrópov: «El Partido trata de obtener que nuestro hombre no se eduque como el simple depositario de una determinada cantidad de conocimientos, sino ante todo como un ciudadano de la sociedad socialista, un constructor activo del comunismo...»[7] Al ratificar el proyecto del CC la ley sobre la escuela, concluye con esta recomendación: «Precisa acrecentar el papel de vanguardia y responsabilidad de los enseñantes comunistas con miras a una mejora radical de la enseñanza y la educación comunista de la generación que crece.»[8]

De esta manera, tras haber sido la más revolucionaria del mundo, la escuela soviética se transformó en la más reaccionaria. Pero los cambios operados no afectaban más que a las técnicas y los métodos de enseñanza. Ni un solo instante había perdido de vista el Partido en el poder su gran objetivo: la creación del hombre nuevo. A lo largo de la historia soviética, la escuela aparece como un arma importante para la consecución de tal objetivo. En los años 20, mientras utilizaban las teorías pedagógicas más modernas en aquel tiempo (occidentales en su mayor parte), los más eminentes pedagogos soviéticos afirmaban: sin el comunismo no sabemos qué hacer de la instrucción.

Nadie negaba la necesidad de poseer «cierta cantidad de conocimientos», para utilizar la expresión de Andrópov, cuya significación práctica es evidente. Pero la enseñanza de estos «conocimientos» ha sido siempre secundaria, una especie del mal necesario, complemento de la educación, de la persuasión política y de la formación. La historia de la escuela soviética puede considerarse como la búsqueda de la mejor combinación educación-instrucción, como la elaboración de métodos y técnicas que permitan hacer de la instrucción un medio disfrazado de educación e impregnar de *idéinost* todas las materias escolares.

El autor del método de «instrucción política» —materia obligatoria desde principios de 1920— insiste en las posibilidades que contiene, por ejemplo, la aritmética. Propone a los profesores modelos de problemas como el siguiente: «El proletariado de París se alzó para conquistar el poder el 18 de marzo de 1871; el 22 de mayo del mismo año fue aplastada la Comuna. Calcúlese cuánto duró la insurrección.» El autor del «método» añade: «Es evidente que en un caso como éste, la aritmética deja de ser una arma para ideologías burguesas.»[9] Durante la segunda mitad de los años 50, una obra científica sobre los cuentos indica las orientaciones de «buena interpretación» para el trabajo con los niños: «Los cuentos de animales demuestran bien el odio secular de clase entre los explo-

tadores feudales y el pueblo explotado... Baba-Yagá, la "dueña" de los bosques, se presenta como un verdadero explotador que oprime a sus servidores, los animales...» [10] Al final de los años 70, el académico I. Kikoin, evocando en un *método* la teoría de la relatividad, demuestra su importancia por el hecho de que «V. I. Lenin, que no era físico, comprendió con mayor profundidad la significación que la teoría de la relatividad elaborada por Einstein tenía para la física, que muchos eminentes sabios de la época...» [11]

Que sea precisa la autoridad todopoderosa de Lenin para reforzar la de Einstein es algo que demuestra muy bien la sumisión del «saber» a la *idéinost. Marxismo y empirocriticismo*, la obra que suministraría presuntamente la prueba de que Lenin había «comprendido la teoría de la relatividad», fue escrita en 1908 y apareció en 1909. En cuanto a la teoría de Einstein, el primer artículo que trata de ella data de 1905, pero no apareció completamente formulada hasta 1915. Por otra parte, Lenin no menciona a Einstein por la sencilla razón de que en 1908 no lo conocía. En 1953, la teoría de Einstein fue considerada «anticientífica»,[12] y en 1954 se reprochó a su autor que diera una «interpretación deformada, idealista», «bajo la influencia de la filosofía de Mach». Había que esperar a 1963, diez años después de la muerte de Stalin, para conocer por el *Diccionario filosófico* que «la teoría de la relatividad confirma enteramente la idea del materialismo dialéctico y los juicios formulados por Lenin sobre la evolución de la física moderna en *Materialismo y empirocriticismo*».[13]

La misión impuesta a la escuela soviética explica el vivo interés suscitado desde el principio de los años 20 por la fisiología y la psicología, instrumentos de educación y persuasión. El gran problema práctico planteado al nuevo sistema social, que era la «transformación del hombre de masa por el proceso de la influencia socialista,[14] queda situado de entrada en el terreno «ideológico». «Durante la infancia, en el momento en que el individuo crece, el medio interviene como factor más poderoso, como el más decisivo... que determina las grandes tendencias de la existencia futura de ese hombre.» Deseosos de «acelerar enérgicamente nuestra mutación creadora»,[15] los psicólogos se vuelven primeramente hacia las enseñanzas del fisiólogo Iván Páulov y su teoría de los reflejos condicionados, puesto que «está centrada en el medio exterior y sus estímulos».[16]

Los educadores sueñan con aplicar los descubrimiento más recientes de la ciencia soviética, que en los años veinte y treinta busca activamente una posibilidad de transformar fisiológica y psicológicamente al hombre. Sabios y pseudosabios anuncian fantásticos «descubrimientos» que permiten devolver la juventud o fabricar —en cadena— al hombre socialista. El relato de Mijaíl Bulgákov *Corazón de perro* (escrito en 1925 y nunca editado en la

URSS) ofrece perfecta constancia del ambiente de aquel tiempo: se espera un milagro, tanto el elixir de la juventud como la inmortalidad. Filósofo, médico, fundador —con otros— del Partido socialdemócrata ruso, Alexandr Bogdánov murió en 1928 como consecuencia de una transfusión fracasada, intentada para probar que era posible el rejuvenecimiento y demostrar su teoría de una fraternidad entre los hombres. Se puso a disposición del profesor Kazákov, que afirmaba haber descubierto un medicamento milagrosos los *lysatos,*[17] nada menos que en un instituto de investigaciones. Implicado en 1938 en el caso Bujarin y acusado de haber asesinado al presidente del GPU Menzhinski, fue I. Kazákov objeto de detención y fusilado. De sus declaraciones se desprendía que los *lysatos* mágicos servían esencialmente para cuidar a los dirigentes soviéticos. En 1937, el Comisariado del Pueblo para la Salud creó en Leningrado una clínica de medicina oriental que contaba con cincuenta camas y podía acoger a 2 300 pacientes.[18] Se hallaba bajo la dirección del doctor Badmáiev, especialista en medicina tibetana. El nombre testimonia por sí mismo la atmósfera de la época, de aquella espera, de aquella fe en el milagro: en la corte de Rusia, el propio Rasputín había tenido como predecesor a un tal Badmáiev, curandero de origen buriato-mongol.

Había una diferencia esencial, sin embargo, entre Zhamsarin Badmáiev, que trataba a la familia del zar mediante hierbas mágicas, y el doctor N. N. Badmáiev, médico soviético al servicio de los «trabajadores de la URSS». Tal diferencia radicaba en que el segundo trabajaba «de acuerdo con el plan» y sobre la base de una «filosofía materialista».

Reflejos condicionados, *lysatos*, plantas tibetanas, estudio de la «barrera del cerebro»; la ciencia auténtica y la charlatanería se entendían de maravilla en la medida que se fundamentaban en la existencia de un vínculo directo entre el psiquismo y el medio externo, y prometían, al actuar sobre este último, remodelar la psicología humana. En este ambiente, la aparición del mayor charlatán del siglo XX, T. Lisenko, fue inevitable. Si al agrónomo de Guiandzha no se le hubiera ocurrido la fantástica idea de transformar la naturaleza inspirándose en las enseñanzas de Stalin, otro la hubiera tenido. Pues la idea, en efecto, estaba en el aire, traducía el espíritu de la época, expresaba toda la esencia de la ideología soviética «racional».

Un psicólogo de talento, A. S. Vigotski, definió el papel del educador en la sociedad al desarrollar la teoría del «segundo sistema de señales» de I. Pávlov, estructura intermedia que filtra las señales-estímulo del mundo físico. El cerebro del niño o el adulto iniciado a tierna edad en la lectura y la escritura —explicaba Vigotski— estaba condicionado por una interacción de conceptos naturales (no organizados) y no naturales. Al alimentar el espíritu del

sujeto con conceptos organizados, el sistema educativo autoritario permitía regular y controlar los elementos naturales.[19]

La conclusión de tales teorías resultaba evidente. Nada menos que la posibilidad de remodelar el material humano estaba científicamente probada. Convenía, pues, poner manos a la obra sin tardanza. Al final de los años veinte, el doctor Zalkind comprobó que se habían abierto en la URSS perspectivas pedagógicas radicalmente nuevas y extremadamente ricas —desde la edad de la cuna— que la práctica occidental ignoraba.[20] Y proseguía: «La edad preescolar ha suministrado a la psicología soviética un material no menos rico y alentador en cuanto a posibilidades de transformación... Ha nacido un nuevo tipo preescolar y crece conforme a nuestros presupuestos pedagógicos.»[21] A. Lunacharski era categórico al respecto: «Sabemos que el desarrollo del cuerpo del niño, incluido su sistema cerebral y nervioso, es objeto de nuestro trabajo... El hombre es una máquina cuyo funcionamiento provoca los que denominamos fenómenos psíquicos corrientes... El hombre... es un pedazo de materia organizada que piensa, siente, ve y actúa.»[22]

Durante los decenios siguientes se asistió a un gran número de cambios aparentes: en 1936, la paidología, declarada «anticiencia burguesa», fue liquidada; algunos «ases» de la pedagogía, la psicología, la fisiología o la biología —abanderados de la ciencia staliniana— fueron suprimidos de las memorias. Se desvaneció así el sueño confesado del milagro, característico del período posrevolucionario. Pero subsistió, intangible, la voluntad de «remodelar» al niño desde su más tierna edad. El reglamento de las guarderías, adoptado en 1944, proclama: «Conviene fomentar en los niños el amor a la patria soviética, su pueblo, sus jefes y su ejército mediante la utilización de las riquezas de la naturaleza, la creación popular y los más destacados acontecimientos del país accesibles a los niños.»[23] Aprobado en 1969, el nuevo *Programa de educación preescolar en las guarderías* propone conceder una atención particular a la «formación, desde la edad más temprana, de sentimientos morales tan importantes como el amor a la patria, al pueblo soviético y a V. I. Lenin, fundador del Estado soviético, así como el establecimiento de relaciones impregnadas de respeto hacia los trabajadores de las diversas nacionalidades».[24]

Se prosiguieron «investigaciones psicofisiológicas y pedagógicas» intensivas sobre los niños que testimoniaron «grandes capacidades cognoscitivas en los dos primeros años de la vida», así como el papel de los «reflejos orientados».[25] El instituto de educación preescolar de la Academia de Ciencias Pedagógicas emprendió investigaciones psicológicas y psicopedagógicas concretas sobre el desarrollo de los procesos emocionales en la edad preescolar y su «significado para la formación de los tipos sociales de comportamiento».[26]

Los cambios externos operados en el terreno de la educación durante la primera mitad de los años treinta, reflejan exactamente el proceso de edificación de la utopía socialista y señalan la adopción de una nueva técnica de «remodelado» del material humano. La gran tendencia no es ya la transformación del medio, considerado como impulsor de la del hombre, sino el aprendizaje o, como escribió A. Zalkind con humor, «lo que nuestros encarnizados enemigos denominan la doma de los niños».

Los «enemigos» acusaban a los pedagogos soviéticos de domar a los niños, de emplear con ellos «métodos de presión hipnóticos y terroristas». Se trataba de una definición exacta de la técnica adoptada por la pedagogía soviética. A partir de los años treinta, los métodos de educación se perfeccionaron poco a poco. La relación con la ideología evolucionó igualmente: dejó de ser un sistema de ideas fundamentado en conceptos precisos e intangibles para convertirse en un conjunto de señales emitidas por la instancia suprema. A partir de entonces no fue indispensable «creer». El exterminio de los «marxistas de convicción» en los años del gran terror fue señal del advenimiento de una nueva era.

Un estribillo enseñado a los niños desde la guardería, cuando apenas saben hablar, es una excelente ilustración de las posibilidades ilimitadas que se ofrecen a la pedagogía. Durante veinte años, en efecto, las pequeñas soviéticas cantaron: «Soy una niña, canto y bailo; no conozco a Stalin, pero le amo.» En los años siguientes se modificó el texto: «Soy una niña, canto y bailo; no conozco a Lenin, pero le amo.» Lo importante era expresar su amor por la divinidad desconocida; el nombre de esa divinidad importaba poco.

El método de aprendizaje (o de doma) precisa repetir incansablemente idénticos movimientos o palabras. Exige también un modelo que indique los gestos que deben ejecutarse y ordene: «¡Haz como yo!» Tras la generación de los individuos adiestrados según el modelo staliniano, creció una generación acorde con el modelo Lenin. La señal «Lenin» se enciende en el cerebro del niño soviético inmediatamente después de su nacimiento. Apenas abiertos los ojos, ve el retrato del guía, y el nombre del guía está entre los primeros sonidos que oye: así, el vocablo «Lenin» es el que aprende inmediatamente después de «mamá». Es también la primera palabra que le enseñan a leer. La lista de libros recomendados a los alumnos de las ocho primeras clases se compone de setenta y ocho páginas y comprende decenas de obras sobre Lenin: poemas, prosa, piezas escénicas, memorias.[27]

Millares de chistes y anécdotas se burlan de esta deificación del guía. El hombre soviético intenta sacudirse el sueño hipnótico en el que les sumen. Pero aunque divertidos, esos chistes tienen por protagonista a... Lenin una vez más. Este culto al modelo permite crear un rito inmutable de adoración en el que el nombre del héroe

puede cambiarse en provecho de su sucesor con la facilidad con que se cambia la pieza de una máquina cuando ha cumplido su ciclo. En 1928, el XIX Congreso de las Juventudes Comunistas prometió al Partido «formar a militantes conscientes de los ideales comunistas, educar a los jóvenes tomando ejemplo en la vida y acción del gran Lenin...». Y añadía: «La ruta seguida a lo largo de su vida por el camarada Leonid Ilich Brézhnev, continuador de la obra del gran Lenin, político y estadista eminente de nuestro tiempo, incansable campeón de la paz y el progreso social y sabio preceptor de la juventud, es para nosotros un ejemplo de devoción sin fallo a la causa de la renovación comunista del mundo.» [28] Exactamente dos años después, un joven obrero de una fábrica de Moscú afirmaba en tono enérgico ante el nuevo secretario general: «Sabemos de quién tomar ejemplo, de quién instruirnos... Se extiende deslumbrante ante nuestros ojos la ruta que habéis seguido, Konstantín Ustínovich.» [29] Solamente una de aquellas hipérboles que nos devuelven a la época en que se calificaba a Stalin de «genio supremo de todos los tiempos y todos los pueblos» podía permitir expresar con seguridad que la vida de K. Chernenko había sido «deslumbrante». Pero el joven obrero no buscaba hipérboles y comparaciones. No expresaba sentimientos personales: participaba, sencillamente, en un ritual y recitaba una fórmula preestablecida.

El guía era el modelo básico, la referencia absoluta. Los «trabajadores de la cultura —escritores, cineastas y artistas— creaban a su imagen sus héroes positivos, modelos reducidos del gran modelo. En una nueva resolución sobre el «informe creador referente a revistas literarias y artísticas en la práctica de la edificación comunista», el Comité Central insistía una vez más en la misma consigna: «Las nuevas generaciones de soviéticos tienen necesidad de héroes positivos que les sean próximos en el espíritu y el tiempo.»[30]

En la galería de los modelos, los héroes de la literatura infantil ocupan un puesto aparte. Son chicos y chicas dispuestos a obtener éxitos, a realizar actos heroicos y sacrificios por la patria. Una obra sobre la literatura infantil soviética subraya el mérito de Arkadi Gaidar, maestro del género y que introdujo por vez primera la noción de la traición [31] en un libro consagrado a la infancia soviética. Pávlik Morózov es, en efecto, el primer héroe positivo de la literatura soviética para niños porque desenmascara al «traidor» (su padre) y muere cumpliendo su deber. Al celebrar el 50 aniversario de la muerte del joven parricida, *Komsomólskaia Pravda* subrayó la importancia de aquella «legendaria hazaña» para la educación del niños y adultos soviéticos.[32] Medio siglo después del nacimiento de la «leyenda de Pávlik», la revista *Yúnost* publicó un relato de Ye. Márkova, *El girasol*, cuyo héroe, un joven pintor de talento, se convertía en guardia fronterizo. Al advertir desde lo alto de su puesto de observación que un enemigo intentaba

«pasar al otro lado» (¿quién, de no ser enemigo, querría franquear la frontera?), el guardia reaccionó inmediatamente: «Sintiendo la fuerza de cien caballos, se lanzó sobre aquella odiada espalda. Escuchó aquel jadeo extraño, intermitente, y sus dientes se hundieron en el cuello salado.» [33] El muchacho se hirió mortalmente al caer desde tres metros de altura, pero cumplió con su deber. Antes de morir en el hospital, tuvo la sensación de haber actuado como un verdadero soviético. El médico que estaba a su cabecera expresó los sentimientos de todos: «Lo que ha hecho merece los mayores elogios.» [34]

En la obra escénica de Brecht, Galileo dice: «Desgraciado el país que necesita héroes.» En este sentido, la Unión Soviética es sin duda el país más desgraciado del mundo, y no sólo porque necesite una cantidad inverosímil de héroes, sino porque sus desgracias están determinadas antes que nada por el modelo buscado. Los niños y la juventud reciben su educación a ejemplo de héroes, soldados y policías. En 1933, Gorki advertía con satisfacción: «... Comenzamos a crear una literatura del ejército rojo como no la hay todavía en parte alguna.» [35] En la actualidad, se editan millones de ejemplares de libros sobre la guerra, las misiones de reconocimiento, los milicianos y los trabajadores de los «órganos». Asimismo le son consagrados películas, telefilmes, obras teatrales, canciones, cuadros y esculturas. En el museo central del Ministerio del Interior, una exposición especial aparece reservada a A. M. Gorki, declarado «patrón» de la milicia y de los «órganos». Inspirados por tales héroes, los escolares participan regularmente en juegos «militar-deportivos» mixtos, supervisados por el Comité Central de las Juventudes Comunistas, los Ministerios de Defensa, Instrucción y Enseñanza Superior y Secundaria, el Comité estatal para la enseñanza profesional y técnica, el Comité central de la DOSAAF [36] de la URSS, el Comité de Deportes, y la Cruz Roja y la Media Luna Roja de la URSS.

Estos juegos son de dos especies: el Aguilucho y el Rayo. Participan en el Rayo los alumnos de las clases elementales (siete primeros cursos) y en el Aguilucho los mayores (octavo a décimo cursos). En 1984, por ejemplo, el Aguilucho movilizó a 13 000 000 de escolares que participaron en pruebas que iban del tiro al lanzamiento de granadas pasando por el franqueo de obstáculos, la travesía de una zona contaminada por una explosión atómica (con ropas protectoras especiales) y las marchas militares.[37]

Además de estos dos grandes «juegos», los responsables de las «distracciones militares» (profesionales del ejército con grado de general) organizan regularmente desde 1973 un triatlón militar júnior en octubre, un concurso titulado «Unidos y Fuertes» en noviembre y diciembre, una operación bautizada «En el camino de los héroes» en enero-febrero, otra denominada «Defensa» en mar-

zo, una tercera «Tirador escogido» en abril, y finalmente, la operación «Delfín» en mayo.

La educación «patriótico-militar» comienza en la guardería, prosigue en párvulos y luego en la escuela. Constituye un elemento esencial del sistema soviético de educación e instrucción.

«La tarea fundamental de la escuela soviética —se lee en una obra de la Academia de Ciencias Pedagógicas de la URSS— es desarrollar en la nueva generación un concepto marxista-leninista del mundo, educar a materialistas convencidos, sólidos campeones de la paz.» Su gran responsabilidad consiste en impregnar cada instrumento de enseñanza de un «sistema de ideas fundamentales sobre el mundo».[38] Se impone así a los creadores de métodos que no olvidan jamás la importancia capital de «la educación en el proceso de enseñanza», y que subrayan la «orientación ideológica» de cada instrumento pedagógico.[39]

Basta comparar las instrucciones actuales a las de hace 50 años para darse cuenta de que no han variado una pulgada. En 1952 se decía: «Los cursos de historia tienen un gran papel educativo, ya que llevan a los escolares a una comprensión marxista-leninista de la historia.»[40] En 1977 se repetía: «El ciclo de ciencias humanas histórico-sociales tiene una importancia particular en la educación escolar. Ésta dispone los fundamentos para una comprensión del desarrollo de la sociedad y del marxismo-leninismo.»[41] Aparece evidente que las ciencias humanas son extremadamente cómodas para llenarlas de *idéinost*. Pero no por ello olvidan los responsables soviéticos de los métodos pedagógicos las ciencias naturales. En 1952 se decía: «Desde 1949, la enseñanza de la anatomía y la fisiología humanas han sido considerablemente reorganizadas sobre la base de las teorías del gran fisiólogo ruso I. P. Pávlov, y la enseñanza de los principios del darwinismo se han fundamentado en la doctrina de I. V. Michurin.» [42] En 1977 se apostillaba: «En conjunto, las disciplinas biológicas persuaden a quienes las aprenden de la ausencia en la naturaleza de cualquier principio divino, y favorece el nacimiento de sólidas opiniones ateas.» [43] En 1952 se encuentran entre las tareas primordiales del curso de química, la de «familiarizar a los estudiantes con los principios científicos de las producciones químicas y el papel de la química en el campo militar, desarrollando una concepción materialista del mundo».[44] En 1977, la escuela tenía que inculcar las bases de la física nuclear, permitiendo así al alumno «no recurrir a la hipótesis de la existencia de Dios mediante una reflexión profunda sobre esos fenómenos... [45] La física y las matemáticas... no dependen sólo de la técnica, sino también de la economía; es decir, de la productividad. Se trata, en consecuencia, de una categoría social directamente vinculada a la edificación del comunismo.» [46]

En 1984 se volvió a la carga tras la ratificación de la nueva

ley sobre la escuela: «Todo el proceso escolar debe ser, en una extensa medida, vehículo de una concepción del mundo. Tarea que concierne al proceso de enseñanza de casi todas las materias, tanto las ciencias como las humanidades.»

La particular naturaleza de la enseñanza soviética, cuya misión es ante todo educativa, lleva consigo una «nueva aproximación psicodidáctica al estudio de los programas escolares»,[47] fundado el método deductivo en la presentación de los temas. La ciencia pedagógica soviética ha establecido que «cuanto antes se logre la generalización teórica de los conocimientos, más conscientemente se hace el estudio...».[48] Todas las «generalizaciones», todos los datos teóricos de partida «se apoyan en el marxismo-leninismo». Se descarta así todo riesgo de reflexión personal, toda problemática, toda puesta en duda. Se exige de los alumnos soviéticos que «para aumentar el nivel teórico de su formación» estudien las «obras de los clásicos del marxismo-leninismo, los principales documentos propuestos por el PCUS y el Estado, el movimiento comunista y obrero en el mundo (programa del curso de historia), las ciencias sociales, la literatura y otras materias».[49] La lista de estos «textos teóricos la componen, de hecho, los discursos de los sucesivos secretarios generales y las resoluciones nuevas del CC. El «aumento del nivel teórico se reduce, por tanto, a aprender de memoria la edición actualizada del diccionario político. El análisis de los manuales escolares polacos efectuado en 1980 por Bogdan Cywinsky ofrece la prueba de la universidad de los métodos de formación del hombre soviético. Cywinski pone en evidencia cuatro grandes funciones —muy imbricadas— que llenan los manuales: 1) la formación de una concepción marxista del mundo, el hombre, la sociedad, la cultura, la economía y los diversos problemas sociales, históricos y contemporáneos; 2) la ateización de la conciencia; 3) la subordición de la información, histórica o actual, a los intereses rusos y soviéticos; 4) la presentación, a todos los niveles, del Estado polaco moderno como la patria socialista, único objeto digno sin la menor duda de los sentimientos patrióticos auténticos.[50]

Dotado de un invencible optimismo, el historiador inglés Seton-Watson comprueba en 1975: «El aumento del bienestar (en la URSS. *M.H.*)... se acompaña de un rápido desarrollo a todos los niveles de la instrucción... Se comprueba la sucesión de generaciones jóvenes que han aprendido a pensar.» [51] El historiador inglés rehúsa considerar que el método soviético de enseñanza tiene como objetivo impedir a los escolares que piensen.

Situada la escuela bajo la dirección del Partido, el CC elaboró un proyecto de reforma escolar adoptado en abril de 1984. Pero ni siquiera el propio PCUS podía prescindir de los enseñantes, esos «escultores del mundo espiritual de las jóvenes individualidades», para utilizar las fórmulas de la propia ley sobre la escuela. El papel

atribuido al maestro, instrumento de la política del Partido, «escultor» del hombre soviético, explica el puesto que ocupa en el seno de la sociedad. «Los estudios sociológicos indican que el prestigio del oficio de enseñante es escandalosamente débil entre los jóvenes», comprueba amargamente un maestro.[52] En el relato de Veniamín Kaverin *El enigma*, publicado en 1984, una maestra se lamenta: «... Entre desconocidos, en la playa por ejemplo, me siento particularmente confusa cuando confieso que enseño. Existen casos de profesiones prestigiosas, tales como director de un comercio de calzado o de alimentación, pintor, experto comercial, actor, responsable de un garaje. Pero la enseñanza, ¡ay!, no provoca demasiada estima.» La maestra sabía las razones: «No se tiene confianza en los enseñantes.» [53] Hay otras causas: bajos salarios, sobrecarga de trabajo, pérdida de autoridad entre los alumnos. Pero la primera razón es indiscutiblemente la falta de confianza en los pedagogos porque los alumnos comprenden que les mienten. También los enseñantes tienen perfecta conciencia de ello. «... Si hubiera querido ser honrada —dice la heroína de Kaverin— hubiera abandonado la enseñanza, que a pesar de todo me gusta. Precisa en principio enseñar lo verdadero y sólo después la geografía o la física.» [54] Como resulta imposible «enseñar lo verdadero», se ven los docentes en la obligación de mentir, engañar y comportarse como hipócritas. El engaño resulta flagrante —incluso los alumnos de las clases inferiores tienen conciencia de ello—, puesto que se manifiesta en principio en las notas, que no son la comprobación de conocimientos sino que dependen de las necesidades impuestas por el «plan de éxito escolar». El trabajo de enseñante se evalúa en función de la tasa de realización del plan, igual que el trabajo de la clase, de la escuela, del distrito, de la región o de la república. «El principio del balance cuantitativo ha penetrado entre nosotros en todos los sectores, de lo alto a lo bajo de la escala»,[55] escribe G. Nikanórov, profesor en Moscú. En una visita a la capital soviética, el ministro francés de Educación descubrió entusiasmado que prácticamente no existía la repetición de cursos, ya que era inferior a un 1 %. Observación perfectamente justa. El ministro no comprendió, sin embargo, que se trataba de un efecto de la planificación. Desde el principio del año escolar —anota el enseñante moscovita—, «el porcentaje de éxitos se eleva con frecuencia a un 99 % y algunas décimas...» [56] El profesor se ve obligado a atribuir notas satisfactorias incluso a los alumnos que no saben nada, con la finalidad de que la clase, la escuela, el distrito o la república puedan cumplimentar el Plan.

La realización del Plan significa una voluntaria baja del nivel de enseñanza, calculada en función de los alumnos más flojos y no de los mejores. En la base de esta política se encuentra, efectivamente, la planificación, pero también una concepción pedagó-

gica ya formulada por Makarenko: «A. S. Makarenko no deja de sostener la idea de que el sentido del trabajo pedagógico no es poner en evidencia esta o aquella tendencia del niño, determinando sus necesidades individuales, comprendidas las biológicas, sino organizar en general la vida de los niños, las relaciones sociales y colectivas por las que indirectamente se forma su personalidad.» [57] El papel de los pedagogos soviéticos es, por tanto, demostrar a los alumnos que «se precisan siempre ciertas formas de trabajo que no podrían calificarse, ciertamente, de interesantes y creativas, pero que no por ello dejan de ser absolutamente indispensables...».[58] Los pedagogos tienen, pues, a su cargo explicar que es el Estado el que decide el reparto de los trabajos «interesantes» y los trabajos «necesarios». El salario muy bajo de los enseñantes contribuye además a quitar consideración a su profesión.

La escuela, primer paso fuera de la familia, pone al niño en contacto con la realidad del sistema soviético. Más que los conocimientos que dispensa, la conducta del pedagogo es un factor esencial en la educación, el principio de la «doma». Las cualidades personales del enseñante —honradez, amor a la profesión, talento, deseo de hacer bien las cosas— tienen poco peso para el sistema. En cuanto éste advierte alguna veleidad de resistencia, se las arregla para interponer obstáculos. Escritor muy afecto a los temas concernientes a la escuela soviética, Vladímir Tendriakov consagró un relato, *El extraordinario*, al escándalo que estalló en una pequeña ciudad de provincias cuando se supo que el profesor de matemáticas creía en Dios. Nunca había hecho la menor alusión a la religión ante sus alumnos, y la materia que enseñaba parecía no tener, *a priori*, ninguna relación con la ideología. Se vio obligado, sin embargo, a abandonar la escuela, puesto que su sola presencia molestaba al «sistema», testimoniaba que era posible tener opciones. Era una traba a la «doma».[59]

Independientemente del deseo del pedagogo, el escolar considera al enseñante como un instrumento del Estado, un ejecutante que recibe órdenes que le obligan a mentir, a mostrarse hipócrita. Los niños ven bien que este oficio extremadamente difícil y penoso no valga más que una miserable recompensa, que no disfrute de autoridad alguna en el seno de la sociedad. De esta manera los niños hacen su aprendizaje de la vida.

Pero los niños crecen. Convertidos en estudiantes, conservan un recuerdo muy preciso de la escuela primaria y secundaria, y su relación con los profesores de esta etapa superior está considerablemente influida por la imagen que conservan de sus maestros precedentes. En numerosos relatos y novelas consagrados a los estudiantes, se halla en el meollo del conflicto el problema del profesor universitario traicionado por sus estudiantes. Éstos suscriben contra él una denuncia o le desenmascaran a raíz de una reunión, puesto

que bajo la presión del Partido, comprenden que es su única posibilidad de hacer carrera. Para escritores soviéticos como Granin, Trífonov, Grékova, Tendriakov y Grossman, esta traición es el símbolo del sistema que pesa sobre el individuo. El conflicto es también en parte una venganza del alumno, traicionado por el enseñante desde los primeros años de la escuela.

La palabra «reforma» se emplea muy raramente en el léxico soviético referida al sistema vigente en la URSS. Las resoluciones del CC y del Consejo de Ministros anunciando modificaciones de diverso tipo, recurren regularmente a expresiones optimistas: «mejorar», «elevar», «ampliar», «reforzar» y otras similares. Para subrayar su importancia, los cambios previstos en el sistema escolar por la ley de abril de 1984 fueron bautizados con el siguiente nombre: «Reforma de escuelas de enseñanza general y profesional.» La reforma de abril tendía a crear «la escuela del socialismo maduro en curso de perfeccionamiento», la escuela del siglo XXI. «Conviene que la escuela soviética pueda educar, instruir y formar a las jóvenes generaciones teniendo precisamente en cuenta las condiciones en que serán llamadas a vivir y trabajar dentro de quince o veinte años, y luego en el siglo XXI, ya tan próximo.» [60]

La ley sobre la escuela describe con precisión el estado del sistema soviético al cabo de setenta años de existencia, y los sueños de futuro de sus dirigentes. Las orientaciones de la reforma escolar testimonian una voluntad de entrar a trompicones en el siglo XXI, guardándose cuidadosamente de toda innovación que pudiera amenazar la estructura del sistema soviético, el poder absoluto del Partido. La nueva ley afirma inexorable el gran objetivo estratégico: «El fundamento intangible de la educación comunista de los alumnos consiste en desarrollar en ellos una concepción marxista-leninista del mundo.»[61] La reforma define las nuevas orientaciones tácticas que deberán permitir que se alcance la gran meta tomando en consideración «el muy próximo siglo XXI». Se reconoce así implícitamente que el sistema soviético de educación no ha sido un completo éxito.

La primera tarea impuesta a la escuela es «crear en la joven generación la necesidad consciente de trabajo».[62] Para llevar a efecto esta misión, bastante sorprendente en un Estado engendrado por una revolución proletaria y dirigida por el partido de la clase obrera, se debe, conforme a la nueva ley, «garantizar la existencia de un estrecho vínculo de reciprocidad entre el estudio de las bases científicas y la participación directa de los escolares en un trabajo productivo sistemático y útil a la sociedad».[63]

La estructura de la escuela cambia. Se entra a los seis años (en lugar de a los siete). Esta rebaja de la edad aparece indiscutiblemente unida a una voluntad de emprender la «transformación» del niño lo antes posible. En tal sentido, se ha puesto en pie una

nueva estructura: escuela elemental (clases 1 a 4), enseñanza secundaria incompleta (clases 5 a 9) y enseñanza secundaria completa (clases 10 y 11). La enseñanza obligatoria de diez años quedó reemplazada por nueve más dos suplementarios para quienes tengan la posibilidad de proseguir su formación en un establecimiento superior. El noveno año es, pues, el límite a partir del cual se efectúa la selección. Entonces se envía a una mayoría de alumnos a la producción y a una minoría se la destina a los estudios superiores. Con la reforma, el número de alumnos dirigidos hacia las escuelas profesionales y técnicas o inmediatamente hacia la producción casi debería doblarse.[64] Y habría de disminuir lógicamente a la mitad el número de candidatos a los estudios superiores clásicos. En 1950, alrededor de un 80 % de los alumnos que habían acabado sus estudios secundarios continuaban en los grados superiores. A finales de los años setenta habían descendido a un 18 %.[65] Eran, manifiestamente, muchos. En los umbrales del siglo XXI, el Estado soviético descubrió de pronto que precisaba obreros. La selección se efectuará «conforme a las necesidades de la economía popular, pero teniendo asimismo en cuenta los gustos y capacidades de los alumnos, los deseos de sus padres y las recomendaciones del consejo pedagógico de la escuela».[66]

Con la finalidad de que los muchachos y muchachas de quince años de edad pudieran trabajar en la producción al término de sus nueve años de estudios, la ley obliga a la escuela a enseñarles una profesión y prevé «la participación obligatoria de los alumnos en el trabajo de producción y las actividades de utilidad social...»,[67] comprendidas las vacaciones veraniegas. La revista del Ministerio de Instrucción anunció en tono satisfecho, en su editorial: «La experiencia de 1981 ha demostrado que crece el reclutamiento de alumnos del cuarto al sexto curso de la escuela —es decir, exceptuados del primero al tercero— para trabajos de utilidad social efectuados durante las vacaciones de verano. Conviene fomentar y desarrollar tal tendencia.»[68] La ley escolar hacía de aquella «tendencia» una obligación.

La escuela —subraya *Pravda*— «se dedicará particularmente a educar en la necesidad del trabajo».[69] No se trata, por tanto, de enseñar a los alumnos una simple profesión, sino de desarrollar en ellos el sentimiento de que es necesario trabajar allá donde los envíen el Partido y el gobierno. Dos grandes tareas aparecen así confundidas: la educación comunista y la formación profesional.

Hay una tercera (la escuela soviética del siglo XXI deberá apoyarse, como bien se sabe, sobre tres puntos): el reforzamiento de la «formación militar-patriótica». No contento con lo existente en este terreno, los autores de la nueva ley añadieron un párrafo tomado de la ley de 1968 sobre el servicio militar. En lo sucesivo, la escuela deberá «fundamentar la educación militar-patriótica de los

alumnos en la preparación para servir en las filas de las fuerzas armadas soviéticas, en el amor al ejército soviético, en el cultivo de un elevado sentimiento de orgullo por pertenecer a la patria socialista, que deben estar constantemente dispuestos a defender. Conviene aumentar el nivel y la eficacia de la preparación militar en la enseñanza general y profesional».[70]

Ninguna escuela en el mundo (exceptuando acaso el Irán de Jomeini) tiene prevista una preparación militar desde la edad más joven. El objetivo de la educación «militar-patriótica» es preparar a los futuros soldados que servirán en el ejército, pero también —y eso no es menos importante— desarrollar en los alumnos, desde sus primeros años de escuela (a los seis años, tras la nueva ley), las virtudes del soldado, que en otras palabras se cifran sobre todo en la disciplina, la sumisión absoluta a las órdenes y el odio al enemigo designado por el enseñante. El papel responsable militar (profesor encargado de instruir sobre el arte militar) se ha acrecentado notoriamente en las escuelas.

La educación militar-patriótica influye en las otras materias escolares. La nueva ley concede una atención particular a la situación de la lengua rusa en las repúblicas no rusas de la Unión, exigiendo «que se adopten medidas suplementarias para mejorar las condiciones de aprendizaje del ruso, de manera paralela a la lengua materna, lo que los soviéticos aceptan del mejor grado al ver en ello un medio de comunicación entre las diversas nacionalidades». La ley ordena: «El dominio de la lengua rusa tiene que convertirse en norma para los jóvenes antes de haber finalizado sus estudios secundarios.» [71] Esta atención particular dedicada al ruso no estriba únicamente en que es una excelente correa de transmisión de la forma de pensar soviética, un medio de «sovietizar» a la población: el interés por la lengua es la respuesta a una específica reivindicación del ejército. El artículo de la ley consagrada a la lengua rusa se hace eco de la lamentación del mariscal Ogárkov: «Por desgracia, muchos jóvenes llegan hoy al ejército con un deficiente conocimiento del ruso, lo que complica en medida considerable su preparación militar.» [72]

El texto de la ley relativa a la escuela soviética no es sólo interesante por su contenido, sino también por lo que no dice. Se aprueba así tácitamente la tendencia, destacada en estos últimos años, a disminuir el número de horas consagradas a la enseñanza de lenguas extranjeras. En 1980-1981, los cursos de lengua se vieron limitados a una hora por semana. Si se considera que los alumnos de la enseñanza secundaria no aprenden más que una sola lengua, se hace evidente que se trata de una medida voluntaria cuyo objetivo sea aislar a los ciudadanos del mundo no soviético. Los lingüistas, de los que el país precisa, evidentemente, son formados en escuelas y establecimientos aparte. Pero el «silencio»

más impenetrable rodea a la revolución científica y técnica: la ley sobre la escuela, tan precisa cuando se trata de indicar la manera de reforzar la presión ideológica sobre los alumnos, prepararlos para la producción o hacer de ellos soldados, no consagra más que una frase vaga a la necesidad «de dotar a los alumnos de conocimientos y adquisiciones sobre las técnicas modernas de cálculo, y garantizar una amplia utilización de los ordenadores en la enseñanza».[73] Pero los consejos del legislador quedan condicionados: no será posible «armar» a los alumnos de conocimientos técnicos más modernos hasta el día en que se disponga de ordenadores.

La negativa a «informatizar» las escuelas es de orden ideológico; se trata de una cuestión de principio. Abrir sin restricciones el acceso a la información, a las adquisiciones muy particulares del pensamiento analítico autónomo —indispensable si se quieren emplear las técnicas modernas— tropezaría con todo el sistema soviético de educación y enseñanza. Como ocurre en el caso de las lenguas extranjeras, se piensa que siempre existirán recursos para formar en establecimientos especiales al número de programadores necesarios.

El programa de la nueva escuela menciona a Marx, Engels y Lenin, pero también a dos pedagogos: N. K. Krúpskaia y A. S. Makárenko. Testimonian el carácter inmutable del modelo soviético de enseñanza. La misión de la educación, formulada hace más de medio siglo por A. S. Makárenko, padre de la pedagogía soviética, sigue siendo el gran objetivo del futuro: «Aspiramos a educar a un obrero soviético cultivado. Por consecuencia, tenemos que darle una instrucción preferentemente media, ofrecerle una cualificación y disciplinarlo con la finalidad de que sea un miembro fiel y políticamente evolucionado de la clase obrera, de las juventudes comunistas y del Partido bolchevique.»[74] Hitler se había fijado un ideal semejante. Al tomar la palabra en la fiesta del Primero de Mayo de 1937, en Berlín, presentó su programa: «Hemos comenzado especialmente por la juventud, pues de todas maneras nada podía sacarse de los viejos idiotas (risas). Les arrebatamos a sus hijos. Hacemos de ellos alemanes de un nuevo tipo. A los siete años, el niño no sabe todavía nada sobre su nacimiento y sus orígenes. Todos los niños se parecen. A esta edad los adscribimos a un colectivo en el que permanecerán hasta los dieciocho años. Entonces ingresarán en el Partido, en las SA, en las SS y en otras organizaciones, o irán directamente a la fábrica... Luego serán enviados al ejército durante dos años.»[75]

Makárenko repite incansablemente que el ejército, el «colectivo del ejército» (para utilizar su expresión) es la escuela ideal que educará al «obrero soviético cultivado». La escuela soviética del siglo XXI debe alcanzar, sobre la base de la ley adoptada en 1984, el ideal siguiente: educar a los obreros-soldados en el respeto a la

jerarquía y la disciplina, así como ofrecerles el mínimo estricto necesario de conocimientos, de tal forma que no precisen pensar ni razonar y estén firmemente convencidos de la ineluctable victoria del comunismo.

Los romanos decían: si quieres la paz, prepara la guerra. Siguiendo este principio, extendieron su imperio por el mundo. Por su parte, Clausewitz enunció esta paradoja: siempre provoca la guerra quien se defiende. Si un Estado agredido no se defiende, no hay guerra.

Al imponerse la tarea de reforzar la preparación de los escolares para la paz, la escuela soviética asegura, por eso mismo, su preparación para la guerra.

B. *La familia*

> La familia queda colocada bajo la protección del Estado.
>
> *Constitución soviética*

Título de una balada de Alexandr Gálich, *El triángulo rojo* es también una definición lacónica pero exhaustiva de la política llevada a efecto por el Partido respecto a la familia desde los primeros días de la Revolución. El triángulo amoroso apareció, sin duda, con la monogamia: ella, él y una tercera persona. En 1970, año en que la celebración del aniversario del nacimiento de Lenin alcanzó su paroxismo, los chistes más divertidos florecieron como otros tantos antídotos. Por ejemplo, estas adivinanzas: ¿Por qué en la URSS sólo se fabrican camas para tres personas? Porque Lenin está siempre con nosotros. La presencia constante de Lenin (del Partido), tercer ángulo de la figura, determina la naturaleza muy específica del «triángulo rojo».

Al tener como objetivo la remodelación no sólo de la sociedad, sino —y en primer lugar— del individuo, la Revolución no podía dejar de convertir la familia en uno de sus blancos preferidos. Penetrar la célula de base de la sociedad, su estructura genética, era una de las condiciones que permitían alcanzar el objetivo.

Para lanzarse al ataque contra la «familia burguesa», se recurrió a la misma táctica que para la guerra contra la escuela: medidas legislativas y un combate ideológico. Entre los primerísimos decretos del joven poder soviético (18 y 19 de diciembre de 1917), figuran las leyes relativas al matrimonio civil (que reemplazó a partir de entonces al religioso) y al divorcio. No puede atribuirse al azar que los primeros códigos afectaran a la familia (16 de septiembre de 1918) y a la escuela (30 de septiembre).

La familia sufrió el primer asalto a lo largo de los diez años

que siguieron a la Revolución. El código sobre la familia y el matrimonio, adoptado en 1926, desarrollaba hasta sus últimas consecuencias los principios de 1918 (por ejemplo, el divorcio podía concederse a petición de uno solo de los esposos, que no estaba abligado a comunicárselo a su cónyuge; le bastaba enviar una tarjeta al ZAGS).[76] El nuevo código extraía en el plano legislativo las conclusiones del golpe asestado por la Revolución a la familia y las costumbres. Según la idea de sus autores, constituía la última etapa en el camino de la liquidación definitiva de la familia como institución social. Citando en 1930 a uno de los primeros juristas bolcheviques, P. Stuchka, que afirmaba que la familia «es la primera forma de esclavitud», la *Pequeña enciclopedia soviética* anunciaba su próxima desaparición, al mismo tiempo que la del Estado y la propiedad privada.[77]

Conscientes de que resultaba imposible abolir la familia con el texto de una ley, los constructores del mundo nuevo comenzaron a efectuar una labor de zapa en su interior. «La familia no está destruida aún —comprobó en 1924 el psicólogo A. Zalkind—. El Estado proletario, indigente, no se halla todavía preparado, ni por la educación, ni desde un punto de vista económico, para sustituir plenamente a la familia; resulta indispensable, por tanto, revolucionarla, proletarizarla. En este aspecto, el papel de la madera tierna es inmenso.»[78] La «madera tierna» o, dicho de otra manera, los jóvenes, los niños y las mujeres, «eslabones débiles» de la cadena familiar, fueron los primeros objetivos del trabajo de «remodelación».

La emancipación de la mujer había sido siempre tema de elección para las utopías. En su novela *¿Qué hacer?*, N. Chernishevski presenta la liberación de la mujer como condición esencial de la liberación social. Para él, como para muchos otros utópicos, la liberación de la mujer significaba la igualdad con los hombres, pero también el final de la familia monógama que la esclavizaba.

La ley soviética abolió, por tanto, la «esclavitud» de las mujeres. De manera paralela, se emprendió una gran campaña de difusión de las nuevas teorías sexuales. Son de sobra conocidos los «llamamientos al amor libre» lanzados por la primera mujer ministro (Comisario del Pueblo para la ayuda social comunista), que también era escritora a ratos: Alexandra Kollontái. Las teorías de la Kollontái gozaron de gran popularidad y se convirtieron pronto en patrón de la nueva moral. El propio Lenin dio testimonio de los éxitos obtenidos en la lucha contra la familia. En el curso de una entrevista con la comunista alemana Clara Zetkin, el guía de Octubre se lamentó: «Aunque lejos de ser un áspero asceta, tengo con frecuencia la sensación de que la famosa "nueva vida sexual" de los jóvenes y muchos de los adultos es perfectamente burguesa; me parece una variante de la vieja casa de tolerancia de la bur-

guesía... Usted conoce sin duda la célebre teoría de que en una sociedad comunista resulta tan fácil satisfacer los deseos sexuales y las necesidades amorosas como beber un vaso de agua, sin mayores consecuencias. Esta "teoría del vaso de agua" ha enloquecido a nuestra juventud.» Lenin afirmó seguidamente: «Todo eso no tiene nada que ver con la libertad del amor en el sentido que le damos nosotros, los comunistas.» [79] Pero el fundador del Estado soviético se libró muy mucho de explicar cómo entendían el amor libre los comunistas. Más aún: mientras vivió, no se publicó nada sobre tal problema. Las *Memorias* de Clara Zetkin —convertidas para siempre en fundamento de la moral sexual soviética— aparecieron después de la muerte de Lenin.

La colisión de los dos conceptos —el de Lenin y el de Alexandra Kollontái— refleja ciertas diferencias de orden táctico. Lenin consideraba que «la revolución exige de las masas y el individuo una absoluta tensión»; A. Kollontái partía del principio de que la Revolución había vencido ya y que convenía utilizar el «Eros alado» en provecho del colectivo.[80] Lenin no se opuso directamente, comprendiendo que el «Eros alado», el «amor libre» favorecía la destrucción de la familia burguesa.

Alexandra Kollontái termina su relato sobre el amor libre con esta invitación: «Vivir y amar. ¡Como las abejas entre las lilas! ¡Como los pájaros en las matas del jardín! ¡Como los saltamontes en la hierba!» [81] La escasa calidad literaria de aquellos *Amores de las abejas trabajadoras* no impidió (es posible que antes al contrario) la gran popularidad de la «teoría del amor libre». Ésta contenía los principales ingredientes de lo «nuevo»: liberación del hombre y la mujer de los vínculos de la familia burguesa, jerarquía de clase en el campo de las relaciones sexuales. La relación dialéctica con la libertad es particularmente clara en la teoría del «amor libre». Los teóricos del «vaso de agua» predican la libertad absoluta, pero subrayan la necesidad de una «elección de clases». Y la Kollontái reprueba severamente al protagonista de su relato, un comunista que abandona a una proletaria por una burguesa.

La joven literatura proletaria hizo del conflicto entre el «alma» y el «cuerpo» uno de sus nuevos temas privilegiados. En el relato *El chocolate*, de Tarásov-Rodiónov, un chequista muere por no haber sabido resistirse a los encantos de una mujer de la clase enemiga. La célebre novela de los años veinte *Natalia Tárpova* de S. Semiónov, sacaba a escena a una heroína que después de dolorosas vacilaciones escoge a un comunista. La expresión soviética de la armonía sexual de clase llega a su apogeo en estos versos:

... En el ardor de los besos más abrasadores,
el hermoso ideal igualitario de Karl Marx

se escapa de mis bolsillos y yace entre las sábanas.
La ebriedad de mis caricias prevalece por un instante,
pero de pronto se alza, triunfador, ante mí.[82]

El autor del catecismo de la vida sexual proletaria (las normas revolucionarias del comportamiento sexual) hace constar que «la vida sexual de la mayor parte de nuestros contemporáneos se caracteriza por un conflicto todavía muy agudo entre las simpatías sociales del individuo y sus atracciones sentimentales y sexuales»,[83] y formula las siguientes reivindicaciones: «La selección sexual debe fundamentarse en la línea del racionalismo de clase, revolucionario y proletario.» [84]

La literatura de los años 20 refleja con fidelidad la confusión de espíritus y sentimientos engendrada por los lemas revolucionarios que llamaban a la construcción de una «vida nueva» y a combatir la «vieja familia». Primera mujer «liberada» de la literatura soviética, Dasha Chumálova, heroína de la novela *El cemento*, de Gládkov, reivindica la igualdad con los hombres tanto en el trabajo como en la vida privada. A su marido celoso le dice: «Debe haber en nosotros mismos una implacable guerra civil. Nada es más sólido y vivo que nuestras costumbres, nuestros sentimientos y nuestros prejuicios. Sé que los celos hierven en ti. Eso es peor que el despotismo; es una explotación del hombre por el hombre tan sólo comparable por el canibalismo.»[85] Dasha Chumálova es una de las escasas mujeres que utilizan su derecho al «amor libre». Decenas de novelas describen una realidad menos rosa: muchachas y mujeres a las que se les han subido a la cabeza los lemas revolucionarios, se encuentran en tal situación que Lunacharski se vio obligado a tomar su defensa. Transcribe un diálogo típico entre la juventud de los años 20. El hombre: «El sexo, el placer sexual son cosas sencillas y deberíamos perder la costumbre a plantear problemas a su respecto.» La mujer: «Quizá sea justo, acaso científico, pero ¿qué ocurrirá si me abandonas y espero un hijo?» El hombre: «¡Qué razonamientos pequeñoburgueses! ¡Qué prudencia pequeñoburguesa! ¡Te dejas arrastrar por los prejuicios burgueses! ¡Es imposible considerarte como una camarada!» Lunacharski concluye: «Aterrorizada, la pobre muchacha se persuade que actúa como una marxista-leninista no negándose a nadie.» [86] Héroe del relato de Liev Gumiliovski *La callejuela del perro*, Jorojorin, miembro de las juventudes comunistas, chequista y luego estudiante, intenta convencer a una de sus condiscípulas: «Siempre te he considerado como una buena camarada. Si te dijera que tengo hambre, ¿no compartirías conmigo y como camarada tu pedazo de pan?» [87] *La luna del lado derecho* de Serguéi Malashkin, relato muy popular en los años 20, narra el destino de Tania, joven campesina, miembro de las juventudes comunistas y esposa de veintiséis maridos

sucesivos como correspondía a una convencida del «amor libre».[88] El personaje de Tania es típico, como lo demuestra cierto número de obras casi autobiográficas escritas por autores pertenecientes a las juventudes comunistas.[89]

En 1923, el viejo bolchevique P. Lepeshinski reconoció toda la fuerza de la teoría del «amor libre». «¿Qué podía oponerse a dicha teoría? ¿La autoridad paterna? Era casi inexistente. ¿La autoridad religiosa? No la había tampoco. ¿Las tradiciones? Estaban muertas. ¿El sentido moral? La vieja moral se hallaba difunta y la nueva no había nacido aún...»

Lepeshinski concluía: «En su forma antigua, la familia ha quedado en gran parte liquidada y la nueva no existe todavía.»[90] En 1923, seis años después de la Revolución, el diagnóstico del viejo bolchevique era a la vez indicación de una tendencia, un proyecto y un anhelo.

La Rusia convertida en soviética seguía siendo un país rural: el 80 % de la población vivía en el campo. No había duda alguna sobre la destrucción de la familia y la descomposición moral. La Revolución estalló durante la guerra contra Alemania y fue seguida por una guerra civil extremadamente cruenta en la que no se dio cuartel. Estos conflictos se encontraban en el origen de la liquidación de la familia y la moral. El número de víctimas —sobre todo hombres— engendró un fenómeno nuevo sacado a la luz por el censo de 1926, primero después de la guerra. Las cifras del censo precedente (1897) indicaban que la población masculina y femenina de Rusia era casi igual: 49,7 % y 50,3 %. En 1926, el número de hombres era inferior en 5 000 000 al de mujeres. Esta desigualdad no hará más que acrecentarse: en 1959 las mujeres eran más numerosas en 20 000 000. Y en 1981 en 17,5 millones. Esta proporción ha determinado en gran parte la naturaleza de la familia, la moral y las relaciones entre los sexos en la URSS.

Sembradas en terrenos favorables, las ideas revolucionarias tropezaron con una oposición esencialmente campesina. La religión, las tradiciones seculares y la organización económica afectaron su difusión en el campo. La lucha antirreligiosa se libró con ayuda de medidas administrativas: golpes asestados a la Iglesia y ataques ideológicos dirigidos contra la «vieja forma de vida». Las medidas administrativas (cierre de lugares de culto, detenciones y ejecuciones de sacerdotes, tentativas de provocar un cisma en la Iglesia) hacían esperar a las autoridades un resultado a largo plazo. Por su parte, el trabajo ideológico tenía que dar inmediatamente sus frutos y transformar el género de vida de millones de soviéticos. Trotski, interesado activamente en la «nueva forma de vida», se dio cuenta de que las «costumbres son más conservadoras que la economía» y que «en el campo de las relaciones familiares nos hallamos todavía, por así decir, en 1920-1921 y no en 1923».[91]

Según Trotski, el poder obrero «ha explicado a los ciudadanos que tenían derecho a nacer, casarse y morir sin recurrir a las prácticas mágicas y a los cánticos de individuos vestidos con sotanas y otros ropajes sagrados».[92] No obstante, Trotski comprendía muy bien que no bastaba con «otorgar el derecho» a prescindir de la religión: era necesario obligar a convencer a la gente para que no creyera. La campaña de persuasión comprendía la creación de un «*ersatz* ateo». Lenin estaba seguro de que el teatro podía remplazarla. Trotski propuso medidas concretas para la utilización del teatro en la propaganda antirreligiosa. En su libro sobre la «nueva forma de vida», anuncia orgullosamente que el «Estado obrero tiene sus fiestas, sus desfiles, sus espectáculos simbólicos y su teatralidad».[93]

La recuperación de los ritos religiosos fue un primer paso hacia la creación de un «ritual comunista»: se organizaron bautizos, bodas y Pascuas «rojas». Se incitó intensamente a los ciudadanos para que cambiaran de nombre como señal de renacimiento en el seno del mundo nuevo. En las oficinas matrimoniales se exhibieron listas de nombres recomendados que nada tenían en común con el calendario religioso. La ciudad de Ivánovo aconsejaba bautizar así a las niñas: Atlántida, Industria, Isis, Traviata; y a los niños: Esmeralda (masculino en ruso), Genio, Singapur.[94] Trotski evocó con manifiesta satisfacción la popularidad de nombres como Octubrina, Ninel (Lenin al revés) y Rem (compuesto con las iniciales de los vocablos rusos que significaba revolución, energía y paz).[95]

La destrucción de la «vieja» familia, de la «vieja» forma de vida esencialmente asociada a las «supervivencias religiosas en todas sus formas» se efectuó bajo la bandera de la «nueva moral». Convertido en estudiante, un joven proletario hacía el siguiente razonamiento: «Los establecimientos de enseñanza superior se basan en el modelo de la ley *furiosa* impuesta instintivamente por las masas: es moral todo lo que sirve a la revolución mundial, e inmoral cuanto favorece la dispersión en las filas del proletariado, su desorganización y su debilidad... Esta ley, tan agresiva como un disparo, abría los ojos y también el alma a todo lo que se había producido en la Revolución, sobre uno mismo y su puesto en la nueva vía en construcción.»[96] Tales eran las reflexiones de un personaje literario. En un libro escrito para la juventud, el teórico de la nueva moral declaraba que la «antigua moral ha muerto, se descompone y se pudre». La gran característica de la que le sucede es su relatividad. «No robarás», mandamiento de la «Biblia exploradora», queda reemplazado por una magnífica fórmula ética del camarada Lenin: «Saquear a los saqueadores.»[97] Pero esto no quiere decir, precisa el moralista, que «el bandido que ataca a un ciudadano y se apropia de sus bienes actúe según las reglas de la ética». Es ético y moral tan sólo «el robo que contribuye al bie-

nestar del colectivo proletario».[98] Conviene rechazar, por ejemplo, este otro mandamiento: «Honrarás a tu padre.» «El proletariado recomienda honrar a un padre a condición de que valga alguna cosa desde el punto de vista revolucionario y proletario, y eduque a sus hijos en un espíritu de fidelidad a la lucha proletaria...» El mandamiento «No cometerás adulterio» encaja también en el marco de la ética proletaria, no porque sea pecado engañar al marido o a la mujer, sino porque la «búsqueda de un nuevo compañero sexual» es una «preocupación muy compleja» que requiere demasiado tiempo y energía, y «saquea la reserva... de las fuerzas creadoras de clase».[99]

Alexandr Voronski, crítico destacado y uno de los dirigentes de la literatura soviética, intenta explicar el carácter nocivo de la novela *Nosotros*, prohibida por la censura, formulando estas preguntas: «¿Se puede aceptar y justificar la muerte de un hombre maniatado? ¿Se tiene derecho a recurrir al espionaje?» Da por sí mismo la respuesta: «No sólo es un derecho, sino un deber.» [100] A. Voronski esgrime un argumento irrebatible: «Nosotros, comunistas, tenemos que vivir como fanáticos... En el gran combate social, hay que ser fanático o, dicho de otra manera, hay que aplastar implacablemente todo lo que procede del corazón mezquino de la bestia, de lo individual; puesto que ello resulta nocivo, afecta a la lucha e impide la victoria.» [101] Los problemas de la familia, la libertad sexual, la nueva moral y la lucha contra la antigua forma de vida provocaron en los años 20 cierto número de discusiones en el curso de las cuales se expresaron diversos puntos de vista sobre la táctica que convenía adoptar. Medio siglo más tarde, muchas de estas opiniones sorprenden por su franqueza. Numerosos conceptos, abiertamente expresados en la época, no lo serían algún tiempo después más que en forma codificada. Todos los teóricos y prácticos de la construcción socialista —es decir, de la construcción del hombre nuevo— coinciden en reconocer la necesidad de regular la vida íntima de los ciudadanos por el Estado. Ninguno de ellos impugna la intrusión del Estado en todos los campos de la vida. El golpe asestado a la familia, la moral y las formas de vida durante los años 20 desencadenó un proceso, cuyo balance se nos presenta de la manera más elocuente, 60 años más tarde, en el manual de *Comunismo científico*: «La forma de vida socialista diverge radicalmente de la forma burguesa, que aparece como un asunto privado de cada cual. En las condiciones del socialismo, el cuidado de organizar la forma de vida individual, de tener en cuenta el acrecentamiento de las necesidades espirituales de los hombres y prever racionalmente su reposo, se eleva al rango de política de Estado.» [102] El manual, al definir la forma de vida como una «esfera improductiva del ser, vinculada a la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales del individuo (alimentación, vivienda, ropa,

servicios comunes, salud, diversiones, servicios intelectuales y culturales)»,[103] hace que aparezca este conjunto de la vida humana «elevado al rango de la política de Estado», puesto que la «esfera productiva» —las actividades profesionales— también está por entero en manos del Estado. El hombre se convierte así en totalitario: todas sus actividades se encuentran definidas por el Estado.

El choque de la Revolución y la campaña inmediatamente emprendida contra la vida privada de los ciudadanos dieron sus resultados. La *familia* quedó seriamente sacudida, según comprobó Trotski.[104] Al principio de los años 30 le fue asestado un segundo golpe decisivo en el momento de la colectivización. La liquidación de la propiedad campesina individual llevó a la destrucción de la familia «burguesa».

La colectivización, que Stalin denominó muy justamente la «gran ruptura», no fue otra cosa que una guerra absoluta declarada a la población y, ante todo, a los campesinos que a los diez años de la Revolución conservaban cierta independencia respecto al Estado. El frente de lucha fue muy extenso y las armas empleadas fueron administrativas, legislativas e ideológicas. La familia y la moral se encontraban entre los principales blancos. Las cifras oficiales de 1931-1932 dejan constancia de «240 757 familias de kulaks deskulakizados y exiliados a las regiones del Norte y el Este de la Unión Soviética».[105] La simple cifra, que nada puede confirmar ni negar, da una idea de la naturaleza de esta guerra. Por regla general, las familias campesinas rusas contaban con numerosos hijos (de cuatro a ocho). Las familias, deportadas al Norte o al Este, es decir a Siberia o al Kazajtán, fueron exiliadas en su conjunto, comprendidos los hijos adultos que vivían separados de sus padres y su descendencia. Una familia media se componía así de padre y madre, sus seis hijos adultos con sus cónyuges y cuatro hijos aproximadamente por pareja. Es decir, 38 personas en total. La deportación a las «regiones alejadas» sólo afectó a una parte de los «deskulakizados»; los otros fueron tan sólo expulsados del pueblo donde habían nacido y vivido siempre. Finalmente, gran número de «kulaks» (que nunca constó en las estadísticas oficiales) fueron «liquidados físicamente». Los historiadores y los demógrafos los evalúan en unos 15 000 000 por lo menos.

La lucha contra los «kulaks» cubrió una importante función educativa. En el punto más intenso de la «denuncia del culto a la personalidad», S. Pávlov, primer secretario del Comité central de las juventudes comunistas, informó que Stalin daba a éstas sus directrices en el curso de los años 30: «En el primer plano del trabajo educativo de las juventudes comunistas —estaba textualmente escrito— se situaba la localización del enemigo al que se precisaba desenmascarar para ponerle fuera de combate con unas me-

didas exclusivamente violentas de presión económica, aislamiento político y organización, así como por la eliminación física.»[106]

Para el primer asalto contra la familia, inmediatamente después de la Revolución, se utilizó a mujeres y a jóvenes para destruir así las relaciones personales e íntimas. Para el segundo, y según confirmó S. Pávlov, el arma principal fue la juventud. Al analizar los objetivos del «gran terror», Robert Conquest llega a la conclusión de que «el objetivo consciente de Stalin... era que para convertirse en un buen comunista no presisaba un joven de una formación política, sino de cualidades de entusiasmo y espíritu de delator».[107] A esto conviene añadir, sin embargo, que la educación del espíritu delator podía considerarse precisamente formación política.

Período del genocidio campesino, la primera mitad de los años treinta fue también una era de descomposición moral de la sociedad. El odio al enemigo y la transformación de la delación en suprema virtud soviética se encuentran en la base del plan tendente a hacer del país algo definitivamente amoral.

Poco después de su subida al trono, Alejandro II recibió de manos de Liprandi, oficial retirado y antiguo agente secreto, un proyecto muy cuidado para la formación de espías. Liprandi insistía en la necesidad de comenzar el trabajo desde una edad tierna. Localizar a los colegiales que denunciaban a sus camaradas, animarlos, ayudarles seguidamente a ingresar en la universidad y luego, una vez terminados sus estudios, aceptarlos en la policía donde ya serían desde el principio agentes experimentados y formados. Alejandro II rechazó el proyecto.[108] Durante la colectivización, la tímida idea del espía retirado, inaceptable para la Rusia de la segunda mitad del siglo XIX, adquirió proporciones monstruosas, hasta entonces inimaginables.

A. Kósarev, líder de las juventudes comunistas liquidado por Stalin en 1938 por su gran pasión de «la formación política de la juventud», declaró en 1932: «Ignoramos entre nosotros la moral humana común.» [109] El odio se convierte en orden del día; un odio inculcado desde la edad más temprana. El 13 de febrero de 1932, la publicación infantil *Los niños amigos* se convirtió en *Los niños del koljós*. La redacción justificó el cambio por deseo de su joven público... «No somos los amigos de los kulaks.»

Dirigido contra los enemigos, el odio apuntaba en primer lugar a todos aquellos que estaban próximos a los niños: sus familias, sus padres, sus amigos y conocidos. El primer mandamiento era el siguiente: «Desenmascararás al enemigo.» Maxim Gorki, que desempeñaría un papel capital en la descomposición de la sociedad en el curso de los años treinta, formuló la gran ley de la nueva moral: «... Si uno de tus parientes de sangre se revela como enemigo del pueblo, no contará el hecho de que pertenezca a tu

familia: seguirá siendo un enemigo y no habrá razón alguna para perdonarle.» [110]

La delación (que apunta ante todo a los ex parientes «de sangre») se convirtió en un deber y una virtud. El primer modelo del género fue la carta redactada por el hijo de uno de los ingenieros y técnicos de la industria hullera acusado de haber puesto en funcionamiento una organización de «sabotaje». El «proceso de Shajti», como se le denominó comúnmente, se celebró en el curso del verano de 1928. *Pravda* publicó una carta titulada: *El hijo de Andréi Kolodub exige un castigo severo para su padre saboteador*. El texto estaba redactado así: «Como hijo de uno de los conjurados, Andréi Kolodub, y al propio tiempo miembro de las juventudes comunistas..., no puedo permanecer callado ante los actos de traición cometidos por mi padre... Me consta que es un encarnizado enemigo de los obreros, a los que odia, y me sumo al clamor de todos los trabajadores que exigen el máximo rigor en el castigo de los contrarrevolucionarios... Considerando infamante llevar por más tiempo el apellido Kolodub, adopto a partir de ahora el de Shajtin.» [111]

La educación de los niños como delatores, enfrentándoles a los adultos, era un importante componente de la colectivización. Las figuras más destacadas del Partido aportaron su activo sostén a la campaña. N. Krúpskaia aconsejaba: «Mirad alrededor de vosotros, niños. Os daréis cuenta de que subsiste gran número de viejos vestigios de la propiedad privada. Sería buena cosa que los observarais y tomarais nota de ellos.» [112] A. Búbnov, comisario del pueblo para la Instrucción, promulgó un decreto por el que se autorizaba a las escuelas a enviar ante un tribunal a los padres que «tengan tendencia a descuidar a sus hijos». A partir de entonces, el niño informaba a su profesor si no estaba satisfecho de su padre o de su madre, y el enseñante transmitía el caso al tribunal.[113] No tardó a abrirse también la caza contra los pedagogos. En la formulación de las bases de actividad de los niños-corresponsales de prensa, el redactor jefe de la *Pravda de los pioneros* escribió: «Es menester vigilar a los profesores, permanecer siempre alerta durante los cursos, luchando por la calidad de la enseñanza.» [114] El 16 de marzo de 1934, la *Pravda de los pioneros* publicó un modelo de denuncia: la carta de una pequeña corresponsal, Olga Balíkina. Entre los «enemigos» desenmascarados figuraba el propio padre de la niña.

Por haber denunciado a su padre, Pávlik Morózov fue muerto por dos miembros de su familia. El caso se utilizó inmediatamente para la propaganda. Todo, con excepción de la muerte de Pávlik y de su hermano Fedia, fue falsificado. Se presentó a la familia como una organización terrorista desenmascarada gracias al «hijo fiel al Partido». Gorki asumió personalmente la dirección de las operaciones. Efectuó una serie de gestiones para que se alzara un monumento a Pável Morózov (Gorki nombraba siempre respetuo-

samente al muchacho por su nombre, Pável, y no por el diminutivo) y formuló inmediatamente la consigna: «El parentesco espiritual es superior en muchos grados a los vínculos de sangre.»

La campaña dio sus frutos. En el primer congreso de escritores, los pioneros que acudieron a saludar a «los ingenieros de almas humanas», anunciaron con orgullo que había en sus filas «millares de Pávlik».[115] Que no tardarían en contarse por millones.

Los niños y los jóvenes se utilizaron durante los años treinta como un arma eficaz para destruir a la familia. A través de ellos, el Estado se convertía en miembro de cada célula familiar. La importancia de la literatura (y de todos los ámbitos culturales con ella relacionada) en la «remodelación» de los niños fue subrayada por la resolución especial del Sovnarkom y del Comité Central del Partido relativa al «refuerzo del control de la literatura para niños».[116]

Una de las consignas más extendidas hacia 1922-1923 proclamaba: «Al destruir el hogar familiar, asestamos un último golpe al régimen burgués.» La colectivización fue el último golpe dado a la única clase que no dependía del Estado, el campesinado, y al mismo tiempo a la «vieja» familia existente fuera de la influencia directa del Estado.

Durante la segunda mitad de los años treinta, comenzó la «consolidación» de la familia: se prohibió el aborto, y nuevas leyes restringieron la libertad de divorcio. Quedó aprobada así la nueva moral soviética, que no cedía en nada por su puritanismo rígido a la moral de la Inglaterra victoriana. Los historiadores soviéticos de la familia explican este cambio de política por «una creciente intolerancia en la conciencia de las masas hacia la decadencia de los vínculos conyugales».[117] Un historiador emigrado, el profesor Kurgánov, considera que el Partido tomó en consideración «la irritación y el descontento extremos suscitados en el pueblo» por una política que tenía como objetivo «quebrantar los fundamentos de la familia».[118] La historia soviética demuestra de la manera más convincente que el Partido ignora al pueblo hasta que entran en juego sus propios intereses.

El Partido adoptó una nueva política familiar cuando se puso de manifiesto que la familia soviética, célula del Estado soviético, ya existía. Con el sueño de conciliar marxismo y freudismo, Wilhelm Reich estudia minuciosamente los vínculos que unen la estructura economicosocial y la estructura sexual en la sociedad. Analiza la Alemania nazi y la Unión Soviética para llegar a la conclusión de que «el Estado totalitario tiene el máximo interés en que aparezca una familia autoritaria; se convierte así en una fábrica que modela la estructura y la ideología del Estado».[119] El único error del sexólogo alemán estriba en que considera la URSS de los años veinte como un Estado democrático, bajo pretexto de que existía

la libertad sexual. No veía que la revolución sexual engendrada por Octubre estaba completamente orientada. Aclarado esto, la fórmula de Reich según la cual un Estado totalitario necesita absolutamente una familia autoritaria, aparece confirmada por los textos soviéticos oficiales: «El país ha obtenido éxitos decisivos en la construcción del socialismo... En estas condiciones se ha hecho posible y necesario plantear igualmente, con todas sus implicaciones, el problema de proseguir la consolidación de la familia, célula que cumple funciones socialmente útiles.» [120]

En 1926, el actor norteamericano Will Rogers, de visita en Moscú, quedó sorprendido al ver a los moscovitas, hombres y mujeres, bañarse desnudos en el Moscova. Tituló así el libro que consagró a su viaje: *Rusia no tiene trajes de baño.*[121] Sí tenía, pero reinaba de manera paralela una gran libertad de costumbres. Diez años más tarde, esta misma libertad se consideraría como un crimen de Estado. Y la pudibundez se había convertido en ley.

Se modificó también el concepto del amor. Pasaron a último plano las relaciones íntimas entre hombres y mujeres, que cedieron el paso a los vínculos que unían al individuo con el guía y con la patria. Por otra parte, las declaraciones de amor a Stalin adquirieron un carácter sensual y erótico. «Escribo libros —declaraba Alexandr Avdéienko, deseoso de desahogar su alma—. Soy un escritor... Todo gracias a ti, Stalin, nuestro gran educador... Amo a una muchacha con un amor nuevo, me prolongo en mis hijos... Todo ello gracias a ti... Cuando la mujer que amo me dé un hijo, la primera palabra que pronuncie será: Stalin...» [122] Paralítico, impotente, viviendo tan sólo por amor al comunismo y al Partido, el Pávlik Korchaguin de la novela de Ostrovski *Y se templó el acero*, se convirtió en modelo del héroe positivo soviético.

Stalin era la encarnación de la patria y la patria, la de Stalin. No resultaba nada sorprendente, por tanto, que la patria suscitara los mismos sentimientos eróticos que el guía. «El patriotismo soviético —sentimiento inflamado de amor ilimitado, de incondicional devoción por el país natal, de muy honda responsabilidad por su destino, por su defensa— nace en lo más profundo de nuestro pueblo... En nuestro país, el patriotismo soviético arde con poderosa llama. Hace que la vida avance. Calienta los motores de nuestros tanques, de nuestros bombarderos pesados, de nuestros cruceros, carga nuestras armas...» [123] No se exige de Winston Smith, el héroe de *1984*, más que una cosa, a fin de cuentas: que cambie el objeto amado, que traicione a la mujer que ama en provecho del Gran Hermano. Un cuarto de siglo antes que Orwell, Zamiatin describía en *Nosotros* una situación idéntica: su héroe traiciona a la mujer que ama y traslada su amor al Benefactor.

Al comprobar que tales sentimientos no tenían nada en común con el amor que se experimenta con toda naturalidad por el país

natal, Wilhelm Reich los compara a la erección de un impotente estimulado por un afrodisíaco.[124] Fuera de los sentimientos inflamados y políticamente justos experimentados hacia objetos designados por el Estado, no quedaba lugar para los sentimientos naturales. La literatura soviética ha contribuido muy activamente a «denunciar» las relaciones personales, el amor, como uno de los comportamientos individualistas que desligan al hombre del trabajo y del colectivo.

La novela de I. Ehrenburg *El deshielo*,[125] que daría su nombre a todo un período, impresionó intensamente a los lectores por tratarse de una historia de amor, tema prohibido hasta entonces. Primera golondrina anunciadora de aquel deshielo, el artículo de Vladímir Pomerántsev «De la sinceridad en literatura» [126] reprocha a la narrativa soviética sus mentiras y en particular su relación con el amor, sentimiento que por el bien del Estado se sometía al trabajo.

Con su intuición certera de gran escritor, Vladímir Nabokov seleccionó dos ejemplos entre docenas de erotismo soviético. El primero, extraído de un clásico, *La energía* (1932-1938), novela de Fiódor Gládkov: «El joven obrero Iván asió su taladro. Apenas rozada la superficie del metal experimentó que un estremecimiento de excitación le recorría el cuerpo. El ruido ensordecedor le alejó de Sonia. Ella posó luego su mano sobre el hombro de él y tocó un rizo de su pelo tras la oreja... Los jóvenes se sintieron atravesados en el mismo instante por una descarga eléctrica. Iván exhaló un profundo suspiro y apretó con mayor fuerza el instrumento.» El segundo ejemplo está tomado de un relato de Serguéi Antónov titulado *Un gran corazón* (1957): «Olga no decía palabra. "¡Eh! —exclamó Vladímir—. ¿Por qué no puedes amarme como te amo yo?" "Amo a mi patria." "¡Yo también!" "Y además, amo...", añadió Olga, escapando al abrazo del muchacho. "¿A quién?" Olga levantó hacia él sus ojos de un azul transparente y respondió precipitadamente: "Al Partido."» [127]

Los soviéticos siguen enamorándose, se casan y tienen hijos. Se podría creer que la familia sigue siendo el último refugio. Pero el Estado la engulle o, para decirlo mejor, es uno de sus miembros con pleno derecho: dicta sus reglas de conducta, define la naturaleza de sus relaciones y asigna tareas y misiones. En su *Libro para los padres*, Antón Makárenko ve en «la naturaleza del poder paterno» la gran diferencia entre la familia soviética y su equivalente burgués: «Entre nosotros, los padres y las madres están encargados por la sociedad de educar al futuro ciudadano de nuestro país; responden ante ella.» [128] Los padres se convierten así en funcionarios que ejecutan las voluntades de la sociedad.

En 1937 (fecha en que apareció el *Libro para los padres*), el terror había alcanzado su punto culminante en el país; la sociedad

estaba fragmentada, atomizada. El Estado emprendió la tarea de formar, a partir de aquellos granos de arena, de aquellos átomos, un nuevo organismo, el colectivo soviético, edificado sobre las ruinas de la antigua sociedad. Los millones de personas detenidas dejaban tras ellas decenas de millones de miembros de sus familias, todos ellos marcados con el sello de la infamia como «parientes de enemigos del pueblo». En 1934 hizo su aparición en el Código penal una nueva noción: el «P.T.», pariente de un traidor a la patria, acreedor por su parte a un castigo por razón de sus vinculaciones con un enemigo.[129] Cada cual podía convertirse en un «enemigo», y todos corrían el riesgo, en un momento u otro, de enamorarse de un «traidor» o un pariente de «enemigo», o bien casarse con un elemento «sospechoso», potencialmente peligroso. La instauración del pasaporte interior para los ciudadanos fijó definitivamente a su tierra a la población rural, a la que se desposeyó del derecho a residir en las ciudades. Como consecuencia directa, las posibilidades de matrimonio entre los residentes en la ciudad y los establecidos en el campo disminuyeron considerablemente. Los habitantes en ciudades distintas que querían contraer matrimonio tropezaban con dificultades casi insuperables (salvo al precio de increíbles esfuerzos), puesto que eran extremadamente limitadas las autorizaciones que constaban en el pasaporte para desplazarse de una ciudad a otra.

En la Rusia prerrevolucionaria, como en todos los países del mundo, eran patentes las diferencias de clases y estratos sociales, así como los medios —o la imposibilidad— para vencerlas. Durante los años subsiguientes a la Revolución, se distinguía cómodamente la línea de demarcación entre el proletariado —clase dominante— y los «anteriores», los «desposeídos». En los años treinta, el Estado tenía el poder de nombrar al enemigo. Y cada cual era un enemigo en potencia.

Se asistió poco a poco al nacimiento de una forma de vida soviética, universo en cuyo seno vive la «familia soviética». Como escribió A. Tvardovski, el hombre soviético no ignoraba que «toda forma de amor existe en detrimento del amor al padre de los pueblos».[130] Sabía que la detención de un pariente, incluso lejano —sin hablar ya de un miembro próximo de la familia— podía atraer sobre él y los suyos innumerables desgracias. Pero también sabía que «la vida había mejorado; la vida se había hecho más alegre», ya que éstas eran las propias palabras del padre: Stalin.

En 1944, cuando no cabía duda alguna de la victoria sobre Alemania, estableció Stalin el balance de la guerra en el frente de la familia. Se adoptó un nuevo código de la familia y el matrimonio, en el que se expresaba la certidumbre de que la familia soviética vencería y la confianza del guía en aquella familia, depositaria de las voluntades del Partido y el Estado. Fueron suprimidas todas

las «libertades» mantenidas desde la época de la lucha contra la familia burguesa: se abolió el divorcio; los abortos fueron reprimidos severamente; se introdujeron las nociones de «hijo ilegítimo» y de «madre soltera»; se prohibieron los matrimonios con extranjeros.

Este código instauró oficialmente una nueva jerarquía: estableció una desigualdad de principio entre el hombre y la mujer. La mujer conservaba, como estaba sobreentendido, el derecho a efectuar los trabajos más ingratos y penosos, pero no podía exigir ya pensión alimentaria ni inscribir en los documentos del niño el nombre del padre si no se había producido matrimonio. En este caso concreto, adquiría un *status* particular: era madre soltera.

Estas restricciones aparecieron en el mismo momento en que se comprobaba una caída radical de la población masculina como consecuencia de la monstruosa carnicería de la guerra. Según el primer censo efectuado al final de las hostilidades, quince millones de mujeres habían perdido a su marido o no habían podido encontrar uno. En su película *El poema de la mar*, Alexandr Dovzhenko evoca este problema: «"No necesito un palacio —dice tristemente Cristina, una mujer joven—. No necesito sillones cómodos ni cuadros. No necesito nada." "¿Por qué?" "Soy una mujer joven." "¿Y qué necesitas?" "¿No lo sabe usted? No me da vergüenza decirlo delante de todo el mundo..." "¡Un *hombre*! —intervino una koljosiana de edad madura—. Le resulta duro dormir sin un cuerpo vivo a su lado."»

El Estado tenía necesidad de compensar las pérdidas humanas pero, al mismo tiempo, «se preocupa de reforzar la familia soviética». Los hombres podían, con toda impunidad, tener hijos sin estar casados; para las mujeres, la misma situación iba acompañada inevitablemente de un sentimiento de culpabilidad: habían violado la ley y eran reprobadas por el «colectivo».

Tras la defunción del Padre de los Pueblos, el código staliniano se suavizó progresivamente: se autorizaron los abortos, se facilitó el divorcio por consenso mutuo y dejaron de existir los «hijos ilegítimos». La familia soviética había adquirido su forma definitiva.

En el origen de los cambios ocurridos en la familia, las relaciones familiares y las relaciones entre la familia y el Estado, se hallaba el hecho de que aquél, el Estado, se considera miembro de pleno derecho de todas las familias. Algunos historiadores afirman durante el período poststaliniano, y más particularmente durante los años sesenta y setenta, la familia se convirtió en muchos aspectos en una fortaleza, en un bastión contra el Estado totalitario. Quizá fuera una fortaleza, pero hay que admitir que había cerrado las puertas un poco tarde, pues el Estado estaba ya dentro. Hay que volver al «mito de Pávlik Morózov»: su evolución da una idea de los cambios ocurridos durante los últimos decenios. Pávlik

seguía siendo un modelo, claro está, pero no se exigía ya de sus émulos que denunciaran a sus padres. Bastaba que lo hicieran con los «extranjeros». La nomenklatura, que aspira a transmitir «por herencia» a sus hijos los puestos privilegiados con que cuenta el país, no es proclive a producir «soplones domésticos».

En los años ochenta se mantienen las principales características de la familia soviética de la época staliniana. La familia soviética es proclamada «familia de tipo superior»;[131] es la «más progresista»[132] y representa oficialmente, por sí misma, un «colectivo». Editado para el gran público, el *Diccionario-guía del matrimonio y la familia* es categórico: «Cada miembro de la familia forma parte del colectivo soviético que constituye.»[133] Como para todo colectivo soviético (el «colectivo del trabajo», por ejemplo), la instancia suprema es el Partido. «Tenemos en nuestro poder la lista de las familias con problemas», declaró el secretario del comité del distrito de Perovo en la película documental titulado *La vía que lleva a los hombres.*[134] Las «familias con problemas» eran aquellas que tenían conflictos y peleas. Es una práctica corriente dirigirse al comité del Partido para pedir una ayuda, un consejo o una solución. Cuando *Pravda* publicó la carta de una mujer que preguntaba si la organización del Partido estaba obligada a interesarse hasta ese punto en la vida personal de las gentes,[135] una ola de correspondencia inundó la redacción, respondiendo por unanimidad que «no puede haber dos opiniones».[136]

La formación del hombre soviético es una tarea ardua. El «amor por deseo personal» no es todavía una noción anticuada y prosigue su marcha a través de la Unión Soviética. Sin embargo, la voluntad de controlar al hombre enteramente no se limita a consignas y deseos piadosos. El marco formado por el modo de vida soviético crea las condiciones que permiten al Estado entrometerse en la vida íntima y familiar de los ciudadanos.

La igualdad de sexos, una de las raras «adquisiciones» de Octubre no discutida por nadie, ha engendrado una de las paradojas más sorprendentes del sistema soviético. El peso de la vida lo soportan esencialmente las mujeres en la URSS, que no tienen prácticamente posibilidad alguna de expresarse sobre los problemas que les conciernen. A principios de los años ochenta, más de la mitad de la clase obrera del país se halla constituida por mujeres; en 1980, la enseñanza profesional contaba con un 59 % de mujeres contra un 41 % de hombres. Las mujeres efectúan los trabajos físicamente más penosos. En el transcurso de una visita de Yuri Andrópov a una fábrica de máquinas herramientas de Moscú, una obrera informó al secretario general del Comité Central que en su taller trabajaban esencialmente mujeres. «A los hombres no les gusta trabajar con nosotras», explicó. A la pregunta de Andrópov «¿Por qué?», la obrera respondió: «Les parece que es penoso por-

que nuestra producción es peligrosa. Se cuidan.» El taller de acabados de que hablaba la obrera utilizaba lacas nocivas, y las máquinas que servían para pulir «pesan dos kilos y vibran de tal manera que sacuden completamente a la obrera».[137] Tradicionalmente, las mujeres trabajan en la industria textil, son koljosianas y hacen la limpieza, pero también son profesoras y médicas, profesiones poco consideradas y mal pagadas. Les están prácticamente vedadas las funciones administrativas, tanto en las ciudades como en el campo, y con mayor razón los puestos dirigentes en el seno del Partido, el gobierno y la economía.

«Nuestras mujeres son víctimas de la legalidad», explicó una moscovita anónima a unas periodistas suecas que se interesaban por la condición femenina en la URSS.[138] Su desgracia consiste en que, además de su profesión, las mujeres soviéticas se ven obligadas a efectuar los trabajos domésticos, para los que no encuentran ningún apoyo ni facilidad. Según estudios de especialistas soviéticos, se ha calculado que el tiempo empleado en el trabajo doméstico no debe exceder, razonablemente, las 12,5 horas semanales. Las cifras oficiales indican que, en realidad, pierden las mujeres un tiempo tres veces superior.[139] Los economistas soviéticos han llegado a la conclusión de que «empleamos 275 000 millones de horas al año» en economía doméstica «más que para el trabajo social (unos 240 000 millones de horas, aproximadamente)». El autor del artículo que cita estas cifras es un hombre. Juzga así necesario añadir que «la parte del león de este trabajo reposa sobre los hombros de las mujeres...».[140] Por «economía doméstica» entiende: la compra de mercancías inencontrables en los comercios, la preparación de las comidas, la colada y la limpieza. Las cifras que anteceden son de 1984. Cinco años antes, en 1979, se consagraban 180 000 millones de horas a las labores cotidianas.[141] Los progresos son discutibles. Los planes de mejora de los «servicios» prevén la posibilidad de «reducir el tiempo empleado en la economía doméstica en 8 500-9 000 millones de horas por año.[142] Estas lastimosas cifras hablan por sí mismas.

El Estado determina la naturaleza de la vida familiar al planificar las «viviendas». A pesar de una mejora en relación al período staliniano, la propia prensa soviética no esconde que «para muchos, el problema de la vivienda sigue siendo muy agudo».[143] «Durante los dos primeros años del actual plan quinquenal se han puesto en servicio cerca de 13 millones de metros cuadrados menos que lo previsto.»[144] El punto más importante sigue siendo que el Estado continúe planificando su programa de viviendas, no por habitaciones sino por metros cuadrados. En 1983, el nuevo código soviético de la vivienda aumentó la superficie máxima, que alcanza en la actualidad de 9 a 12 metros cuadrados por persona; pero en Krasnoiarsk, por ejemplo, la norma mínima es de 6 metros cua-

drados.[145] Ello implica que una familia de cuatro o cinco personas, que agrupa a dos o tres generaciones, se ve obligada a vivir, en el mejor de los casos, en un piso de dos habitaciones. Dicho en otros términos: la promesa de dar a cada miembro de la familia una habitación y a cada familia un piso individual no se cumplirá hasta el año 2000. Hay que precisar que dicha promesa, hecha a los habitantes de las ciudades, no concierne a los del campo, los koljosianos, que no tienen siquiera idea de lo que es una «habitación propia». La extrema jerarquización del sistema soviético ha llevado a la aparición de verdaderas castas que limitan seriamente la posibilidad de matrimonios «mixtos». Los nuevos «nobles» soviéticos no se mezclan con la plebe. Estas barreras sociales determinan que las uniones entre obreros y «gentes instruidas», entre los koljosianos y gentes de la ciudad, se hayan hecho cada vez menos frecuentes.

El Estado determina la naturaleza de la vida familiar al fijar las normas de la moral sexual y al controlar muy de cerca la educación sexual. En la novela *Nosotros*, E. Zamiatin describe el «Estado único» donde el problema sexual está reglamentado por la proclamación de una *Lex Sexualis*: cualquier número tiene el derecho a utilizar a cualquier otro número con finalidad sexual.[146] La Unión Soviética no se encuentra todavía en la fase del Estado Único. Sin embargo, las condiciones materiales que destruyen la familia, el desequilibrio entre la población masculina y la femenina (en 1979 se contaban todavía 115 mujeres por cada 100 hombres),[147] la simplicidad de los trámites para el divorcio (de 1 000 matrimonios celebrados en 1981 fueron registrados 333 divorcios)[148] llevaron a lo que el manual de comunismo científico denomina «madurez y formación de una nueva monogamia».[149]

La ligereza de las costumbres iba a la par con una implacable crítica a nivel oficial de la «amoralidad», noción que recubría todo lo relativo a la vida sexual. Durante el «deshielo», se contó que Stalin había dado órdenes para que «los tesoros de la escultura antigua fueran declarados pornográficos, con el pretexto de que ninguna camisa o braga los disimulaba a las miradas».[150]

Emigrado a Estados Unidos, un profesor de anatomía informó de que en el Instituto de Medicina de Moscú no se escogían nunca como tema de ensayo los órganos sexuales.[151] El sexólogo M. Stern vio mujeres que se desvanecían al descubrir en una revista a hombres y mujeres desnudos.[152] Al mismo tiempo —la literatura contemporánea lo atestigua—, los adulterios se cometían con extraordinaria facilidad.

Durante más de veinte años, médicos y pedagogos combatieron por la creación en las escuelas de cursos de educación sexual y por la publicación de folletos de divulgación sobre la sexualidad. Al final de los años setenta se intentó —sin éxito— abordar con los

alumnos temas «vergonzosos». Algunos especialistas redactaron y editaron folletos. En sus *Conversaciones sobre el amor*, destinadas a los jóvenes lectores, la pedagoga S. Tílkina explica que las relaciones «muy próximas» entre muchachos y muchachas podían resultar «lesivas para los estudios». Además, añade, «el aspecto fisiológico desempeña un papel secundario en el amor entre el hombre y la mujer». En su obra *A los esposos jóvenes*, N. Jodakov, psiquiatra y sexólogo, es categórico: «El deseo de satisfacciones sexuales y, ante todo, del orgasmo, no es fundamental en la sexualidad.»[153] Licenciada en ciencias filosóficas, V. Chertkov escribe en un folleto titulado *Del amor* lo que representa un «papel esencial»: «Según Marx, el instinto sexual se humaniza por el trabajo y la lucha llevados en común por el hombre y la mujer.»

La intromisión del Estado en el ámbito familiar se extiende a los campos más íntimos de la vida. En 1966, Alexéi Kosiguin se negó en nombre de la URSS a firmar la Carta de la Población, elaborada por la ONU y tendente a mejorar el control de la natalidad. Justificó su posición al declarar que traer niños al mundo es un asunto privado que no atañe más que a la familia, y en ningún caso debe ser objeto de planificación, estatal o internacional.[154] En realidad, no deseaba dejar a los esposos el cuidado de «planificar» la familia ni admitir que se trataba de un asunto privado. La obstinada negativa a organizar la producción de medios anticonceptivos —si bien autorizando los abortos— no se explicaba por dificultades técnicas, sino por una voluntad de controlar al individuo. Según los médicos, la mujer soviética sufre un promedio de seis a ocho abortos en el transcurso de su vida. Accesible y poco onerosa, esta operación —un raspado, como en el siglo XIX— precisa de una inscripción previa en el hospital. Se halla, por tanto, controlada por el Estado.

En febrero de 1980, un periódico de Riga inauguró una sección titulada «Relaciones». Los lectores podían insertar anuncios cuando deseaban entablar conocimiento con un hombre o una mujer sin compañía. Desde hacía bastantes años, estaban en curso conversaciones referentes a la creación de un servicio de dicho tipo. En 1970, la *Literatúrnaia Gazeta* efectuó un primer sondeo entre sus lectores: un 20 % se pronunció contra este tipo de relaciones, consideradas como inmorales. Siete años más tarde, los opositores no sumaban más que un 1 %. Entraron asimismo en liza criterios «ideológicos», puesto que los sociólogos afirmaban que en la sociedad soviética no había razones para sentirse solo, ya que «no existían barreras económicas o de clase que pudieran obstaculizar las relaciones entre los individuos».[155] El primer sondeo efectuado sobre este punto: «¿Se siente usted solo(a)?», dio un resultado bastante inesperado. Un 35 % de hombres y un 43 % de mujeres respondió «sí».[156] La literatura presenta ejemplos de soviéticos trá-

gicamente solos, aun en el seno de su propia familia. Los escritores varones echan la culpa a las mujeres. Vasili Chukchin, uno de los autores soviéticos más inteligentes de los años sesenta, reprochaba a las mujeres su apego excesivo a los bienes y cosas de este mundo; las acusaba de quitar a los hombres la poca libertad que les quedaba en los límites del control impuesto por el Estado. Pável Nilin *(Un capricho)* y Vladímir Voinóvich *(Por medio de un intercambio de cartas)* completaron a su vez el tipo femenino descrito por Chukchin. Los rasgos pintorescos de que le dotaron testimoniaban la total incompatibilidad entre el hombre y la mujer en el seno de la familia soviética. Para el hombre, la mujer, guardiana del hogar familiar, se convierte en símbolo de las cadenas que está obligado a llevar. Como no tiene valor de rebelarse contra el Estado, declara la guerra a su esposa.

Las revistas femeninas aparecidas en Samizdat al final de los años setenta ofrecían muchos ejemplos del aspecto trágico que tiene la condición femenina en la URSS. Las mujeres contaban la realidad, sesenta años después de la gran fiesta de la «liberación», de la «igualdad» y del «amor libre». En sus relatos evocaban las condiciones de pesadilla de los partos, las humillaciones que había que sufrir a fin de obtener los documentos necesarios para un aborto, operación que se practica sin anestesia. «Se aborta de dos en dos en la sala y a veces los abortos son seis al mismo tiempo. Las plazas están dispuestas de tal manera que cada cual ve todo lo que pasa delante.» [157] También relatan la situación de las guarderías, donde se roba el alimento destinado a los niños,[158] así como la gratificación de cinco rublos concedida, al precio de múltiples formalidades y humillaciones, para los niños nacidos fuera del matrimonio.[159] Las autoras de estos artículos hacen recaer todas las faltas sobre los hombres, sobre el patriarcado que ha degenerado en «falocracia».[160] Adoptan así la posición de las feministas occidentales que luchan por el reconocimiento de sus derechos en los países democráticos.

No menos convincente resulta la explicación sobre la situación de las mujeres en la URSS y de la guerra declarada de sexos en el relato de Valentina Yermoláieva titulado *Paseos de hombres*. La escritora soviética no puede permitirse más que alusiones sobre la dureza de la condición femenina. Describe a mujeres que llevan por sí solas el peso del sistema y sufren por todo a cambio de nada. En efecto, los hombres no les dan ayuda, ni compasión, ni amor, ni ternura. Para Valentina Yermoláieva esta actitud del hombre soviético respecto a las mujeres es el resultado de la educación. El hombre sigue siendo un niño toda su vida. «¿Cómo podría ser libre interiormente un hombre a quien no han inculcado desde su edad más joven que el concepto de la disciplina?», se lee en el libro. «En casa le dicen: ¡no toques nada! ¡Está prohibido! ¡Cuidado!

En la clase de párvulos: ¡Otra vez en fila, Fiálkov! ¡Cógete de la mano de tu compañero! ¿Por qué te arrastras detrás de los demás? Sí, la gente; sí, la calle; sí, andan... ¿No vas a decirme que no lo has visto hasta ahora? Todos los demás se comportan normalmente, como niños, y sólo él está siempre triscando por doquier. En la escuela: Fiálkov, ¡deja tu imaginación en casa! En clase: escucha todo lo que te digan y haz lo que te mandan tus mayores. En el instituto: ¿se ha creído usted, Fiálkov, más inteligente que los demás? ¡No formule preguntas estúpidas! ¡Está usted en un coloquio, no en un concurso de la televisión!» [161]

Luego, el hombre soviético, educado en un espíritu de sumisión a los demás, se casa y sigue siendo para siempre un muchachuelo caprichoso que venga sobre su mujer todas las vejaciones, todas las afrentas sufridas. Se venga, sobre todo, de su dependencia. El Estado —el Partido— es, en efecto, el único árbitro, juez y confesor.

Los sociólogos soviéticos consideran que «el enemigo más temible de la familia es en la actualidad el alcoholismo».[162] Nadie podría dudarlo en la Unión Soviética. La conferencia convocada para tratar los problemas de la educación comunista consideró indispensable comprobar este importante hecho de la «educación comunista»: «En la URSS una familia gasta como promedio un rublo de cada dos en bebidas alcohólicas. En el campo, el alcohol puede devorar hasta el treinta por ciento de los ingresos familiares. De un doce a un quince por ciento de la población ingresa cada año, en un momento u otro, en los centros de desintoxicación.» [163] Resulta inútil precisar que se trata de cifras oficiales. Los estudios efectuados al margen de las instituciones del Estado ofrecen un cuadro aún más penoso de la situación.

Los sociólogos soviéticos hacen constar que «no se hallan claramente determinadas todavía las causas del alcoholismo».[164] Evidentemente, son múltiples. Pero llama la atención un curioso fenómeno: en las condiciones de penuria crónica que conoce la URSS, tanto en las ciudades como en las zonas rurales se encuentran siempre en los comercios bebidas alcohólicas aun cuando no haya otra cosa. La necesidad de cumplimentar el Plan lleva, cuando las otras provisiones no existen, a vender la mayor cantidad posible del único producto siempre disponible: el alcohol. Para utilizar la expresión de un autor de Samizdat, es «la mercancía número 1». En 1979, el comercio del alcohol produjo 19 000 millones de rublos, es decir, más que las cantidades desembolsadas para la salud y la seguridad social.[165]

Feminista soviética, miembro del comité de redacción de la revista *La mujer en la URSS* y expulsada de la Unión Soviética con dos de sus colegas, Tatiana Mamónova reconoce que los hombres de la URSS beben para soportar mejor la vida que llevan dentro

del sistema, y añade que las mujeres se enfrentan a condiciones de vida más difíciles todavía, pero beben menos.[166]

Las condiciones que existen en la Unión Soviética han permitido efectuar lo que puede considerarse como una experiencia biológica. Mientras las mujeres llevan una carga incomparablemente más pesada que los hombres, la diferencia entre la esperanza de vida de unas y otros ha alcanzado en la URSS proporciones nunca vistas en país evolucionado alguno: en 1980, las mujeres vivían doce años más que los hombres.[167] Es importante resaltar que la diferencia aumenta: en los años 1968-1971 era de nueve años.[168] Dicha diferencia, en constante aumento, entre la esperanza de vida de los hombres y de las mujeres coincide con una disminución general de la esperanza de vida media y con un aumento de la mortalidad. Las cifras oficiales de 1981 dan fe de 10,2 defunciones por cada 1 000 personas,[169] mientras que en Estados Unidos no son más que 5,68.[170] La caída de la natalidad es la gran característica de la demografía soviética. Para los especialistas de la URSS, este «factor fundamental» se debe a una participación acrecentada de las mujeres «en la producción social, debida a la igualdad de derechos que tienen asegurada en los campos político, cultural y económico, así como a la mejora de su nivel de instrucción y de cultura».[171] Es difícil sin embargo hacer responsables a las mujeres de la mortalidad infantil, en neto aumento; nada menos que un tercio entre 1971-1975 según las cifras oficiales. Al no tener la posibilidad de echar la culpa a las mujeres y eludir la difusión de las verdaderas razones de la mortalidad infantil (la grave crisis de la medicina soviética, por falta de unos recursos que no se escatiman para el ejército y los armamentos), los dirigentes soviéticos prohíben —desde 1975— publicar cualquier estadística al respecto.

A pesar de la carga suplementaria que constituye para ellas el trabajo doméstico, se benefician de menor número de bajas por enfermedad de los hombres y cambian raramente de lugar de trabajo. Las mujeres son el fundamento más sólido del sistema soviético. El Estado utiliza sus funciones de guardianas del hogar y de los valores morales que les restan, para refozar su poder.

Con insistencia e incluso con obstinación, el Partido no deja de proclamar que tiene el deber —el derecho— de no perder de vista al ciudadano soviético, haga lo que haga. «Nadie lo ignora: el hombre no pasa más que un tercio de su tiempo en la producción —escribía en *Pravda* el secretario del Partido del distrito Kropotkin de Moscú—. Los otros dos tercios los pasa en su casa. ¿Cuáles son sus ocupaciones?» El secretario del comité del distrito no comparte la opinión de quienes consideran que «eso no le importa más que a él». Declara: «La utilización del tiempo libre, el comportamiento en la vida cotidiana o en los lugares públicos... son problemas de Estado que exigen la más seria atención por parte de

los órganos del Partido, los consejos, los sindicatos y las juventudes comunistas.»[172] El primer secretario del Comité Central de Bielorrusia anuncia con orgullo que «los comités del Partido y de las juventudes comunistas, los organismos ideológicos» de las ciudades y distritos de su república «se esfuerzan en situar bajo su influencia cada islote de población, cada barrio, cada manzana de inmuebles; en garantizar una utilización racional e inteligente del tiempo libre, encontrar el medio de luchar sistemáticamente contra toda infracción de las normas de la moral comunista».[173]

El Estado soviético no ha conseguido todavía controlar por entero la vida sexual, las relaciones familiares o el tiempo libre. Deseos no le faltan, pero la resistencia del material humano se ha revelado mucho más fuerte de lo que permitían suponer las exactas leyes científicas emanadas de la enseñanza marxista leninista. Sin embargo, el resultado es ya positivo: el Partido (el Estado) se ha convertido en un miembro de la familia.

C. *La mitología*

> ... Los mitos representan la primera forma de explicación de las cosas y el universo, explicación suministrada con ayuda de los sentimientos y no de la razón.
>
> *Dictionnaire Larousse*

El papel de los mitos en la ideología nazi es evidente. La gran obra teórica del nazismo, además del *Mein Kampf*, se titula *El mito del siglo XX*. Queda por estudiar el papel de la mitología en la doctrina oficial soviética en el arsenal de los instrumentos que sirvan para formar al hombre soviético. Esto se refiere en principio al mito del «carácter científico» del marxismo leninismo y la racionalidad del sistema soviético fundamentado en las leyes de la historia finalmente «reveladas».

Si se define la ideología como un sistema de respuestas únicas que permiten resolver todos los problemas, cabe considerar que la ideología soviética es un sistema que da a todos los problemas respuestas irracionales, mitológicas. El conjunto de los mitos crea alrededor de los hombres soviéticos un círculo mágico que le cierra todas las puertas al mundo exterior. Más aún: termina por darle la impresión de que el mundo exterior no existe. Para utilizar la expresión de Ostap Bender, aventurero y degustador de las buenas palabras, el extranjero es el mito de la vida en el más allá.

El mito presenta el extranjero como el infierno, la guarida de la bestia dispuesta a devorar al «mundo soviético» y otras muchas cosas, ya que lo esencial consiste en impedir su representación tal como es. *En su escuela de dictadores*, Ignazio Silone evoca al filó-

sofo milanés del siglo XVIII Don Ferrante, quien sabía que, según Aristóteles, no existen más que dos categorías: los hechos contingentes y los hechos esenciales. En la medida que el cólera, que entonces causaba estragos en el norte de Italia, no entraba en ninguna de estas categorías fundamentales, el filósofo llegó a la conclusión de que el cólera no existía. Lo que no le impidió contagiarse y morir de aquella enfermedad. La mitología permite crer en lo que no existe y negar la realidad. La irrealidad del mito hace difícil su denuncia por medio de la lógica y la razón. Si se rechaza el mito del extranjero considerado como el infierno, se desemboca con toda naturalidad en hacer del mismo un paraíso.

Al visitar la Unión Soviética en 1932, el joven periodista alemán Klaus Mehnert comprobó entusiasmado: «Ha nacido en Rusia un nuevo mito: el de la creación del mundo por el hombre. En el principio era el caos, el capitalismo... Luego llegaron Marx, Lenin y el Octubre Rojo. El caos fue vencido al término de una lucha encarnizada, que se libró a costa de innumerables víctimas, por el elegido proletariado ruso contra los enemigos interiores y exteriores. En la actualidad, Stalin crea a medida que se desarrolla el plan quinquenal, el orden, la armonía y la justicia absolutas, mientras la quinta o sexta parte del globo terrestre ve castigada su resistencia a las medicinas comunistas con una epidemia de crisis mundial y la plaga del paro. Los pueblos no conocerán paz ni felicidad mientras no reciban a su vez la ilustración que ofrece la hoz y el martillo.» Klaus Mehnert concluía: «Es un mito sencillo y claro. En estos tiempos sin fe se tiene sed de verdades absolutas, y por ello no puede hacer más que adeptos.»[174]

El visitante alemán era un sutil observador. Advirtió que, como todos los mitos, el soviético de la creación de un mundo nuevo engendraba su propia ética, «que inspira a millones de personas y se extiende cada día con mayor amplitud». La nueva ética era tan sencilla y clara como el mito de la que había surgido: tan sólo la lucha contra el resto del mundo, que nos teme y nos odia, permitirá que alcancemos el objetivo; en este combate no habrá perdón para el enemigo ni para los nuestros si cometen un error y pierden su ardor. «Tal es —concluía Klaus Mehnert— la ética de los combatientes.» [175]

El periodista alemán visitaba la Unión Soviética a los quince años del advenimiento del «Octubre Rojo». Desde entonces han transcurrido sesenta años: el mito que tanto le había sorprendido sigue siendo el fundamento de la mitología y de la doctrina soviéticas. La ética de los combatientes del nuevo mundo, de los combatientes que prometen a la humanidad la dicha y la paz bajo el emblema de la hoz y el martillo, sigue asimismo invariable. Pero tal estabilidad fundamental no implica que todos los anillos del círculo mágico permanezcan intactos.

Por vez primera en la historia de la humanidad, una experiencia se efectúa en el curso de varias generaciones: tiene como objetivo la creación de mitos, explicaciones irracionales del mundo y el hombre para satisfacer las concretas necesidades del poder: cuando estos mitos no convienen o han envejecido demasiado, se reemplazan con toda sencillez. Este proceso resulta posible tan sólo por medio de un control absoluto de los instrumentos que permiten el modelado de la conciencia humana.

El dominio de la mitología pone en manos del Partido comunista una de las más poderosas armas para dirigir el país y a los hombres.

En un principio ha necesitado, como Zeus con respecto a Cronos, matar el mito de la Revolución. Yevgueni Zamiatin fue el primero en señalar que la Revolución victoriosa se apresuraba a proclamar que era «la última». Al rechazar toda posibilidad de cambios en el futuro, podía emprender la construcción de un mundo y un hombre nuevo. Había abolido el tiempo y cerrado la puerta a la utopía. En septiembre de 1934, Hitler demostró que Zamiatin había visto las cosas muy claras: «La revolución nos ha traído, en todos los campos sin excepción, lo que esperábamos... No habrá en Alemania, en los mil próximos años, otra revolución.» [176]

Al mito de la Revolución sucedió el mito del Estado. En los años que siguieron al golpe de Estado de Octubre, los guías continuaban creyendo que todo se desarrollaba conforme a las leyes de la historia, formuladas por Marx, y la desaparición del Estado se presentaba como uno de los grandes objetivos. Muy pronto, sin embargo, los líderes más clarividentes del Partido descubrieron con gran sorpresa una correlación entre aquél y el Estado. En 1923, Grigori Zinóviev evocaba con nostalgia «el primer período —el de la lucha— de nuestra Revolución», en el que «las relaciones entre el Partido y el Estado eran sencillas y claras. El Partido organizó el alzamiento. El Partido creó el ejército. El Partido echó sobre sí el peso de la lucha contra la destrucción de la red ferroviaria. El Partido nos salvó de la penuria alimentaria, etc.».[177] Nada podía ser tan sencillo y claro: el Partido era el Estado.

Terminada la guerra civil, surgieron los problemas y se hicieron propuestas tendentes, en esencia, a mantener el Partido dentro de los límites «de los asuntos que le concernían»: tenía que ocuparse «de la agitación y la propaganda, y no pretender monopolizar la dirección política de Rusia».[178] El Partido rechazó categóricamente todos los problemas, las propuestas y las dudas. A pesar de las luchas intestinas, sus líderes no tenían más que un axioma: el poder pertenecía al Partido, que no se lo cedería a nadie. Durante los años veinte, período en cuyo transcurso las fracciones se enfrentaron en el seno del Partido, hubo conciencia de que la desaparición del Estado llevaría aparejada la del Partido.

Apareció claramente a partir de entonces que el Partido era un parásito en el cuerpo del Estado. En consecuencia, cuanto más importante fuera el Estado más fuerte sería el Partido. Se calificó la Prusia de Federico II como un ejército que disponía de un Estado. Desde su creación, el sistema soviético no es más que un Partido que se ha apoderado del Estado.

La mitología del Estado predominó a mediados de los años treinta, cuando el vocablo de patria comenzó a emplearse como su sinónimo, y el Estado-patria se dotó de un padre: Stalin.

El mito del Estado soviético trae aparejados otros mitos: el del Partido omnipotente y omnisciente, del que representaba la sabiduría; el del guía inmortal del que encarnaba la fuerza; el del pueblo que llegado al estadio supremo de la evolución y convencido de la necesidad de servir al Estado-Partido-Guía, «protagoniza una historia nueva, auténtica, de la humanidad».[179]

La creación del mito del Estado permitía detener la historia. La celebración del seiscientos aniversario de la batalla del Campo de las Becadas marcó la instauración de una nueva fiesta conmemorativa soviética. «Esta batalla —afirmaba un poeta subvencionado— hizo nacer el gran principado de Moscú y luego la Rusia antigua y moderna..., el Estado complejo, multinacional que en una perspectiva histórica lejana estaba destinado a convertirse en patria de Lenin, el primer Estado obrero y campesino...»[180] El autor de la novela *Tu nombre* autoriza en ella a San Sergio de Radonezh, que en 1380 bendijo al príncipe Dmitri Donskói antes de la batalla contra los tártaros, para que se apareciera en sueños, seis siglos más tarde, al secretario del comité regional del Partido, subrayando el papel místico del PCUS en la lucha para liberar a la patria del yugo tártaro.[181]

Pravda era categórica: «El tiempo no afecta al leninismo.»[182] El frenazo dado a la historia tras la llegada al poder del partido de Lenin no significaba tan sólo, como quería uno de los mitos más populares, que «Lenin vivió, vive y vivirá». Se proclamaba así la inmortalidad del guía del Partido que simbolizaba la inmortalidad en el seno del propio Partido. Tras la visita a Moscú del presidente Mitterrand, en junio de 1984, los periodistas trazaron un retrato del jefe del PCUS y del Estado soviético, K. Chernenko: «El secretario general del Partido soviético se expresa de una manera bastante inteligente, no se ve obligado siempre a leer monólogos preparados de antemano, aunque lo haga con frecuencia, aun en el curso de entrevistas a solas. Los intercambios de opinión son posibles a veces. Su cerebro parece funcionar asimismo normalmente.»[183] La necesidad de reemplazar a este guía, incapaz de ejercer sus funciones, aparecía evidente. Pero no había razón alguna para jubilar a un personaje místico que no existía más que bebiendo «una y otra vez en las fuentes inagotables y límpidas de las ideas

de Ilich».[184] Brézhnev había encontrado una notable fórmula ritual para traducir el mito de la inmortalidad del guía: cuando renovó los carnets del Partido, asignó el número uno a Lenin y tuvo el honor de atribuirse el número dos.[185]

El carácter mítico del guía del PCUS legitimaba su poder, cuyos límites se había fijado él mismo y que le permitió permanecer en su puesto a pesar de que estaba ya medio muerto. La caída de Jruschov tuvo su origen en que había atentado de la manera más sacrílega contra el mito del guía: la conducta del secretario general tenía visos de blasfemia. El conclave del alto clero decidió entonces el relevo del sumo sacerdote que había osado mancillar el mito. El carácter mítico del poder ejercido por el secretario general quiere que no vacile un solo momento, ni siquiera en período de crisis. En los días que siguieron a la invasión de la URSS por las tropas de Hitler, el ejército soviético experimentó grandes pérdidas: el mando estaba paralizado por la sencilla razón de que Stalin, que había buscado refugio lejos del mundo, en su *dacha*, no impartió orden alguna por lo menos durante diez días. Durante las enfermedades de Brézhnev, Andrópov y Chernenko —en total, bastantes años—, la política soviética estuvo paralizada. La dirección colectiva se traduce en que los más influyentes miembros del Politburó tienen derecho de veto, pero sólo un impulso del secretario general, del mítico guía, les da la posibilidad de decir «sí».

El pueblo es el menos concreto de los elementos que entran en la composición del mito del Estado. El propio Estado y el Partido adoptan formas concretas, estructuras reales que desempeñan funciones míticas. El pueblo, por su parte, carece de otra estructura que la que marcan las fronteras del Estado que, para utilizar la expresión de Jruschov, aseguran con candado las puertas del paraíso e impiden al pueblo soviético disolverse en la humanidad. La definición del pueblo la dan los expertos en ideología, que deciden quién forma parte del pueblo y quién está excluido. El mito del pueblo ha sucedido al mito del proletariado, clase hegemónica. La Constitución staliniana de 1936 destruyó el mito del proletariado como clase dominante y que por este hecho tenía derecho a privilegios intangibles. Al suprimir dichos privilegios y restablecer en sus derechos a ciertos «antiguos», la Constitución staliniana realizó el sueño de Shigaliov: un país donde todos son iguales porque todos son esclavos.

Mediados los años sesenta, apareció la expresión «Estado del pueblo entero» (traducción literal de la *Volksgemeinschaft* nazi), patria de «una nueva comunidad histórica: el pueblo soviético».[186] Según una definición del *Diccionario político*, el Estado del pueblo entero «traduce los intereses y la voluntad de todos los trabajadores, del conjunto del pueblo».[187] Medio siglo antes, Hitler había presentado su *Volksgemeinschaft* como una «auténtica asociación

de trabajo, la reunión de todos los intereses, el rechazo de la ciudadanía individual y la creación de una masa dinámica, unida y organizada».[188] La hipótesis definitiva del mito del Estado soviético —«Estado popular de todo el pueblo soviético»— llena magníficamente la primera función del mito, tal como la define el diccionario francés Larousse, que explica «las cosas del universo» sin recurrir a la razón. El «Estado de todo el pueblo» es la etapa suprema de la democracia, cuyo «iniciador y principal garante es el PCUS».[189] El Estado soviético es a la vez el «Estado del pueblo entero» en cuyo seno todos los pueblos son rigurosamente iguales, y el Estado ruso, en el seno del cual el pueblo ruso es «primero entre los iguales». El componente ruso es la esencia misma del sovietismo, la fuerza motriz de la «civilización socialista» del mundo futuro. Autor de novelas políticas, Alexandr Projánov celebra el «peso del hombre ruso-soviético», que lleva el comunismo al mundo: «El mundo es empujado hacia el socialismo como un proceso inevitable e irreversible».[190] El mérito hay que cargarlo, ante todo, en la cuenta de los rusos. Viven difícilmente, pobremente, y no comen cuanto debieran. En la región de Smolensk, en el corazón de Rusia, resulta imposible en invierno, sesenta y cinco años después de la Revolución, desplazarse de un pueblo a otro. Todo ello porque es preciso alimentar a los afganos, así como construir carreteras en Nigeria o Kampuchea.[191]

La prensa soviética explica la insuficiencia de los abastecimientos y la ausencia de carreteras, extremadamente sensible en la República rusa, culpando a la corrupción, la ociosidad y la vida lujosa de los habitantes de las repúblicas no rusas. Los periódicos soviéticos publican raramente información sobre los procesos en curso o ejemplos de corrupción. Cuando la prensa recibe orden de poner estos hechos en conocimiento del público han tenido efecto, por regla general, en las repúblicas del Cáucaso central, donde son atribuidos además a individuos con patronímico judío.

Según el censo de 1979, la Unión Soviética agrupa veintiuna naciones no rusas que cuentan cada una más de un millón de personas, desde los 42,3 millones de ucranianos hasta el millón de estonianos. Estos pueblos constituyen la mitad de la población del país. Se sienten oprimidos y explotados por los rusos, lo que permite explicar sus dificultades, insuficiencias e insatisfacción. Una nueva serie de anécdotas, surgidas al principio de los años ochenta, adoptó como objetivo —tras Lenin, radio Yereván y Chapáiev— a los chukchi. Antes de la Revolución, dice una de ellas, los chukchi no tenían más que dos sensaciones: el hambre y el frío. Hoy expresan otro sentimiento: la gratitud. De igual manera podría decirse de los rusos: que el poder soviético les ha procurado la satisfacción de pertenecer a una gran potencia.

El mito del Estado soviético, balance definitivo de mil años

de historia rusa, permite desviar los sentimientos patrióticos más naturales para convertirlos en instrumentos que ayudan a forjar al hombre soviético. Nada se descuida para que ruso y soviético se hagan sinónimos en las conciencias y, por tanto, lo antisoviético sea asimilado a lo antirruso. La ideología soviética ha recuperado el nacionalismo ruso, fagocitando y desviando los sentimientos nacionales. O dicho en otras palabras y según la formulación de las ideas soviéticas: en las condiciones del socialismo evolucionado se asiste «al acercamiento, a la fusión de las nociones de patria y Estado».[193] Como la historia de estos últimos setenta años atestigua, los sentimientos nacionales eran, con la religión, los pilares extremadamente sólidos que permitían resistir el asalto de la ideología soviética. Por ello, y desde el principio, se llevó a efecto una guerra implacable contra los nacionalismos no rusos que se negaban a su fagocitación o a convertirse en servidores del Estado.

La utilización del nacionalismo ruso en el sistema ideológico soviético corre el riesgo de degenerar en nacionalsocialismo. Entre los ideólogos soviéticos se encuentran numerosos partidarios de dicha evolución; en la actualidad, se les mantiene bajo control, aunque éste sea en ocasiones lo suficientemente ligero como para permitirles publicar textos que no tienen nada que envidiar a los panfletos nacionalsocialistas por el odio que expresan contra otros pueblos.

Para calificar los «excesos» a los que se entregan algunos incondicionales del nacionalismo ruso y definir un marco que limite la difusión de ideas nazis, se ha recurrido al término «antihistoricismo». La expresión está tomada en préstamo a los filósofos nazis que arremetían contra Descartes acusándole de «vacío antihistórico», racionalismo e individualismo.[194] Es «antihistórico» todo apasionamiento por el nacionalismo ruso que lleve a olvidar que «el campo de las relaciones nacionales... en un país multinacional como el nuestro es uno de los más complejos de la vida social».[195] Refiriéndose con benevolencia a numerosos ejemplos de nacionalismo ruso aparecidos en la literatura o las publicaciones políticas, un historiador soviético recordaba en 1972 que tales manifestaciones acarreaban, como respuesta, un reforzamiento de los nacionalismos locales: los georgianos cantaban las excelencias de su reina Tamara; el escritor ucraniano Iván Bilik, «deseoso de glorificar todo lo que podía a Bogdán Gatilo, mítico príncipe de Kíev, llegaba a declarar que aquel nombre disimulaba al jefe de los hunos, Atila»; los kazajos idealizaban a Kenesari Kasímov, su caudillo durante la guerra que sostuvieron contra los rusos en el siglo XIX.[196] En 1984 y bajo un título casi idéntico —*La lucha contra el antihistoricismo*— trató *Pravda* el tema recordando el riesgo de una «reacción en cadena». Evocó a los «revanchistas de la Alemania federal, que vuelven a la carga con su ambición de una Gran Alemania» y a

«los sionistas que ven en los judíos de todas las partes del mundo representantes de una mítica nación judía universal».[197]

En la mitología soviética desempeña un gran papel el mito del monolito, de la unidad. Es uno de los principales elementos legitimadores del Estado soviético, del campo soviético y el movimiento comunista internacional. Fundamentados en una ciencia rigurosamente exacta, el marxismo-leninismo, y conociendo las leyes del proceso histórico, el Estado, el comunismo y el movimiento internacional tienen razón. Cada fisura en lo monolítico, cada discusión sobre la precisión de la línea, cada desviación, socava los fundamentos mismos del sistema. El mito del monolito explica en parte que se quieran limitar los excesos de los ideólogos, ardientes defensores del nacionalismo ruso.

El conflicto entre el Estado soviético multinacional y el mito de la unidad monolítica se resuelve gracias al concepto del «Estado del pueblo entero» *(Volksgemeinschaft)*, que hace también del «pueblo ruso» un modelo, el «primero entre los iguales». Tampoco cabe duda de que el carácter doble y contradictorio de esta fórmula constituye una amenaza contra el propio monolito. Este mito, condición absoluta de la legitimidad de poder, explica la tensión muy viva que envenena las relaciones nacionales en todos los partidos comunistas. No se trata únicamente de los casos de China o Yugoslavia, verdaderamente «multinacionales», sino que se manifiesta también en Polonia, donde las minorías nacionales forman una parte ínfima de la población; en Bulgaria, donde se niega la existencia a los macedonios; en Vietnam, donde se combate a los chinos; en Kampuchea, donde se persigue a los vietnamitas; en Rumanía, donde se oprime a los húngaros; y finalmente en Cuba, donde los negros están apartados del poder.

El mito de la unidad monolítica acarrea para los comunistas la imposibilidad fundamental de aliarse de manera duradera con otros partidos. La única experiencia del género se intentó en el partido de Lenin (los S.R. de izquierda fueron aceptados en el gobierno) y no duró más que seis meses. En Europa occidental, todas las tentativas para integrar a los comunistas en un gobierno terminarían en fracasos; al no resultar suficientemente fuertes para devorar a sus «aliados», los comunistas siempre resolvían marcharse o eran expulsados cuando sus pretensiones sobrepasaban demasiado sus posibilidades.

El mito del monolito tiene, entre otras funciones, la designación del enemigo. Cuantos socavan la unidad y amenazan destruirla o están potencialmente en condiciones de hacerlo, se consideran enemigos. Inversamente, a cada enemigo se le presenta como hostil a la unidad, al monolito. Al convertirse la unidad en un mito, el enemigo se transforma a su vez en una noción mítica e irracional. La autorización que a principio de los años sesenta se concedió a

los judíos para abandonar la URSS fue un hallazgo genial de los creadores de la mitología soviética. En un país que es imposible abandonar, el grupo que obtiene ese derecho se convierte en enemigo: atenta a la «unidad», al «monolito», incluso si luego se le retira el derecho o incluso si no todos sus individuos tienen deseos de marcharse. El carácter irracional del enemigo explica el éxito que disfruta la «teoría de las conjuras», fundamento de la política soviética en el interior como en el exterior. Desde la «conjura imperialista» —la de la CIA o la del judaísmo mundial— hasta la de los masones, particularmente popular a principios de los años ochenta por razón del sumario sobre el atentado dirigido contra el Papa y el descubrimiento de la logia Gelli en Italia, todos esos casos, sin excepción, aparecen presentados como un atentado a la unidad, un desafío a la verdad que explica el mundo y crea el hombre nuevo.

El mito del monolito abarca asimismo el del enemigo que tiende a socavar la unidad. De esta manera aparece justificada la única salida posible: luchar contra todos los que amenazan el monolito e impiden al planeta sumarse al único sistema científicamente justo. La encarnizada guerra que prosigue incansablemente será forzosamente victoriosa, puesto que el «comunismo es inevitable».

Emanación del Estado mitológico monolítico, los «Órganos» y «La Pogne» [198] son omnipotentes, omniscientes e infalibles. La novela *El triunfo de Tarzán*, de Edgar Rice Burroughs, es sin duda la mejor representación literaria del Estado soviético mitológico. El guía mítico de una Rusia soviética mítica envía a un agente de la GPU a la selva con orden de acabar con la figura más popular del siglo XX, que es Tarzán.[199] El encuentro de los dos mitos acaba con el triunfo del rey de la selva. El autor hubiera podido terminar su novela con una profecía: «Tarzán ha vivido, Tarzán vive, Tarzán vivirá.» Pero sólo las novelas tienen un final feliz.

Los grandes mitos soviéticos son el fundamento del Estado. La tríada hitleriana —un solo Estado, un solo pueblo, un solo Führer— aparece ahora adoptado por los soviéticos: un solo Partido, un solo Estado, un solo pueblo (¡el soviético!).

Los mitos forman los anillos del círculo mágico en cuyo seno nace, vive y muere el hombre soviético. Al alienar y deformar los pensamientos y los sentimientos, tapian todas las salidas del círculo mágico: el nacionalismo se convierte en un medio para forjar una gran potencia; la religión —sobre todo si se dispone de una Iglesia bien organizada— sirve de correa de transmisión de la ideología dominante; y la familia, de la que el Estado se ha hecho miembro, deja de ser refugio contra el colectivo.

Klaus Mehnert conocía bien la lengua rusa. Su testimonio sobre la atmósfera del primer plan quinquenal es interesante en muchos aspectos, entre otras cosas porque al charlar con la juventud

soviética —«selección de la nación», como se encarga de subrayar— el periodista alemán no deja de pensar en los acontecimientos que se desarrollan en su propio país. Compara así constantemente la experiencia soviética con las posibilidades de Alemania. E insiste en «que a los ojos de la juventud soviética el elemento "socialista" y el elemento "nacional" se confunden...».[200] Entusiasmado, Klaus Mehnert extrae esta consecuencia, elemental en su formulación: la Revolución «ha eliminado una clase de escasa importancia numérica —comparada con el conjunto de la nación—, una clase parásita y, además, degenerada en gran parte».[201] Por consecuencia, desde 1932 «las nociones "yo" y "mío" se han abandonado en la Unión Soviética en favor de "nosotros" y "nuestro"»;[202] «ha nacido una nueva concepción del mundo, en la que el problema de la felicidad no representa papel alguno».[203] Para resumir: «la línea general» se ha convertido en una «verdad comúnmente admitida».[204]

Klaus Mehnert creía en lo que escribía y estaba convencido de que todos lo creían como él. En aquellos momentos, Borís Pasternak, en una carta a Andréi Bieli, se confiesa aterrorizado al comprobar que «la realidad sobrepasa las fantasmagorías de Dostoievski y Bieli».[205] El periodista alemán tenía sus razones para creer: había encontrado hombres convencidos de lo que habían hecho, de lo que hacían y de lo que harían en el futuro.

La muerte de Stalin marcó el final de la «era de la fe» y el advenimiento de una era nueva, período de divergencias, de dudas, de efervescencia disidente. Muy pronto, sin embargo, las cosas reanudaron su curso normal, el del socialismo «constituido», «maduro» y «evolucionado» de una «sociedad socialmente una»[206] que reivindica «sus puntos de vista-marco».[207] Pero las dudas aparecidas tras la muerte del Padre y Maestro se superarán sólo en detrimento de la fe primera y del entusiasmo de la juventud que en los años treinta habían despertado la admiración de los visitantes extranjeros y que la guerra había reanimado.

Se cometieron errores irreparables: en los días siguientes a la defunción de Stalin se destruyó el mito de la infalibilidad de los «Órganos»: los médicos acusados de haber fomentado una «conjura judía», que estaban detenidos, fueron puestos en libertad. En 1956 se quebrantó el mito fundamental de la infalibilidad del guía: Jruschov denunció el «culto a la personalidad». En 1964 se asistió a una revolución palaciega: el primer secretario del Comité Central, Jruschov, aquel provocador de desavenencias, fue destituido. Se restableció la calma, pero la fe se perdió definitivamente. El ritual, a un tiempo político y cotidiano, fue a partir de entonces un armazón que sostiene la estructura mitológica del sistema.

Los científicos soviéticos subrayan los dos grandes componentes de la religión: la conciencia religiosa y el culto. Se admite, pues,

como criterio de religiosidad la conciencia de los creyentes que se expresa en sus representaciones pero también en su comportamiento: observancia de los ritos y participación en las actividades de las organizaciones religiosas.[208] Si se sustituye el vocablo «religioso» por el de «soviético», se obtiene una excelente definición de las exigencias que debe satisfacer hoy en día el ciudadano de la URSS.

Puede creer en el comunismo; nadie se lo prohíbe aunque la abierta propaganda de las ideas soviéticas despierta sospechas. Se exige sobre todo de él que observe los ritos o, para utilizar la expresión de los especialistas en religión, «que cumplimente ciertos actos religiosos precisos».[209] De cualquier manera que se le considere, la sumisión al ritual es obligatoria. Como escribe el escultor Ernst Neizviestni, que conoce mejor que nadie el sistema soviético, «un funcionario puede situarse personalmente en la oposición; eso carece en absoluto de peso político: es su conciencia nocturna. Sólo quienes hablan en la tribuna tienen peso político».[210] Esto puede aplicarse a todos los soviéticos, puesto que cada uno de ellos es un funcionario, cada uno de ellos, en un puesto u otro, sirve al Estado.

El ritual, la estricta observancia de los ritos, tensan el círculo mágico en el que el hombre soviético se ha encerrado. Los ritos son de dos especies: políticos y cotidianos. Pero su valor es el mismo, ya que cumplimentan una sola y única función. Cada uno de tales ritos —votar en una asamblea, enviar una carta a los periódicos para estigmatizar al «enemigo», aplaudir en el buen momento, llevar los pantalones de la misma amplitud que todos o faldas de idéntica longitud— es una prenda de fidelidad, de devoción; la marca de un vínculo indefectible con el Estado, la patria, el Partido, el colectivo. Los ritos crean un terreno semántico: toda tentativa para salir de dicho terreno es un crimen político. El autor anónimo de las palabras más célebres del período staliniano —un guardián que advierte a los detenidos que vigila: todo paso a izquierda o derecha se considerará una tentativa de huida y los guardias dispararán sin advertencia previa— define de la manera más genial la función del ritual soviético.

La historia del movimiento disidente puede considerarse como la tentativa de romper este círculo mágico, de infringir los ritos. El hombre soviético se convierte —o no se convierte— en un disidente o un renegado según decida votar «en favor» o «en contra» o abstenerse sencillamente de firmar una carta de acusación o de protesta. En *Archipiélago Gulag*, Alexandr Solzhenitsin narra la historia auténtica de un comunista detenido por haber dejado de aplaudir el primero el nombre de Stalin al cabo de diez minutos. El escritor albanés Ismail Kadare, que no aprecia mucho a los «revisionistas» soviéticos y se muestra lleno de admiración por Enver Hoxja, auténtico marxista para él, cuenta en su novela *El gran*

invierno, consagrada al «cisma histórico», la anécdota perfectamente verosímil de que tras los discursos de Stalin se llevaban al Kremlin cubos de agua salada que permitían a los delegados aliviar sus manos hinchadas de tanto aplaudir. La invitación de Solzhenitsin a no «vivir en la mentira» puede considerarse un llamamiento a romper el círculo mágico dejando de observar los ritos soviéticos.

Todo el mundo se comporta de idéntica manera: todos piensan, pues, la misma cosa y siguen en las filas del colectivo. Al asistir, situado ante el inmueble del Comité Central, a la salida de los dirigentes —«el cerebro del país», como les llama— al final de una jornada de trabajo, Neizviestni descubrió con gran sorpresa suya «un rebaño harto y uniforme»: «Ante mí pasaban gemelos fabricados en incubadoras y que carecían de cualquier rasgo individual. Su diferencia de peso y talla no significaba nada.»[212]

Está bien claro que si el «cerebro del país » se presenta como un rebaño de «gemelos fabricados en incubadoras», sus habitantes —los ciudadanos soviéticos— gozan todavía menos del derecho de destacarse de la masa, de dar «un paso al través». La unificación, lo que los nazis denominaban la *Gleichschaltung* lleva a la revuelta o suscita una preocupación pronto transformada en descontento supremo. Natalia Makárova, estrella del ballet de Leningrado, que disponía de todas las ventajas que ofrece la vida soviética, decidió permanecer en el extranjero y dio la misma razón que el chófer Yuri Alexándrov: el aburrimiento.[213] El biógrafo Serguéi Müge acabó por obtener autorización para emigrar y explicó: «Aquí, en Estados Unidos, he adquirido el grado de libertad que me faltaba en la URSS: la libertad de no tomar parte en juegos que me son extraños.»[214] Rehusó sacrificarse al ritual.

Los psicólogos soviéticos reconocen que «en las condiciones de una estandarización de la percepción de las actividades humanas, tanto en el campo de la producción como en la vida cotidiana, se comprueba una creciente demanda de lo "inhabitual", de lo "no estándar"».[215] Pero esta demanda está considerada como una violación del marco impuesto a la vida soviética. El conformismo se eleva al rango de ideal. En el manual de psicología social destinado a los estudiantes de la Universidad Lumumba de Moscú, que prepara a los cuadros revolucionarios de los países del Tercer Mundo, se define el conformismo como «una conducta perfectamente adecuada a las normas, los valores, las opiniones y el espíritu de grupo». El manual cita como ejemplo de «no conformismo» el «anarquismo pequeño burgués», expresión de una tendencia de la personalidad a oponerse a las exigencias de grupo, incluso cuando son justas y están reconocidas por la mayoría de sus miembros».[216]

La estricta observancia de los ritos debe acarrear una pérdida completa de la personalidad, que se funde en el colectivo. Como

resultado de esta «educación ritual», el hombre no tiene ya deseo alguno de efectuar opciones, de tomar decisiones por sí mismo. En sus *Recuerdos* cuenta Jruschov cómo alarmó a Malénkov al anunciarle su intención de proponer a Stalin un proyecto que el guía no había ordenado. «¿Qué vas a hacer? ¿Qué vas a hacer?», exclamaba Malénkov aterrorizado. Y le comunicó también la detención de los dirigentes de Leningrado que habían querido jugar a los «independientes» y organizaron una feria sin autorización.[217] En la noche del 21 al 22 de junio de 1941, los jefes de los ejércitos soviéticos no dieron orden de disparar sobre los alemanes porque a pesar de que la guerra había comenzado, esperaban una autorización «de arriba». Puede parecer que todo ello correspondía a la época staliniana. Pero Ernst Neizviestni informa sobre el caso de dos oficiales detenidos por haber ordenado disparar sobre los chinos que habían franqueado la frontera en 1969. Cuando Moscú dio finalmente orden de «resistir», se puso en libertad a los oficiales, que fueron declarados héroes de la Unión Soviética. No cabe duda alguna de que la orden de derribar el Boeing surcoreano, en 1983, llegó «de lo alto», ya que en los grados inferiores, ningún soviético, aunque fuera general, se hubiera atrevido a tomar semejante iniciativa.

Entre la fe y el ritual existe un matiz dialéctico sutil (en su libro *El pensamiento cautivo* emplea Czeslaw Milosz la palabra persa *ketman* para designar la dialéctica que se utiliza a fin de sojuzgar a los escritores) que permite al Estado soviético superar las dificultades engendradas por la «estandarización de la percepción», el carácter obligatorio de los gestos rituales. Los problemas aparecen con el aumento del nivel medio de instrucción, la influencia de las nuevas técnicas de comunicación y cierta mejora de la vida que se producen en el transcurso de los años sesenta. Todo hace creer que los dirigentes soviéticos consideran el alcoholismo como un mal menor comparado con la tensión que reinaría en el país si no hubiera vodka. En la Unión Soviética, el alcoholismo se ha convertido en uno de los ritos más importantes, en un signo perteneciente al colectivo. En el transcurso de una entrevista con un periodista, el ministro de la Salud declaró en 1980: «Celebramos que las estadísticas señalen un aumento en el número de alcohólicos», justificando su «satisfacción» por el hecho de que «la localización de enfermos se intensifique».[218] Es obvio que el ministro de la Salud no comunicaba ninguna de las estadísticas que son secreto de Estado. Pero los cálculos de un científico norteamericano indican que el alcoholismo mató en la Unión Soviética y en el transcurso del año 1976 mil veces más que en Estados Unidos. Se trataba de hombres adultos, todos ellos pertenecientes en su mayor parte a la población activa.[219] En 1982, la *Literatúrnaia Gazeta* publicó los resultados de una encuesta efectuada en las escuelas

de Perm: entre los alumnos de las tres primeras clases (de siete a nueve años de edad) un 31,2 % o, dicho en otros términos, uno de cada tres, había consumido ya bebidas alcohólicas. La encuesta demostraba que los incitadores habían sido sus padres.[220] Se trataba, pues, de un medio como otro para asociarlos a la vida del colectivo soviético.

En su implacable lucha contra las «tentaciones de Occidente» —música norteamericana, pantalones vaqueros—, el Estado soviético hace todo lo posible para controlar el consumo de estos bienes prohibidos: los patinadores soviéticos ejecutan sus figuras al son de una música occidental moderna, lo que permite a los teleespectadores escucharla, ya que el patinaje artístico es uno de los deportes favoritos de los soviéticos. Después de años enteros de guerra contra los vaqueros, la Unión Soviética adquirió a Italia una fábrica de aquellos pantalones «subversivos». Escritores, pintores, músicos y cineastas pueden apartarse en determinados casos y en proporción comedida de la doctrina, aunque siempre a condición de observar estrictamente el ritual: de esta manera, Dmitri Shostakóvich firma cartas contra gentes a las que aprecia, mientras que Chinguiz Aitmátov no cesa de escribir en los periódicos que aprueba sin reservas todas las acciones del Estado soviético.

Desde hace algunos años se ha dado autorización para que el erotismo soviético alivie el insoportable aburrimiento de la literatura, animándola un tanto. Ha aparecido un término para designar el fenómeno: el «avivado». Pero cuando el apasionamiento por el «avivado» pareció amenazar las nuevas normas establecidas, un artículo de prensa se apresuró a restablecer el orden. El autor reconocía que «hace unos veinte años» no hubiera podido escribir el artículo, «falto de documentación». Daba decenas de ejemplos extraídos de novelas y relatos. Así, por ejemplo: «Su mirada se insinuó en el escote del vestido, a la búsqueda de los senos de venillas azules y anchas puntas color castaño.» Los temas eróticos más frecuentemente utilizados en la literatura aparecida en 1981 sitúan en escena a una mujer observada mientras se desviste o se baña, o bien desvistiéndose sola ante su espejo. Recordando el «papel de garantía que el arte representa», el periodista se declaraba descontento de encontrar con tanta frecuencia escenas de infidelidad conyugal en las revistas literarias. Reconocía que se «debía hablar también de *aquello*», pero insistía en la necesidad de no alterar los nervios del lector.[221]

La publicación del artículo provocó numerosas cartas que en su mayor parte compartían la opinión. Una planteaba, sin embargo, una buena pregunta: Si alguien decidía escribir una novela sobre la puesta en servicio de una máquina laminadora, ¿podía evitar el «avivado» si quería que su libro tuviera un poco de interés? [222]

El «avivado» se utiliza ampliamente en las raras novelas —siem-

pre confiadas a los autores particularmente seguros— que tratan de la «vida occidental». Los lectores se enteran con inmenso interés de cómo se descompone el «viejo mundo» y cómo los héroes soviéticos observan con repugnancia esa putrefacción soñando, nostálgicos, en la vida sana y alegre que llevan los habitantes de su país. Pero incluso en el «Occidente podrido», el hombre soviético no olvida —al menos en literatura— el ritual. En París, por ejemplo, hay tres lugares que el hombre soviético está obligado a visitar: el cementerio del Père-Lachaise, el piso de Lenin en la calle Marie-Rose y la plaza Pigalle, donde puede comprobar *de visu* hasta qué punto son explotadas y sojuzgadas las mujeres.[223]

Al final de los años cincuenta, los ideólogos soviéticos volvieron a los conceptos de los tiempos posrevolucionarios: la creación de nuevos ritos. Se organizó una campaña para «la instauración de un nuevo ritual arreligioso».[224] En 1964 se celebró la primera conferencia para todo el país consagrada a los ritos socialistas, seguida quince años después de una segunda conferencia-seminario. En el transcurso de algunos años se lograron notables progresos en la elaboración de una «teoría de los ritos socialistas» dentro de la «creación de ritos» declarada tarea primordial del Estado.[225]

El hombre soviético está acosado por los ritos como si fuera un lobo en el transcurso de una batida. Se celebran ritos del invierno, del verano, las cosechas, el primer surco, la entrada en servicio de las fábricas, las victorias obtenidas en la competición, las bodas, la entrega del primer pasaporte, las visitas de los «queridos huéspedes extranjeros», las elecciones a los soviets, los «sábados rojos», los días de trabajo «voluntario». Las medallas, las condecoraciones y los títulos honoríficos que se confieren todos los días a los ciudadanos soviéticos tienen asimismo valor ritual. En Moscú se ha instaurado el ritual del Mausoleo: los cosmonautas acuden a inclinarse antes de emprender su vuelo al espacio, los recién casados después de la ceremonia y los pioneros para prestar juramento.

En los años sesenta se añadió otro «hallazgo»: la llama eterna en la tumba del soldado desconocido. En las innumerables ciudades que poseen una, se ha convertido también en lugar de peregrinaje para los pioneros y los recién casados.

La segunda «conferencia de ritos» comprobó con satisfacción los progresos en la edificación de monumentos conmemorativos. Se construían por doquier: en Mamaievkurgán en recuerdo de la victoria sobre los ejércitos de Hitler; en el Campo de las Becadas, lugar de la primera derrota sufrida por los tártaros; en Yásnaia Poliana, para celebrar a Tolstói; en Shúshenskoie, pueblo de Siberia donde Lenin, exiliado, tuvo una agradable estancia. Al igual que los miembros de la secta de los «agujereadores», convencidos de que les bastaba practicar una abertura en el techo de su isba para

rezar a Dios omnipresente, los «creadores de ritos» soviéticos consideran que cualquier monumento desencadenará en todo hombre un reflejo condicionado, y le inspirará una plegaria de acción de gracias, incluso inconsciente, dedicada al Estado soviético.

Algunos de los nuevos ritos instaurados estuvieron destinados a reemplazar las ceremonias religiosas por fiestas soviéticas intencionadamente fijadas en las mismas fechas. Así, la fiesta del Invierno en el momento de la Navidad o la fiesta del Abedul Rojo en lugar de la Trinidad.[226] Estas «creaciones» de ritos nuevos se practican asimismo en las otras repúblicas. La tendencia general es fabricar fiestas rituales a partir de elementos pedidos en préstamo a las ceremonias precristianas, es decir, paganas. Favoreciéndose de esta tendencia, los letones han conseguido conservar su «Ligo» (fiesta de San Juan), pretendiendo que se trataba de una fiesta anticristiana, antieclesiástica y plebeya.[227] Igualmente, en el Tadzhikistán han podido preservar su «Nauruz», la fiesta tradicional del año nuevo, con el pretexto de que se trataba de «la fiesta de los magos, de los adoradores del fuego y, por tanto, era anterior a la religión musulmana».[228]

La lucha contra la religión desempeña un papel de segundo plano en la «creación de los ritos socialistas», pues lo esencial es la instauración de mitos soviéticos. La fiesta de la «juventud soviética» organizada en Ucrania sobre la base de la tradicional fiesta de Iván Kupala, recogía todo el ritual de aquélla, con el matiz —particularmente elocuente— de que al término de las festividades «se despliega sobre el lago, muy alto en el cielo, una inmensa bandera roja donde se destaca en letras de oro: "¡Viva el comunismo!"».[229]

La «creación de ritos» ha adquirido un carácter organizado, planificado y burocrático. Cada república posee una comisión de ritos y fiestas, verdadera congregación inspirada en la del Vaticano. La forman etnógrafos, sociólogos e ideólogos. Todo es bueno con tal de atraer público a estas «nuevas fiestas», donde se fomenta ampliamente el comercio de alcohol. En período de elecciones se organizan ventas de salchichón, por lo general inencontrable, en las inmediaciones de los colegios electorales. Lo esencial es iniciar a las gentes en los ritos nuevos, crear costumbres, encerrar a los seres en el círculo mágico de la mitología soviética. Lévi-Strauss señala que «las libertades más queridas por los hombres son las de permanecer fieles a los usos, a las tradiciones, a los pequeños privilegios heredados de un largo pasado...»[230] La sustitución por ritos nuevos de los usos antiguos y las tradiciones priva por una parte de libertad al individuo, y crea además la ilusión de que tal libertad sigue existiendo.

La narración *El precursor*, del escritor soviético contemporáneo Vladímir Makanin, es sin duda la parábola más terrible sobre la situación del hombre soviético. Un episodio del relato recoge una

«experiencia japonesa»: se sitúan rayas en un laberinto de cristal repleto de agujas mortales. Los animales corren, caen sobre las agujas y mueren. Hay, sin embargo, una salida del laberinto. Entre las ratas, dos que han recorrido el laberinto ciento cincuenta veces, pero sin llegar al final. En cada ocasión se les dejaba completar una cuarta parte del camino y luego se las volvía a coger para salvarlas así de la muerte segura. Estas dos ratas estaban marcadas con una cruz blanca sobre el lomo. «Llegaron juntas. Dos ratas comunes que creen en el milagro.» [231]

Estas ratas sabían que siempre queda una salida, que es posible encontrar la manera de salir del círculo mágico. Pero para ello hay que creer en el milagro.

Capítulo V

La cultura

Quiero que a la bayoneta se asimile la pluma.

V. Maiakovski

Resulta peligroso formular los deseos porque pueden ser escuchados. En el transcurso de medio siglo, la metáfora de Maiakovski, gran cantor de la Revolución, se ha convertido en axioma de la cultura socialista. «La palabra artística ha sido siempre un arma muy afilada en la lucha por el triunfo del marxismo-leninismo, en el combate ideológico a que están entregados los dos grandes sistemas mundiales», afirma una de las más recientes resoluciones del Comité Central relativa a los problemas de la literatura (1982).[1] Poco antes de su muerte, Y. Andrópov recordó a su vez a los responsables del arte que su misión era velar para que «el arma poderosa que tenían en sus manos sirviera a la causa del comunismo».[2] Los artistas tienen por su parte plena conciencia de ser combatientes.

Popular desde los años veinte, Alexandr Projánov, autor prolífico de novelas políticas, moderniza algo la metáfora de Maiakovski: «El artista de hoy debe semejarse, de hecho, a un cañón.»[3] Al recibir la más alta recompensa de la Unión Soviética, el título de Héroe del Trabajo Socialista, el escritor Yuri Bondárev, promovido así al rango de clásico, declaró: «Soy un soldado. Si lo era en la época que llevaba un arma al hombro, sigo siéndolo hoy, combatiendo por nuestro Partido, que predica la gran idea comunista.»[4]

El héroe de la obra escénica del dramaturgo nazi Hans Johst pronuncia una de las frases más célebres del siglo xx: «Cuando escucho la palabra cultura, saco mi revólver.» Palabras éstas que se

repiten con frecuencia para expresar el odio a la cultura. Pero en el caso de la pieza escénica de Johst, el personaje extrae verdaderamente el revólver de la cultura nazi para aniquilar cualquier otra especie de cultura. Desde su llegada al poder, los nazis se atribuyeron la misión de crear la cultura que precisaban y hacer de ella una de sus principales armas. Los fundadores de la cultura-bayoneta nazi, Goebbels el primero, utilizaron abundantemente la experiencia acumulada por los soviéticos en los tiempos en que edificaban su propia cultura. Cuando el ministro de Propaganda nazi declaró que el arte verdadero —el único admisible— era un arte inspirado por el pueblo y accesible al pueblo,[5] no hacía más que repetir las célebres palabras de Lenin sobre la necesidad de crear un arte «accesible a las masas populares».[6] «La libertad de creación está garantizada por el Estado nuevo. Pero su esfera de utilización tiene que definirse claramente según nuestras necesidades y nuestra responsabilidad nacional, cuyos límites establece la política y no el arte.»[7] Esta afirmación de Goebbels es la simple traducción al lenguaje nazi de la teoría leninista sobre la «literatura de partido». La adhesión fiel de la «creación» al Partido comunista y la política leninista del Partido ayudaban al escritor a efectuar una buena elección histórica...[8] Con una franqueza sorprendente Mijaíl Alexéiev, uno de los responsables de la Unión de Escritores, tradujo en lenguaje sencillo aquellas fórmulas «abstractas». Al evocar *El Don apacible*, *Chapáiev* y *El acorazado Potiomkin*, declaró: «Si las obras de arte pueden nacer en condiciones de no libertad, entonces gritamos: ¡Viva la no libertad!»[9]

La cultura soviética espera todavía a su historiador. Todas las obras escritas hasta la fecha consideran el cine, la música y las bellas artes de idéntica manera que el arte de los pueblos no soviéticos. El destino póstumo de Maiakovski es por sí solo una historia condensada de la cultura soviética. En la velada organizada para celebrar el nonagésimo aniversario del nacimiento del poeta, el Presidium lo compusieron los herederos de Stalin, miembros del Politburó encabezados por G. Álliev, jefe del KGB de Arzebaidzhán durante largos años y gran amante de las artes. En el transcurso de la ceremonia, los más mediocres poetas de la URSS, todos ellos situados en puestos clave de la Unión de Escritores, evocaron a Maiakovski mencionando tan sólo aquella parte de su obra que podía utilizarse a manera de «bayoneta». En el discurso de clausura, un auditor de la Academia politicomilitar habló del «inmenso papel que la poesía de Maiakovski tenía en la educación patriótica, en la impregnación ideológica de los jóvenes defensores de la Patria».[10]

La creación de una nueva cultura pasa siempre por la etapa del nacimiento de creadores de un tipo nuevo. En otros tiempos, declaró Alexéi Tolstói, se decía que los escritores tenían que bus-

car la verdad. Hoy no la buscamos porque se ha encontrado, y su depositario es el Politburó. Conviene educar un nuevo tipo de artista que no se contente con saber que Marx-Engels-Lenin-Stalin conocen la verdad de una vez por todas, sino que aceptan recibir —como una ración— las migajas distribuidas por el Politburó. Para llegar a ello, el Partido decidió convertirse en coautor de todos los artistas, penetrar en los genes del arte.

La historia de la cultura soviética es la historia de su nacionalización, de la transformación de toda forma de cultura en un arma puesta en manos del Estado. Pero como la vía está muy lejos de hallarse trazada, el Partido avanza a tientas. Precisa convencer a sus miembros, así como a los artistas, para que renuncien a sus viejas ideas sobre arte y literatura. Casi inmediatamente después de la Revolución, el Partido encontró el instrumento de su poder: las resoluciones del Comité Central. Desde la primera, en 1922, dirigida a los escritores jóvenes, hasta la de 1984 que definía la nueva misión del cine, todas presentan un rasgo fundamental: la convicción de que el Partido sabe lo que tiene que hacer, cuándo y cómo. Esta certidumbre se expresó primeramente con prudencia, pero a partir de 1932 la afirmación se hizo grosera, impúdica y sin posible apelación.

Las resoluciones y las directrices del Partido se fundamentan en «la verdad del Partido» y en la censura, instaurada a los diez días del golpe de Estado y extendida a lo largo de los decenios que han seguido hasta formar un gigantesco aparato que controla cada palabra pronunciada e impresa (desde las novelas a las etiquetas de las cajas de cerillas). La puesta en práctica de las directrices aparece también facilitada por la nacionalización de todos los útiles de producción de que dispone el artista. Pero el proceso no se hace en un sentido único. Conviene no minimizar el deseo de los creadores de trabajar conjuntamente con el Partido. Aparece bien claro que, al principio, pintores, escritores y cinestastas no comprendían lo que hacían. Algunos artistas creían servir a la Revolución y otros buscaban una protección contra los «creadores proletarios» que tenían como objetivo convertirse en los únicos representantes del «arte del Estado».

En 1922, un grupo de pintores realistas decidió anunciar al Comité Central que se ponía al servicio de la Revolución y esperaba del CC del Partido que indicara a los artistas cómo tenían que trabajar.[11] En 1925, las máximas figuras de la literatura solicitaron ayuda y apoyo al Partido con la promesa de servir con lealtad al poder soviético. En 1928, los cineastas más célebres (entre otros Eisenstein y Pudovkin) se dirigieron a la «comisión del Partido encargada de la cuestiones cinematográficas» para rogarle «la instauración de una dictadura ideológica muy firme». Aunque no pertenecían al Partido, reclamaron un «responsable cultural rojo», un

«órgano rector, ante todo político y cultural, directamente vinculado al Comité Central del Partido bolchevique...».[12]

Menos de diez años más tarde, las dos tendencias (movimiento del Partido hacia los artistas y a la inversa) se unieron. El dramaturgo Vladímir Kirshón hizo decir al protagonista de su pieza escénica *El pan*: «El Partido... es un anillo, una cadena de hierro que une a todos los hombres... A veces, la cadena hiere el cuerpo, pero no puedo vivir sin ella...» Conclusión: sin el Partido era imposible crear. Y Dovzhenko dijo más: el «verdadero artista» no era el que tenía talento o incluso genio, ni el que estaba dedicado a la causa de la Revolución, la clase obrera y la conquista socialista, sino el que dice «sí».[13]

La colaboración entre el artista y el poder adquirió formas diversas. Lenin, que comprendía perfectamente la importancia del arma literaria, se limitaba a unas directrices generales. No había tiempo que perder en detalles, y la cultura interesaba relativamente poco. Para utilizar una expresión de Mark Aldánov, se interesaba en el caso de igual manera que los oficiales alemanes aprendían el ruso: para conocer al enemigo. Stalin, por su parte, se convirtió en «coautor» en el sentido más propio del término. Colaboró directamente con representantes de todas las artes. En 1933, A. Afinoguénov, tras el inmenso éxito de su obra escénica *El miedo*, envió a Stalin el manuscrito de una nueva obra titulada *La mentira*. El Guía estudió el texto y respondió al autor: «Camarada Afinoguénov: El tema de su obra es muy rico, pero usted ha hecho algo bastante pobre.» Por petición instantánea del autor, Stalin emprendió la tarea de mejorar la «forma»: tachó algunas réplicas y añadió otras.[14] El cineasta G. Alexándrov informó en una ocasión que Stalin había apreciado una de sus películas, pero había criticado el título. Poco después, el Guía envió al realizador una lista de doce títulos, subrayando así su respeto por la libertad del creador: el realizador tenía que elegir uno. Lo hizo con el primero propuesto: *La vía radiante*.[15] Dmitri Shostakóvich relata cómo, al querer reemplazar Stalin *La Internacional* por un himno nuevo, y tras escuchar gran número de proyectos, decidió que lo ideal sería que lo compusieran Shostakóvich y Jachaturián. El compositor calificó la idea como «sumamente estúpida», pero sólo la casualidad impidió que fuera ejecutada la orden del Guía coautor.[16]

Los herederos de Stalin promovieron un retroceso y dirigieron la cultura de manera menos personal. Jruschov reunió a escritores, pintores y cineastas en 1962 y 1963, y no sólo distribuyó reprobaciones y recompensas, sino que indició lo que había que escribir o esculpir y la manera de hacerlo. En particular se mostró bastante virulento con el teatro, que había expresado el deseo de «montar» un autor que el secretario general juzgaba anticuado: Shakespeare. Brézhnev fue el primer guía soviético que penetró en el campo de

las letras con aire solemne. Firmó una «trilogía» —unas *Memorias*— oficialmente reconocida como una obra de arte de la prosa rusa y galardonada con el premio Lenin.

Independientemente de su implicación personal en el proceso artístico o incluso de su *nivel*[17] de instrucción, el guía del Partido es la instancia suprema en el campo cultural: esa es una de las obligaciones rituales de su función de sumo sacerdote, puesto que la cultura soviética sustituye la noción de «talento» por la de *idéinost*. Escrita por autores profesionales, la trilogía de Brézhnev no es inferior al nivel medio de obras soviéticas recompensadas con el premio Lenin.

Partiendo del principio de que «todo animal aprecia lo que le es útil y que el gusto estético no es más que una forma de autodefensa del organismo espiritual», el marxista Bela Balach, especialista en problemas de ética, proclama: «*El gusto de clase* es un instinto de conservación *de clase*. Este gusto es la ideología.»[18] De donde se desprende, en buena lógica, que «en las condiciones de una sociedad socialista evolucionada, el grado de talento del artista es igual a su grado de *idéinost*, a la claridad de su concepción del mundo y su sentido cívico».[19] Con el fin de obligar a los artistas a poner en práctica nuevas directrices del Pleno del CC, *Pravda* publicó instrucciones tituladas *Idéinost y talento artístico*.[20]

En el transcurso de los años veinte la cultura comenzó a ser «sovietizada». Shostakóvich contaba una anécdota que se hizo célebre en la época. Maiakovski publicaba regularmente sus poemas en *Komsomólskaia Pravda*. Durante algunos días no apareció ninguno de ellos. Un dirigente llamó por teléfono a la publicación y le explicaron que Maiakovski estaba de viaje. La réplica fue inmediata: «¿No tiene un suplente?»[21]

La transformación de la cultura implicaba la del artista, de su puesto en la sociedad, de su relación con el arte y la realidad. A finales de los años veinte, los creadores se enfrentaron a la siguiente elección: rendirse o perecer. «El problema fundamental de la literatura es en la actualidad cómo ser escritor»,[22] anotó Eichenbaum. Y su libro-diario, que hace balance de la literatura rusa, acaba con estas palabras: «En la época actual, el escritor es una figura grotesca.»[23] Eichenbaum tenía razón, puesto que la alternativa era la siguiente: seguir siendo un escritor o convertirse en un autor soviético. El escritor sería a partir de entonces una figura grotesca: había sido suplantado por el escritor soviético, el «trabajador artístico» de la URSS.

El arte puede reflejar la realidad o crear la suya propia. Pero se vio aparecer una tercera forma de arte, el soviético, en la cual la creación funcionaba como un instrumento, un arma en la lucha por el «mundo y el hombre nuevos», resultado ineluctable de la acción del Partido.

La transformación de la cultura se efectúa progresivamente: se conservan los atributos del arte tradicional, los géneros y los estilos. Pero a partir de 1925 se rechazan las formas innovadoras «que pertenecen a un tiempo pasado», las que los nazis llamarían «arte degenerado» y los críticos soviéticos, «arte burgués en descomposición». Poco a poco, la noción de «talento» quedó excluida de la cultura, incluso cuando artistas que lo poseían continuaban creando. Su talento, a partir de entonces, les perjudicaba más que les servía. Se justificaban en declaraciones públicas, intentaban explicar su punto de vista y terminaban por mutilar sus obras. El cineasta Liev Kuleshov declaró: «Para pintar un buen cuadro hay que observar esta regla esencial: el arte debe ser un arte de partido.» [24] Gorki —del que Eichenbaum explica la aparición en la literatura rusa por una «necesidad de mala literatura»,[25] se convierte en modelo del escritor soviético. Introduce la mentira como fundamento poético en la cultura rusa. En su discurso de clausura en el congreso de escritores, declaró (en presencia de numerosos autores de la Europa occidental) que en el mundo capitalista, «todo escritor honrado puede ver en cualquier momento sus obras quemadas en la plaza pública: en Europa el hombre de letras experimenta más dolorosamente la opresión burguesa, teme que resurja la barbarie medieval que no desdeñaría sin duda restablecer la inquisición para los herejes del pensamiento».[26] Gorki pronunció estas palabras en agosto de 1934, cuatro meses antes del asesinato de Kírov, que desencadenó el principio del «Gran Terror» durante el cual perecieron, entre los millones de víctimas, muchos millones de creadores.

En la primera mitad de los años treinta se acabó de nacionalizar la cultura, que se convirtió, como escribe M. Erdman en su obra *El suicida* (1928), en «una esclava roja en el harén del proletariado». Algunos años después podía hablarse ya de «harén» del Partido, es decir, de harén personal del camarada Stalin.

En *El pensamiento cautivo*, uno de los primeros testimonios sobre el proceso de sovietización de la cultura, Czeselaw Milosz escribía: «Occidente tiene tendencia a no valorar el destino de los pueblos reducidos a la esclavitud más que con arreglo a categorías de opresión y de fuerza. Pero además del miedo corriente, además del deseo de salvarse de la necesidad y la destrucción física, desempeña un gran papel la aspiración a la armonía interior.» [27] Milosz evocaba así la cultura polaca, que, como puede comprobarse después de numerosos decenios, revela una extraordinaria resistencia a la sovietización. La cultura rusa, que fue la primera atacada, se había rendido, vencida por las represiones, el miedo y las medidas administrativas, pero seducida asimismo por la atracción del poder y los mitos.

Gorki abrió el primer congreso de escritores soviéticos con

estas palabras: «Nos proclamamos jueces de un mundo condenado...»[28] El papel de «juez del mundo», de «ingeniero de almas humanas» resultaba extremadamente tentador. En 1922, Serguéi Tretiakov formuló esta reivindicación: «Al lado del hombre de ciencia, el trabajador del arte debe considerarse psicoingeniero, psicoconstructor.»[29] Diez años más tarde, el sueño del futurista Tretiakov se había hecho realidad. El secretario del Comité Central A. Zhdánov anunció al congreso de escritores soviéticos: «El camarada Stalin ha bautizado a nuestros escritores como "ingenieros de almas humanas". ¿Qué significa esta expresión...? Simplemente, que conviene... representar la vida, no de manera escolástica y muerta, ni simplemente como una "realidad objetiva", sino representar la realidad en su desarrollo revolucionario. La verosimilitud y el aspecto histórico concreto de las obras artísticas tienen que combinarse, además, con la tarea de remodelar y educar ideológicamente a los hombres en el espíritu del socialismo... Denominamos este método realismo socialista.»[30]

Los «jueces del mundo» dictaron así una nueva ley sobre la que deberían fundamentarse a partir de entonces sus juicios. Aquella ley negaba «la verdadera realidad», negaba la verdad en provecho de los acuerdos de una instancia suprema, única apta para decidir lo que estaba conforme o no con la «realidad de su desarrollo revolucionario», de lo que podía o no servir para el «remodelado y la educación». La nueva ley definía la ética y la estética. En un relato de Kipling, trazaba Adán dos rayas en el suelo. El diablo, que había visto la escena, le dijo: «Es bonito, pero ¿es arte?» El método del realismo socialista disipó todas las dudas: a partir de entonces, era arte lo que la instancia suprema considerara como tal. La nueva ley se aplicó por todos los lugares en los que el arte socialista consiguió infiltrarse. Luis Buñuel relató que el Partido comunista consideró «burguesa» su película *Los olvidados*, y optó por no hablar de la cinta ni del realizador. Pero se encontró con que V. Pudovkin vio la película y publicó un artículo entusiasta en *Pravda*. Inmediatamente, la actitud del Partido comunista francés experimentó un cambio radical.[31]

Cuando Gorki declaró en el congreso de escritores: «Somos los jueces del mundo», y Zhdánov: «Denominamos este método realismo socialista», no se trataba de los mismos «nosotros». Gorki hablaba de los escritores y Zhdánov, de los dirigentes. El primer congreso de escritores (pronto seguido por los de cineastas, pintores y músicos) marcó la unión de los «trabajadores de la pluma» a la nomenklatura. Los escritores (seguidos por todos los trabajadores de la cultura) hicieron juramento de seguir al guía, al Partido, al Estado. A cambio se les otorgó un puesto en el seno de la jerarquía. Quedó así satisfecha su sed de poder. Se contaron con los dedos de una mano los escritores no autorizados a asistir al

congreso por sospechas de que no estaban dispuestos a «servir»: A. Platónov, M. Bulgákov, O. Mandelstam, A. Ajmátova, N. Zabolotski.

Ernst Neizviestni trazó un cuadro muy elocuente de la escala superior del aparato soviético. Entre la muchedumbre de los «gemelos fabricados en incubadora» que salían del inmueble del CC al final de su jornada de trabajo, descubrió, observándolos más de cerca, dos clases de dirigentes: los pequeños «rojos» y los pequeños «verdes». Los primeros eran aquellos que tomaban las decisiones finales, seres sin tacha puesto que, «según las leyes sociales, no podían equivocarse». Los segundos estaban encargados de «transformar los mugidos de los "pequeños rojos" en lenguaje inteligible. Tenían que adivinar sus deseos y formularlos de tal manera que el "cerebro colectivo" hiciera suyas aquellas fórmulas como si los "pequeños rojos" las hubieran creado por sí mismos».[32]

A la categoría de los «pequeños verdes» había que unir a los «redactores de la corte», ayudantes, filósofos encargados de componer los tratados «teóricos» de los «guías», y de los que era necesario publicar las muy voluminosas «obras»; responsables altamente situados en la cultura, que ocupaban asimismo puestos clave en el seno de las uniones de escritores, pintores, cineastas, etcétera. La Rusia prerrevolucionaria no había conocido nada semejante. Pushkin y Liev Tolstói no eran conocidos en la corte como escritores sino como representantes de la nobleza tradicional. Los escritores soviéticos, por el contrario, se han integrado en la nomenklatura no a título individual sino más bien porque pertenecen a la clase muy especial de los servidores. La situación de los escritores soviéticos viene dada por el carácter totalitario del Estado al que sirven. El Estado, que es su único comanditario, dispone de todos los bienes necesarios para la creación. Es el único censor, la instancia suprema que determina los límites y suministra los mitos fundamentales o accesorios. El autor de un folleto de propaganda dirigido a los norteamericanos subraya el «papel inmenso que representa el arte en la vida del pueblo soviético», precisando que las obras de arte (cuadros, esculturas...) son adquiridas por las fábricas, los talleres, los clubes, los restaurantes, los sindicatos, los establecimientos del Estado, los soviets, las organizaciones culturales y educativas del ejército rojo, los sanatorios, los hospitales, los baños públicos y los ferrocarriles.[33] Este gigantesco mercado es aprovisionado por los creadores, a los que el Estado paga de tres formas: encargos que permiten al artista ejecutar las obras a su elección en diversos puntos del país, a condición, claro está, de que tenga en cuenta las necesidades del consumidor; contratos con la unión de que depende, lo que le permite trabajar durante un año en temas que también en el presente caso dependen de las necesidades del consumidor; finalmente, encargos de obras concretas.[34]

El Estado interviene así directamente en cada campo de la cultura.

El escritor, que a diferencia de los cineastas, por ejemplo, no necesita más que papel y estilográficas es tributario también de los comercios del Estado. Y, sobre todo, precisa de una imprenta.

Al efectuar una nueva estancia en la Unión Soviética, medio siglo después de la publicación de su primer libro, Klaus Mehnert reunió documentación con vistas a una obra consagrada a los gustos literarios de los lectores soviéticos de lengua rusa. La empresa mereció la atención por el solo hecho de que jamás se había publicado en la URSS semejante tipo de estadística. Pero como sovietólogo avispado, poco deseoso de estropear sus buenas relaciones con las autoridades, Mehnert excluyó de sus sondeos a todos los «elementos dudosos»: escritores proscritos, emigrados y, en suma, a todos aquellos que carecen de la bendición de la instancia suprema. El sovietólogo alemán da igualmente por hecho que los ciudadanos a los que interroga de manera súbita (chóferes de taxis, cajeras) o planificada (bibliotecarias, escritores) le responden con toda sinceridad sobre sus gustos literarios. A pesar de sus pequeñas reservas, Mehnert presenta las conclusiones de su encuesta como reflejo del gusto de los lectores soviéticos de hoy (1980-1983).

La obra del sovietólogo alemán se titula *Los rusos y sus libros favoritos*. Su gran mérito es mostrar la técnica utilizada para suscitar un amor cuyo objeto es, en este caso, la literatura. Klaus Mehnert elaboró una lista de veinticuatro escritores entre los preferidos de los lectores soviéticos. Por un curioso azar que el sovietólogo no comenta, diecisiete de los veinticuatro autores mencionados son miembros de la dirección de la Unión de Escritores Soviéticos. Entre los siete que quedan, cuatro constaban también entre los dirigentes de la Unión, pero murieron poco después. Sólo tres nombres no figuraban en el grupo de «jefes»: el de los hermanos Strugatski y el de los hermanos Vainer (bien fuera porque su talento se ejercía en los géneros «poco serios» de la ciencia ficción y la novela policíaca, bien porque la cuota de los judíos se hubiera alcanzado en el seno de la dirección) y tampoco Valentín Pikul (sin duda porque sus novelas históricas eran excesivamente patrioteras y antisemitas). Ocho de los autores seleccionados eran miembros del secretariado de la Unión (el órgano central), entre otros su presidente Gueorgui Márkov.[35]

Las cifras citadas permiten llegar a la conclusión, como Mehnert, de que los autores preferidos de los soviéticos (por tanto, los mejores escritores) están al frente de la Unión. Pero puede extraerse otra conclusión: los dirigentes de la Unión se convierten automáticamente en los escritores favoritos del público lector.

No hay libre elección más que en la medida en que un producto existe en el mercado. Klaus Mehnert destaca, con justicia, la extraordinaria voracidad lectora de los soviéticos. Llega a la con-

clusión de que el nivel cultural de este pueblo resulta excepcionalmente elevado, y que las gentes tienen sed de saber. Se observará, sin embargo, que el libro no es el único entre los productos de consumo corriente que escasean. Hay penuria de libros como de todos los otros productos. En consecuencia, la «mercancía impresa» se convierte también en una «inversión financiera».

Esta penuria de libros está creada voluntariamente por el Estado, que tiene así en sus manos una nueva herramienta que le permite influir sobre la literatura, los escritores y el gusto de los lectores. La técnica adoptada no puede ser más sencilla. Cifras publicadas por la UNESCO en 1981 señalan que la Unión Soviética ocupaba el último puesto en consumo por habitante y año en papel «de escribir e imprimir». Los países industrializados se clasifican, en efecto, como sigue: EE. UU., 65 603 kg; RFA, 51 172 kg; Francia, 37 676 kg; Japón, 31 936 kg; Gran Bretaña, 31 794 kg; URSS, 5 117 kg. En la Unión Soviética, el papel pertenece al Estado, que sólo publica lo que desea. En 1978-1979, se tiraron 17 millones de ejemplares de la «trilogía» de Leonid Brézhnev. Mehnert calculó que los libros de Yulian Semiónov, cantor del KGB y para el sovietólogo alemán uno de los tres mejores escritores soviéticos (no nombra a los otros dos), alcanzan actualmente una tirada de 12,5 millones de ejemplares. Las novelas de G. Márkov, presidente de la Unión de Escritores, tienen una tirada de 5 162 060 ejemplares mientras que las obras de V. Rasputin, uno de los autores rusos más importantes de estos últimos años, llegan tan sólo a 1 427 000. Es, pese a todo, un éxito, pero la tirada de las novelas políticas de A. Chakovski —otro escritor favorito de Mehnert— es tres veces superior.

El número de ejemplares de un libro no está determinado por el gusto de los lectores, sino a la inversa: la tirada determina el número de los lectores. Por otra parte, el éxito de un autor depende menos del número de obras puestas en el mercado que de la utilización de su texto por los medios de difusión (televisión, radio, cine). Casi todos los libros preferidos por los soviéticos —los que cita Klaus Mehnert— han sido adaptados al cine o a la televisión, difundidos por la radio y convertidos en óperas o espectáculos dramáticos. Aparece bien claro que los principales beneficiarios son los dirigentes de la Unión. El folletón televisado *Diecisiete instantes de una primavera*, según una novela de Y. Semiónov, fue una de las operaciones publicitarias del KGB que más éxito cosecharon. El autor y los «Órganos» obtuvieron una inmensa gloria.

En 1974 se intentó remediar la crisis de papel al tiempo que se daba satisfacción a los gustos del lector: se ofreció a cambio de 20 kilos de papel viejo, un «bono» para la *Reina Margot* de Dumas o los *Cuentos* de Andersen. Los lectores soviéticos aportaron y continúan aportando tal cantidad de papel, que apareció claro

que para responder a su demanda habría que renunciar a la edición de Brézhnev y de Márkov. Además, y como cabía esperar, se advirtió que no se sabía dónde almacenar el volumen de papel viejo.

La lista de los «veinticuatro favoritos de la literatura soviética», confeccionada por Mehnert, recuerda la radiografía de un organismo afectado por el cáncer, ya que las partes sanas aparecen contiguas a los órganos enfermos. En efecto, Mehnert mezcla a escritores como V. Rasputin, V. Astáfiev, Y. Trífonov y los «pequeños verdes» que son G. Márkov, A. Chakovski y Y. Semiónov. En todos los países se editan libros que alcanzan tiradas de millones de ejemplares. En muchos de esos casos, la producción de los autores de éxito no tiene nada que ver con la verdadera literatura. Es un fenómeno social que merece la atención de sociólogos, psicólogos e historiadores. Existen, sin embargo, pocas probabilidades de que Klaus Mehnert sitúe en un mismo plano a Konsalik y Böhl en Alemania Occidental (a pesar de que la tirada de las novelas de Konsalik sea inmensamente superior) o de Barbara Cartland y Saul Bellow en Estados Unidos. En la literatura soviética, la producción de los «pequeños verdes» ocupa el primer lugar. Obtiene en abundancia premios, condecoraciones y medallas y se beneficia, para utilizar la expresión de un crítico, de esas «bases de lanzamiento que son el cine, el teatro, la radio y la televisión».[36]

El sovietólogo alemán llega a la conclusión de que «el caldero literario soviético sigue hirviendo; la mixtura que se prepara es a base de ingredientes variados, para contentar a todos los gustos, y la tapa está menos herméticamente cerrada que hace cuarenta o cincuenta años».[37] ¿Cómo no impugnar semejante afirmación? Durante los años treinta, cuando estaba en su pleno apogeo la transformación de la literatura en literatura soviética, el escritor —en el sentido noble del término— no era todavía un sencillo recuerdo. Había autores vivos cuya carrera se inició antes de la Revolución o inmediatamente después. Circunstancia que explica la explosión literaria de los años sesenta, que daría las obras de Pasternak, Solzhenitsin, Dombrovski, Maxímov, Grossman y muchos otros. Todos, sin excepción, han sido excluidos del «caldero literario» que tanto sedujo a Mehnert, y expulsados de la literatura. Sus nombres han desaparecido de los diccionarios, de las enciclopedias y de los manuales, y sus obras han sido destruidas. Evocando las razones que le incitaron a no regresar a la URSS, el cineasta Andréi Tarkovski informó de que un funcionario, descontento de su trabajo y de su conducta, le eliminó pura y simplemente de la lista de los cineastas soviéticos. Otro funcionario suprimió el nombre de Mstislav Rostropóvich, un tercero los de Rudolf Nuréiev y Mijaíl Baríshnikov. La cultura soviética podía prescindir de ellos. El «caldero» estaba reservado a los genios designados por la sesión ideológica del Comité Central.

La situación de la censura soviética no ha hecho más que empeorar en el transcurso de los años. No ha dejado de aumentar su poder hasta convertirse en un gigantesco aparato de control. En el momento de su nacimiento, 1922, recibió el nombre muy poco explícito de Dirección General de Asuntos Literarios y Editoriales (Glavlit). A mediados de los años cincuenta, no disimuló más y se convirtió oficialmente en la «dirección general encargada de velar por el respeto de los secretos militares y de Estado en la prensa». Aparecieron censores en los campos más diversos: Ministerio de Defensa, investigación atómica y cósmica, informática, radioelectrónica, química, industria... En nuestros días, el Glavlit es la dirección general para la defensa de los secretos de Estado en la prensa. Todo lo que figura (en un momento u otro) en el *Índice de las informaciones que no deben ser publicadas* —300 páginas en caracteres pequeños— es inmediatamente tachado por los censores de la dirección general. Además, cada manuscrito —incluso de una obra de ficción— que mencione a los militares o, por ejemplo, a los ingenieros debe someterse a una censura «especializada». Los «redactores» constituyen otra. Una vez pasados por sus manos, los manuscritos se envían a la imprenta, que remite dos juegos de pruebas a los colaboradores del Glavlit. Si éstos dan su conformidad, se imprimen algunos ejemplares de muestra del libro: uno para el censor y tres para los órganos encargados de controlar su trabajo: Comité Central, KGB y dirección general. Si se descubre que una «falta» ha escapado a los controles, el libro es objeto de secuestro, incluso si está ya en las librerías.[38]

La censura no es más que el primero y más visible de los anillos que aprisionan al escritor, el pintor y, en general, al creador soviético. El segundo resulta más duro porque es interior: se trata de la autocensura, el círculo mágico de los mitos impuestos, de los personajes autorizados, de los signos permitidos. Ningún escritor soviético deseoso de que le editen en su país, puede escapar a ese círculo.

La situación más fácil, la menos problemática, es la de los autores populares, porque sus ediciones alcanzan elevadas tiradas. No experimentan, por tanto, ningún deseo de «salir» del círculo. En los tiempos en que A. Tvardovski era todavía redactor jefe —por último año— de *Novimir*, la revista publicó un artículo en el que se demostraba que la tirada de un libro en la URSS era proporcionalmente inversa a su valor literario y al talento de su autor: «Se apoya y se difunde a los más mediocres, a los más primarios, a todos los que halagan los gustos pequeñoburgueses.»[39]

Ningún autor puede esperar una tirada importante si no escoge correctamente a su protagonista. De esta manera florecen en las novelas más difundidas los personajes de responsables del Partido: secretarios de comités regionales en las novelas de Piotr Proskurin,

Anatoli Ivánov o Gueorgui Márkov. Se parecen todos, como los «pequeños rojos» de Ernst Neizviestni. Como es natural, los secretarios de comités regionales de las novelas de «gran tirada» se encuentran, personalmente o mediante el recuerdo, con Stalin, el «genial secretario». En su novela *La victoria*, Alexandr Chakovski reúne a Stalin y a Brézhnev, dos guías modélicos.

La literatura de «gran tirada» difunde tres mitos fundamentales. El primero hace del Partido (en la persona de su guía) el padre del pueblo, el dueño de su pensamiento y el dueño de todo lo demás. En una obra escénica muy popular de los años treinta, titulada *Resuenan las vías*, los miembros de las juventudes comunistas cantan: «¡El Partido comunista es un sueño! ¡El Partido comunista es una rosa! ¡El PC de Rusia es mi felicidad!» ¿Cómo expresar mejor la actitud de los actuales escritores soviéticos respecto al Partido? El segundo mito articulado por la literatura asimila poder ruso y poder soviético, convirtiéndose así la Revolución y el Partido comunista en el resultado lógico de toda la historia rusa. El tercero, finalmente, hace de la penuria crónica que aflige al país el signo de que el pueblo soviético es un «pueblo elegido», y presenta aquélla como el mejor medio de educar a los combatientes del mundo nuevo Un extranjero que viajaba por la URSS en el transcurso de los años treinta se sorprendió por la miseria que reinaba en el país: «El país de los Diógenes puede prescindir de las fábricas de muebles.» Los autores «de gran tirada» dedican su tiempo a convencer a los lectores que son iguales a Diógenes y pueden vivir, por tanto, sin muebles. Resulta obvio que tales autores tienen todas las posibilidades de adquirir muebles fabricados en el extranjero y de llevar una existencia lujosa que podrían envidiarles los autores occidentales de éxito.

Para Márkov, Chakovski, Proskurin, Semiónov y otros «millonarios» soviéticos, no es un problema servir a un Estado que les paga con tanta generosidad. El problema se plantea tan sólo para los escritores de talento que antes que hacer «sermones» buscan una posibilidad de «confesarse» al lector. Durante estos veinte últimos años, el tema del campo ha seducido al mayor número de talentos. La literatura *campesina* testimonia así la vitalidad de la literatura soviética. La lista de los veinticuatro autores más populares incluye a los «escritores campesinos» más eminentes, que desde luego se cuentan entre los mejores escritores contemporáneos soviéticos.

Si el campo se ha convertido en uno de los temas privilegiados de la literatura soviética, es ante todo porque el tema ha sido autorizado oficialmente. Esto no resulta paradójico más que en una primera aproximación. Los nazis veían en el campesinado la parte más sana de la nación, aquella que, enraizada en la tierra, rechazaba la influencia decadente de la ciudad y seguía siendo portadora

de las verdaderas tradiciones y de los valores populares. La gran diferencia entre la Alemania nazi y la Unión Soviética estriba en que el campesinado alemán al que convenía glorificar era una realidad, mientras que en la Unión Soviética los campesinos rusos habían sido liquidados por la colectivización. La literatura campesina soviética que al final de los años setenta agotó todos los temas que podía tratar, canta de hecho un campesinado muerto y se convierte por sí misma en un canto fúnebre. Es la primera razón por la cual la censura autorizó semejante tema: al estar diezmado el campesinado, no inspiraba ya temor. La segunda razón estriba en que la literatura de tema rural traduce una resignada aceptación de la muerte. *El adiós a la isla*, título de un relato de Valentín Rasputin, uno de los mejores escritores «campesinos», podría servir de epitafio a todas las obras escritas sobre el tema del campo: la muerte es inevitable, hay que aceptar perecer. Los «escritores campesinos» han honrado a un héroe sumiso, que conserva las cualidades humanas y los valores morales tradicionales, pero se revela sin fuerzas, impotente. El relato de V. Rasputin *Vive y recuerda* es la única tragedia auténtica de la literatura soviética desde hace muchos decenios. Nastia, una habitante de Atamánovka, pequeño poblado siberiano, esconde durante la guerra a su marido desertor. Se le plantea a Nastia, de hecho, la tragedia de Antígona: tiene que optar entre su deber hacia el Estado, que le ordena denunciar a su marido criminal. La gran originalidad del relato reside en el hecho de que Nastia, tras algunas vacilaciones, escoge salvar a su marido. La Antígona de Atamánovka lo pagará con la vida. La literatura soviética conoce bien la «tragedia optimista», pero Rasputin propone en este caso una verdadera tragedia. Fue posible su publicación gracias al talento del autor, que sorprendió al censor. La filosofía expresada en *Vive y recuerda* fue reconocida como de «utilidad pública». Valentín Rasputin canta en su relato las grandes fuerzas que según él desempeñan un papel esencial en la formación del hombre y determinan su destino: la tierra y la sangre. El marido de Nastia deserta del frente no porque tenga miedo de morir, sino porque no quiere desaparecer sin dejar un hijo tras él. El sentimiento de que resulta indispensable prolongar la especie le empuja inexorablemente a volver a su pueblo. Y el autor no condena a su personaje, que comete un crimen tan grave contra el Estado. Para Rasputin, como para la mayor parte de los escritores «campesinos», la historia soviética concreta no presenta ningún interés: sólo le importa la historia del pueblo, la historia de la tierra. De este modo, el Estado soviético se convierte en un fenómeno tan natural como el ciclo mismo de las estaciones.

En la literatura del período posterior a Stalin, Yuri Trífonov es el más célebre representante de la narrativa «urbana» (menos popular que la de la tendencia campesina) y ocupa un lugar aparte.

Muchos aspectos de los libros de Trífonov, que describe con detalle la vida cotidiana y los usos de los «cuellos blancos» y de la intelectualidad de las ciudades, no gustaban demasiado a la crítica oficial, que le reprochaba el dibujo de sus antihéroes de pequeña envergadura sobre un fondo de grisalla soviética. Pero a ellos debe Trífonov el haberse convertido en uno de los escritores soviéticos más populares. Desde el punto de vista de los censores, los defectos de sus obras aparecen compensados por cierto número de méritos. El lector se identifica con sus héroes, hombres débiles, capaces de cometer bajezas, de traicionar a sus amigos y a sus amos, pero que sufren su debilidad y su cobardía sin saber bien cómo remediarlas.

En su novela póstuma *El tiempo y el lugar*, Trífonov formula la gran ley de la literatura soviética. Y le da el nombre de uno de sus personajes: el «síndrome de Nikifórov». El escritor soviético —proclama dicha ley— no podrá nunca escribir lo que desea. El síndrome de Nikifórov —conjunto de sus censuras interiores— se lo impide. No puede escapar al círculo mágico.

La novela póstuma de Trífonov demuestra que el escritor soviético no puede librarse de su coautor, el Estado y su aparato ideológico. Cierto que la voluntad del artista cuenta todavía en determinados niveles, pero el «coautor» interviene indefectiblemente en todo lo que produce la cultura soviética. Elaborada a lo largo de decenas de años, la técnica que permite apropiarse del «alma de los creadores» ha alcanzado en la actualidad la perfección. En la República soviética de la segunda mitad de los años veinte, el historiador alemán Fülopp-Miller descubrió un aspecto importante de esta técnica, lo que podría denominarse «el efecto Bim-Bom». Fülopp-Miller quedó sorprendido al comprobar el éxito de los dos clowns que criticaban con bastante dureza al régimen. El historiador alemán llegó a la conclusión de que «sin el humor de Bim y Bom, el descontento general hubiera estallado». Los dos payasos se le aparecieron como «pilares del régimen soviético». Hay que subrayar un punto capital: Bim y Bom «no atacaban jamás el conjunto sino ciertos detalles, distrayendo así la atención de lo esencial».

A medida que se elaboraba la técnica del «fagocitado», la sátira —género que excluye la participación del coautor, que es objeto mismo de la sátira— quedaba extirpada de la literatura soviética. Se llegó inclusive a una lucha implacable contra la ironía, puesto que «la ironía no es *nunca* (subrayado en el texto) neutra».[40] El efecto «Bim-Bom» se extendía a determinados temas «espinosos» que estaba permitido tratar a condición de limitar la crítica a puntos de detalle. Esto daba la ilusión de que existían creadores «mordaces» y «profundos», que trabajaban con toda libertad. Apareció un nuevo mito según el cual era posible —e incluso útil— escribir

mediante «sobreentendidos» y leer entre líneas: la mentira podía servir para extender la verdad. El viejo proverbio ruso que dice que una «sola cucharada de alquitrán estropea una tonelada de miel» se volvía al revés y se erigía en máxima, proclamando que una sola cucharada de miel podía mejorar una tonelada de alquitrán. Se puede discutir seguidamente todo lo que se quiera para saber en qué proporciones miel y alquitrán son útiles al organismo. Numerosos maestros, entre los que se cuentan los demás talentos de la cultura soviética, han dejado constancia de los esfuerzos que tuvieron que hacer para obtener la autorización de extender, aquí y allá, algunas gotas de miel. En su autobiografía. Serguéi Eisenstein reconoce que «muchas veces, y algunas sin éxito, como en el caso de Iván el Terrible, tuvo que arrodillarse».[41] Ernst Neizviestni explicó que se había sentido en «contradicción interior con el poder establecido» desde el día en que se dio cuenta que «gnomos tan miserable, enanos de cocina podían violar una gran potencia, el mundo entero y la propia historia...».[42] Stalin y sus esbirros intentaron «violar a Eisenstein y Shostakóvich, y sus herederos quisieron hacer lo mismo con Neizviestni, Liubímov, Zinóviev y Tarkovski». Cada uno de estos creadores soportó largamente la violación perpetrada sobre él por el coautor, con la esperanza de ver aumentada la dosis de miel que le habían concedido.

No deja de debatirse por ello el destino de la cultura nacionalizada y el del hombre que se alimenta de dicha cultura. Prisioneros del círculo mágico de su sistema, los soviéticos buscan en cada molécula de miel ahogada en alquitrán informarse, conocer la verdad sobre el mundo exterior y sobre ellos mismos. Semejantes a enfermos afectos de escorbuto, tratan de encontrar vitamina C allá donde puede haberla. Dos tendencias se enfrentan: la que comprende que sin las moléculas de miel —incluso completamente ahogadas en una mixtura nauseabunda— la verdadera cultura no tendría esperanza de renacer, y la que consiste en afirmar que el veneno de la mentira resulta más eficaz mezclado con moléculas de verdad. Unos dicen: más vale poco que nada; otros rechazan todo compromiso, toda colaboración con el Estado en el terreno cultural.

Durante todo este tiempo, el Estado no ha dejado de consolidar, meticulosamente y con obstinación, el círculo mágico. Se expulsa del país a cuantos adquieren conciencia de sus cadenas e intentan librarse de ellas, se tacha los nombres de los creadores «inútiles y perjudiciales», destruyendo sus obras. Cuando los autos de fe adquieren una amplitud excesiva a veces se filtran a la prensa informaciones fragmentarias. Así, en el transcurso del verano de 1983 un lector del Tadzhikistán escribió una carta a un periódico para expresarle su «viva inquietud» ante las destrucciones masivas de «libros inútiles» en las bibliotecas de aquella república. Tan

sólo en la captal «se ha hecho desaparecer casi toda la literatura anterior a 1940».[43] Al responder a esta carta, la sección de educación comunista de *Literatúrnaia Gazeta* comenzó por plantear esta pregunta de pura fórmula. «¿Por qué en nuestra época de *boom* de los libros las bibliotecas, grandes o pequeñas, están obligadas a destruir sus obras?» Y añadía seguidamente: «Son éstas unas cuestiones complejas que necesitan un estudio profundo y detallado...» [44] Igual que la literatura anterior a 1940 está prohibida, permanecen inaccesibles numerosas obras de los años 50 y 60. El lector tiene que olvidar no sólo al nombre de los autores «perjudiciales», sino el de los dirigentes «disueltos en la nada». De hecho, la ficción imaginada por George Orwell estaba más próxima a la realidad que lo que suponían los incondicionales del autor de *1984*.

Bertolt Brecht cuenta la historia de un hombre en cuya casa irrumpe bruscamente un desconocido armado y le pregunta: «¿Aceptas alojarme, alimentarme, darme de beber y cuidar de mí?» El hombre instala a su interlocutor armado en el mejor lugar de su casa, le da de beber y comer y cuida de él. Siete años después muere el intruso, y el propietario de la casa responde finalmente: «No.»

Setenta años han transcurrido desde el nacimiento de la Unión Soviética. El intruso que hizo irrupción en el país —y sigue todavía en él— quisiera que se olvidara el asunto. La nacionalización de la cultura, su aprisionamiento en el círculo mágico y la omnipresencia del coautor tienen como objetivo hacer desaparecer —o reemplazar— los signos, la lengua que permite expresar pensamientos «diferentes».

La intelectualidad rusa no ha perdonado nunca a Dostoievski su invitación: «¡Sométete, hombre orgulloso!» El autor de *Demonios* conminaba al hombre a someterse a Dios. «Pero yo me he sometido a pesar de todo»: tal era la orgullosa sumisión al Partido de Maiakovski. Ambas posturas simbolizan desde entonces la fe de la intelectualidad soviética, de todos los creadores y responsables de la cultura que hay en la URSS.

Capítulo VI

El lenguaje

En el principio era el Verbo.

(Título de una estampa que representa a Hitler dirigiéndose a sus camaradas)[1]

La palabra es el vehículo más importante de información ideal.

La lengua en la sociedad socialista evolucionada[2]

Los habitantes del Estado del futuro creado por Yevgueni Zamiatin hablaban una lengua particular. Se trataba del ruso —la lengua del escritor—, pero no exactamente, puesto que las palabras no tenían otro sentido que el atribuido por el Estado. Zamiatin fue el primero que utilizó la literatura para atestiguar que había nacido un nuevo lenguaje: la lengua soviética. En los años veinte, otros escritores —los más perspicaces— adquirieron conciencia de dicho fenómeno. Entre ellos, M. Zóskchenko, A. Platónov y M. Bulgákov, autores que registran la aparición de un nuevo sistema que algunos decenios después Czeslaw Milosz bautizará como la *logocracia.* Alain Besançon formula la ley fundamental: «En un régimen donde el poder está "en la punta de la lengua", el impacto de "la lengua espesa" da medida exacta del impacto del poder.»

La lengua es un arma capital, la más poderosa para un Estado que tiene como objetivo transformar al hombre. La creación de una lengua nueva tiene dos finalidades: suministrar «un modelo de expresión a las ideas generales y a las costumbres mentales» y «hacer imposible cualquier otro modelo de pensamiento».[3] La nueva lengua es, por tanto, un medio de comunicación y un instrumento de represión a la vez.

La gran característica de la nueva lengua soviética estriba en el papel esencial que representa la palabra. Es una palabra privada de su sentido inmanente, un envase vacío que la Instancia Suprema llena a voluntad con un nuevo contenido. Detenido una vez más, Andréi Amalrik fue juzgado por haber «afirmado calumniosamente que la libertad de palabra no existía en la URSS».[4] En este caso preciso, la expresión «libertad de palabra» significaba «necesidad de condenar a un disidente». En un telegrama dirigido a los productores de patatas de la región de Briansk, el secretario general del Comité Central, Leonid Brézhnev, declaró: «La patata es un cultivo alimentario y técnico del más alto valor.» Los cultivadores de aquella región, productora de patatas desde hace doscientos años, descifraron perfectamente el mensaje: había penuria de patatas en el país.

La palabra enmascara la realidad, crea una ilusión, una superrealidad. Conserva, ciertamente, un vínculo con la realidad, pero la codifica. La lengua soviética es un sistema codificado. A cuantos la utilizan se les dan los medios de descifrar los mensajes, pero hay grados diversos. El puesto que ocupa el individuo en el escalón jerárquico determina su grado de iniciación en el misterio de misterios codificados. Existe un primer nivel de sentido, un segundo, un tercero...

La lengua soviética se halla en curso de elaboración. No ha alcanzado todavía el ideal de *1984*, donde el Ministerio de la Policía se denomina Ministerio del Amor. En la URSS no se esconde y se llama Comité de la Seguridad del Estado. En su novela *Liubímov*, Andréi Siniavski presenta un «guía» dotado de un poder mágico: consigue hacer pasar el agua de un arroyo por alcohol. El ideal se ha alcanzado: el verbo transforma la materia. Pero los consumidores se quejan: el agua tiene gusto de alcohol, pero no llega a embriagar. El héroe de una canción de Alexandr Gálich, Klim Petróvich, es un obrero modelo. El Partido le ordena que tome la palabra en un mitin organizado contra la camarilla militarista israelí. En el momento de intervenir, Klim Petróvich lee por descuido el texto de un discurso que no está destinado a él: «¡El mundo entero conoce a la camarilla militarista israelí. Como madre, como mujer, exijo que tenga que responder de sus actos.»[5] En la sala, nadie se dio cuenta del error, y el orador abandonó la tribuna entre los aplausos de la asistencia. Los soviéticos estaban ya medio embriagados por su «novalengua». Conocían el sentido de la expresión codificada «camarilla militarista israelí», destinada únicamente a provocar un reflejo condicionado.

La palabra adquiere un carácter mágico, se convierte en algo encantado. La fórmula de Marshall MacLuhan: *The Medium is the Message* caracteriza exactamente las posibilidades ilimitadas del sistema soviético: el Estado es a un tiempo «medio» y «mensaje»;

crea la lengua y la difunde, controlando así tanto el contenido como la técnica. Lo que en el mundo no soviético se denomina los *mass media* lleva en la URSS el nombre nada ambiguo de «medios de información y de propaganda de masas» (en siglas, SMIP). Sólo la conjunción «y» induce a error, puesto que la información es la propaganda y la propaganda es difundida como información. El SMIP 2 «dispone de un conjunto preciso y estructurado de puntos de vista "tipo" que se realizan de manera organizada y metódica en el terreno de la vida, por medio de un discurso también maduramente reflexionado y previamente organizado».[6] El Estado determina la creación de las palabras, decide su empleo, traza un círculo mágico en el que cada cual tiene que entrar si quiere comprender y ser comprendido en el seno del sistema soviético.

Toda tentativa de escapar al círculo, de hablar otro lenguaje, de comprender lo que, según el grado de cada uno le está vedado, se convierte en un crimen. La condena pronunciada contra dos obreros siberianos, Alexandr Shatravka y Vladímir Mishchenko, acusados de haber calumniado el régimen y al Estado soviéticos, hacía referencia a un «llamamiento» difundido por los dos hombres entre los obreros con la finalidad de crear grupos autónomos encargados de entablar un diálogo URSS-Estados Unidos. Invitación —dice el texto del tribunal— a «crear grupos que se mantendrían apartados de la lucha por la salvación de la humanidad que llevan a cabo el Partido, el gobierno y el pueblo entero».[7] A. Shatravka y V. Mishchenko habían cometido el crimen de romper el mito de la unidad, de atentar contra el conjunto de puntos de vista «tipos», de querer pensar por sí mismos.

La isla habitada, novela de ciencia ficción de los hermanos Trugatski, propone el modelo artístico de un mundo donde el «mensaje» y el «medio» están enteramente controlados. Los autores describen un planeta desconocido cuyos habitantes están constantemente sometidos a rayos que aniquilan su sentido crítico y les restan toda posibilidad de «poner en duda las palabras y actos del poder».

En una palabra: el sueño de los regímenes totalitarios.

Para realizar este sueño resulta indispensable hacer del lenguaje un instrumento, un arma de transformación de los hombres, y dominar las técnicas que permitan conseguirlo. La primera característica de la lengua soviética es su creación planificada (cuyos fundamentos se habían puesto antes de la propia Revolución).

Hitler consideraba que todas las grandes revoluciones debían su éxito a una palabra lanzada en el buen momento oportuno y a hombres que habían sabido captar la atención de sus futuros dis-

cípulos mediante una expresión lingüística suficientemente poderosa. Situaba así en un mismo plano a Cristo, Mussolini, Lenin y, por supuesto, a su propia persona. No dudaba mínimamente que la gran Revolución socialista de Octubre debió su éxito a Lenin. Nadie ignora, sin embargo, que era un orador mediocre. Su fuerza residía en la palabra *escrita*, y su genio consistió en tener conciencia de la importancia del verbo, así como elaborar una técnica para la utilización de las palabras y crear un modelo de lengua soviética.

Inmediatamente después de su muerte, los más grandes lingüistas rusos emprendieron el análisis de su lenguaje, de su discurso político. Se trató del estudio objetivo, sin prejuicio de ninguna especie, de un nuevo modelo lingüístico. Sus investigadores no podían prever entonces que Lenin se convertiría en una divinidad ni lo que ocurriría con el modelo de lengua por él creado. Para ellos, Lenin era un gran hombre político, un orador extremadamente original.

Los lingüistas parten de un hecho que les parece evidente: «las obras de carácter político y social forman la mayor parte de la prosa moderna. En la literatura mundial contemporánea de carácter político y social no hay cima mayor que Lenin».[8] Fue sometido, pues, a estudio como el mayor escritor de su tiempo. Cinco años después, un nuevo guía ceñirá con toda naturalidad la corona del «más grande escritor», denominación convertida desde entonces en uno de los atributos del secretario general. Se asistió así a una sacralización de la palabra del guía.

En el discurso de Lenin, los lingüistas descubrieron los procedimientos de base de la palabra «sagrada» y la técnica que le permite convertirse en «revelación», en la «voz del Sinaí».

La palabra, la significación de cada palabra tomada por separado, desempeña un papel capital en la lengua de Lenin. «Cuando Lenin polemiza con un adversario, ya se trate de un enemigo o un camarada de Partido, comienza ordinariamente por discutir las "palabras" afirmando que han cambiado.» Lenin «rebaja la frase revolucionaria», «la combate», lucha contra «las grandes palabras», las «palabras lisas».[9] Los lingüistas han visto bien esta característica del estilo de Lenin: su tendencia a denunciar las palabras, las frases y las consignas «revolucionarias». Pero lo consideran un elemento positivo, una voluntad de liberar el lenguaje de la frase, de las «grandes palabras» o de lo vocablos demasiado «lisos». Resulta difícil hacer un reproche a los lingüistas que ignoraban en aquella época lo que el futuro reservaba. El destino del modelo lingüístico creado por Lenin demuestra bien que su combate tenía por objetivo esencial despejar el terreno, liquidar al adversario: se trataba de conseguir la palabra dotada de un sentido preciso, nacida al hilo de la historia. Lenin denunció algunas palabras como «Libertad»,

«Igualdad», «Pueblo»...: «Menos charla sobre la "democracia del trabajo", la "libertad, igualdad y fratenidad", el "poder popular" y otras cosas del mismo género.»[10]

Lenin se burla, denuncia y excluye del discurso todas esas palabras «lisas» incorporadas al léxico revolucionario a partir de 1789. Reivindica el derecho de devolver a las palabras su verdadero sentido y niega a sus adversarios el derecho a utilizar los términos revolucionarios sin autorización del guía.

Frases desenmascaradas —y reemplazadas de hecho por otras, éstas autorizadas—, palabras privadas de su sentido inmanente: tales son los elementos que componen lo que los lingüistas denominan «discurso disuasivo de Lenin». Pero Lenin tiene también un «discurso persuasivo» cuya característica más destacada es que transforma «ideas generales... en consignas, en directrices verbales para la acción política». Lenin aspira a encontrar en sus construcciones lingüísticas «fórmulas-consignas en el sentido estricto, concreto y actual».[11] Más tarde, Goebbels declararía: «No hablamos para decir algo sino para producir un efecto.»

El modelo del discurso de Lenin se compone de palabras cuyo sentido determina por sí mismo el orador. El vocablo se convierte entonces en un ladrillo de aquella construcción que es la «fórmula-consigna». Lenin elabora un tipo particular de composición que le permite enraizar la «fórmula-consigna» en la conciencia del oyente o del lector. El discurso está dividido en párrafos: se hace así más convincente, puesto que tal fraccionamiento da la impresión de un razonamiento lógico y seguido. El segundo elemento importante es la *repetición*. Las repeticiones forman un marco que concentra la atención, reduce el campo de posibilidades y comprime el pensamiento en un anillo estrecho con una sola salida. Lenin repite, por ejemplo, el mismo verbo en todos los tiempos: «ha sido, es, será»; «Las relaciones mejoran, tienen que mejorarse y mejorarán». Por regla general, Lenin prefiere las fórmulas en tres puntos. En lingüística, la cifra tres es sinónimo de mucho: ¿acaso el punto suspensivo no se marca por medio de un triple signo? Al recurrir al simbolismo de la sintaxis, Lenin crea una ilusión de plenitud verbal. Las repeticiones actúan como conclusión. Al lector o al oyente no le queda elección. Se le da la solución, la respuesta, única por justa y justa por única. La ausencia relativa de los verbos y su sustantivación confieren a las construcciones de Lenin unas peculiaridades inconfundibles.[12]

Se observa así la creación del modelo acabado del lenguaje del guía soviético: palabras privadas de su sentido inmanente que sirven para fabricar consignas. Y una composición que permite imponerse a estas fórmulas-consignas como una única respuesta, una solución única y un solo orden.

La publicación del estudio del discurso político de Lenin por la

revista del *Frente de Izquierdas del Arte (LRF)* no resultó en absoluto sorprendente. Continuadores del «método formal», los futuristas se consideraban representantes naturales de la revolución artística y se atribuían la tarea de formular las leyes del nuevo lenguaje.

Para ellos, todo estaba claro: «La Revolución ha puesto en evidencia tareas prácticas: influir sobre el psiquismo de las masas, organizar la voluntad de clase.» «La Revolución señala el objetivo: forjar el hombre nuevo.» Los futuristas suministraban el medio: «El arte (...) es el arma de clase mejor afilada para penetrar en el psiquismo.» Se fijaron así un programa maximalista: efectuar una «reorganización consciente de la lengua conforme a las formas nuevas del ser» y luchar por el «adiestramiento emocional del psiquismo del productor y del consumidor».[13]

El lingüista Grigori Vinokur desvela los aspectos fundamentales de la política lingüística, noción hasta entonces desconocida. «La política lingüística —enuncia— no es otra cosa que una intervención (basada en una comprensión exacta y científica del problema) de la voluntad social en la estructura y evolución del lenguaje, que se hace así objeto de dicha política.» [14] Esta intervención se efectúa en primer lugar en el ámbito de la fraseología, en el vocabulario y en el léxico. «El léxico es el campo lingüístico más sensible a la influencia social, escribe Vinokur. Resulta además de mayor facilidad, por ejemplo, reemplazar una palabra que dar nueva forma a un caso de declinación.» Resume así su pensamiento: «La racionalización de la fraseología es el primer problema de la política lingüística.» [15] Para Vinokur, la «racionalización de la fraseología» implica su «rejuvenecimiento», una renovación de las consignas, las fórmulas y los términos existentes. Llegados a este punto, se manifiesta la inverosímil ingenuidad de este lingüista de talento y, en general, la extraordinaria ingenuidad política de los futuristas y de todos los representantes del «arte de izquierda». Predican la necesidad de influir en el psiquismo del hombre por medio de una lengua y proponen esa lengua. Pero no comprenden nada del sistema que poco a poco se instaura; no adivinan la naturaleza del Partido en el poder. Vinokur comprueba: «La fraseología de la Revolución ha hecho sus pruebas. Fuera de esta fraseología, es imposible pensar como revolucionario o incluso reflexionar sobre la Revolución.» La observación es pertinente y muy importante: sin las consignas, sin el léxico revolucionario, hubiera sido imposible transformar la manera de pensar de las masas. Es decir, hacer la Revolución. Ésta debió en gran parte su éxito a la elaboración de una buena fraseología. Se supo hallar «las palabras que era preciso... y por las cuales el paso del conocimiento a la acción no se había complicado con asociaciones secundarias. Algo así como si se exigiera imperativamente: «¡Después de leído,

actúa!» Se trata sin duda de una buena definición de la consigna: una palabra que no encuentra dificultades mediante asociaciones secundarias y exige el paso a la acción. La consigna más célebre de la Revolución, «¡Robemos a los ladrones!», suministra un buen ejemplo. Una consigna lograda sabe unir un contenido «sencillo como un mugido» a una forma caracterizada por una «entonación exclamativa y una línea melódica monótona y obsesiva».[16]

La Revolución se consumó y la guerra civil terminó. El Partido comunista siguió aplicando, sin embargo, la técnica que ya había experimentado. En 1923 se leía en *Pravda*: «En todo momento, nuestra prensa lanza como un restallido nuevas consignas de base, insiste en los puntos cruciales, en los puntos de choque, y remacha el clavo obstinada, regular, sistemáticamente (insoportablemente, dicen nuestros enemigos). Pues sí; nuestros libros, nuestros periódicos y nuestros folletos "hunden" en la cabeza de las masas fórmulas y consignas, poco numerosas pero cruciales, fundamentales.» El autor del artículo insistía en determinados conceptos: la prensa «remachaba el clavo», «hundía en la cabeza de las masas» fórmulas y consignas «cruciales». Un verdadero artículo comunista que apareciera en un periódico o una revista, proseguía *Pravda*, fuera científico o de propaganda, tenía que distinguirse por una extraordinaria claridad, una extrema precisión del estilo. «Nuestros enemigos dicen que nuestros artículos son secos y groseros, primarios y vulgares. De hecho, son auténticos, sinceros, audaces, francos, implacables...» [17]

Para G. Vinokur, semejante estilo era válido durante el período revolucionario. Considera que habría que pensar a partir de ahora en «rejuvenecer» la fraseología. Propone introducir nuevas palabras, vivas y humanas, y por supuesto romper los clisés. Vinokur cita ejemplos de consignas-clisés: «¡Abajo el imperialismo! ¡Viva la victoria de los obreros y campesinos indios! ¡Viva la solidaridad internacional de la clase obrera! ¡Viva la clase obrera de Rusia y su vanguardia progresista, el Partido comunista de Rusia!» Y extrae algunas conclusiones: «No se trata más que de lenguaje transmisible y de reunión de sonidos tan familiares a nuestro oído que se hace imposible reaccionar a tales invitaciones... Esas palabras grandilocuentes no esconden ningún pensamiento real, ningún sentimiento auténtico.»

Las consignas no son más que clisés cuya significación real se ha perdido hace tiempo. Se puede pensar mediante imágenes o con ayuda de una terminología específica, pero no es posible pensar sirviéndose de clisés. Traducido a clisés, el pensamiento no puede ser más que «insensato». Vinokur hace así un destacado descubrimiento: sin sospecharlo siquiera, formula por vez primera las leyes de la logocracia: «Dejamos de pensar lógicamente... Hecha de clisés, la fraseología nos cierra los ojos sobre la verdadera naturaleza

de las cosas y sus relaciones, sustituye las cosas reales por nombres, por lo demás inapropiadamente aplicados...» [18]

¡Hermoso ejemplo de paradoja! Un sabio descubre un arma extraordinaria, determina su potencia mortífera y propone a los que se sirven de ella que renuncien, que se desarmen. Sesenta años después de que la «fraseología revolucionaria» fuera calificada de «lenguaje transmisivo que no encerraba ningún pensamiento real», podía leerse en los periódicos: «¡Hombres del arte y la cultura! ¡Trabajadores de la cultura! ¡Cread obras dignas de nuestra gran patria! ¡Trabajadores de la industria alimentaria! ¡Mejorad la producción en cantidad y calidad! ¡Pueblos de los países árabes! ¡Estrechad las filas para resistir la agresión israelí y los dictados del imperialismo! ¡Saludamos fraternalmente a los pueblos de Angola, de Mozambique y de todos los países de África que han escogido la vía del desarrollo socialista!» [19]

En 1923, el lingüista ruso se equivocó cruelmente. Consideró entonces que el mundo nuevo precisaría de un hombre nuevo, capaz de pensar con lógica y de una manera racional. Consideró asimismo que la influencia de los clisés era peligrosa para la conciencia, y se creyó en el deber de accionar la señal de alarma. No comprendió que aquél era el objetivo que se buscaba: destruir toda posibilidad de pensar lógicamente y crear una lengua susceptible de «cerrar los ojos a la auténtica realidad». La instauración de la censura, apenas transcurridos diez días después del golpe de Estado de Octubre fue desde el punto de vista del poder nuevo, un acto necesario y de la máxima urgencia. En julio de 1918 se dio un nuevo paso al cerrar todos los periódicos y revistas no comunistas. La creación de un lenguaje nuevo no resultaba posible más que suprimiendo todos los elementos de comparación. Eso era imprescindible para que naciera una forma de pensamiento «insensata», creada por medio de clisés.

Stalin fue el mejor y único discípulo de Lenin. Mejor que cualquier otro, comprendió la importancia del verbo y la necesidad de dominarlo. Stalin acabó la obra emprendida por Lenin e hizo funcionar su modelo de lenguaje soviético, convertido en arma poderosa para remodelar las conciencias.

La lucha llevada a cabo por Stalin para adueñarse del poder puso de manifiesto las extraordinarias posibilidades ofrecidas por el verbo, y demostró que el heredero de Lenin era un maestro en el arte del juego semántico.

Stalin hizo de la consigna, de la fórmula-clisé su arma principal. Su combate contra Trotski se convirtió así en el combate de dos consignas: «Socialismo en un solo país» contra «Revolución permanente». Stalin acuñó consignas para cada uno de sus adver-

sarios y los denunció junto con todos aquellos que los siguieron. La lucha por el poder adquirió un valor teórico, científico.

Cuanto más aumentaba el poder de Stalin, mayormente se veía aumentar la esfera de las consignas, decisiones mágicas que determinaban la vía seguida por el Partido, el Estado y la humanidad entera. Tales consignas las formulaba en persona el secretario general.

La célebre fórmula de Lenin «Comunismo es el poder soviético más la electrificación», se convirtió a principios de los años treinta en «Comunismo es el poder soviético más la consignización».

Stalin decretó que las cadencias lo resolvían *todo*. Los cuadros lo resolvían *todo*. El hombre era el capital *más* precioso. Maiakovski fue y *sigue siendo* el poeta más grande y de mayor talento de nuestro tiempo. Estas consignas afectaban todos los campos de la vida soviética y proponían en cada ocasión una solución definitiva: tal cosa lo resolvía *todo*, tal otra era definida como la *más* preciosa o la *más* importante... La palabra del guía adquirió así un carácter universal y absoluto. Al igual que el sortilegio de un chamán, decidía el destino de los hombres, la suerte del Estado y hasta los fenómenos naturales.

Se asistió a una jerarquización del lenguaje. Las palabras del Guía tenían un valor independiente de su contenido, por el mero hecho de haber sido pronunciadas por él. La palabra determinaba el lugar que ocupaba quien la pronunciaba en el seno de la jerarquía del Estado. En el relato *La investigación*, de Platónov, el protagonista, que quiere hacer carrera, aprende de memoria las palabras. «Cada mañana... Kozlov leía libros... Luego, conservaba en la memoria fórmulas, consignas, máximas, toda especie de palabras sensatas y tesis de atestados, resoluciones y estrofas de canciones, etc..., e iba a dar la vuelta por las organizaciones... En ellas, por el valor, la extensión y la seguridad de su saber, Kozlov asustaba todavía más a las personas que carecían de él.» [20] En el relato de Platónov, el personaje de Koslov realiza su sueño: de obrero, se convierte en responsable sindical por el simple hecho de conocer las palabras adecuadas, el lenguaje del Estado.

R. Fülopp-Miller fue uno de los primeros y raros extranjeros que comprendieron la verdadera naturaleza del hombre nuevo en formación en el primer Estado socialista del mundo. El objetivo, escribe, es crear «un tipo de agitador y de burócrata soviético sometido para siempre a la *ecclesia militans*». Para conseguirlo, «los bolcheviques han organizado de tal manera la instrucción pública, que nadie puede salir de los límites oficialmente permitidos en materia de saber y educación. De esta manera, el Estado proletario no corre el riesgo de ver a sus ciudadanos adquirir demasiados conocimientos superfluos y convertirse en «elementos subversivos».[21] El lenguaje soviético es un medio para restringir y suprimir

toda posibilidad de escapar a los límites del «nivel de conocimientos» necesario al Estado.

Se edifica así una pirámide sagrada: el discurso político es más importante que la lengua literaria; la palabra del guía, más importante que la del funcionario de rango inferior, la cual, de todos modos, cuenta más que la de un obrero. Y así sucesivamente. En la medida que la vida entera (pasado, presente y porvenir) se encuentra jerarquizada, en que la palabra de un zar declarado progresista (como Pedro el Grande) adquiere un peso considerable en el Estado socialista, la expresión «escritor clásico» (es también el Guía quien «designa» quiénes son «clásicos») resulta más importante que «no clásico». El guía Stalin escogió a sus viceguías: Pushkin fue consagrado guía de la literatura prerrevolucionaria y Gorki le sucedió en la literatura soviética; en el teatro se otorgó la palma a Stanislavski y en biología a Lisenko. Ungidos por Stalin, se sacralizaron, y sus palabras se convirtieron en verdades absolutas.

El discurso soviético pierde toda libertad. Como una casa hecha de elementos prefabricados, el lenguaje se constituye a partir de consignas y citas de Stalin, Pushkin u otros viceguías, y de editoriales de *Pravda*. Se transforma en «centón» sin el carácter agradable de esta forma de poesía latina. La significación de la palabra depende de la autoridad de quien la pronuncia. Se puede así utilizarla sin entenderla, como un sortilegio. Una cita bien situada confirma que se es «elemento seguro»; una cita deformada puede tener graves consecuencias. En su relato *Cementerios*,[22] Marek Hlasko describe la Polonia del período staliniano: la asamblea de una fábrica critica con dureza a un contramaestre con el pretexto de haber bautizado *Rumba* a su perro. Se le abre un proceso, puesto que si un día llama *Rumba* a su perro, quién sabe si mañana podrá ir a abrasar a niños coreanos con napalm. Algunos años después, la rumba se convierte en danza nacional de Cuba, la isla de la libertad; a partir de entonces puede emplearse el vocablo sin que nadie oponga reparos.

Las «frases hechas» de la lengua soviética proceden del hecho de que las citas, ampliamente utilizadas, llevan en sí mismas la respuesta a los problemas que podrían plantear. La lengua soviética afirma y responde, pero no interroga. Una anécdota polaca demuestra magistralmente esta particularidad de la lengua soviética. Se somete a un ordenador polaco el siguiente problema: «¿Por qué no se encuentra carne?» El ordenador se niega a responder, puesto que la palabra «carne» no está en su programa. El ordenador norteamericano tampoco puede dar una respuesta, puesto que ignora la expresión: «no hay». Y el ordenador soviético sigue mudo también, pues la interrogación «¿por qué?» no está programada.

La palabra que afirma y expresa autoridad tiene que provocar un reflejo inconsciente indispensable al poder. La autoridad aplastante, indiscutible de la palabra del Guía, procede en esencia de que el Guía tiene completo derecho a designar al enemigo. En esto también Lenin dio ejemplo. La palabra que nombra al enemigo tiene que ser «sorprendente», fijarse con facilidad en la memoria y contener en su propia sonoridad una crítica, una censura. Debe ser siempre vaga, de manera que englobe a todos aquellos que en un momento u otro tengan la desgracia de desagradar al Guía. La primera invención genial de Lenin fue la palabra «menchevique», adoptada por sus primeros adversarios en el seno del Partido socialdemócrata. Seguidamente, Lenin encontró una etiqueta infamante para cuantos se oponían a él: «otzovista», liquidador, etc... Llegado al poder, Lenin conservó el modelo que había creado; pero ya entonces, la etiqueta de «enemigo» significaba la cárcel o la muerte.

La historia de la Unión Soviética podría simbolizarse por una lista de palabras que designaron a los enemigos. Aparecían y desaparecían según la ocasión, y eran asimismo reemplazadas en función de las necesidades: saboteadores, kulaks o, en versión ampliada, kulaks y asimilados, desviacionistas de derecha e izquierda, trotskistas bujarinistas, cosmopolitas, mendelistas, morganistas... La palabra puede ser en sí misma negativa (saboteador) o neutra (genético). El Guía, al escogerla, le confería un sentido nuevo. En 1930, la *Enciclopedia soviética* definió así el «cosmopolitismo»: «Actitud de quien reconoce el mundo entero por patria.» En esa época era una palabra internacionalista y considerada como «buena». En 1954, el «cosmopolitismo» se convirtió en el «credo reaccionario de quienes rechazan las tradiciones patrióticas y niegan la independencia y la cultura nacionales. En la situación actual, el imperialismo agresivo de Norteamérica intenta utilizar en provecho propio la seudoteoría del cosmopolitismo...».

En la época posterior a Stalin nacerían dos nuevos enemigos: el «sionismo» y la «disidencia». La *Enciclopedia* de 1930 ofrece una definición objetiva del «sionismo»: «Tendencia burguesa de la opinión judía nacida en buena parte como reacción a las persecuciones y al antisemitismo.» En 1954 se percibe la reprobación de la instancia suprema: «Movimiento nacionalista burgués... El sionismo tiene por tarea apartar a los trabajadores judíos de la lucha de clases.» No era, sin embargo, el enemigo todavía, sino momentáneamente un fenómeno negativo. En 1969, el *Diccionario político* subraya con mayor firmeza el carácter «perjudicial»: «Movimiento nacionalista, burgués, reaccionario... Los centros de la organización sionista se encuentran en Estados Unidos e Israel.»

Finalmente, en el *Diccionario político* de 1975, el sionismo aparece claramente como el «enemigo»: «La ideología del sionismo traduce los intereses de la gran burguesía judía estrechamente vinculada a los poseedores de los monopolios en los países capitalistas... La propaganda sionista hace causa común con la anticomunista... La trigésima sesión de la Asamblea General de la ONU (1975) condenó el sionismo como una forma de racismo y discriminación racial.» Fue la primera vez que un enemigo designado por las autoridades soviéticas se convirtió en enemigo de toda la humanidad.

Hasta el final de los años setenta, la palabra «disidente» no tenía nada que ver con la realidad soviética. En 1930 designaba un «no católico en la antigua Polonia»; en 1954, un «cristiano cuya fe se distingue de la predicada por la Iglesia dominante». Pero ya en 1978 se encuentra en el *Diccionario político*: «1. Quien se separa de la Iglesia oficial y su doctrina (que "piensa de otra manera"); 2. Término empleado por la propaganda imperialista para designar a algunos renegados, un puñado de individuos desgajados de la sociedad socialista y que ponen trabas a su edificación...»

En los tiempos de Solidaridad, la prensa soviética conoció un breve instante de desarrollo. Le resultaba difícil designar al enemigo. Pero todo reanudó su curso normal el día que se decidió hacer del KOR el enemigo número uno. A partir de entonces, la lucha contra Solidaridad y sus ideas no fue más que el combate habitual contra un nuevo enemigo.

El poder de nombrar al enemigo hace del Guía, de la instancia suprema, el dueño absoluto del léxico. El léxico, y por tanto el lenguaje, están nacionalizados. La censura ejerce entonces una función particular. La primera, la función ordinaria de una censura, es prohibir, indicar lo que no hay que escribir. Pero la censura soviética señala además *lo que hay que escribir* y *cómo*. Arkadi Belinkov relata en tres frases la historia de la literatura soviética. Dice acerca de los escritores: mataron a unos, obligaron a otros a callar y forzaron a otros más a escribir.

La existencia de «palabras que afirman autoridad» transforma la lengua soviética en un sistema estrictamente delimitado por las normas. Todas las lenguas poseen un carácter más o menos normativo. En la lengua soviética, que tiene por patrón la palabra del guía, se sabe exactamente lo que puede decirse y lo que no se debe decir. Se revisa regularmente el léxico, trabajo efectuado tanto por la censura como por los lingüistas al servicio de la censura. Las palabras «incorrectas» son excluidas del diccionario; desaparecen pura y simplemente o se les impone la mención de «en desuso». Un proverbio ruso dice: «No se retiran las palabras de una canción.» Es efectivamente difícil suprimirlas por completo, pero se las puede reemplazar. Una canción célebre (letra de M. Isakovski)

proclamaba: «No necesitamos orillas turcas; no necesitamos tierras de África.» En los años sesenta, una vez hubo desaparecido el autor, se modificaron estas palabras: «No necesitamos el sol de los otros, no necesitamos la tierra de los demás.» Los puntos geográficos concretos fueron reemplazados por una abstracción. La crítica del «culto a la personalidad» emprendida por Jruschov hizo del himno soviético una canción sin palabras durante diez años. A los catorce de la muerte de Stalin se suprimió su nombre del texto. La versión original del himno proclamaba: «El Partido de Lenin, el Partido de Stalin nos lleva de victoria en victoria.» Tras la rectificación, quedó así la letra: «El Partido de Lenin es la fuerza del pueblo, nos lleva al triunfo del comunismo.» [23] En este caso preciso, una fórmula abstracta («de victoria en victoria») fue reemplazada por un destino concreto («el comunismo»).

En ocasiones, el sentido de las palabras que se ha decidido conservar se transforma mediante el auxilio de un adjetivo (se habla, por ejemplo, de «humanismo real»). En la narración *Encuadernado en oro* de Ilf y Petrov, se expone con detalle este método de transformación. La radio de Moscú decidió retransmitir la opereta de Offenbach *La bella Helena*. Al principio de la emisión se presentaron los personajes: «1) Helena, una mujer cuyo hermoso aspecto enmascara un alma totalmente vacía. 2) Menelao, cuyo manto real disimula hábilmente los lamentables instintos de pequeño propietario y de tirano feudal.» Y todo por el estilo. El comentario terminaba con estas palabras: «La música de Offenbach disimula, con una apariencia melodiosa que no interesa a nadie, el vacío total de su alma y sus instintos rapaces de gran propietario y pequeño señor feudal.» [24]

La utilización de sufijos y en particular del sufijo «ismo» es otro ejemplo del tratamiento sufrido por la lengua rusa y su transformación en lengua soviética.

El *Diccionario razonado* de Dahl (siglo XIX) contiene un total de 99 palabras terminadas en «ismo». El diccionario en cuatro volúmenes de Ushakov cuenta con 415: es el diccionario del «stalinismo maduro».

Según un lingüista soviético, el sufijo «ismo» es utilizado para palabras que designan «sistemas falaces, de tendencias políticas perjudiciales y hechos negativos de la realidad soviética».[25] No sorprende, así, que la palabra «liberalismo» se defina así (diccionario de Ushakov): «... 4. Indulgencia criminal, complacencia. Palabra de matiz peyorativo. Se habla de "liberalismo podrido"...» El freudismo es una teoría idealista burguesa, tanto en psicología como en psicopatología; el «feminismo, movimiento político burgués de los países capitalistas»; «el urbanismo, la cultura decadente de las clases dominantes de la ciudad burguesa».

Lógicamente, se plantea un problema: ¿qué decir entonces del

bolchevismo, del comunismo, del socialismo y del leninismo? Pero este problema solamente es lógico fuera del mundo del pensamiento soviético. En la medida en que el verbo —como todo el sistema de comunicación— se encuentre las manos del Guía, de la instancia suprema, la palabra y el signo no tienen otro sentido que el que se les da oficialmente. Se comprende así muy bien que el signo-sufijo «ismo» pueda conferir a la palabra en determinados casos un matiz negativo y en otros, positivo.

El discurso soviético es siempre un monólogo, pues «la otra parte», la que permite discutir, no existe. El «otro lado» es el enemigo. En la lengua soviética no hay palabras neutras: cada una lleva una carga ideológica.

El signo (el texto) penetra mejor en la conciencia cuando se está más preparado para percibirlo. Se repite así varias veces el signo hasta convertirlo en una señal que se agita sin la menor intervención del pensamiento. La influencia de las fórmulas-consigna es tanto mayor cuanto más se repiten de idéntica manera.

No disponemos en la actualidad de ningún estudio que permita determinar de una forma precisa la evolución del hombre constantemente hipnotizado por esas inmutables fórmulas mágicas. Orwell dio pruebas de una extraordinaria perspicacia no tanto al inventar la pantalla televisiva que lo ve todo, sino por su insistencia en el hecho que no se puede desconectar el aparato. En la *Investigación*, Platónov describe una realidad de pesadilla de una radio que no puede cerrarse nunca y de la que no es posible alejarse.

Modelo de grafomanía (por lo menos si hay que creer a los criterios literarios) la poesía de Nikolái Dorizo aparece en lo que se refiere a las categorías de la lengua soviética como un instrumento hipnótico ideal: «Sueña el carrillón del Kremlim en el silencio: ¡es el corazón del Partido! Arde el átomo en el horno: ¡es la fuerza del Partido! Crece el grano en los campos: ¡sabiduría del Partido! Sabiduría del Partido por los siglos de los siglos.» [26] Es la aplicación misma de la fórmula de Goebbels: «Hablamos para producir cierto efecto.» N. Dorizo se autohipnotiza al componer su plegaria al ídolo, en tanto que Pushkin y el socialismo evolucionado suministran otro ejemplo: un término tiene que arrastrar automáticamente al otro en las memorias. El automatismo sólo es posible cuando los escritores toman el relevo de los ideólogos. Así Yevgueni Yevtushenko declaró en Polonia, con gran sorpresa de quienes le escuchaban: «Pushkin fue, como resulta indudable, el profeta de la nueva sociedad socialista.» [27]

Detenido en Varsovia en 1948 y encarcelado durante ocho años, el antiguo ministro polaco de aprovisionamiento, Wlodzimerz Lehowicz evocó las posibilidades ofrecidas por la lengua como ins-

trumento para el remodelamiento de los hombres. Entre las torturas que le infligieron se contó la «tortura por las palabras» o, para utilizar la expresión del propio Lehowicz, «la tortura del murmullo». Consistía en una «repetición monótona, día y noche, de frases murmuradas de manera bastante expresiva (como si hablaran las paredes) para provocar en mí una depresión psíquica o penosas reacciones fisiológicas».[28] Lehowicz cuenta, por ejemplo, que en 1949 le hicieron escuchar durante muchos días y noches el seudodiálogo de dos guardianes, incesante y compuesto por frases de este tipo: «Mira cómo traga con frecuencia su saliva»; «Hay saliva en la comisura de su boca»; etc. Al llegar la primera noche, el detenido ya no podía tragar la saliva que segregaba en abundancia. Pasado un plazo, se le ofreció el mismo «concierto» sobre el tema de la transpiración. A pesar del frío que reinaba en la celda (la escena transcurría en invierno), a fuerza de oír murmurar durante horas «suda», el detenido se puso a transpirar abundantemente.[29]

La experiencia practicada con Lehowicz (puesto que evidentemente se trataba de una experiencia, de «tortura experimental») se desarrolló en el momento en que Stalin preparaba una de sus nuevas obras geniales: *Marxismo y lingüística.* Esta investigación teórica podía servir perfectamente de base a un estudio práctico con vistas a elaborar una técnica que estableciera un vínculo directo entre la palabra —señal— y el comportamiento humano.

La lengua soviética es un sistema semiológico cuyo signo principal es la palabra. Esto explica que esté tan severamente controlada. Pero también los otros signos se hallan bajo vigilancia. Por ello, toda tentativa de introducir un nuevo signo (de encontrar una nueva fórmula literaria) para una obra que no aborde ningún problema social o político —una poesía lírica, por ejemplo—, de utilizar una fórmula nueva o todavía sin explorar en el campo de las bellas artes) se convierte en un crimen político. De ahí la lucha tan dura desencadenada contra la pintura, la escultura y el grafismo no conformistas. Las formas abstractas representan un peligro, puesto que permiten al espectador interpretar libremente su contenido. El cine soviético demuestra a las claras la jerarquía de los signos: el elemento fundamental de una película es el guión, la palabra escrita a la que está subordinada la imagen. La palabra es más fácil de controlar y censurar que la imagen. Algunos realizadores soviéticos han intentado vencer la palabra con la imagen. Tal fue el caso de Eisenstein. Si el discurso político de sus cintas resulta siempre insoportablemente «conformista», sus imágenes traducen con frecuencia una voluntad de independencia. Las réplicas del protagonista del filme *Stalker,* de T. Tarkovski, son modelos de «ortodoxia», pero la utilización del sepia para caracterizar el mundo en que viven los personajes y del verde para la «zona» en que buscan

la libertad del alma, permiten al realizador el diálogo con el espectador por encima de las palabras.

Algunos creadores pueden obtener autorización, como reconocimiento a todos sus méritos, para utilizar signos prohibidos. De esta manera, el poeta A. Voznesenski es el único que tiene derecho a escribir Dios con mayúscula. Esta señal de favor subraya el puesto particular que se le ha procurado en el seno de la jerarquía artística y del sistema semiológico soviético: personifica el símbolo viviente de la naturaleza liberal del poder y la libertad inherente al régimen. Las películas de Tarkovski no se proyectan casi nunca en las pantallas soviéticas (tan sólo existen tres o cuatro copias), pero son ampliamente difundidas en el extranjero como prueba de la calidad del arte soviético y la tolerancia «inherente al régimen».

Jruschov fue destituido por una evidente serie de razones políticas, pero también porque infringió el sistema semiológico. Particularmente, no se le perdonó nunca su «zapatazo» en la ONU. Quitarse el zapato y utilizarlo para golpear la mesa en una reunión con extranjeros equivalió a una falta de educación. Y el guía soviético es por definición modelo de cortesía.

Tampoco la música, la más abstracta de las artes, escapa a la atención de los guardianes del signo: el CC del Partido ha adoptado numerosas resoluciones referentes al lenguaje musical.

Ósip Mandelstam ha definido perfectamente la significación de la palabra en el sistema soviético, al declarar que la URSS era el único país en el que se consideraba con seriedad la poesía, ya que se podía matar a un poeta por una palabra.

Pese a ciertas modificaciones en la terminología, la concepción soviética oficial del sistema semiológico, su importancia y su papel no han cambiado desde el principio de los años veinte. El papel del Partido ha seguido siendo el mismo. El manual titulado *Problemas sociolingüísticos de las lenguas de los pueblos de la URSS (problemas de política lingüística y construcción del lenguaje)*, destinado a los estudiantes de filología, lleva un sello indicador de haber pasado el control del instituto de marxismo leninismo, adscrito al Comité Central del Partido. Las referencias a la lengua no han evolucionado: sigue siendo instrumento para la formación del hombre soviético o, para decirlo con una cita de una obra científica titulada *La lengua en la sociedad soviética evolucionada*: «La gran tarea de los medios de comunicación en la sociedad socialista es desarrollar y perfeccionar en la dirección deseada la conciencia de cada uno de sus miembros.» [30]

El elemento esencial de esta fórmula viene a ser la expresión *en la dirección deseada*. La lengua soviética es teleológica. Sirve a «un proceso histórico mundial: la instauración y desarrollo de la nueva formación economicosocial comunista». Tiene por misión

ayudar al hombre a «integrarse en su lugar óptimo, que es una simple célula en el organismo social».[31]

Desde la aparición del primer Código penal soviético (1922), toda infracción del monopolio estatal sobre la lengua fue declarada criminal. El primer capítulo del Código, relativo a los «crímenes contra el Estado» prevé la sanción en el párrafo 58 («Crímenes contrarrevolucionarios»). El artículo 58.10 proclamaba: «Toda forma de propaganda o de agitación tendente a subvertir o debilitar el poder soviético (...), así como la difusión, elaboración o posesión de documentos de semejante contenido acarrearán una pena de reclusión de por lo menos seis meses.» Lo que a partir de 1928 significó diez años calculando por lo bajo. Redactado con la participación del propio Lenin y luego perfeccionado por Stalin, el Código penal fue derogado en 1960 y reemplazado por uno nuevo. En el primer capítulo, también relativo a los crímenes contra el Estado (y precisamente en la primera parte reservada a los «crímenes particularmente graves»), consagra el monopolio del Estado sobre la lengua. El artículo 70 repite casi palabra por palabra el artículo 58.10, y lo amplía: «Toda forma de agitación y propaganda que tenga por objetivo socavar o debilitar el poder soviético», así como «toda difusión en idéntico sentido de invenciones calumniosas que denigren al régimen político y social soviético...». Las posibilidades de sancionar un «error» de lenguaje han aumentado considerablemente. No es necesario tratar de subvertir el régimen; basta difundir «invenciones calumniosas» o, para decirlo en otras palabras, cualquier información que no se publique en la prensa soviética. El castigo previsto es de seis meses a siete años de reclusión. En 1966, el legislador consideró que el artículo 70 no garantizaba bastante el monopolio del Estado sobre la lengua. Se añadió entonces al Código el artículo 190.1. Este artículo estipula: «Toda difusión sistemática de falsedades en forma oral, así como toda participación en la elaboración y difusión de obras escritas, impresas u otras de contenido semejante» se penarán con tres años de internamiento en un campo. El artículo 190.1 recoge exactamente la fórmula del artículo 70: en ambos casos se trata de un delito. El artículo 70 se refiere a la «agitación y propaganda cuyo objetivo sea socavar o debilitar el poder soviético». Se sobreentiende, por tanto, la premeditación. Con el artículo 190.1 tal procedimiento se hace inútil: basta contar una anécdota, escribir una narración o una novela (sin tratar especialmente de «socavar o debilitar» al régimente soviético) y que los «Órganos» detecten en las declaraciones o el texto «falsedades que denigren al régimen» para ser condenado, con toda legalidad, a tres años de campo.

De esta manera, en julio de 1984, fue juzgado Alexandr Bogoslovski por «propaganda antisoviética» y condenado a tres años. En el curso de un registro se había encontrado en su casa un cuaderno

escolar con notas, un libro de N. Berdiáev y *Rusia en 1839* de Custine.[32] Si los artículos del Código penal se aplican tan sólo en determinados casos precisos, la censura transforma por su parte el lenguaje de manera constante. La forma de trabajo de la censura soviética es ampliamente conocida. Los principios que la guían quedan claros si se comparan las obras publicadas en la Unión Soviética con cortes, y las mismas, íntegras, en el extranjero, o si se estudian las diversas ediciones de enciclopedias y los textos de Marx, Lenin y Stalin. La técnica de los censores se reveló gracias a la publicación en Occidente de las *Instrucciones* que reciben y cuyo texto pasó la frontera gracias a Tomasz Strzyzewski, antiguo censor polaco. El título oficial de las instrucciones es: *Libro de prohibiciones y recomendaciones de la Dirección general de control de la prensa, publicaciones y espectáculos.* Cada año, escribió T. Strzyzewski en su compilación en dos volúmenes titulada *El libro negro de la censura en la República Popular de Polonia*,[33] la censura (el autor habla de los años setenta) efectúa cerca de diez mil intervenciones, bien sea para prohibir publicaciones, películas u obras teatrales, o exigienlo modificaciones y retoques de toda especie en textos y espectáculos, así como prodigando «consejos» sobre los temas y la forma de escribir, de montar piezas o de realizar películas.

El *Libro de las prohibiciones y recomendaciones* es un documento destacable que revela la naturaleza de la lengua soviética más que todo cuanto haya podido escribirse sobre la cuestión. No deja duda alguna de que la censura polaca tomó modelo de la soviética. La censura considera el mundo como un sistema semántico, en cuyo interior la información no es un reflejo, justo o falso, de la realidad, sino la sola y única realidad. Desde el punto de vista de la lengua soviética resulta, pues, completamente absurdo evaluar la información y el lenguaje en términos de verdad y mentira. En la medida que recibe el asentimiento de la censura, la información impresa se convierte en la única realidad posible. Son un excelente ejemplo de ello las instrucciones concernientes a la contaminación de los ríos dadas a los censores: «Está prohibido publicar cualquier texto referente a la contaminación de los ríos polacos que tienen sus fuentes y proceden de Checoslovaquia, incluso si dicha contaminación tiene su origen en las industrias polacas. Pero la información sobre la contaminación de esos mismos ríos en territorio checoslovaco está autorizada.» [34] La industria socialista no ensucia jamás los ríos de su propio país. Todo lo más pueden admitirse errores cometidos en un país socialista vecino (en Checoslovaquia, por ejemplo). Dicho en otras palabras: los ríos están contaminados, pero sólo hasta la frontera polaca.

Para el poder, la censura es una especie de varita mágica. No protege al Estado socialista contra la crítica abierta (para ello hay otros medios), sino que crea un sistema semántico que defiende y

protege el modelo socialista ideal. Basta un golpe de la varita mágica de la censura para que la gente aparezca o desaparezca: si un escritor, un músico o cualquier hombre público está inscrito en la «lista negra» su nombre desaparecerá en la nada. En ocasiones (en caso de modificación de la estrategia política), algunos reaparecen o, lo que es igual, se reintegran a la información. Acontecimientos históricos desaparecen de las páginas de libros o periódicos para reaparecer convenientemente deformados. Así, en 1975, la censura polaca autorizó para las «obras científicas, memorias y biografías» la fórmula «Muerto en Katyn» o «Desaparecido en Katyn», a condición de que la fecha de la defunción no fuera anterior a julio de 1941. Una información de tal género da a entender (y tal es el objetivo buscado) que fueron los nazis quienes ejecutaron a los oficiales polacos fusilados en Katyn. La censura prohíbe asimismo categóricamente toda alusión a los cataclismos naturales que ocurren en el país. Retocada por la censura, la información da, en suma, la imagen de un Estado ideal, de un país que marcha con seguridad hacia el comunismo.

La censura se fundamenta en Polonia en idénticos principios que la censura soviética o de los otros países del «socialismo maduro». Un modelo similar funcionaba en la Alemania hitleriana, donde los nazis comprendieron desde el nacimiento de su partido la importancia del lenguaje como instrumento de formación de la conciencia humana y de transformación de la realidad.

Llegados al poder, los nazis emprendieron inmediatamente la tarea de crear una nueva lengua, la lengua del Tercer Reich. Durante los doce años de su régimen, el filósofo alemán Victor Klemperer llevó un diario en el que prestó particular atención a los cambios introducidos en la lengua alemana, en su transformación progresiva en lengua del Tercer Reich *(Lingua Tertii Imperii)*. «Todo lo que en Alemania se decía y escribía estaba enteramente codificado por los órganos del Partido.» Las principales características de aquella nueva lengua eran las siguientes: extrema pobreza de léxico (todas las palabras «complicadas» o «ambiguas» eran rechazadas), adecuación absoluta de la lengua escrita y hablada (una lengua escrita, la de los textos del Partido, se convertía en lengua hablada), modificación del valor de las palabras y su frecuencia. Así, las palabras estaban jerarquizadas: tenían que desaparecer progresivamente todas aquellas que eran inútiles desde el punto de vista de los responsables de la política lingüística, aproximadamente las mismas que en los diccionarios soviéticos aparecen marcadas con el término «en desuso».

Klemperer anotó en sus cuadernos: «El nazismo penetra en la carne y la sangre de los hombres por medio de palabras aisladas, de giros de lenguaje, de fórmulas lingüísticas repetidas millones de veces hasta terminar por imponerse automática, inconscientemen-

te.»[35] Klemperer subraya la importancia de la «palabra aislada», de los clisés, de las fórmulas hechas, incansablemente repetidas. Si se comparan los textos y la iconografía de soviéticos y nazis, sorprenden los puntos comunes entre ambos regímenes en materia de técnicas de propaganda, de elaboración del lenguaje y de signos impuestos. Klemperer considera que los signos básicos de la lengua hitleriana —del modelo de lengua nazi: las palabras, los clisés y la entonación— se encuentran ya en el *Mein Kampf*, publicado en 1929. A partir de la llegada de los nazis al poder, palabras nuevas, fórmulas prefabricadas —el pueblo, el partido, la lucha— llenan la lengua alemana. Los nazis utilizaron la terminología militar en todos los campos de la vida, como —por iniciativa de Trotski— se había comenzado a hacer en la Unión Soviética tras la Revolución de Octubre: «frente de trabajo», «batalla de las cosechas» fueron expresiones empleadas, tanto oralmente como escritas, en la Unión Soviética y la Alemania nazi. Hitler tomó en préstamo de los soviéticos su célebre «triple retrato», los perfiles de Marx, Engels y Lenin, que reemplazó por los de Federico II, Bismarck y él mismo. Stalin tomó en préstamo a Hitler la fórmula tan conocida: los gobiernos van y vienen; el pueblo alemán continúa, que modificó así: los Hitler van y vienen, el pueblo alemán subsiste. Stalin declaró: el marxismo no es un dogma sino una guía para la acción. Rosenberg dijo a su vez: el nazismo no es un dogma sino una actitud. A las puertas de los campos hitlerianos se inscribió: *Arbeit macht frei.* En las puertas de los campos stalinianos podía leerse: «El trabajo es asunto de honor, valor y heroísmo.» Y en los de hoy en día: «El trabajo es la vía de la liberación anticipada.» Alemania se ornó de consignas: «¡Adolf Hitler es la victoria!» La Unión Soviética proclamaba: «¡Donde está Stalin, está la victoria!»

En la actualidad, las actividades censoras del ministro de propaganda hitleriana, Goebbels, son casi tan conocidas como el trabajo de los censores polacos. La técnica de la manipulación de la información y del Verbo es exactamente la misma. Goebbels prohibió la palabra «propaganda» en un sentido negativo, como «la propaganda enemiga». En el transcurso del verano de 1942 prohibió utilizar en el trabajo propagandístico las palabras «asesinato» y «sabotaje», susceptibles de inspirar a las gentes malas ideas. En febrero de 1944, cuando las pérdidas álemanas en el frente del Este se hicieron impresionantes, prohibió la expresión «carne de cañón», con la finalidad de evitar asociaciones de ideas poco deseables. Al cambiar las palabras, Goebbels intentó modificar la realidad: a partir de entonces, era realidad cuanto decía Goebbels. La historia de la Alemania hitleriana es un ejemplo muy convincente del poder de las palabras y las técnicas que permiten manipularlas. La población, cercada por todos lados de poderosos enemigos, y que

comprobaba cada día la realidad de los bombardeos aéreos, de los disparos de artillería y la marcha victoriosa de las tropas enemigas, continuó creyendo hasta el último minuto en la realidad de la propaganda de Goebbels. Victor Klemperer relata que en abril de 1945, en un Berlín cercado, los alemanes esperaban un milagro para el 20 de abril, fecha del cumpleaños del Führer. Creían sinceramente que aquel día los enemigos desaparecerían como por encantamiento. Aquel milagro, aquella fe en Hitler, en la realidad creada por la palabra, es lo que el historiador norteamericano Herzstein denomina «la guerra que Hitler ganó».[36]

El Verbo, la lengua soviética, sigue desempeñando su papel después de setenta años. La Alemania hitleriana subsistió tan sólo doce. Polonia, que se encuentra incluida en el «círculo mágico» desde hace cuarenta años, ha sabido preservar otra lengua, la de la Iglesia, inevitable punto de referencia y comparación. Su ejemplo demuestra, sin embargo, que incluso en condiciones no siempre favorables, el poder total sobre la lengua da a quien lo posee una inmensa influencia, tanto sobre la propia lengua en sí como —y es lo esencial— sobre la conciencia de hombres. En 1979, una editorial no oficial de Varsovia publicó las actas de un coloquio sobre el tema «La lengua de la propaganda»,[37] organizado por la «Sociedad de cursos científicos», clandestina a su vez. En sus intervenciones y exposiciones, el sociólogo Stefan Amsterdamski, lingüistas, historiadores y escritores (cuyos nombres se mantuvieron en secreto) analizaron ese fenómeno que denominó «lengua soviética», y que los polacos denominan la *nowo mowa*, traducción del *newspeak* de Orwell. La *nowo-mowa* presenta todas las particularidades de la lengua soviética, pero en versión polaca. Stefan Amsterdanski puso en evidencia cuatro grandes características de la *nowo-mowa*. La primera y más importante la imposición a cada palabra de cierto valor que no se somete a discusión. El significado de la palabra depende de esta valoración.

Segunda característica es la extraña síntesis de los elementos pragmáticos y rituales. El aspecto pragmático se refiere a la función de la lengua: la propaganda. El aspecto «ritual» procede de la necesidad, en estas o aquellas circunstancias, de hablar de determinada manera con exclusión de cualquier otra.

La tercera característica es el aspecto mágico de la *nowo-mowa* o, dicho de otra manera, el deseo presentado como si fuera la realidad. El empleo de la palabra crea la realidad, pero la palabra inusitada condena al objeto —la cosa, el hecho, el individuo— a desaparecer.

La cuarta gran característica es que la palabra aparezca o desaparezca a voluntad de la Instancia Suprema.

Los participantes en el coloquio de Varsovia dieron ejemplos de *nowo-mowa*, ejemplos de técnicas y de modificación de la pala-

bra. Para los polacos, especialmente, la palabra «fuerzas» empleada en plural y sin adjetivo, no puede designar más que a las «fuerzas del mal»; antisocialistas, antisoviéticas y antipolacas. Empleado con un calificativo tiene, por el contrario, un matiz positivo: designa las fuerzas del socialismo, las fuerzas del progreso. La expresión «Llevar el agua al molino...» podía, desde el punto de vista estrictamente lingüístico, significar «el agua a *mi* molino», pero en la *nowo-mowa* designaba siempre el «molino» enemigo. En *nowo-mowa* la palabra «extranjero» no designa a cualquier persona de otro país, sino precisamente a los alemanes y los judíos, pero nunca, por ejemplo, a un soviético, un búlgaro, ni tan siquiera a un alemán del Este.

El coloquio de Varsovia consagrado a la «lengua de la propaganda», a la *nowo-mowa*, demostró que la «construcción lingüística» de que hablaba Grigori Vinokur en 1923 ha obtenido muy buenos resultados incluso en Polonia. Construido sobre modelo soviético, la *nowo-mowa* polaca posee todas las características de la nueva lengua señaladas hace medio siglo por el lingüista ruso. Los historiadores de Solidaridad han insistido —y seguirán subrayándolo— en el papel capital de la prensa libre de cualquier censura, en el nacimiento del movimiento sindical, independiente y autogestionario. Las innumerables revistas, periódicos y libros clandestinos aparecidos en los años 1976-1980, rompieron el círculo mágico de la *nowo-mowa*, de la lengua soviética.

El carácter de la lengua soviética le ha permitido convertirse en una lengua universal, en el esperanto de la segunda mitad del siglo XX. Nuestra época quiere vestirse a lo norteamericano, comer a lo norteamericano y ver películas norteamericanas. Pero nuestro mundo habla el soviético, expresa sus temores y sus esperanzas en lengua soviética. Esto no sólo concierne a la «prensa progresista», de la que se dice en Moscú que «posee ciertas cualidades de la prensa socialista»,[38] o a quienes forman, siempre según Moscú, «la opinión pública progresista e internacional», sino a todos cuantos utilizan la lengua soviética incluso sin sospecharlo. Monsieur Jourdain es el gran héroe de nuestro tiempo.[39]

El escritor polaco Tadeusz Konwicki demuestra la relatividad del tiempo en la Polonia socialista: el único calendario que existe en el país está guardado en la caja de caudales del Partido. Al leer la prensa occidental, al escuchar los discursos de los políticos y jefes de Estado se tiene a veces la impresión penosa de que la caja de caudales del Comité Central del PC soviético encierra las palabras que definen el tiempo de todo el planeta. Moscú nombra amigos y enemigos.

En la esfera soviética, la *nowo-mowa* es necesaria para el pro-

greso y se convierte (más o menos lentamente según el país) en la principal forma de comunicación. En la zona soviética, la *nowomowa* progresa rápidamente en el discurso político, la diplomacia y la lengua de los «poseedores de la cultura» hasta determinar el lugar del individuo en el seno de la élite.

No se han estudiado todavía lo suficiente las técnicas de sovietización del mundo no soviético, pero son perfectamente conocidas en la actualidad numerosas formas de penetración. Existen en primer lugar las consignas publicadas por la prensa soviética, las campañas internacionales organizadas por Moscú. Hay que contar también con la acción de los «partidos comunistas y obreros» de los países no soviéticos. Los ideólogos de la URSS no disimulan el nombre de quienes les prestan la máxima ayuda. Mientras que «el capital monopolista» se sirve de los medios de comunicación para difundir y propagar la llamada «cultura de masa» burguesa y la lengua de las «clases dominantes», «los Partidos comunistas y obreros... se esfuerzan en utilizar ampliamente las lenguas nacionales para instruir a los pueblos y extender la cultura y la ideología progresistas».[40] Existen otros muchos medios de penetración. Pero el elemento más importante es sin duda el hecho de que no se perciba suficientemente el papel del Verbo y se olvide que en la guerra total declarada al mundo no soviético no existen palabras inocentes.

El senador norteamericano Daniel Moynihan habla de una «infiltración semántica» y evoca el «proceso que nos lleva a adoptar el lenguaje de nuestros adversarios para describir la realidad política».[41] La gran particularidad de la lengua soviética —la apreciación contenida en cada palabra— modifica el sentido del discurso mejor intencionado desde el momento que utiliza consignas, términos y definiciones soviéticas. Basta bautizar como «palestina-progresista» a una de las partes que se enfrentan en el Líbano para disipar todas las dudas en cuanto a la justicia de su causa. El vocablo «progreso» es un término táctico que no necesita ningún comentario. Basta presentar a un nuevo secretario general con los rasgos de una «paloma», de un «liberal acosado por los halcones conservadores» en sus intenciones progresistas, para que renazca la esperanza de un «comunismo con rostro humano». Cuando el arzobispo de Hanoi, cardenal Trighn, al invitar en el Vaticano al Papa para que se desplazara a Vietnam, declaró: «Nos sentiríamos muy dichosos de acoger al pastor de nuestra Iglesia en nuestro querido país, socialista, como vuestra querida patria, Polonia»,[42] el socialismo recibió el espaldarazo de la Iglesia.

Alain Besançon recomienda traducir las palabras soviéticas. El vocablo «koljós», por ejemplo, podría dar lugar a esta definición: «Plantación esclavista dirigida por una burocracia exterior bajo el control del sistema.» [43] A esta propuesta sólo se le puede formular

un reproche: habría que traducir demasiadas palabras. Los periodistas occidentales no podrían hablar de «delegaciones sindicales soviéticas» sin traducir del soviético la palabra «sindicato». No podrían utilizar las palabras «elecciones», «distensión», «lucha por la paz», «reformas», «democracia socialista»...

La censura soviética conoce bien el valor de las palabras y no tolera la ambigüedad. Al estar el adjetivo «rojo» «estrechamente vinculado en la conciencia de los hablantes de muchos países del mundo, bien al movimiento comunista, bien, y con mayor amplitud, a las fuerzas de izquierda en general»,[44] se prohibió el empleo de la expresión «brigadas rojas» y se conservó la expresión original *brigate rosse*. Tampoco se tradujo la palabra china *dazibao* para no manchar la noble expresión soviética «periódico mural». El empleo inadecuado de una proposición está considerado como una falta política. No se debe hablar así de los acontecimientos de Afganistán, sino de los acontecimientos «*en torno*» de Afganistán.[45] Para evocar «nociones en relación con la ideología burguesa o exponer concepciones burguesas que tienen rasgos parecidos a ciertos aspectos de nuestra vida política y social o nuestra ideología», es indispensable —subrayan los lingüistas soviéticos— «emplear comillas, signo que refuta el sentido de la palabra». Se escribirá, por ejemplo: «Los problemas del "libre intercambio" y de los "derechos humanos" en los países socialistas ocupan un lugar preponderante en la acción de los servicios ideológicos de la OTAN.» [46] Colocadas entre comillas las expresiones «libre intercambio», y «derechos humanos» ponen en ridículo a todos aquellos que se atrevan a dudar por un instante de su ausencia en la patria del «socialismo maduro».

En el transcurso de la segunda mitad de los años setenta, la lengua soviética se enriqueció con una nueva noción: el espacio informativo del país. Se reforzaron las medidas destinadas a mantener a los ciudadanos soviéticos apartados de las informaciones que les estaban prohibidas. Ciertas «recomendaciones» de la censura polaca tienen que observarse estrictamente. «Conviene emplear el nombre oficial "República Democrática Popular de Corea" y no las expresiones "Corea del Norte" o "Gobierno de Corea del Norte". Además, está prohibido designar Corea del Sur por su nombre de "República de Corea", que se aconseja reemplazar por "gobierno fantoche de Corea del Sur" o "el régimen de Seúl".» [47]

La defensa del «espacio informativo del país», de la «zona soviética», es la primera función de la logocracia. La segunda es el ataque; se pasa así a la ofensiva en el «espacio desinformativo» del mundo no soviético. La lengua, la infiltración semántica de las lenguas no soviéticas es, en este caso, un arma poderosa. En las conversaciones con los países no pertenecientes al campo socialista, los diplomáticos soviéticos tienen como tarea «sovietizar» la lengua

empleada en el curso de los debates, infiltrar en ella palabras, términos, expresiones y nociones de contenido soviético. Todos los textos diplomáticos, los comunicados redactados con ayuda del léxico soviético a raíz de encuentros con los jefes de Estado extranjeros, se convierten así en documentos codificados, de doble sentido, uno para los soviéticos y otro para el exterior. Aceptar el empleo de léxico soviético, a raíz de las conversaciones con logócratas, es entrar en el círculo mágico de la utopía, convertirse en su «ciudadano de honor».

La fórmula de Marx «El ser determina la conciencia» se aplica perfectamente al sistema soviético si se admite que el ser —realidad en que vivimos— está creado por la lengua. Es una realidad ilusoria. Pero de manera paralela existe una realidad verdadera: el pan, el amor, el nacimiento y la muerte. La lengua soviética crea y predica una realidad ilusoria. La lengua viva da a la realidad auténtica la posibilidad de existir. La formación del hombre soviético no es, en amplia medida, más que el combate de dos lenguajes. La «nueva lengua» no tiene por objetivo tan sólo «ocupar el puesto de la lengua clásica, sino que se esfuerza por todos los medios en destruirla... Aborda así primeramente los campos del lenguaje indispensables para evocar los problemas sociales, históricos, ideológicos y políticos».[48]

La logocracia —el poder de la lengua— posee una fuerza monstruosa a la que resulta particularmente difícil resistir. Se asiste así a una sustitución de las palabras, del sentido y de la realidad. Esto explica que en los años treinta, quienes intentaban criticar el régimen hitleriano escucharan réplicas como éstas: ¿Y las autopistas? ¿Y los Volkswagen? A quienes denunciaban el fascismo italiano se les replicaba que desde que Mussolini ocupó el poder, los trenes llegaban a su hora. La enseñanza secundaria gratuita y el aumento del número de médicos respecto a 1913 aparecían así como pruebas convincentes de los méritos del «socialismo maduro». En 1984, el francés Pierre Vassal se maravillaba de los «esfuerzos sobrehumanos» [49] del pueblo albanés, que había conseguido transformar los pantanos en campos fértiles, construir una factoría metalúrgica, etc...

La logocracia permite simular la «normalidad», crear un parecido de la «vida cotidiana» en las condiciones del totalitarismo. Ósip Mandelsdam decía a su esposa: «Ellos (los ciudadanos soviéticos) creen que todo es normal puesto que los tranvías funcionan.» Funcionan, es verdad. La lengua soviética se ha empeñado en la «normalidad», en la realidad ilusoria. En Albania se construyen fábricas, es cierto. Pero también en Albania y a una sola palabra del Guía, el pueblo, unánime, olvida a los «amigos eternos» de ayer y los transforma en «enemigos para siempre».

Al estudiar la lengua del sistema totalitario, el historiador y

sociólogo George Steiner llega a la conclusión de que la lengua alemana fue instrumento de «la planificación y la realización concreta de la catástrofe». Steiner definió magníficamente la «lengua del Tercer Reich»: «Refinada y servil, la lingüística elabora el programa hitleriano, inspira su propaganda e inventa para caracterizar las torturas y las cámaras de gas, expresiones falaces, tranquilizadoras y paródicas.» Resulta difícil no suscribir estas palabras. Pero Steiner escribió también: «El léxico staliniano tradujo la quiebra del Verbo (carece, por tanto, de peligro para la literatura rusa). El léxico de los nazis refleja el naufragio hiperbólico e inflacionista del Verbo, del que habla Goethe en su *Fausto II*.» [50]

Hay que oponerse a esta afirmación: el léxico staliniano no ha sufrido quiebra. Por el contrario, venció y sigue venciendo. Estas dos actitudes del investigador respecto a dos lenguas totalitarias —percibe perfectamente el mal causado a la lengua alemana por el hitlerismo, pero no ve el mal engendrado por la lengua soviética— es una prueba manifiesta de la potencia de esta última. Cabe preguntarse cómo pudo permanecer indemne la lengua que sirvió para ordenar las torturas en las cárceles soviéticas, las ejecuciones en los campos de concentración y el aniquilamiento de millones de «kulaks».

En las condiciones de la logocracia, la lengua se degrada de año en año. Los más optimistas consideran que las abuelas son las guardianas de la lengua rusa. El problema estriba en que las abuelas de hoy han crecido en el seno de la logocracia. En los años treinta eran jóvenes komsomoles y aprendían el alfabeto de la lengua soviética. La perennidad de esta lengua, la llegada de una generación para la que la lengua viva no será ya más que la lengua muerta de los viejos libros, corre el riesgo de arrastrar el triunfo de la lengua soviética y, por consecuencia, asegurar la transformación de la conciencia y la victoria de la utopía sobre el hombre.

Se asiste indudablemente a una lucha entre la lengua viva y la lengua soviética. La lengua viva resiste, y uno de los principales núcleos de resistencia es la literatura rusa que se estudia en la escuela y se lee. Pero el estudio se hace ya en lengua soviética. Además, según las fuentes oficiales, «la actual generación crece casi por completo ajena a los clásicos... Ante todo, porque la enseñanza de la literatura en la escuela no se efectúa siempre a un nivel satisfactorio».[51] Los clásicos aparecen en ediciones comentadas, truncadas, interpretadas, marcadas por el sello de la mentalidad soviética. La lengua «verde» se ha convertido en las relaciones entre la gente en una forma de resistencia. La lengua rusa ha sido siempre muy rica en juramentos, barroquismos o formas de expresar una plenitud de emociones. Pero en la actualidad, esta forma de

expresión se ha convertido en una forma universal de relación: la emplea todo el mundo, miembros del CC y «sin partido», mujeres, niños, jóvenes, viejos, borrachos o no, intelectuales y koljosianos. Sin embargo, y al tiempo que lanza un desafío a la lengua soviética, este lenguaje destruye la lengua rusa, limitando su léxico al extremo y haciendo inevitablemente más primitivos los sentimientos expresados.

Tras la muerte de Stalin, en el período del «deshielo», numerosos escritores tomaron sobre sí la tarea de salvar la lengua rusa. El primero de ellos fue Alexandr Solzhenitsin, que intentó restituirle toda su riqueza de léxico, para lo cual recurría con frecuencia al diccionario de Dahl y al empleo de vocablos y giros olvidados o eliminados de la lengua. Los escritores «campesinos» encuentran un antídoto en las formas dialectales o en el lenguaje popular hablado en las provincias alejadas del centro. La sátira es un arma importante en la lucha emprendida contra la invasión de la lengua soviética. Los autores satíricos —Yeroféiev, Voinóvich, Siniavski, Aleshkovski— intentaron hacer estallar la palabra-centón, denunciar las consignas-clisés, romper los barrotes de la jaula que aprisionaba a la frase. Solzhenitsin, Maxímov, Dombrovski y Vladímov utilizaron con éxito elementos de sátira. No sorprende, pues, que estos escritores —y sus obras— hayan sido expulsados de la literatura oficial. La sátira es el enemigo jurado de la lengua totalitaria.

La fuerza de la lengua soviética reside en que al servir para transformar al hombre, es un medio de comunicación entre las altas esferas y las capas inferiores, entre dirigentes y «dirigidos», en un sistema en el que los signos se perciben de la misma manera desde lo alto a lo bajo de la escala. Logócratas y consumidores pasivos están igualmente prisioneros del círculo mágico de la lengua soviética. La logocracia no conoce augures que, utilizando el arma del Verbo, pudieran defenderse de su influencia. Todos viven y actúan en el círculo del léxico y en los clisés del pensamiento soviético. Dirigentes y dirigidos están convencidos por igual del peligro que representan esos enemigos creados por los primeros para asustar a los segundos.

El nacimiento de la logocracia fue posible por la colaboración eficaz de los «creadores». Ernst Neizviestni descubrió en el Olimpo soviético «pequeños rojos» que «no se equivocan nunca» y «pequeños verdes» que «transforman sus mugidos en discurso inteligible». Así funciona el CC del Partido, cerebro del país. Conviene ampliar considerablemente esta noción de «pequeños verdes» que Neizviestni aplica tan sólo a los «consejeros del CC». Cabe incluir a Gorki, que transformó en «discurso inteligible» algunas ideas de Stalin, así como a Eisenstein y a otros muchos escritores, pintores, músicos y directores teatrales y cinematográficos, con talento o sin él. E. Neizviestni, que comprendió perfectamente la natura-

leza del sistema, relata con una franqueza que provoca admiración, cómo ayudó a los redactores del CC a preparar el informe de un «pequeño rojo» con vistas a un viaje al extranjero. La explicación que daba de su conducta era bastante confusa. Alegaba especialmente que «el problema de saber dónde terminaban los intereses del poder y comenzaban los de Rusia era muy complejo».[52] Hubiera podido añadir que se sentía halagado de verse así vinculado al poder.

La lengua soviética —y ahí estriba su fuerza— crea la ilusión de una simbiosis entre dirigentes y dirigidos, presenta un sentimiento de unidad de cara al mundo exterior. La lengua soviética se convierte así en el rasgo distintivo de los «nuestros» que —a diferencia de los extranjeros— entienden lo expresado «entre líneas» y a «media voz». El poder se convierte en algo «próximo» y sus adversarios, en enemigos. Los propios «disidentes» se ponen a hablar la lengua soviética.

Leonid Brézhnev se indignó por la traición de Dubcek, al que reprochaba sobre todo haberse puesto a hablar «de otra manera». «Desde el mes de febrero te había hecho algunas observaciones sobre tu intervención —le explicó—. Te llamé la atención sobre ciertas formulaciones inexactas. ¡Y las mantuviste! ¿Cómo es posible trabajar en tales condiciones?»[53] Dubcek, que era sin embargo diplomado por la escuela del Partido soviético, cometió el peor de los crímenes: traicionó el Verbo.

En 1914, Frank Kafka escribió un relato titulado *La colonia penitenciaria*. Adivinó el futuro con una clarividencia fantástica e inaudita. El relato de Kafka puede considerarse como una parábola genial de la lengua soviética. La colonia penitenciaria no conoce más que una forma de castigo: una máquina especial graba la sentencia sobre el cuerpo del condenado. El detenido no tiene conocimiento oficial de ella. Como dice el oficial-verdugo: «Se enterará en su carne.» La sentencia se escribe en un papel y luego es transcrita sobre el cuerpo del condenado en letras especiales: «... Estas letras no pueden ser ordinarias, puesto que no deben matar en seguida. Se calcula en promedio un plazo de doce horas. El momento crítico se sitúa ordinariamente en las proximidades de la hora sexta. La inscripción, en el sentido propio del término, debe acompañarse de numerosos ornamentos...» Tras seis horas de incesantes inyecciones, llega lo que el oficial-verdugo denomina «el momento crítico»: «... El condenado comienza a descifrar la inscripción y se concentra como si escuchara... El condenado descifra la sentencia con sus llagas. Se trata de un gran trabajo que requiere seis horas para hacerlo bien. Pasado este plazo, el rastrillo le traspasa de parte a parte y lo empuja a la fosa...»

De igual manera, inyección tras inyección, la lengua soviética graba en la carne y el cerebro de los hombres la inscripción prepa-

rada por los logócratas. A diferencia de la colonia penitenciaria, no tiene como objetivo matar a los hombres sino transformarlos.

En sus *Relatos del Kolimá*, uno de los libros más terribles e importantes de nuestro tiempo, Varlam Shalamov incluye una narración breve titulada *La sentencia*. El protagonista, medio muerto de hambre y agotado por el trabajo que sobrepasa sus fuerzas, es trasladado milagrosamente a un puesto menos penoso. Revive poco a poco. Con la audacia y el valor de un gran escritor, Shalamov relata este revivir. Le vuelven los sentimientos: la cólera, la audacia, el miedo, la compasión. Un buen día reencuentra las palabras. Durante la agonía había limitado su vocabulario a un mínimo estricto. De pronto, recuerda el vocablo «sentencia». No sabe ya lo que significa. Tan sólo al cabo de una semana reencontrará el sentido. Como en el relato de Kafka, el condenado de Shalamov descifra la sentencia con su propio cuerpo. El gozo que experimenta al reencontrar el significado de esta palabra recuerda los sentimientos del héroe de *La colonia penitenciaria*. «¡Que se calme de pronto nuestro condenado al cabo de seis horas! El más obtuso ve también que su pensamiento se aclara. Comienza alrededor de los ojos. Inmediatamente se extiende... El condenado ha comenzado a descifrar la inscripción.»

El hombre comienza a comprender la lengua soviética. Se convierte, poco a poco, en un engranaje de la máquina.



Conclusión

> Winston SMITH. Sé que caeréis. Hay algo en el universo, no sé qué, un espíritu, un principio que no conseguirá usted abatir jamás.
> O'BRIEN. ¿Qué principio es ese que nos vencerá?
> Winston SMITH. No lo sé. El espíritu del hombre.
> O'BRIEN. ¿Y se considera usted un hombre?
> Winston SMITH. Sí.
> O'BRIEN. Sí, es usted un hombre, Winston; es el último. Su especie está destruida. Nosotros somos los herederos.
>
> GEORGE ORWELL

Este diálogo entre O'Brien, ideólogo del partido interior y Winston Smith, habitante de la Oceania, se situó en 1984. En la historia del Estado escrita por Orwell no era ésta una fecha destacada, sino una mera etapa en la vía hacia el año 2050, en que, tras la adopción definitiva de la Novlengua, desaparecía para siempre el recuerdo de la antigua humanidad. En la novela del escritor inglés, la máquina resulta victoriosa, y el Estado mata al individuo y lo transforma en simple engranaje. Para Orwell, que escribió su novela a finales de los años cuarenta, un siglo bastaría para completar aquella «modificación».

Desde hace setenta años (desde la victoria de la Revolución de Octubre), el hombre sufre como individuo, y por obra del Estado totalitario, un ataque de intensidad jamás conocida, una agresión planificada desde todas las direcciones. Se puede establecer ya un balance provisional: se han obtenido éxitos considerables, pero el objetivo no se ha alcanzado todavía. Resulta imposible responder verdaderamente a la interrogación formulada por Orwell en vísperas de la guerra, diez años antes de la aparición de *1984*: «¿Es

posible producir una raza de hombres que no necesiten la libertad, como se producen vacas sin cuernos?» Orwell reconocía que la Inquisición no lo consiguió, pero tampoco disponía de los recursos del Estado moderno: «La radio, la censura de prensa, la educación estandarizada y la policía secreta lo han cambiado todo. El condicionamiento de las masas es la ciencia de los últimos veinte años y no sabemos exactamente lo eficaz que resulta.» [1] Esta declaración data de 1939. Hoy en día, conocemos los éxitos obtenidos por la técnica del condicionamiento de masas, en particular cuando la utiliza el Estado totalitario.

Los años pasados en el remodelado del material humano no han transcurrido en vano. Uno de los principales resultados obtenidos en el proceso de formación del hombre soviético es la desaparición en la conciencia de los ciudadanos de toda frontera entre dirigentes y dirigidos, entre «ellos» y «nosotros». Se deriva esto del hecho de que el Partido cuenta en la actualidad con más de dieciocho millones de miembros (1983) y de que la sociedad, jerarquizada hasta el extremo, asigna parcelas de poder a una multitud de «jefes» grandes, medianos, pequeños y muy pequeños. Es decir, ofrece la posibilidad de molestar, prohibir, impedir, robar y aceptar o dar propinas. En cuanto a la élite intelectual del país —creadores, científicos— está soldada al aparato del poder y sólo le sirve a él.

El carácter específico del sistema soviético y los esfuerzos desplegados para enmascarar su verdadera naturaleza, hacen que cada diez años, tanto en el exterior como en el interior de la URSS se penetra el «misterio» del poder soviético. En 1919, Lenin descubrió que el «Estado obrero» que edificaba estaba sujeto a «desviaciones burocráticas». Una vez «excomulgado», Trotski descubrió que el poder se hallaba en manos del «aparato burocrático». En 1953, G. Malénkov fue vencido en su lucha por el poder porque situaba el centro del mismo en el Consejo de Ministros y no en el Comité Central. No sorprende, pues, que los politólogos y los estadistas occidentales sigan «esperando a Godot», pese a todas las decepciones experimentadas. Es decir, la llegada al puesto de secretario general de un auténtico liberal y verdadero demócrata. Cuando no se tratabata de Stalin, era Andrópov, Chernenko o el próximo en la lista...

La transparencia del tabique que separa el poder (los que manejan los mandos) de los engranajes (que no tienen para moverse más que el «juego» de la máquina) es uno de los resultados más importantes obtenidos en el «remodelado» humano. El poder ha conseguido un éxito: que las gentes acudan a él para lamentarse de las condiciones de existencia que él mismo les ha impuesto. Antes de la Revolución, la frontera entre las «altas esferas» rusas y las capas más bajas era evidente, indiscutible. Por su parte, los refugiados de la Alemania nazi no vacilaban en calificarse de «anti-

fascistas». La situación era clara, puesto que los enemigos del régimen habían abandonado su país. Por el contrario, y en general, los emigrados soviéticos no se confiesan anticomunistas ni antisoviéticos. Para ellos, estas dos palabras contienen una carga negativa. Una vez fuera de la zona soviética, se convierten en nostálgicos de la «no libertad», echan en falta la máquina en cuyo seno —como engranajes— se sentían seguros.

Desde hace setenta años se trabaja el material humano para fabricar engranajes. Es mucho y poco tiempo a la vez. El sistema soviético, que al nacer proponía a todo el mundo un modelo de revolución, no ha perdido nada de su atractivo en la actualidad, cuando, llegado a la madurez, propone al mundo un modelo de poder. Los nostálgicos de la llama revolucionaria y del joven entusiasmo ideológico se equivocan al creer que se ha extinguido su fuego sagrado, que el sistema se ha debilitado. Por el contrario, se ha reforzado. El mundo, decepcionado por la democracia y a la búsqueda de formas políticas, asiste a un milagro: un país que sigue siendo mísero se ha convertido en una superpotencia, armada de un poder nuclear que le da derecho a decidir los destinos del planeta. Esa zona mágica ofrece a cuantos lo desean, el secreto de su éxito, un modelo sencillo y fiable como un Kaláshnikov: un Partido único, privilegios para las capas dirigentes y una técnica de educación de los ciudadanos que induce a éstos a contentarse con simples «regalos» ofrecidos por el Partido y el Guía, que los aman y los protegen. Si la Guinea de Seku Ture dispusiera de cohetes nucleares, podría convertirse en el modelo ideal del sistema soviético. El nazismo limitaba la esfera de influencia de su modelo a la zona ocupada por la raza «aria». El marxismo-leninismo propone en cambio un modelo universal. Las victorias obtenidas por el sistema soviético y la difusión de su modelo y su lengua han engendrado el mito de que es invencible. En su novela *Nosotros*, Yevgueni Zamiatin fue el primero en formular la ley del Estado único: un sistema totalitario no puede existir más que transformando a los habitantes de la utopía en engranajes, o bien, utilizando la expresión del escritor, convirtiéndolos en números. En la novela de Zamiatin el Estado obtiene la victoria final al practicar en cada ciudadano una operación benigna: suprimir en el cerebro el centro la «imaginación». En la novela *1984*, se destruye en Winston Smith, y por medio de insoportables torturas, el amor que siente hacia una mujer. A partir de entonces, se convierte en un engranaje: ama al Gran Hermano.

Al principio de los años ochenta, es decir, sesenta después de Zamiatin y treinta después de Orwell, una voz se alzó desde el «vientre de la ballena». Alexandr Zinóviev relató los pensamientos, los sentimientos y los deseos del *homo sovieticus*. Lógico y escritor, Zinóviev se declaró así mismo un producto del sistema:

«Soy yo mismo un *homocus*.»[2] Hablando en nombre propio, en nombre del hombre soviético —y por tanto de todos los soviéticos—, Alexandr Zinóviev repitió palabra por palabra el discurso de O'Brien a Winston Smith. El ideólogo del partido interior afirma: «No se puede destruir el partido. Su dominación será eterna.»[3] Zinóviev es categórico: «No podrá destruirse la sociedad soviética incluso en mil años... El sistema soviético existirá hasta el final de la historia humana.»[4] Para O'Brien resulta ridícula la eventualidad de una rebelión de los proletarios o los esclavos: «Quítese eso de la cabeza. Son tan impotentes como animales. La humanidad es el partido. Los otros son exteriores y están fuera de lo que nos ocupa.»[5] Zinóviev explica: «Resulta inconcebible una protesta en el plano interior. Con toda evidencia no imagina usted hasta qué punto la sociedad soviética es pasiva y de fácil control... Nuestro pueblo se ha sometido. Es indiferente.»[6] La explicación de Zinóviev tiene carácter científico: el sistema soviética es eterno porque está de acuerdo con las leyes de la historia y de la naturaleza. El *homo sovieticus*, que obedece con docilidad las leyes del Estado, no se atreverá, ni mucho menos, a quebrantar las de la historia y la naturaleza. Nadie podrá jamás, subraya Zinóviev.

El nacimiento de Solidaridad en Polonia fue una verdadera revolución porque probó que era posible alzarse contra las «leyes». Los acontecimientos polacos de 1980-1981 resultaron revolucionarios ante todo porque el tabique separador entre dirigentes y dirigidos perdió su transparencia. El abismo entre «ellos», los «rojos» (como los llaman en la actualidad los polacos), y «nosotros», la sociedad, se ha hecho evidente.

La historia ofrece ejemplos de imperios poderosos aniquilados cuando poco antes parecían inmutables. Diversas razones —internas y externas— provocaron la caída de esos Estados «eternos». A finales del siglo XX, el mundo se encuentra en el umbral de una nueva revolución técnica. La sociedad de los países industrializados ha pasado de industrial a informatizada. La sociedad soviética no puede efectuar esta mutación: el acceso libre a la información significaría su pérdida. ¿Qué ocurriría si las fantásticas posibilidades ofrecidas por las tecnologías nuevas rompieran el círculo mágico que aprisiona a los soviéticos y éstos entendieran y vieran lo mal que viven? Pero, de una manera u otra, el sistema deberá intentar adaptarse a la revolución tecnológica, sin la cual se retrasará y se debilitará su papel como superpotencia militar. La legitimidad del poder «defensor» del país se quebrantará, y el otrora poderoso Estado se verá herido en su orgullo (orgullo que durante decenios ha compensado las privaciones y la miseria).

El dilema engendrado por la revolución técnica a finales del siglo XX traduce, entre otras, la gran antinomia contenida en el

proyecto mismo de la utopía, en el plano de la transformación del hombre en engranaje. El proceso de formación del *homo sovieticus* no puede completarse más que en las condiciones de una victoria completa y definitiva del sistema soviético a escala global. La existencia del mundo exterior —del «extranjero»— no es tan sólo una tentación permanente, sino que muestra la debilidad de la «única enseñanza justa», que sólo tiene valor mientras es poderosa. El peligro del «cerco capitalista» que los ideólogos soviéticos evocan con tanta frecuencia, no existe más que como traba al proceso de refundición del hombre. El aniquilamiento del mundo exterior es una condición *sine qua non* para la victoria definitiva sobre el hombre. El freno al avance soviético, a la progresión del sistema a través del planeta, permitiría detener el proceso de fabricación de engranajes sin los cuales la máquina no puede existir, y que sólo cobran vida cuando se incorporan como piezas a esa maquinaria.

En el umbral del tercer milenio, el destino del mundo depende de la respuesta a esta pregunta: ¿es posible o no transformar el hombre?

Notas

INTRODUCCIÓN
EL HABITANTE DE LA UTOPÍA

1. *KPSS o formirovanii nóvogo cheloveka. Sbórnik dokuméntov i materiálov (1965-1981)*, Moscú, 1982, p. 3.

PRIMERA PARTE
El gran objetivo

CAPÍTULO PRIMERO
LOS COMIENZOS DE LA EXPERIENCIA

1. N. BUJARIN, *Programma RKP*, principios de 1917.
2. A. I. HERZEN: *Sobranie sochineni*, tomo XVI, p. 28.
3. Maxime GORKI, *Pensees intempestives*, Lausana, 1975, p. 158, 10 (23) de noviembre de 1917.
4. Ibíd., p. 178, 10 (23) de diciembre de 1917.
5. Ibíd., p. 326, 6 de junio (24 de mayo) de 1918.
6. Ibíd., p. 178.
7. Galina NIKOLÁIEVA, «Cherti budúshchego», *Pravda*, 7 de enero de 1949.
8. Yuri TRIFONOV, *Les Étudiants*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1954, p. 467.
9. *Sovietskie Liudi*, Moscú, 1974, p. 3.
10. *Pravda*, 25 de febrero de 1976.
11. *Pravda*, 15 de octubre de 1981.
12. *Pravda*, 15 de junio de 1983.
13. Eduard KUZNETSOV, *Dnevniki*, París, 1973.
14. *Pravda*, 18 de octubre de 1961.
15. *Pravda*, 18 de octubre de 1961.

16. Eugène ZAMIATINE, *Nous autres*, París, 1971, p. 122.
17. *Le Monde*, 1 de septiembre de 1982.
18. *Le Monde*, 20 de agosto de 1975.
19. *Le Monde*, 27 de abril de 1976.
20. Bertrand RUSSELL, *The Practise and Theory of Bolshevism*, Londres, 1920, p. 131.
21. *Le Monde*, 4 de febrero de 1983.
22. *CHE-KA. Materiali po deiátelnosti cbrezvichainij komissi*, Predislovie Víktora Chernova, Berlín, 1922.

CAPÍTULO II

ESQUEMA PARA UN RETRATO

1. Ígor SHAFARÉVICH, *Sotsislizm, kak yavlenia mirovói istorii*, París, 1977.
2. *Málaia soviétskaia entsiklopedia*, Moscú, 1930, tomo I, p. 287.
3. Se encontrará el texto íntegro de la proclama en *Politícheskie protsessi v Rossii 1860-j gg*, de M. LEMKE, segunda edición, Moscú, 1923, pp. 510-518.
4. M. N. POKROVSKI, *Korni bolshevizma v rússkoi istorii*, en *25 let RKP (bolshevíkov)*, Izd. Oktiabr., Tver, 1923, p. 24.
5. M. GORKI, *Sobranie soch. v 30 tomaj*, Moscú, 1953, tomo XXV, p. 226.
6. A. ANÉNSKAIA, *Iz proshlij let*, ««Rússkoie bogatsvo», 1913, libro I, p. 63.
7. P. TKACHOV, *Izbrannie soch.*, tomo I, p. 174.
8. A. ARÓSEV, *Ot zholtoi reki*, Moscú, 1927, pp. 138-139.
9. P. TKACHOV, tomo I, p. 195.
10. *Cahiers du monde russe et soviétique*, núm. 4, 1966.
11. N. PIRÚMOVA, «Bakunin ili S. Necháiev?», *Prometéi*, núm. 5, 1968.
12. Ibíd., p. 178.
13. Desde entonces la palabra «partido» reviste su sentido moderno. En los años 70, período de las primeras organizaciones terroristas, aparece la palabra *partiontsi*, transformada a principios del siglo XX en *partitsi*: los «hombres del partido».
14. Traducción de Jacques Catteau al francés, que precisa: «El ruso es más amplio.» Una traducción comentada diría: «El revolucionario es un hombre vocacional y con vocación de morir de muerte violenta.» *L'Herne*, cuaderno «Dostoievski», París, 1973.
15. George ORWELL, *The Collected Essays...*, Nueva York, 1968, vol. IV, p. 21.
16. N. G. CHERNISHEVSKI, *Chto diélat?*, Moscú, 1974, p. 258.
17. Ibíd., p. 260.
18. I. S. TURGUÉNIEV, *Sobranie soch., v 12 tomaj*, tomo VIII, p. 478.
19. F. M. DOSTOIEVSKI, *Sobranie soch. v 10 tómaj*, Moscú, 1956, tomo IV, p. 159.
20. N. BERDIÁEV, «Filosófskaia ístina i intelliguéntskaia pravda», en *Vieji. Sbórnik statéi o rússkoi intelliguentsii*, Moscú, 1909, p. 8.
21. L. PANTELÉIEV, *Iz vospominani próshlogo*, tomo I, pp. 53, 56, 58.
22. N. VALENTÍNOV, *Vstrechi s Léninim*, Nueva York, 1953, p. 103.
23. M. N. POKROVSKI, *Korni bolshevizma v rússkoi istorii*, op. cit.
24. V. BONCH-BRUÉVICH, «Lenin o judózhestvennoi literature», *Trídsat dnei*, Moscú, 1934, núm. 1, p. 19.
25. Aleksandr GAMBÁROV, *V spóraj o Necháeve*, Moscú, 1926, p. 123.
26. V. BONCH-BRUÉVICH, *Lenin o judózhestvennoi literature*, p. 18.

Capítulo III

HOMO SOVIETICUS SUM

1. *Pravda*, 25 de diciembre de 1918.
2. Maximilián Woloshin, «Severovostok. Putí Rossii», *Ejo*, 1969, p. 43.
3. Bertrand Russell, *The Practise and the Theory of Bolshevism*, Londres, 1920, p. 131.
4. N. Berdiáev, *Nóvoie srednevekove. Razmishlenia súdbaj Rossii i Yeuropi*, Berlín, 1924, p. 94.
5. V. Afanásiev, «Ob upravlenii ideologuícheskoi sféroi v sotsialistícheskom óbshchestve», *Kommunist*, Moscú, núm. 12, 1975.
6. Andréi Platónov, *Górod Grádov*, Izbránnie proizvedenia v 2, tómaj, tomo I, Moscú, 1978, p. 297.
7. Albert Rhys Williams, *Putishestvie i revoliutsiu*, Moscú, 1927, p. 131. El libro de A. R. Williams apareció en la URSS cerca de medio siglo después de haberse escrito. En 1972 se juzgó finalmente a los soviéticos capaces de leer este retrato, sin embargo muy «rosa».
8. *Sovietskie liudi*, pp. 4 y 5.
9. Alexandr Zinóviev, *Homo sovieticus*, p. 229.
10. L. Averbach, *O zadáchaj proletarskoi literaturi*, Moscú-Leningrado, 1928, pp. 18-19.
11. Cf. *Letopís marxizma*, núm. 1, 1928, p. 35.
12. I. Ilf, E. Petrov, *Zolotói teliónok*, Moscú, 1934, pp. 226-227.
13. Cf. Lord Nicholas Bethell, *The last secret...*, Nueva York, 1974. Nikolai Tolstoy, *The Secret Betrayal: 1944-1947*. Mark R. Elliott, *Pawns of Yalta*, Chicago-Londres, 1982.

Segunda parte

Los vectores

1. Nadiezhda Mandelstam, *Vospominania*, Nueva York, 1970, p. 147.
2. L. Auerbach, p. 18.

Capítulo primero

LA INFANTILIZACIÓN

1. E. H. Cookridge, *George Blake, double agent*, Nueva York, 1982, p. 104.
2. Ibíd., p. 105.
3. Denominación oficial (en siglas: SMIP, Sredstva Mássovoi Propagandi i Aguitatsii) de los medios de comunicación en la Unión Soviética.
4. *Literatúrnaia Gazeta*, 1 de junio de 1983.
5. *Izvestia*, 27 de agosto de 1978.
6. Semión Gluzman, «Straj svobodi: dekompensatsia psijícheskogo sostoiania ili fenomen sushchestvovania?», *Rússkaia misl*, 28 de agosto de 1980.
7. P. S. Kogan, *Literatura etij let. 1917-1923*, Iválnovo-Voznesensk, 1924, p. 79.

8. Ibíd., p. 35.
9. Eugène ZAMIATINE, *Nous autres*, p. 214.
10. Ibíd., p. 213.
11. V. I. LENIN, *PSS*, tomo XXXVI, p. 172.
12. Heroína de una pieza teatral de K. TRENIOV, que traiciona a su marido, un oficial «blanco», y lo envía a la muerte. Escrita en 1926, la obra sigue representándose en la escena soviética, y ha inspirado una película y varios telefilmes.
13. Niño de doce años que en 1932 acusó a su padre de ayudar a los kulaks. El padre fue fusilado y Pávlik muerto a su vez por el abuelo.
4. Bruno BETTELHEIM, *Le Coeur conscient*, París, 1972, p. 150.
15. Ibíd., p. 154.
16. Ibíd., p. 128.
17. Ibíd., p. 156.
18. Ibíd., p. 144.
19. *Viéstnik rússkogo studéncheskogo jristiánskogo dvizhenia*, París-Nueva York, núm. 98, IV, 1970.
20. Los documentos oficiales mencionan por vez primera los campos de concentración en el mes de junio de 1918. En aquella época se crea manifiestamente la «escuela del trabajo».
21. Discurso de F. DZERZHINSKI, 17 de febrero de 1919. *Istoricheski arjiv*, núm. 1, 1958, pp. 6 a 11.
22. Roger PETHYBRIDGE, *The Social Prelude to Stalinism*, Londres, 1974, p. 140.
23. V. I. LENIN, *Sobr. soch.*, 4 dzd, tomo XXXIII, p. 55.
24. Nadjezhda MANDELSTAM, *Vospominania*, p. 163.
25. *Naródnoie obrazovanie v SSSR. Sbórnik dokúmentov 1917-1973*, Moscú, 1974, p. 377.
26. B. A. MIASOIÉDOV, *Straná chitáiet, slúshaiet, smótrit*, Moscú, 1982, p. 3.
27. *Knizhka partínogo aktivista*, Moscú, 1980 p. 159.
28. Ibíd., p. 161.
29. Andréi PLATONOV, *La Fouille*, L'Age d'Homme, Lausana, 1974.
30. «Intervíus R. Konkvestom», *Nóvosti*, Nueva York, 5 de noviembre de 1983.
31. *Pravda*, 25 de diciembre de 1974.
32. Los koljosianos no disponen nunca de su pasaporte, que está depositado en el soviet rural. Indispensable para salir del pueblo, sólo se puede disponer de él con una autorización especial.

CAPÍTULO II

LA NACIONALIZACIÓN DEL TIEMPO

1. V. I. LENIN, *PSS*, tomo XXXIX p. 89.
2. Raymond ROBINS, *My own Story*, citada por Robert PAYNE, *The Life and the Death of Lenin*, Londres, 1964, p. 108.
3. Discurso pronunciado el 17 de octubre de 1921.
4. V. I. LENIN, *Sobr. soch.* izd., 4 t. XXIX, p. 215.
5. F. A. HAYEK (premio Nobel 1982) fue uno de los primeros que reveló la naturaleza profunda de la economía planificada en una obra titulada *Camino de servidumbre*, publicada en 1944.
6. Ígor BIRMAN, *Ekonómika nedostach*, Nueva York, 1983.
7. *Pravda*, editorial, 16 de agosto de 1982.
8. *Pravda*, 29 de agosto de 1929.
9. Y. ANDRÓPOV, «Uchenie Karla Marxa i nekotorie voprosi sotsialistícheskogo stroítelstva v SSSR», *Kommunist*, núm. 3, 1983, p. 20.

10. «Vospominania A. V. Lunachárskogo», *Literatúrnoie nasledstvo*, tomo LXXX, Moscú, 1971, p. 46.
11. V. Kaverin, *Judózbnik neizvesten*, sobr. soch. v 6 tómaj, tomo II, Moscú, 1971, p. 46.
12. V. Dúdintsev, «Nie jlébom edínim», *Novi mir*, núm. 8, 1956, pp. 39-40.
13. Ya. Ilin, *Bolshói konveier*, Moscú, 1954, p. 21.
14. *Voprosi ekonomícheskogo raionírovania* (1917-1929), Moscú, 1957, p. 72.
15. *Arjiv TsK kommunistícheskogo partii Chejoslovakii. Sekretni fond R. Slánskogo.* Citado por Karel Kaplan, «Stalin, obrazovanie SEVa i Chjoslovakia», *Problemi vostochnoi Yevropi*, Nueva York, 5 de noviembre de 1983, p. 119.
16. I. V. Stalin, *Sobr. soch.*, Moscú, 1949, tomo XII, p. 169.
17. *Bai*: campesino «rico» de Asia central antes de la revolución de Octubre.
18. *Istoria SSSR s drevnéishij vremión do nashij dnei v 12 tómaj*, Moscú, 1967, tomo VIII, pp. 250, 255.
19. Simon Leys, «L'indignation», *Commentaire*, núm. 23, otoño de 1983, p. 641.
20. V. Lisenko, *Posledni reis*, Frankfurt, 1982, p. 51.
21. Ibíd., p. 220.
22. *Nedelia*, abril de 1983.
23. *Pravda*, 22 de agosto de 1975.
24. A. Chernusov, «Praktikant», *Sibírskie ogní*, 1975.
25. Ígor Birman, *Ekonómika nedostach*, Nueva York, 1983.
26. Marshall I. Goldman, *USSR in Crisis. The Failure of an Economic System*, Nueva York, Londres, 1983, pp. 31-32.
27. *Izvestia*, 22 de mayo de 1983.

Capítulo III

LA IDEOLOGIZACIÓN: LA TRÍADA DEL GRAN INQUISIDOR

1. *Kratki politícheski slovar*, Moscú, 1983, p. 109.
2. V. I. Lenin, *PSS*, tomo XLV, p. 106.
3. George Orwell, vol. IV, p. 75.
4. Ibíd., vol. II, p. 286.
5. Nadiezhda Mandelstam, *Vospominania*, p. 133.
6. Y. V. Stalin, *Sochinenia*, tomo XIII, p. 39.
7. V. Kaverin, «Niéskokolkoliet», *Novi mir*, núm. 11, 1966.
8. Raísa Berg, *Sujovéi*, Nueva York, 1983, p. 120.
9. Ibíd., p. 121.
10. Cf. Michel Tatu, *Le Pouvoir en URSS*, París, 1967, pp. 132-136.
11. Cf. Raísa Berg, *Sujovéi*, p. 177.
12. Y. V. Stalin, *Soch.*, tomo XIII, p. 178.
13. Iliá Ehrenburg, *Sobr. soch. v 9 tómaj*, tomo IX, Moscú, 1967, p. 192.
14. Nadiezhda Mandelstam, *Vospominania*, p. 24.
15. Núm. 5-6, 1967, núm. 1, 1968.
16. *Sovietski Soiuz*, núm. II, 1968.
17. Stanislav Rodiónov, *Dólgie dielo*, Leningrado, 1981, p. 211.
18. Maxim Luzhanin, «Bezsonni telefón», *Bielorús*, núm. 4, 1977.
19. Vassili Choukchine, *Conversations sous la lune claire*, París, 1980, p. 172.
20. V. Kolupáiev, «Volevoie usilie», *Fantástika 1969-70*, Moscú, 1970.

21. V. CHOUKCHINE, *Conversations sous la lune claire*, p. 167.
22. Varlam SHALAMOV, *Kolímskaie rasskazi*, Londres, 1982, p. 745.
23. Tadeusz BOROWSKI, «U nas w Auschitzu», *Wybor opowiadan*, Varsovia, p. 134.
24. Alexandre SOLJÉNITSYNE, *Le Premier Cercle*, París, 1968, p. 91.
25. V. I. LENIN, *Soch.* 4 izd., tomo V, p. 435.
26. V. I. LENIN, *PSS*, tomo XXXIX, p. 224.
27. *Krásnaia kniga VCHK.* Pod red P. Makintsiana, tomo I, 1920, p. 3.
28. Cf. George LEGETT, *The Cheka. Lenin's Political Police*, Londres, 1983.
29. George ORWELL, *1984*, p. 315.
30. *Pravda*, 29 de marzo de 1937.
31. S. TSVIGUN, «O próiskaj imperialistícheskij razviédok», *Kommunist*, núm. 14, 1981.
32. Cf. *Cahiers du monde russe et soviétique*, vol. XXIII (1), 1982.
33. Alexander ORLOV, *Handbook of Intelligence and Guerilla Warfare*, Ann Arbor, 1963.
34. Yuri KOROLKOV, *Chelovek, dlia kotórogo nie bilo tain (Richard Sorge)*, Moscú, 1966.
35. Chinguiz AITAMÁTOV, *Buranni polustánok*, Moscú, 1981, p. 168.
36. A. y S. ABRÁMOV, *Serébriani variant*, Moscú, 1980.
37. Maxime GORKI, *Pensées intempestives*, 7 (20) de noviembre de 1917, p. 144.
38. Ibíd., 10 (23) de noviembre de 1917, p. 157.
39. Cf. M. HELLER y A. NEKRITCH, *L'Utopie au pouvoir*, París, Calmann-Lévy, p. 51.
40. Zinóviev pretendía, por ejemplo, que Lenin había nacido de una familia de campesinos.
41. Una leyenda más. Cf. N. VALENTÍNOV, *Maloznakomi Lenin*, París, 1972.
42. L. BULGÁKOVA (sostavit.), *Materiali k biografii Lenina*, Leningrado, 1924.
43. L. TROSTKI, «Lenin kak natsionalni tip», *Pravda*, 23 de abril de 1920.
44. *Pravda*, 23 de abril de 1920.
45. Una anécdota soviética comenta así estas líneas: «Hace sesenta años que estamos igual: se dice una cosa y se piensa otra.»
46. A. LUNACHARSKI, *Shtriji. Lenin-továrishch, chelovek*, Moscú, 1969, p. 179.
47. *Izvestia*, 24 de enero de 1924.
48. Se encontrarán más amplias referencias sobre la «filosofía de la causa común» en la obra de Michel HELLER, *Andréi Platónov v póiskaj shchastia*, París, 1982.
49. M. OLMINSKI, «Kritícheskie statí zamietki», *Proletárskaia revoliutsia*, núm. 1, 1931, pp. 149-150.
50. Nina TUMARKIN, *Lenin lives! The Lenin 'Cult in Soviet Russia*, Harvard, 1983.
51. Kazimir MALIÉVICH, «Iz knigui o bespredménosti», *Arjiv Maliévicha*, Nina TUMARKIN, op. cit., p. 160.
52. *Kommunistícheskoie proveshchenie*, núm. 1, 1924, p. 67.
53. Cf. M. HELLER y A. NEKRICH, op. cit., p. 130 y ss.
54. Y. V. STALIN, «O nedostátkaj partinoi raboti i meraj likvidatsii trotskitstij i inij dvurúshnikov. Doklad na plénume TsK VPK (b) 3 marta 1937.»
55. Cf. Elsa TRIOLET, *La Poésie russe*, París, 1971, p. 477.
56. A. TVARDOVSKI, *Za daliu dal*, Moscú, 1970, p. 132.
57. A. IVÁNOV, «Viechi zov», *Román-gazeta*, núm. 2, 1878, p. 47.
58. Piotr PROSKURI: ·Imia tvoie», *Román-gazeta*, núm. 13, 1978, p. 8.
59. Piotr PROSKURIN, *ı tia tvoia*, p. 26.

60. Alexandr ZINÓVIEV, *Nashei yúnosti poliot*, Lausana, 1983, p. 29.
61. Ibíd., p. 27.
62. Ibíd., p. 26.
63. Ibíd., p. 123.
64. Ibíd., p. 113.
65. A. DRAWICZ, «Master i Margarita...», *Odna ili dwie russkich literatury?*, Lausana, 1981, p. 120.
66. *Knizhka partínogo aktiva*, Moscú, 1980, p. 115.
67. *Spravóchnik propagandista*, Moscú, 1975.
68. *Pravda*, 7 de marzo de 1983.
69. B. A. MIASOIÉDOV, *Straná, chitáiet, slúshaiet, smótrit* (Statícheski obzor), Moscú, 1982, p. 23.
70. Ibíd., p. 20.
71. Vas. GROSSMAN, *Tout passe*, L'Age d'Homme, Lausana, 1983.
72. Borís PASTERNAK, *Dóktor Zhivago*, Milán, 1959.

CAPÍTULO IV
EL TOTALITARISMO

1. E. ZAMIATINE, *Nous autres*, p. 26.
2. George ORWELL, *The Collected Essays...*, vol. II, p. 135.
3. Ibíd., *1984*, p. 368.
4. Jerry F. HOUGH y Merle FAINSOD, *How the Soviet Union is Governed*, Harvard University Press, 1979.
5. Ibíd., p. 522.
6. Ibíd., p. 526.
7. Ibíd., p. 523.
8. Leonard SHAPIRO, *Kommunistícheskaia partia Soviétskogo Soiuza*, Florencia, 1975, pp. 848-849.
9. *Konstitutsia (Osnovnói zakón) SSSR*, Moscú, p. 28.
10. *Konstitutsia SSSR*, Moscú, 1977.
11. Basil KERBLAY, *La Société soviétique contemporaine*, París, 1977, pp. 246-247.
12. Serguéi POLIKÁNOV, *Razriv. Zapiski atómnogo fizika*, Frankfurt, 1983, p. 157.
13. A. BEK, *Nóvoie naznachenie*, Frankfurt, 1971, p. 21.
14. Leonard SHAPIRO, *Kommunistícheskaia partia Soviétskogo Soiuza*, p. 851.
15. Hannah ARENDT, *The Origins of Totalitarism*, Nueva York, 1951, p. 374.
16. *Piervi vesoiuzni siezd sovietskij pisátelei. Stenografícheski otchot*, Moscú, 1934, p. 1.

TERCERA PARTE
Los instrumentos

CAPÍTULO PRIMERO
EL MIEDO

1. A. AFINOGUÉNOV, *Straj*, Moscú, 1953, p. 15.
2. Jean DELUMEAU, *La Peur en Occident*, París, 1978, p. 27.

3. Gustave Le BON, *Psychologie des foules*, París, 1981.
4. Jean DELUMEAU, p. 49.
5. Norman COHN, *Europe's Inner Demons*, Sussex University Press, 1975.
6. Vecheka: abreviatura de Comisión Extraordinaria Panrusa para la Liquidación de la Contrarrevolución y el Sabotaje.
7. M. Ya. LATSIS (Sudrabs) *Dva goda borbí na vnútrennem fronte*, Moscú, 1920, p. 2.
8. V. D. BONCH-BRUÉVICH, *Na boievij póstaj febrálskoi i oktiábrskoi revoliutsii*, Moscú, 1930, p. 199.
9. M. Ya. LATSIS (Sudrabs), *TsK v borbé s kontrevoliutsiei*, Moscú, 1920, p. 8.
10. V. GROSSMAN, *Tout passe*, Lausana, 1983.
11. L. TROTSKI, *Terrorizm i kommunizm*, Moscú, 1920, p. 57.
12. Pierre PASCAL, *En Russie Rouge. Lettres d'un Communiste français*, Petrogrado, 1920.
13. Cf. *Che-Ka. Materiali po dejátelnosti chrezvicháinij komissi, Izdnie Tsentrálnogo biuró partii sots.-revoliutsioniérov*, Berlín, 1922.
14. Ya. H. PETERS, *Vospominanie o rabote v CH.K. v piervi god revoliutsii*, citado en *Biloie*, II, 1933, pp. 122-123.
15. V. I. LENIN, *PSS*, tomo XXXVI, p. 280.
16. *Dekreti Soviétskoi vlasti*, tomo II, p. 411.
17. En enero de 1922, la Vecheka cedió el puesto a la GPU (Dirección Política del Estado para la Lucha contra el Espionaje y la Contrarrevolución). De hecho, se contentaron con dar un nuevo nombre a la policía política.
18. V. I. LENIN, *PSS*, tomo LIV, p. 196.
19. Ibíd., tomo XLV, pp. 118-121.
20. *Terreur et révolution*, p. 97.
21. N. MACHIAVEL, *Le Prince*, París, 1971, p. 85.
22. R. ABRAMOVICH, *The Soviet Revolution, 1917-1939*, Londres, p. 312.
23. *Pravda*, 25 de diciembre de 1918.
24. Cit. del artículo de I. KNÍZHNIK, «Frantsuski intelliguent o Soviéstkoi Rossii», *Kniga i revoliutsia*, núm. 10-11, 1921, p. 13.
25. Comité Panruso Ejecutivo Central.
26. Citado por A. V. LUNACHARSKI, *V Narkomprose*, Moscú, 1931, p. 182.
27. M. Ya. LATSIS, *Dva goda borbí*, p. 10.
28. M. Ya. LATSIS, *Chresvichaimie Komissi...*, p. 10.
29. Iliá EHRENBURG, *Rvach. Sobr. Soch. v 9 tómaj*, tomo II, Moscú, 1964, p. 79.
30. Cf. Liev NIKULIN, *Miórtvaia zib*, Moscú, 1966, p. 22.
31. I. Z. STEINBERG, *Nrávstvenni lik revoliutsii*, Berlín, 1923, p. 127.
32. V. I. LENIN, *PSS*, tomo XVII, pp. 53-54.
33. Ibíd., tomo XLIV, pp. 327-329.
34. Ibíd., tomo XLV, p. 190-191.
35. *Pravda*, 10 de abril de 1921.
36. Nikolái ERDMAN, *Le Suicidaire*, París, 1972, p. 82.
37. Cf. M. HELLER, A. NEKRICH, op. cit.
38. Cf. M. HELLER, *Le Monde concentracionnaire et la littérature soviétique*.
39. V. I. LENIN, *PSS*, tomo XXXV, pp. 54-55.
40. M. LATSIS, *Dva goda raboti VTsK*, p. 24.
41. Y. V. STALIN, *Sochinienia*, tomo XIII, p. 114.
42. M. GORKI, *Sobr. soch.*, tomo XXVIII, p. 509.
43. Ye. YEVTUSHENKO, *Káter sviazi*, Moscú, 1966, p. 192.
44. V. LISENKO, *Posliedni ɩeis*, p. 204.

45. Ibíd., pp. 204-205.
46. N. V. OGÁRKOV, *Vsegdá v gotóonosti k zashchite otéchestva*, Moscú, 1982, p. 68.
47. B. DEMIN, «Niénavist k vragu — neotdélnaia storoná patriotizma soviétskij voinov», *Kommunist vooruzhónnij sil*, 1969, núm. 13.
48. I. G. E. GLEZERMAN, *Rozhdenie nóvogo cheloveka. Problemi formirovania líchnosti pri sozialisme*, Moscú, 1982, p. 244.
49. La popularidad de un autor se mide por la tirada de sus libros. No obstante, en la medida en que la tirada la fija en la Unión Soviética la editorial, el juicio ideológico del libro se convierte en factor determinante de su éxito.
50. Piotr PROSKURIN, «Imia tvoió», *Román-gazeta*, núm. 13-16, 1978 (tirada 1 609 000); núm. 14, p. 58.
51. Ibíd., p. 57.
52. E. ZAMIATINE, *Nous autres*, pp. 57-58.
53. En B. AMENGUAL, *¡Que viva Eisenstein!*, Lausana, 1980, p. 310.
54. *Literatúrnaia Gazeta*, 19 de marzo de 1969. Bati, nieto de Gengis Kan, mandaba los ejércitos tártaros que atacaron los principados rusos en los años 1237-1240. Los tártaros fueron vencidos por los rusos en 1380 en el Campo de las Becadas.
55. Semión KIRSÁNOV, «Siem dnei nedieli», *Novi mir*, 1956, núm. 9.
56. Definición dada por la *Pequeña enciclopedia soviética* (1930): «Cosmopolita (del griego "ciudadano del mundo"). Persona que considera que el mundo es su patria, que no se reconoce como perteneciente a una nacionalidad.» En 1953, el «cosmopolita» es «un adepto del cosmopolitismo», y el cosmopolitismo «un concepto reaccionario, antipatriótico y burgués, que no admitía, hipócritamente, más que el mundo por patria, negando todo valor a las culturas nacionales, negando asimismo el derecho de las naciones a una existencia autónoma, la noción de defensa de la patria y la idea de independencia nacional». El artículo acaba con esta advertencia: «El cosmopolitismo es la ideología del imperialismo norteamericano que aspira a la hegemonía mundial.» (*Slovar rússkogo yaziká*, diccionario realizado bajo la dirección de S. I. Ozhegov, Moscú.) Treinta años después, el diccionario de la lengua rusa en cuatro volúmenes seguía clamando: «El cosmopolitismo es una ideología reaccionaria y burguesa que predica el rechazo de las tradiciones y culturas nacionales, rehúsa la soberanía de los Estados y las naciones y preconiza la idea de un "Estado mundial", de una "ciudadanía mundial".» (Tomo II, Moscú, 1983.) El *Pequeño diccionario político* completa esta definición con una advertencia: «El cosmopolitismo burgués es contrario y hostil al internacionalismo proletario.»
57. Según el censo de 1979, exactamente 1 811 000. Cf. *Naselenie SSSR*, Moscú, 1983, p. 128.
58. Vladímir BEGÚN, *Polzuchaia kontrrevoliutsia*, Minsk, 1974, p. 3.
59. L. A. KORNÉIEV, *Klássovaia súshchnost sionizma*, Kíev, 1982, p. 12.
60. Ibíd., p. 96.
61. Cf. L. A. KORNÉIEV, p. 44.
62. Ibíd., p. 45. Kornéiev saca sus referencias de la obra de uno de los antisemitas más virulentos del período prerrevolucionario: SELIANÍNOV, *Táinaia sila masonstva*, Petersburgo, 1911.
63. Iván SHEVTSOV, *Bo imia otsá i sina*, Moscú, 1970, pp. 378-379.
64. L. A. KORNÉIEV, p. 64.
65. *Komsomólskaia Pravda*, 19 de abril de 1971. Citada aprobatoriamente por V. BEGÚN (*Polzuchaia kontrrevoliutsia*) en 1974.
66. Marian PALKA, «Deformacje w Wykladzie historii w podrecznikach dla szkol s'redmich», *Zeszyty historiczne*, núm. 61, 1982, p. 7.
67. Cf. Valentín KATÁIEV, «Uzhe napisan Verter», *Novi mir*, núm. 6, 1980. A. IVÁNOV, «Viechni zov», *Román-gazeta*, 1978.
68. Iván SHEVTSOV, Valentín PIKOUL.

69. Eduard BAGRITSKI, *Stijotvorenia i poemi*, Moscú-Leningrado, 1964, p. 126.
70. Nikita JRUSCHOV, *Izbrannie otrivki*, Nueva York, 1979, p. 191.
71. Alexandr ZINÓVIEV, *Homo sovieticus*, Lausana-París, 1983, p. 232.
72. *Pólskaia revoliutsia* (autor desconocido), «Materiali samizdata», «Arjiv samizdata», «Radio-Svoboda», *Vípusk*, núm. 16, 1983, p. 50.

CAPÍTULO II

EL TRABAJO

1. *Istoria SSSR*, tomo VII, p. 114.
2. S. N. PROKOPÓVICH, *Naródnoie joziaistov SSSR*, tomo I, p. 330, Nueva York, 1952.
3. S. N. PROKOPÓVIC, p. 322.
4. *Misl*, 1919, núm. 7, Járkov. Citado por P. A. GARVI, *Professionalnie soiuzi v Rossii v piervie godi revoliutsii 1917-1921*, Nueva York, pp. 47-48.
5. Maxime GORKI, *Pensées intempestives*, pp. 157-158.
6. V. I. LENIN, tomo XXXV, p. 196.
7. Ibíd., tomo XL, p. 315.
8. Ibíd., tomo XXXVI, p. 188.
9. TROTSKI, *Terrorisme et Comunisme*, París, 1920, p. 176.
10. V. I. LENIN, tomo XXXVI, p. 203.
11. Ibíd., tomo XXXIX, p. 264.
12. A. VOLSKI (V. MAJAISKI), *Ùmstvenni rabochi*, Nueva York, 1968, p. 361.
13. V. I. LENIN, tomo XXX (cuarta edición), p. 260.
14. L. D. TROTSKI, *Terrorisme et Communisme*, p. 176.
15. N. BUJARIN, *Ekonómika perejódnogo perioda*, Moscú, 1920, en N. BUJARIN, *Putí k sotsializmu*, Nueva York, 1967, p. 118.
16. *Soviétskoie naródnoie zakonodátelsvo*, Moscú, 1968, p. 155.
17. *Izvestia*, 26 de marzo de 1919.
18. Cf. *Kratki slovar po siolskoi ekonómike*, Moscú, 1983; *Upravlenie narodnim joziaistvom*, Slovar, Moscú, 1983.
19. *Kratki politícheski slovar*, Moscú, 1983.
20. Liev TROTSKI, *Rech na III vserossískom sezde profsoiúzov*, 9 de abril de 1920.
21. *Istoria soviétskogo gosudarstva i prava v trioj knigaj*, lib. II, Moscú, 1968, p. 499.
22. *Ugolovni kódex SSST*, Moscú, 1932, p. 128.
23. *Istoria gosudarstva i prava*, p. 510.
24. Ibíd., p. 509.
25. *Málaia soviétskaia entsiklopedia*, tomo VIII, Moscú, 1930.
26. Y. STALIN, «O neodostátkaj partinoi raboti...», *Pravda*, 29 de marzo de 1937.
27. *Pravda*, 21 de agosto de 1975.
28. S. STUT, *Kakov ti, Cheloviek?*, Moscú, 1964, p. 277.
29. I. STALIN, «O nedostátkaj...», *Pravda*, 29 de marzo de 1937.
30. O. LITOVSKI, «Film o bdítelnosti», *Kino*, núm. 17, 30 de marzo de 1936.
31. V. I. LENIN, tomo XXXVII, p. 407-411.
32. M. F. GUETMÁNETS, *Makárenko i kontseptsia nóvogo chelovieka v soviéstkoi literature 20-30j godov*, Járkov, 1978, p. 207.
33. A. S. MAKÁRENKO, *Sochinenia*, tomo VII, p. 13, Moscú, 1951.
34. *Pravda*, 20 de diciembre de 1938.
35. *Pravda*, 4 de enero de 1939.
36. *Trud*, 26 de octubre de 1973.

37. *Pravda*, 12 de abril de 1984.
38. L. TROTSKI, *Sochinenia*, tomo XV, p. 11, Moscú, 1927.
39. *Pravda*, 3 de marzo de 1984.
40. El relato fue publicado en *Novi Mir*, núm. 2, 1963. Citado en la edición Vladímir VOINÓVICH, *Putiom vzaímnoi perepiski*, París, 1979, p. 64.
41. Vladímir VOINÓVICH, op. cit., p. 66.
42. Alexsandr ZINÓVIEV, *Nashei yúnosti poliot*, Lausana, 1983, p. 124.
43. Difundido en Samizdat.
44. Víktor ASTÁFIEV, «Músor pod léstnitsei», *Literatúrnaia Gazeta*, 30 de mayo de 1984.
45. Barbara ARMONAS, A. L. NASTYVIS, *Lass die Tränen in Moscou*, Munich, 1966, p. 85.
46. Víktor ASTÁFIEV, *Músor pod léstnitsei.*
47. *Arjiv Samizdata* 5042, 33 pp., 26 de agosto de 1938. El texto fue publicado asimismo en *Survey*, primavera de 1984, vol. 28, núm. 1.
48. Cf. *SSSR: Vnútrennie protivorechia*, 1982, núm. 6, Nueva York.
49. *Pravda*, 7 de mayo de 1982.
50. *Kratki filosofski slovar*, Moscú, 1954, pp. 236-237.
51. *Filosofski slovar*, Moscú, 1963, p. 197.
52. *Literatúrnaia Gazeta*, 2 de mayo de 1984.
53. *International Herald Tribune*, 5 de abril de 1984.
54. *Izvestia*, 21 de agosto de 1975.
55. *Pravda*, 21 de agosto de 1975.
56. *Izvestia*, 17 de abril de 1983.
57. *Pravda*, 20 de octubre de 1983.
58. Mashall I. GOLDMAN, *USSR in Crisis. The failure of an Economic System*, Nueva York-Londres, 1984, p. 128.
59. Ibíd., p. 129.
60. *Izvestia*, 20 de mayo de 1983.
61. *Pravda*, 5 de abril de 1984.
62. Literalmente, «por si acaso».
63. *Rússkaia misl*, 15 de julio de 1982.
64. *International Herald Tribune*, 9 de junio de 1983.
65. Realización de V. Abdrashítov; guión de A. Mindadze.
66. Yevg. BOGAT, «Ballada o chasaj», *Literatúrnaia Gazeta*, 15 de septiembre de 1982.
67. Cf. *Intermedia*, mayo de 1984, vol. XII, núm. 3, Londres, p. 19.
68. *International Herald Tribune*, 28 de mayo de 1984.
69. *Intermedia*, p. 17.
70. John BARRON, *KGB to-day. The hidden hand*, Nueva York, 1983, p. 19.
71. Henri REGNARD, *L'URSS et le renseignement scientifique, technique et technologique*, «Défense nationale», París, diciembre de 1983.
72. *Pravda*, 24 de agosto de 1984.
73. *Pravda*, 24 de agosto de 1984.
74. *Pravda*, 18 de junio de 1983.
75. Discurso de N. S. Jruschov durante un encuentro con representantes de la intelectualidad los días 7-8 de marzo de 1963. *SSSR. Vnútrennie protivorechia*, núm. 6, 1982, p. 192.

CAPÍTULO III

LA CORRUPCIÓN

1. Konstantin SIMIS, *USSR: Secrets of a Corrupt Society*, Londres, 1982.
2. Michael SIMMONS, «The Party's never over», *The Guardian*, 27 de septiembre de 1982.

3. Aron KAZENELINBOJGEN, «Tsvetníe rinki i soviéstkaia ekonómika», *SSSR: Vnútrennie protivorechia*, núm. 2, 1981, p. 97.
4. Ibíd., p. 90.
5. Ibíd., p. 91.
6. Konstantín SIMIS, op. cit., p. 91.
7. Conversación de Alexandr Nekrich con Yuri Alexándrov, *Obozrenie*, núm. 7, noviembre de 1983.
8. Liev TIMOFÉIEV, *Tejnologuia chórnogo ili krestiánskoie iskusstvo golodat*, Estados Unidos, 1982, p. 81.
9. *Literatúrnaia Gazeta*, 22 de septiembre de 1982.
10. *Literatúrnaia Gazeta*, 18 de junio de 1976.
11. A. GÁLICH, *Pokolenie obrechonnij*, Frankfurt, 1972, p. 180.
12. Yevguenia EVELSON, *Sudébnie protsessi po ekonomícheskim délam v SSSR (60-2 godi, yevreiski aspekt)*, manuscrito, p. 47.
13. Konstantín CHERNENKO, «Vistuplenie na plénume TsK», *Pravda*, 18 de junio de 1983.
14. *Materiali XXVI sezda KPSS*, Moscú, 1981, p. 59.
15. Boris BAJANOV, *Bajanov révèle Staline*, París, 1979, p. 89.
16. Seguía en su puesto en 1984.
17. Lidia SHATUNOVSKAIA, *Zhizñ v Kremlé*, Nueva York, 1982, pp. 149-150.
18. Yevguenia EVELSON, p. 154.
19. Konstantín SIMIS, op. cit., p. 31.
20. *Rússkaia Misl*, 5 de abril de 1984.
21. *Arjiv Samizdata*, op. cit.
22. Ibíd.

CAPÍTULO IV

LA EDUCACIÓN

1. Víktor SHULGUIN, *Pedagóguika perejódnogo perioda*, Moscú, 1927.
2. Discurso de Z. LÍLINA (Zinóvieva), cit. en V. ZENZÍNOV, *Besprizornie*, París, 1929, p. 36.
3. S. A. FEDIUKIN, *Veliki Oktiabri intelliguentsia*, Moscú, 1929, p. 173.
4. E. N. MEDINSKI, *Naródnoie obrazovanie v SSSR*, Moscú, 1952, p. 67.
5. *Soviétskaia shkola na sovremiénnom etape*, obra colectiva, Moscú, 1977, p. 20.
6. V. I. LENIN, *PSS*, tomo XLI, p. 313.
7. *Izvestia*, 4 de enero de 1984.
8. *Pravda*, 29 de abril de 1984.
9. A. YEFREMIN, *Ópit metódiki poligrámoti*, 5.ª edición, Moscú, 1924, p. 87.
10. E. A. TUDORÓVSKAIA, *Volshébnaia skazka. Rússkoie naródnoie poetícheskoie tvórchestvo*, tomo II, libro I, Academia de Ciencias de la URSS, Moscú, 1955, pp. 314, 316-317.
11. *Rol uchébnoi literaturi v formirovanii mirovozzrenia shkólnikov*, Moscú, 1978, p. 77.
12. A. A. MAXÍMOV, «Borbá za materializm v sovreménnoi fízike», *Voprosi filosofii*, núm. 1, 1953, p. 194.
13. No solamente el nombre de Einstein no se menciona en la obra de Lenin, sino que no se llega a hacer ni la mínima alusión a la teoría de la relatividad.
14. A. B. ZALKIND, *Pedologuia v SSSR*, Moscú, 1929, p. 6.
15. Ibíd., p. 11.
16. Ibíd., p. 13.

17. Cf. I. I. KAZÁKOV, *Teoria i práktika lizatoterapii*, Moscú-Leningrado, 1934.
18. *Pravda*, 14 de marzo de 1937.
19. A. S. VIGOTSKI, *Míslenie i jazik*, Moscú, 1934.
20. A. ZALKIND, p. 15.
21. Ibíd., p. 16. Las guarderías admiten a los niños a partir de un mes y medio hasta los tres años. Comienza a partir de entonces la edad preescolar.
22. A. LUNACHARSKI, *Chto takóie obrazovanie?*, en *O vospitanii obrazovanii*, Moscú, 1976, p. 359.
23. E. MEDINSKI, op. cit., pp. 44-45.
24. *Soviétskaia shkola na sovreménnom etape*, pp. 52-53.
25. Ibíd., p. 57.
26. A. ZALKIND, p. 35.
27. *Rekomendátelni spísok knig dla chtenia v 1-8 klássaj*, Moscú, 1982.
28. *Pravda*, 22 de mayo de 1982.
29. *Pravda*, 30 de mayo de 1984.
30. *Literatúrnaia Gazeta*, 10 de febrero de 1982.
31. I. LUPÁNOVA, *Polvieka*, Moscú, 1969, pp. 189-190.
32. *Komsomólskaia Pravda*, 3 de septiembre de 1982.
33. Yekaterina MÁRKOVA, «Podsolnuj», *Yúnost*, 1983.
34. Ibíd., p. 12.
35. *Lenin — partia — narod, revoliutsia. Rekomendátelni spisok knig dla chtenia v 1-8 klássaj*, Moscú, 1982, p. 58.
36. Organización de apoyo al ejército (preparación militar y adiestramiento ideológico de la población).
37. *Pravda*, 20 de mayo de 1984.
38. *Soviétskaia shkola...*, p. 66.
39. Ibíd., p. 67.
40. E. N. MEDINSKI, op. cit., p. 77.
41. *Soviétskaia shkola...*, p. 17.
42. E. N. MEDINSKI, op. cit., p. 89.
43. *Soviétskaia skola...*, p. 16.
44. E. N. MEDINSKI, op. cit., p. 78.
45. Sin mayúscula en el texto original.
46. *Soviétskaia shkola...*, p. 16.
47. Ibíd., p. 64.
48. Ibíd.
49. Ibíd., p. 65.
50. Cf. *Zeczyty historiczne*, núm. 61, 1982.
51. Hugh SETON-WATSON, «Reflections: 30 years after», *Survey*, invíerno-verano de 1975, p. 41.
52. G. NIKANÓROV, «Otmetka... uchiteliu», *Sovietskaia kultura*, 20 de agosto de 1976.
53. *Oktiabr*, núm. 1, 1984.
54. Ibíd.
55. *Soviétskaia kultura*, 20 de agosto de 1976.
56. *Le Monde*, 10 de septiembre de 1976.
57. *Soviétskaia kultura*, 20 de agosto de 1976.
58. Citado de B. T. LIJACHOV, *Teoria kommunisticheskogo vospitania*, Moscú, 1974, p. 377.
59. Vladímir TENDRIAKOV, *Chrezvicháinoie*, Moscú, 1972.
60. *Pravda*, 13 de abril de 1984.
61. *Pravda*, 13 de abril de 1984.
62. Ibíd., 14 de abril de 1984.
63. Ibíd., 4 de mayo de 1984.
64. Ibíd., 13 de abril de 1984.

65. Basile KERBLAY, *La Société soviétique contemporaine*, París, 1977, p. 158.
66. *Pravda*, 14 de abril de 1984.
67. Ibíd., 4 de mayo de 1984.
68. *Naródnoie obrazovanie*, julio de 1982.
69. *Pravda*, 7 de enero de 1984.
70. *Pravda*, 14 de abril de 1984.
71. Ibíd.
72. N. V. OGÁRKOV, *Vsegdá v gotóvnosti k zashchite otéchestva*, Moscú, 1982.
73. *Pravda*, 14 de abril de 1984.
74. I. A. MAKÁRENKO, *Izbrannie pedagoguícheskie proisvedenia*, Moscú, 1946, p. 33.
75. Cit. de William SHIRER, *20th Century Journey*, vol. II, *The Nightmare Years, 1930-1940*, Boston, 1984, p. 123.
76. Oficina de bodas (y de divorcios).
77. *Seméinoie pravo. M.S.E.*, tomo VII, Moscú, 1930.
78. A. B. ZALKIND, *Revoliutsia i molodiozh*, Moscú, 1924, p. 67.
79. Clara ZETKIN, *O Lénine. Vospominania i vstrechi*, Moscú, 1925, p. 67.
80. Alexandra KOLLONTÁI, «Dorogu krilátomu érosu», *Molodaia Gvardia*, núm. 3, 1923, p. 113.
81. A. KOLLONTÁI, *Liubov pchol trudóvij*, Iz serii rasskázov «Revoliutsia chuvstv i revoliutsia nrávov», M.-L., 1923, p. 84.
82. Nina SERPÍNSKAIA, *Vierj i vñiz*, Petrogrado, 1923, cit. de P. S. KOGAN, *Literatura étij liet, 1917-1923*, Ivánovo-Voznessensk, 1924, p. 50.
83. A. B. ZALKIND, *Revoliutsia i molodiozh*, p. 73.
84. Ibíd., p. 86.
85. Fiódor PANFIÓROV, *Tsement*, Moscú, 1934, p. 78.
86. A. V. LUNACHARSKI, *O bite*, Moscú, 1927, p. 68.
87. Liev GUMILIOVSKI, *Sobachi pereúlok*, Moscú, 1938, p. 36.
88. Serguéi MALASHKIN, *Luná s pravoi stóroni*, Moscú, 1926.
89. Cf. N. BOGDÁNOV, *Piérvaia dévushka*; I. BRAZNIN, *Prizhok*; B. GORBÁTOV, *Yacheika*.
90. *Molodaia gvardia*, núm. 3, 1923.
91. Léon TROTSKI, *Les Questions du mode de vie*, París, 1976, p. 75.
92. Ibíd., p. 85.
93. Ibíd., p. 88.
94. Mijaíl KOLTSOV, *V Zagse*, ensayo escrito en 1936. Cf. *Izbrannie proizvedenia v trioj tómaj*, tomo I, Moscú, 1957, p. 574.
95. Léon TROTSKI, op. cit., p. 87.
96. Gleb ALEXÉIEV, «Teni stoiáshchego vperedí», *Krásnaia nov*, núms. 2, 3, 4, 1929; núm. 2, p. 15.
97. A. B. ZALKIND, *Revoliutsia i molodiozh*, Moscú, 1924, p. 53.
98. Ibíd., p. 54.
99. Ibíd., p. 83.
100. I. A. VORONSKI, *Literatúrnie portreti v dvuj tómaj*, tomo I, Moscú, 1929, p. 98.
101. Ibíd., p. 109.
102. *Ispólzovanie istóchnikov i literaturi v kurse naúchnogo kommunizma*, Leningrado, 1982, pp. 171-172.
103. Ibíd., p. 171.
104. Léon TROTSKI, p. 73.
105. V. T. TSENTÚLOV, *Ekonomícheskaia istoria SSSR*, Moscú, 1969, p. 267.
106. *Plenum TsK VLKSM* (noviembre de 1962). *Stenografícheski otchot*, Moscú, 1963, p. 369.
107. Robert CONQUEST, op. cit., p. 525.

108. Cf. Jan KUCHARZEWSKI, *Od bielago caratu do czerwonego*, tomo III, Varsovia, 1928, p. 473.
109. *Pravda*, 7 de julio de 1932.
110. M. GORKI, *O diétskoi literature*, Moscú, 1958, p. 201.
111. *Pravda*, 27 de mayo de 1928.
112. *Pioniérskaia pravda*, 28 de octubre de 1932.
113. *Prikaz naródnogo komissara prosveshchenia RSFSR o distsipline i vospitanii rebionka v shkole*, Moscú, 1934.
114. A. GÚSEV, *Detkori v shkole*, Moscú, 1934, p. 68.
115. *Kosmsomólskaia pravda*, 20 de agosto de 1934.
116. *Pravda*, 1 de junio de 1935.
117. *Narodi Yevropeiskoi chasti SSSR*, Moscú, 1964, p. 479.
118. I. A. KURGÁNOV, *Semiá v SSSR, 1917-1967*, Nueva York, p. 96.
119. Wilhelm REICH, *The Mass Psychology of Fascism*, Londres, 1975, p. 64.
120. G. M. SVERDLOV, *Soviétskoie semeinoie pravo*, Moscú, 1958, p. 77.
121. Cf. Joseph FINDER, *Red Carpet*, Nueva York, 1983, p. 42.
122. *Pravda*, 1 de febrero de 1935.
123. *Pravda*, 19 de marzo de 1935.
124. Wilhelm REICH, op. cit., p. 295.
125. *Znamia*, núm. 4, 1954.
126. *Novi mir*, núm. 12, 1953.
127. Cf. Vladimir NÁBOKOV, *Lectures on Russian Literature*, Londres, 1982, p. 10.
128. A. MAKÁRENKO, *Sochinenia*, tomo IV, Moscú, 1951, p. 351.
129. La ley de 8 de agosto de 1934 introdujo la noción de la responsabilidad colectiva para los miembros de la familia: los que entre ellos estaban al corriente de las intenciones del «traidor», corrían el riesgo de dos a cinco años de condena; quienes las ignoroban eran exiliados durante cinco años.
130. A. TVARDOVSKI, *Po pravu pámiati*. Este largo poema autobiográfico, nunca publicado, circuló en Samizdat.
131. *Kratki populiarni slovar-správochnik o brake i semié*, p. 16.
132. *Semiá i óbshchestvo*, op. cit., p. 36.
133. Op. cit., p. 31.
134. *Literatúrnaia Gazeta*, 25 de abril de 1984.
135. *Pravda*, 15 de julio de 1982.
136. Ibíd., 10 de octubre de 1982.
137. Ibíd., 1 de febrero de 1983.
138. Carolina HAUSSON, Karin LINDEN, *Thirteen interviews*, Nueva York, 1983, p. 14.
139. *Semiá i óbshchestvo*, op. cit., p. 60.
140. *Pravda*, 15 de mayo de 1984.
141. A. G. JARCHEV, *Brak i semiá v SSSR*, Moscú, 1979, p. 283.
142. *Semiá i óbshchestvo*, p. 65.
143. *Izvestia*, 9 de enero de 1984.
144. *Trud*, 4 de agosto de 1983.
145. *Stritelnaia gazeta*, 18 de diciembre de 1983.
146. E. ZAMIATINE, *Nous autres*, p. 34.
147. *Naselenie SSSR*, Moscú, 1983, p. 17.
148. Ibíd., p. 87.
149. *Ispolzovanie istóchnikov i literaturi v kurse naúchnogo kommunizma*, p. 176.
150. *100 voprósov i 100 otviétov*, Moscú, 1967, p. 31.
151. Iliá GLEZER, «Amerikanski student», *Vriemia i mi*, núm. 76, 1984, p. 163.
152. Mikhail STERN, *La vie sexuelle en URSS*, París, 1979, p. 93.
153. Cf. Mark POPOVSKI, *On, Oná i soviétskoie óbshchestvo*, manuscrito, pp. 250-252.

154. Cf. M. BERNSTAM, «Kontrol rozhdáemosti v SSSR», *Novi zhurnal*, núm. 153, 1983, p. 243.
155. *Literatúrnaia Gazeta*, 24 de marzo de 1982.
156. Ibíd.
157. *Almanach «Femme et Russie»*, núm. 1. Cf. «Des femmes hebdo», 11-18 de enero de 1980, p. 19.
158. Ibíd., p. 18.
159. Ibíd., p. 18.
160. Ibíd., p. 9.
161. Valentina YERMOLÁIEVA, «Múzhskie progulki», *Nash sovreménnik*, núm. 7, 1978, p. 40.
162. *Semiá i óbshchestvo*, p. 123.
163. Citado en Piotr DÚDOCHKIN, «*Trezvost-zakón zhizñi*», *Nash sovreménnik*, núm. 7, 1981.
164. *Semiá i óbshchestvo*, p. 93.
165. A. KRÁSIKOV, «Tovar nómer odín», *Dvadtsati viek*, núm. 2, 1977.
166. Ibíd., p. 114.
167. «Feminism in Soviet Russia», *International Herald Tribune*, 27 de junio de 1984.
168. Vladimir SHLAPENTOKH, «By the Soviet Evidence, Women seem Superior», *International Herald Tribune*, 9 de febrero de 1984.
169. *Naselenie SSSR*, p. 68.
170. Ibíd., p. 55.
171. *International Herald Tribune*, 10 de julio de 1984.
172. *Naselenie SSSR*, p. 55.
173. *Pravda*, 3 de junio de 1983.
174. Klaus MEHNERT, *La Jeunesse en Russie soviétique*, París, p. 81.
175. Ibíd., p. 82.
176. Max DOMARUS, *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1938*, Wurzburgo, 1962, p. 447.
177. *Pravda*, 27 de marzo de 1923.
178. Ibíd.
179. Ibíd., 10 de enero de 1983.
180. *Literatúrnaia Gazeta*, 3 de septiembre de 1930.
181. Piotr PROSKURIN, *Imia tvoió*, Moscú, 1978.
182. *Pravda*, 21 de enero de 1984.
183. *Le Monde*, 5 de julio de 1984.
184. *Pravda*, 21 de enero de 1984.
185. Ibíd., 2 de marzo de 1973.
186. Ibíd., 4 de marzo de 1983.
187. *Kratki politícheski slovar*, Moscú, 1983, p. 224.
188. Max DOMARUS, op. cit., p. 349.
189. *Pravda*, 7 de octubre de 1983.
190. Alexandr PROJÁNOV, *Diérevo v tsentre Kabula*, Moscú, 1983.
191. Alexandr PROJÁNOV, «V óstrovaj ojótnik... Kampuchískaia jrónika», *Novi mir*, núm. 5, 1985.
192. *Pravda*, 3 de agosto de 1984.
193. *Pravda*, 3 de agosto de 1984.
194. Cf. Franz BÖHM, *Anti-Cartesianismus: Deutsche Philosophie in Widerstand*, Leipzig, 1938.
195. A. YÁKOVLEV, «Prótiv antiistorizma», *Loteratúrnaia Gazeta*, 15 de noviembre de 1972.
196. Ibíd.
197. V. OSKOTSKI, «V borbé s antiistorizmom», *Pravda*, 21 de mayo de 1984.
198. Cf. la novela de Yuz ALECHKOVSKI, *Confession d'un borreau*, París, 1948, cuyo héroe, un verdugo al servicio de los «Órganos», recibe el sobrenombre de «La Pogne».

199. Edgar RICE BURROUGHS, *Tarzan Triumphant*, Nueva York, 1932.
200. Klaus MEHNERT, op. cit., p. 254.
201. Ibíd., p. 270.
202. Ibíd., p. 206.
203. Ibíd., p. 251.
204. Ibíd., p. 259.
205. Octubre de 1930, cf. *Russian Literature Quarterly*, XIII, 1975, pp. 545-551.
206. *Pravda*, 4 de marzo de 1983.
207. A. N. VASSÍLIEVA, *Gazetno-publitsisticheski stil riechi*, Moscú, 1982, p. 11.
208. I. A. GALÍTSKAIA, *Molodiozh, religuia, ateízm*, Moscú, 1978, p. 72.
209. Ibíd., p. 72.
210. *Govorit Neizviestni*, Frankfurt, 1984, p. 114.
211. Ismail KADARE, *Le Grand Hiver*, París, 1978, p. 157.
212. *Govorit Ernst Neizviestni*, p. 50.
213. *Kontinent*, núm. 39, 1984.
214. S. G. MÜGE, *Ulibka Fortuni*, p. 168.
215. Citado de I. A. GALÍTSKAIA, *Molodiozh, religuia, ateízm*, p. 48.
216. Este manual se halla editado por la cátedra de psicología del Instituto de Ciencias Sociales: *Principios fundamentales de psicología social. Manual*, Instituto de Ciencias Sociales de la URSS, Moscú, 1980, p. 124.
217. Nikita JRUSHCHOV, *Vospominania. Kniga vtoraia*, Nueva York, 1981, p. 56.
218. Akademik B. PETROVSKI, «Preodolenie opásnogo neduga: problemi i zadachi borbí s pianstvom», *Literatúrnaia Gazeta*, 3 de septiembre de 1980.
219. Vladimir TREML, «Death from alcohol poisoning in USSR», *The Wall Street Journal*, 10 de julio de 1981.
220. *Literatúrnaia Gazeta*, 8 de septiembre de 1982.
221. Serguéi CHUPRININ, «Ozhivliaz», *Literatúrnaia Gazeta*, 10 de febrero de 1982.
222. *Literatúrnaia Gazeta*, 31 de marzo de 1982.
223. Cf. la novela *Bessónnitsa (Insomnio)*, de Alexandr Kron, Moscú, 1979.
224. L. M. SABÚROVA, «Literatura o nóvij obriádaj i práznikaj za 1963-1966», *Soviétskaia etnografia*, núm. 5, 1967.
225. *Naúka i religuia*, núm. 2, 1979.
226. Cf. Natalia SADÓMSKAIA, *Nóvaia obriádnost i integratsia v SSSR*, en *SSSR: vnútrennie protivorechia*, bajo la dirección de V. Chalidze, Nueva York, núm. 1, 1981.
227. Ibíd., p. 80.
228. L. M. RAJÍMOV, *Ob ispólzovanii narodnij traditsi v novij práznikaj i rituálaj*, Dushambé, 1966.
229. V. I. BRUDNI, *Obriadi vcherá i segodnia*, Moscú, 1968.
230. «Pierre Billard fait le point avec Claude Lévi-Strauss», *Le Point*, 14 de noviembre de 1983.
231. Vladímir MAKANIN, *Predtecha*, Moscú, 1983.

CAPÍTULO V

LA CULTURA

1. Nunca publicada íntegramente, esta resolución titulada *O tvórcheskij sviaziaj literaturno-judózhestvennij zhurnálov s práktikoi kommunisticheskogo stroítelstva*, se evoca con todo detalle en *Literatúrnaia Gazeta* del 4 de agosto de 1928.

2. *Pravda*, 16 de julio de 1983.
3. *Literatúrnaia Gazeta*, 18 de enero de 1984.
4. Ibíd., 21 de marzo de 1984.
5. Citado en Adelin GUYOT, Patrick RESTELLINI, *L'Art nazi*, París, 1983, p. 87.
6. Citado en Iliá GLAZÚNOV, «Vsegdá zhivoie nasledie», *Pravda*, 20 de septiembre de 1980.
7. Lionel RICHARD, *Le Nazisme et la culture*, 1978, p. 195.
8. «Partia vediot», *Literatúrnaia Gazeta*, 25 de abril de 1979.
9. *Chétverti sezd pisátelei RSFSR, stenografícheski otchot*, Moscú, 1977, p. 117.
10. *Pravda*, 20 de julio de 1983.
11. A.H.R.R., *Sbórnik vospominani statéi, dokuméntov*, Moscú, 1973, p. 81.
12. *Iskusstvo kino*, núm. 4, 1964, pp. 14-15.
13. *Za bolshoe kinoiskusstvo*, Moscú, 1938, p. 65.
14. Cf. Mijaíl GELLER, «Poet i vozhd», *Kontinent*, núm. 18, 1978.
15. Grigori ALEXÁNDROV, *Época i kino*, Moscú, 1976.
16. Dimitri CHOSTAKOVITCH, *Temoignage, Propos recuellis par Salomon Volkov*, París, 1980, p. 301.
17. Ernst Neizviestni ve en N. Jrushchov el hombre más ignaro que se encontrara jamás. Pero parece no haber conocido a los sucesores de Nikita Serguéievich.
18. Bela BALACH, *Wybor Pism*, Varsovia, 1957, p. 277.
19. «Bit idéinim», Redaktsiónnaia statiá, *Soviétskaia Kultura*, 20 de septiembre de 1975.
20. *Pravda*, 4 de julio de 1983.
21. Dimitri CHOSTAKOVITCH, op. cit., p. 225.
22. B. EICHENBAUM, *Moi sovreménnik*, Moscú, 1929, p. 89.
23. Ibíd., p. 133.
24. Sovietski istoricheski film, Moscú, p. 120.
25. B. EICHENBAUM, p. 117.
26. *Stenografícheski otchot, I sezd soiuza soviétskij pisátelei*, Moscú, 1934, p. 678.
27. Czeslaw MILOSZ, *Zniezolony umyst*, París, 1980, pp. 18-20.
28. *Piervi sezd soviétskij pisátelei*, p. 1.
29. *LEF*, núm. 1, 1924, pp. 199, 202.
30. *Piervi sezd soviétskij pisátelei*, p. 24.
31. Luis BUÑUEL, *Mon dernier soupir*, París, 1982, p. 248.
32. *Govorit Neizviestni*, pp. 50-54.
33. Osip BESKIN, *The Place of Art in the Soviet Union*, The American Russian Institute, Nueva York, 1936, p. 11.
34. Ibíd., p. 13.
35. Klaus MEHNERT, *The Russians and their Favorite Books*, Stanford, 1983, pp. 32-34.
36. Yuri ANDRÉIEV, *Nasha zhizñ, nasha literatura*, Leningrado, 1974, p. 6.
37. Klaus MEHNERT, p. 13.
38. Cf. Mijaíl JAKOBSON, «Tsensura judózhestvennoi literaturi v SSSR», *Strelets*, núm. 5, 1984.
39. Natalia ÍLINA, «Literatura i mássovi tirazh», *Novi mir*, núm. 2, 1969.
40. *Literatúrnaia Gazeta*, 5 de octubre de 1983.
41. S. EISENSTEIN, *Sobranie sochineni v 6 tómaj*, Moscú, 1964, tomo I, pp. 499-500.
42. *Govorit Ernst Neizviestni*, pp. 28-29.
43. *Literatúrnaia Gazeta*, 22 de junio de 1983.
44. Ibíd.

Capítulo VI
EL LENGUAJE

1. Lionel Richard, *Le Nazisme et la culture*, París, p. 157.
2. *Yazik v razvítom sotsialistícheskom óbshchestve. Yazikovie problemi yazvitia sistemi mássovoi kommunikatsii v SSSR*, Moscú, 1982, p. 7.
3. George Orwell, *1984*, p. 430.
4. *Pravda*, 16 de septiembre de 1976.
5. Aleksandr Gálich, *Kogdá ya vernús*, Frankfurt, 1981, p. 380.
6. A. N. Vasílieva, *Gazetno-publisticheski stil rechi*, Moscú, 1922, p. 11.
7. Arjiv Samizdata núm. 5132. *Privogor Janti-Mansískogo okrúzhnogo suda Alexandru Satravke i Vladimiru Mishchenko*, aldea de Vaniegan, región de Tiumén, 26 de abril de 1983.
8. *LEF*, núm. 1, 1924, p. 141.
9. Ibíd., pp. 55, 59, 62, 105.
10. Ibíd., p. 105.
11. Ibíd., p. 142.
12. Ibíd., pp. 118-142, 145.
13. Ibíd., pp. 197, 199.
14. Ibíd., p. 106.
15. Ibíd., p. 109.
16. *LEF*, núm. 1, p. 110.
17. *Pravda*, 1 de mayo de 1923.
18. *LEF*, núm. 1, 1924, pp. 112,113, 115.
19. *Izvestia*, 17 de octubre de 1982.
20. André Platónov, *La Fouille*, Lausana, p. 75.
21. René Fülopp-Miller, *Geist und Gesicht des Bolschewismus*, Berlín, p. 243.
22. Marek Hlasko, *Cmentarze, Nastespny do Raju*, París, 1958.
23. *Pravda*, 12 de septiembre de 1977.
24. I. Ilf y B. Petrov, *Sovranie sochineni v 4 tómaj*, tomo III, p. 89.
25. V. A. Lífshits, *Suffixalnoie slovoobrazovanie v yaziké soviétskoi epoji*, Moscú, 1956.
26. *Soviétskaia Rossía*, 13 de febrero de 1984.
27. Adam Míshnik, «Pushkin i rússkie pisáteli glazami pólskogo pisátelia», *Kontinent*, núm. 40, 1984, p. 378.
28. Cf. la descripción de los métodos de investigación y las condiciones de detención, dirigida por W. Lehowicz a sus abogados tras su liberación. Documento publicado en *Zeszyty Historyezne*, Instytut Literacki, París, 1984, p. 100.
29. Ibíd.
30. Op cit., p. 75.
31. A. Vasílieva, op. cit., p. 18.
32. *Le Monde*, 20 de julio de 1984.
33. *Czarna ksiega cenzury PRL*, Londres, 1977-1978.
34. *Czarna ksiega cenzury PRL*, tomo I, p. 146.
35. Victor Klemperer, L. T. I. *Notizbuch eines Philologen*, Leipzig, 1970, pp. 18, 24.
36. Robert Edwin Herzstein, *The War that Hitler won. The most infamous propaganda campaign in History*, Londres, 1980.
37. *Jezyk propagandy*, Varsovia, 1979.
38. *Yazik v razvítom sotsialistícheskom óbshchestve...*, pp. 87-88.
39. Referencia al personaje molieresco que hablaba en prosa sin saberlo. *(N. del e.)*

40. *Yazik v razvítom sotsialistícheskom óbshchestve...*, p. 8.
41. *International Herald Tribune*, 16 de junio de 1984.
42. *Le Figaro*, 7 de agosto de 1980.
43. Alain BESANÇON, *Anatomie d'un spectre*, p. 201.
44. *Yazik v razvitom sotsialisticheskom óbshchestve...*, p. 103.
45. Ibíd., p. 99.
46. Ibíd., p. 99.
47. *Czarna ksiega cenzury PRL*, pp. 26-27.
48. *Jezyk propagandy*, p. 27.
49. *Le Monde*, 17 de julio de 1984.
50. *Le Monde*, 6 de marzo de 1981.
51. *Literatúrnaia Gazeta*, 23 de febrero de 1983.
52. *Gvorit Ernst Neizviestni*, p. 54.
53. Zdenek MLINAR, *Holodom veet ot Kremlja*, Nueva York, 1983, p. 227.

CONCLUSIÓN

1. George ORWELL, *The Collected Essays...*, tomo I, Nueva York, 1968, p. 381.
2. Alexandre ZINOVIEV, *Homo sovieticus*, p. 7.
3. George ORWELL, *1984*, p. 377.
4. George URBAN, «Portrait of a Dissenter as a Soviet Man. A Conversation with Alexander Zinoviev», *Encounter*, abril-mayo de 1984.
5. George ORWELL, op. cit., p. 388.
6. George URBAN, op. cit.

Índice onomástico

Abakoumov, V.: 64.
Abdrashítov, V.: 263.
Abrámov, A. y S.: 258.
Abrámovitch, Rafael: 96, 260.
Afanásiev, V.: 255.
Afinoguénov, A.: 93, 204, 259.
Aganbeguian, A. G.: 127.
Aitmátov, Chingui: 67, 197, 258.
Ajmátova, A.: 208.
Aldánov, Mark: 204.
Alechkovski, Yuz: 268.
Alejandro II. 104, 170.
Aleshkovski, Iuz: 75, 244.
Alexándrov, Grigori: 203, 270.
Alexándrov, I. G.: 52.
Alexándrox, Yuri: 139, 195, 264.
Alexéiev, Gleb: 266.
Alexéiev, Mijaíl: 202.
Alliev, G.: 202.
Amalrik, Andréi: 219.
Amengual, B.: 261.
Amin-Dada: 108.
Amsterdamski, Stefan: 238.
Andersen, Hans Christian: 68, 210.
Andréiev, Yuri: 270.
Andrópov, Yuri: 42, 51, 59, 67, 75, 76, 77, 86, 87, 124, 147, 177, 188, 201, 248, 256.
Anénskaia, A.: 254.
Antónov, Serguéi: 174.
Arendt, Hannah: 87, 259.
Armonas, Barbara: 126, 127, 263.
Arósev, A.: 254.
Astáfiev, Víktor: 126, 127, 211, 263.
Atila: 190.
Auerbach, L.: 255.
Avdéienko, Alexandr: 173.
Averbach, L.: 29, 255.

Babeuf, François Noël, llamado Gracchus: 16.
Badmáiev, J.: 149.
Bagritski, Eduard: 262.
Baibákova, Klavdia: 142.
Bajanov, Boris: 141, 264.
Bakunin, Mijaíl Alexándrovich: 20.
Balach, Bela: 205, 270.
Balíkina, Olga: 171.
Barbusse, Henri: 68, 69.
Bardèche, Maurice: 103.
Baríshnikov, Mijaíl: 211.
Barron, John: 134, 263.
Beecher Stowe, Harriet: 21.
Begún, Vladímir: 261.
Bek, Alexandr: 74, 85, 259.
Belinkov, Arkadi: 229.
Belov, V.: 74.
Bellow, Saul: 211.
Bender, Ostap: 184.
Berdiáiev, Nikolái: 22, 27, 235, 254, 255.
Berg, Raísa: 60, 257.
Bernstam, M.: 268.
Besançon, Alain: 63, 218, 240, 272.
Beskin, Osip: 270.
Bethell, Nicholas: 255.
Bettelheim, Bruno: 40, 256.
Biély, Boris Nikoláievich Bugáiev, llamado Andréi: 193.
Bilik, Iván: 190.
Birman, Igor: 50, 55, 256, 257.
Bismarck, Otto von: 237.
Blangui: 19.
Bockelson, Johan: 17.
Bochkánev, G.: 129.
Bogat, Yevg.: 263.
Bogdánov, Alexandr Alexándrovich Malinovski, llamado: 149, 267.
Bogoslovski, Alexandr: 234.
Böhl, Heinrich: 211.
Böhm, Franz: 268.
Bondárev, Yuri: 74, 201.
Borowski, Tadeusz: 64, 258.
Brasillach, Robert: 103.
Braznin, I.: 266.
Brecht, Bertolt: 153, 217.
Brézhnev, Galina: 142.
Brézhnev, Leonid Ilich: 11, 13, 59, 75, 87, 127, 129, 130, 142, 143, 152, 188, 204, 205, 210, 211, 213, 219, 245.
Bronch-Bruévich, V.: 23, 254, 260.
Brudni, V. J.: 269.
Búbnov, Andréi: 146, 171.
Büchner, Ludwig: 22.
Bujarin, Nikolái: 115, 144, 149, 253, 262.
Bulgákov, Mijaíl: 76, 148, 208 218.
Bulgákova, L. V.: 258.
Buñuel, Luis: 207, 270.
Burroughs, Edgar Rice: 192, 269.

Campanella, T.: 16.
Cartland, Barbara: 211.
Catalina II: 137.
Catteau, Jacques: 254.
Clausewitz, Karl von: 162.
Cohn, Norman: 260.
Conan-Doyle, Arthur: 20.
Conquet, Robert: 44, 170, 266.
Cookridge, E. H.: 255.
Custine, Adam Philippe, conde de: 235.
Cywinski, Bogdan: 155.

Chakovski, Alexandr: 74, 75, 210, 211, 213.
Chernenko, Konstantin: 13, 87, 124, 141, 152, 187, 188, 248, 264.
Chernishevski, N. G.: 20, 21, 22, 23, 163, 254.
Chernusov, A.: 257.
Chertkov, V.: 180.
Chesterton, Gilbert Keith: 20.
Chukchin, Vasili: 181, 257.
Chuprinin, Serguéi: 269.
Churchill, Winston S.: 65.

Dahl, V.: 230, 244.
Daniel: 102.
Déborin, Abram Moiséievich: 29.
Delumeau, Jean: 93, 94, 259, 260.
Demin, B.: 261.
Descartes, René: 190.
Dewey, John: 145.
Domarus, Max: 268.
Dombrovski, Yuri: 74, 75, 211, 244.
Donskoi, Dmitri: 187.
Dorizo, Nikolái: 231.
Dorogoïchenko, A.: 89.
Dostoievski, Fiódor Mijáilovich: 16, 19, 22, 23, 37, 57, 137, 193, 217, 254.
Dovzhenko, Alexandr Pietróvich: 176, 204.
Drawicz, A.: 259.
Dubcek, Alexander: 245.
Dúdintsev, V.: 258.
Dúdochkin, Piotr: 268.
Dumas, Alexandre: 210.
Dzerzhinski, Félix Edmúndovich: 42, 66, 94, 96, 97, 116, 256.

Ehrenburg, Iliá Grigórievich: 61, 97, 98, 174, 257, 260.
Eichenbaum, B.: 205, 206, 270.
Einstein, Albert: 148, 264.
Eisenstein, Serguéi Mijáilovich: 101, 103, 203, 216, 232, 270.
Elliot, Mark R.: 255.
Engels, Fiedrich: 58, 60, 161, 203, 237.
Erdman Nikolái: 99, 206, 260.
Ermler, Fridrik Markovich: 121.
Evelson, Yevguenia: 141, 142, 264.
Evtushenko, Evgueni: 102, 104, 231, 260.

Fainsod, Merle: 259.
Federico II: 187, 237.
Fediukin, S. A.: 264.
Ferrante, Don: 185.
Feuerbach, Ludwig: 22.
Finder, Josep: 267.
Fiódorov, Nikolái: 71.
Fourer: 16.
Fullop-Miller, R.: 215, 226, 271.
Fuvik, Julius: 66.

Gaidar, Arkadi: 152.
Gálich, Alexandr: 140, 162, 219, 264, 271.
Galileo, Galileo Galilei, llamado: 153.
Galítskaia, I. A.: 269.
Galushko: 142.
Gambárov, Aleksandr: 254.
Garvi, P. A.: 262.
Geller, Mijaíl: 270.
Gelli, Licio: 192.
Gengis Kan: 261.
Gierek, Edward: 59.
Gládkov, A.: 165, 174.
Glazúnov, Iliá: 270.
Glezer, Iliá: 267.
Glezerman, I. G. E.: 261.
Gluzman, Semión: 38, 39, 255.
Goebbels, Josep Paul: 202, 222, 231, 237, 238.
Goethe, Johann Wolfgang von: 243.
Gógol, Nikolái Vasílievich: 137.
Goldman, Marshall: 55, 130, 257, 263.
Gomulka, Wladyslaw: 84, 110.
Gorbátov, B.: 266.
Gorki, Alexéi Maxímovich Pechkov, llamado Máximo: 12, 18, 69, 73, 87, 101, 103, 113, 114, 153, 170, 171, 206, 207, 227, 244, 253, 254, 258, 260, 262, 267.
Graham, Loren: 129.
Granin: 158.
Grékova, I: 158.
Grossman, Vasili: 74, 78, 94, 95, 158, 211, 259, 260.
Guetmánets, M. F.: 262.
Gumiliovski, Liev: 165, 266.
Gusev, A.: 267.
Guyot, Adelin: 270.

Hausson, Carolina: 267.
Hayek, F. A.: 256.
Heller, Michel: 258, 260.
Herzen, Alexandr Ivánovich: 11, 20, 253.
Herzstein, Robert Edwin: 238, 271.
Hitler, Adolf: 45, 50, 76, 80, 83, 103,

161, 186, 188, 192, 198, 218, 220, 237, 238.
Hlasko, Marek: 227, 271.
Ho Chi Minh: 15.
Hough, Jerry: 82, 83, 259.
Hoxja, Enver: 194.
Hugo, Victor: 91.
Huxley, Aldous Leonard: 8.

Ilf, I.: 230, 255, 271.
Ilin, Ya.: 257.
Ilina, Natalia: 270.
Isakovski, M.: 229.
Iskander, Fazil: 74, 75.
Ivánov, Alexandr Andréievich: 74, 213, 258, 261.

Jachaturián: 204.
Jakobson, Mijaíl: 270.
Jarchev, A. G.: 267.
Jesucristo: 220.
Jodakov, N.: 180.
Johst, Hans: 201, 202.
Jomeini, Ruhollah: 160.
Jruschov, Nikita Serguéievich: 9, 13, 51, 61, 66, 74, 86, 87, 105, 109, 127, 136, 188, 193, 196, 204, 230, 233, 262, 263, 269, 270.
Juan Pablo II: 192, 240.

Kadare, Ismail: 195, 269.
Kafka, Franz: 245, 246.
Kámenev, Lev Borissovich Rosenfeld, llamado: 70.
Kaplan, Karel: 257.
Kárpov, Liev: 71.
Kasímov, Kenesari: 190.
Katáiev, Valentin Petróvich: 47, 261.
Kaverin, Veniamin Alexándrovich: 156, 257.
Kazákov, I.: 149, 265.
Kazenelinbojgen, Aron: 138, 264.
Kerblay, Basil: 259, 266.
Kikoin, I.: 148.
Kipling, Rudyard: 207.
Kírov, Serguéi Mirónovich Kostrikov, llamado: 101, 206.
Kirsánov, Semión: 261.
Kirshón, Vladímir: 204.
Klemperer, Victor: 236, 237, 238, 271.
Klioutchevski, V.: 110.
Kogan, P. S.: 255, 266.
Kolakowski, Leszek: 81.
Kolodub, Andrei: 171.
Kolokolnikov, P. N.: 115.
Koltsov, Mijaíl: 266.
Kolupáiev, V.: 257.
Kollontái, Alexandra Mijáilovna: 163, 164, 266.
Konsalik: 211.
Konwicki, Tadeusz: 50, 239.
Kornéiev, L.: 107, 261.
Korolenko, Vladímir: 94, 95.
Korolkov, Yuri: 258.
Kosiguin, Alexéi Nicoláievich: 180.
Kóssarev, A.: 170.
Kozlov, Frol: 142.
Krásikov, A.: 268.
Krasin, Léon Borísovich: 71.
Kron, Alexandr: 269.
Krúpskaia, Nadiezdha Konstantínovna: 161, 171.
Kucharzewski, Jan: 267.
Kuleshov, Liev: 206.
Kurgánov, I.: 172, 267.
Kurski, D.: 98.
Kuznetsov, Eduard: 13, 253.

Larriónov, A.: 60.
Lassalle, Ferdinand: 96.
Latsis, I.: 94, 95, 96, 100, 260.
Le Bon, Gustave: 93, 260.
Lébedev-Polianski, V.: 145.
Legett, George: 258.
Lehowicz, Wlodzimerz: 231, 232, 271.
Leikin, Nikolái: 30.
Lem, Stanislas: 29.
Lemke, M.: 254.
Lenin, Vladímir Ilich Uliánov, llamado: 11, 12, 17, 18, 23, 24, 35, 40, 41, 42, 47, 48, 49, 50, 51, 54, 57, 58, 60, 63, 65, 66, 69, 70, 71, 72, 73, 83, 87, 94, 95, 96, 98, 100, 105, 107, 112, 113, 114, 115, 119, 122, 123, 131, 146, 148, 150, 151, 152, 161, 162, 163, 164, 167, 185, 187, 188, 189, 191, 198, 202, 203, 204, 220, 221, 222, 225, 226, 228, 230, 234, 235, 237, 248, 256, 257, 258, 260, 262, 264.
Lepeshínski, P.: 166.
Lévi-Strauss, Claude: 199.
Leys, Simon: 53, 257.
Lífshits, V. A.: 271.
Lifton, Robert J.: 37, 38.
Lijachov, B. T.: 265.
Lílina, Z.: 264.
Linden, Karin: 267.
Liprandi, I.: 170.
Lísenko, Nikolái Vitálievich: 54, 60, 102, 149, 257, 260.
Lisenko, Trofim Denísovich: 73, 227.
Lítovski, O.: 122, 262.
Liubímov, I.: 216.
Ludwig, Emil: 101.
Lunacharski, Anatoli Vasílievich: 51, 70, 145, 146, 150, 165, 258, 260, 265, 266.
Lupánova, I.: 265.
Luzhanin, Maxim: 257.

Mc Luhan, Marshall: 219.
Maiakovski, Vladímir Vladimíro-

vich: 70, 71, 86, 201, 202, 205, 217, 226.
Majaiski, V.: 115, 125, 262.
Makanin, Vladímir: 199, 269.
Makárenko, Antón Semiónovich: 123, 157, 161, 174, 262, 266, 267.
Makárova, Natalia: 195.
Malashkin, Serguéi: 165, 266.
Malechott: 22.
Malénkov, Gueorgui Maximiliánovich: 196, 248.
Maliévich, Kazimir Severínovich: 71.
Mamónova, Tatiana: 182.
Mandelstam, Nadiezhda: 35, 42, 58, 61, 208, 233, 242, 255, 256, 257.
Mandelstam, Osip Emilévich: 144.
Mao Tse-tung: 53, 59, 75, 81, 83 86, 87.
Maquiavelo: 96, 260.
Marcorelles, Louis: 14.
Márkov, Gueorgui: 209, 210, 211, 213.
Márkova, Yekaterina: 152, 265.
Marx, Karl: 16, 35, 60, 89, 107, 111, 161, 164, 180, 185, 186, 203, 235, 237, 242.
Mauévich, Kazimir: 258.
Maupassant, Guy de: 91.
Maxímov, A. A.: 264.
Maxímov, Vladímir: 74, 75, 211, 244.
Medinski, E.: 146, 264, 265.
Mehnert, Klaus: 185, 192, 193, 209, 210, 211, 268, 269, 270.
Menzhinski, V.: 149.
Meredith, George: 20.
Miasoiédov, B. A.: 256, 259.
Michurin, Iván Vladimírovich: 154.
Milosz, Czeslaw: 196, 206, 218, 270.
Mindadze, A.: 263.
Mishchenko, Vladimir: 220.
Mishuik, Adam: 271.
Mitterrand, François, 187.
Mlinar, Zdenek: 272.
Moro, Tomás: 16.
Morózov, Fedia: 171.
Morózov, Pávlik: 40, 152, 171, 172, 176, 256.
Moskoienko, Nikolái: 104.
Moynihan, Daniel: 240.
Müge, Serguéi: 195, 269.
Müntzer, Thomas: 16.
Mussolini, Benito: 80, 220, 242.

Nábokov, Vladímir: 174, 267.
Napoleón: 11, 104.
Nastyvis, A. L.: 263.
Necháiev, Serguéi: 20, 21, 23, 24.
Neizviestni, Ernst: 194, 195, 196, 208, 213, 216, 244, 270.
Nekritch, A.: 258, 260, 264.
Nicolás I: 137.
Nikanórov, G.: 156, 265.
Nikoláieva, Galina: 253.
Nikulin, Liev: 260.
Nilin, Pável: 181.
Nuréiev, Rudolf: 211.

Offenbach, Jacques: 230.
Ogárkov, mariscal: 102, 160.
Ogárkov, N. V.: 261, 266.
Olminski, M.: 258.
Onissímov: 85.
Orlov, Alexander: 258.
Orlov, Yuri: 126.
Orwell, Eric Blair, llamado George: 20, 27, 39, 40, 58, 66, 71, 80, 81, 82, 101, 103, 173, 217, 231, 238, 247, 248, 249, 254, 257, 258, 259, 271, 272.
Oskotski, V.: 268.
Ostrovski: 173.
Ozhegov, S. I.: 261.

Palka, Marian: 261.
Panfiórov, Fiódor: 266.
Panteléiev, L.: 254.
Pascal, Pierre: 95, 96, 97, 260.
Pasternak, Boris Leonídovich: 6, 193, 211, 259.
Pávlov, Iván Petróvich: 85, 149, 154.
Pávlov, S.: 169, 170.
Payne, Robert: 256.
Pedro el Grande: 227.
Peters, I.: 95, 260.
Pethybridge, Roger: 256.
Petrov, E.: 230, 255, 271.
Petrovski, B.: 269.
Pikul, Valentín: 108, 209, 261.
Píriev, I.: 122.
Pirúmova, U.: 254.
Platón: 16.
Platónov, Andréi: 27, 44, 208, 218, 226, 231, 255, 271.
Pokrovski, M.: 18, 254.
Polikánov, Serguéi: 85, 259.
Pomerántsev, Vladímir: 174.
Popovski, Mark: 267.
Poskrebychev, A.: 76.
Projánov, Alexandr: 189, 201, 268.
Prokopóvich, S. N.: 262.
Prokovski, M.: 23.
Proskurin, Piotr: 74, 103, 212, 213, 258, 261, 268.
Pudovkin, Vsiévolod Ilariónovich: 203, 207.
Pushkin, Alexandr Serguéievich: 208, 227, 231.

Rajímov, L. M.: 269.
Rasputín, Grigori Yefímovich: 149, 210, 211, 214.
Reguard, Henri: 263.
Reich, Wilhelm: 172, 173, 174, 267.
Restellini, Patrick: 270.
Richard, Lionel: 270, 271.
Robins, Raymond: 47, 256.
Rodiónov, Stanislav: 257.
Rogers, Will: 173.

Roguinski, Arseni: 66.
Rosenberg, Alfred: 237.
Rostropóvich, Mstislav Leopóldovich: 211.
Rozánov, V.: 21.
Russell, Bertrand: 14, 26, 254, 255.

Sabúrova, L. M.: 269.
Sadómskaia, Natalia: 269.
Saint-Simon, Claude Henri de Rouvroy, conde de: 16.
Sávich: 29.
Scibor-Rylski, Alexandre: 125.
Selianínov: 261.
Semiónov, Yulian: 164, 210, 211, 213.
Serguéievich, Nikita: 270.
Serpínskaia, Nina: 266.
Seton-Watson, Hugh: 155, 265.
Shafarévich, Igor: 26, 254.
Shakespeare, William: 203.
Shalamov, Varlam: 64, 246, 258.
Shapiro, Leonard: 83, 87, 259.
Shatravka, Alexandr.: 220.
Shatunóvskaia, Lidia: 142, 264.
Shevtsov, Iván: 108, 261.
Shirer, William: 266.
Shklovski, Víktor: 53, 68.
Shlapentokh, Vladímir: 268.
Shólojov, M.: 74.
Shostakóvitch, Dmitri Dmítrievich: 197, 204, 205, 216, 270.
Shukshin, Vasili: 63.
Shulguin, Víktor: 264.
Silone, Secondo Tranquilli, llamado Ignazio: 184.
Simis, Konstantin: 137, 141, 263, 264.
Simmons, Michael: 263.
Simonov, Kirill Mijáilovich, llamado Konstantin: 74.
Siniavski, Andréi: 102, 219, 244.
Slutski, Boris: 73.
Smeliakov, Nikolái: 129.
Smirnov, Nikolái: 142.
Solzhenitsin, Alexandr Issáievich: 64, 66, 74, 75, 194, 195, 211, 244, 258.
Sorge, Richard: 67.
Souvarine, Boris: 69.
Speer, Albert: 85.
Stadniuk, I.: 74, 75.
Stajánov, Alexei Grigórievich: 120.
Stalin, Iósiv Vissariónovich Dzhugashvili, llamado: 9, 13, 44, 45, 50, 52, 53, 54, 57, 59, 60, 61, 66, 69, 70, 72, 73, 74, 75, 76, 78, 81, 82, 83, 85, 86, 87, 99, 101, 105, 109, 111, 117, 118, 119, 121, 122, 141, 145, 148, 149, 151, 152, 169, 170, 173, 175, 179, 185, 187, 193, 194, 195, 196, 201, 202, 203, 205, 206, 212, 213, 215, 225, 226, 227, 228 230, 232, 234, 235, 237, 244, 248, 257, 258, 260, 262.
Stanislavski, Konstantin Serguéievich: 73, 227.
Steinberg I.: 57, 98, 260.
Steiner, George: 243.
Stempler, I.: 140.
Stern, Mikhail: 179, 267.
Strugatski, A., Strugatski, B.: 209.
Strzyzewski, Tomasz: 235.
Stuchka, P.: 163.
Stut, S.: 262.
Suslov, Mijaíl Andréievich: 25.
Sverdlov, I.: 142, 267.
Swift, Jonathan: 60.

Tamara, reina: 190.
Tarássov-Rodiónov. A.: 164.
Tarkovski, Andréi Arsénievich: 211, 216, 232, 233.
Tatu, Michel: 257.
Tendriakov, Vladímir Fiodórovich: 157, 158, 265.
Tílkina, S.: 180.
Timoféiev, Liev: 264.
Tkachov, Piotr: 18, 19, 20, 21, 23, 254.
Tolstói, Alexéi Nikoláievich: 198, 202, 208, 255.
Touré, Sékou: 249.
Trapéznikov, V.: 128.
Treml, Vladímir: 269.
Treniov, K.: 256.
Tretiakov, Serguéi: 207.
Trífonov, Yuri: 158, 211, 214, 215, 253.
Trighn, cardenal: 240.
Triolet, Elsa: 258.
Trotski, Liev Davídovich Bronstein, llamado: 69, 70, 95, 96, 114, 115, 118, 122, 126, 166, 167, 169, 225, 237, 248, 258, 260, 262, 263, 266.
Trugatski, hermanos: 220.
Tsentúlov, V. T.: 266.
Tsvigun, S.: 258.
Tudoróvskaia, E. A.: 264.
Tumarkin, Nina: 71, 258.
Turguéniev, Iván Serguéievich: 22, 254.
Tvardoski, Alexandr Trifónovich: 73, 175, 212, 258, 267.
Twain, Samuel Langhorne Clemens, llamado Mark: 30.

Urban, George: 272.
Ushakov, Dmitri Nikoláievich: 230.
Ustínovich, Konstantin: 152.

Vainer, A.: 209.
Vainer, G.: 209.
Valentínov, N.: 254, 256.
Vassal, Pierre: 242.
Vassílieva, A. N.: 269, 271.
Velijov, Yeugueni: 134.
Veresáiev, Vikenti Vikéntievich Smidóvich, llamado: 120.
Vigotski, A. S.: 149, 265.

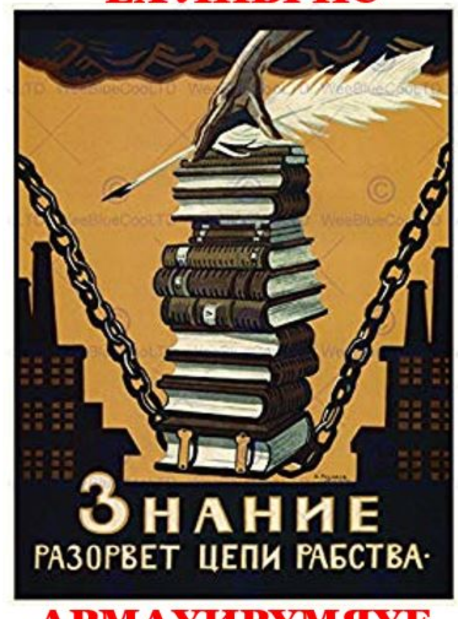
Vinográdskaia, K.: 122.
Vinokur, Grigori: 223, 224, 239.
Vladimov, G.: 244.
Vogt. Karl: 22.
Voinóvich, Vladímir: 125, 181, 244.
Voloshin, Maximilian: 26, 255.
Volski, A.: 262.
Vonóvich, Vladímir: 263.
Voronski, Alexandr: 168, 266.
Voznesenski, A.: 233.

Wagner, Richard: 103.
Wajda, Andrzej: 125.
Walesa, Lech: 87.
Weber, Max: 87.
Williams, Albert Rhys: 27, 255.
Winstanley, G.: 16.

Yákolev, A.: 268.
Yárova, Liubov: 40.
Yashin, Alexandr: 85.
Yefremin, A.: 264.
Yenishérlov: 20.
Yermoláieva, Valentina: 181, 268.
Yeroféiev: 244.
Yúkevitch, S.: 121.

Zabolotski, N.: 208.
Zaichnevski, Piotr: 17, 18.
Zaïtzev, V.: 62.
Zalkind, A.: 150, 151, 163, 264, 265, 266.
Zamiatin, Yeugueni: 14, 40, 81, 82, 103, 179, 186, 218, 249, 254, 256, 259, 261 267.
Zaslávskaia, Tatiana: 127, 128.
Zenzínov, V.: 264.
Zetkin, Clara: 163, 164, 266.
Zhdánov, Andréi Alexándrovich: 207.
Zinóviev, Alexandr: 13, 28, 46, 70, 75, 109, 110, 126, 249, 250, 255, 258, 259, 262, 263, 272.
Zinóviev, Grigori Yevséievich Apfelbaum, llamado: 186.
Zóskchenko, M.: 218.

EX ЛИБРИС



АРМАУИРУМЯУЕ